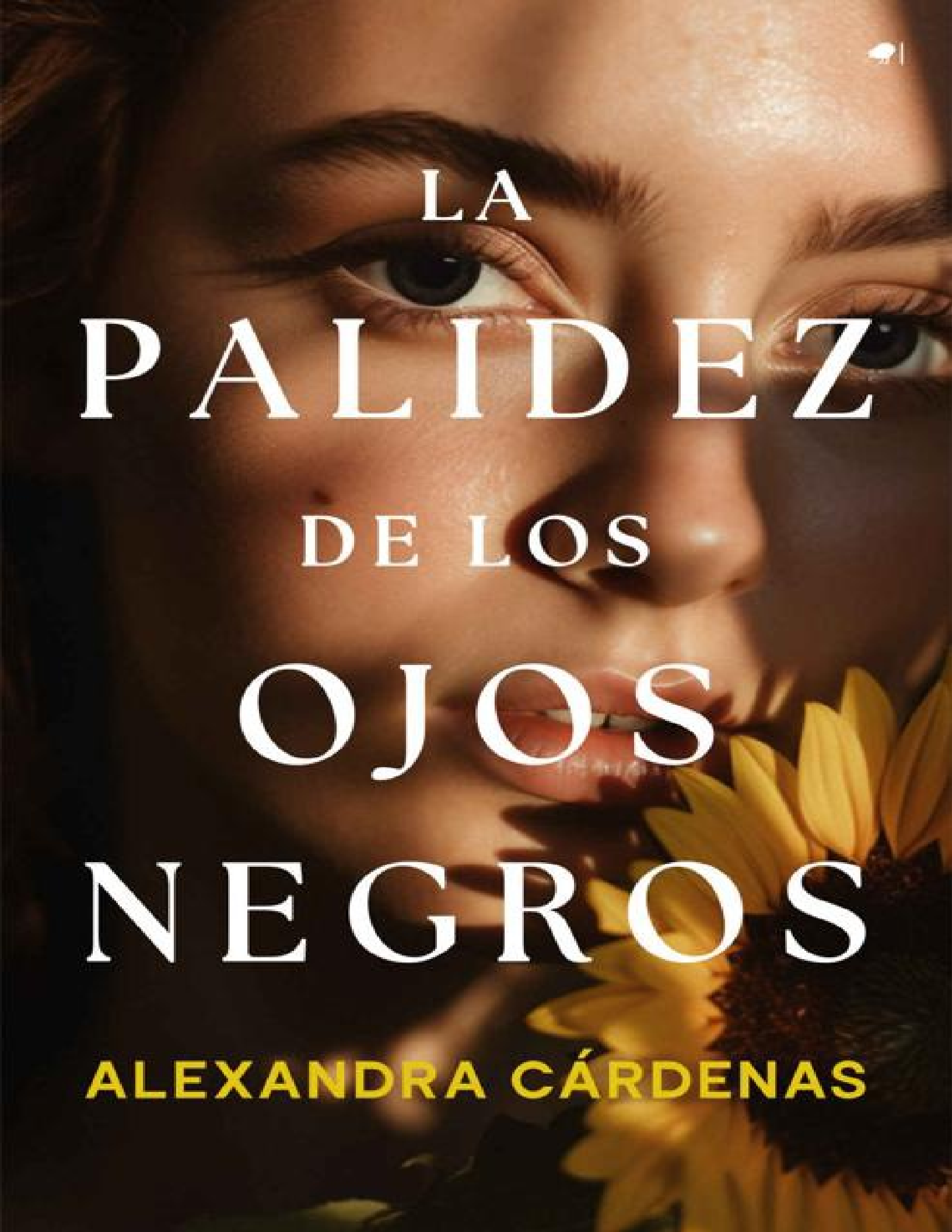

LA
PALIDEZ
DE LOS
OJOS
NEGROS
ALEXANDRA CÁRDENAS

Copyright

EDICIONES KIWI, 2023
info@grupoedicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, octubre 2023

© 2023 Alexandra Cárdenas
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Carol RZ

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
- Nota del Editor

PRIMERA PARTE: Florencia, en la actualidad
- 1: Y no había sido la primera vez
- 2: «Las locas somos irresistibles, girasole»
- 3: Olía a cloro
- 4: Esperaron a que sus pupilas calibraran la luz
- 5: Esa extraña sensación eléctrica
- 6: Porque creía en las señales
- 7: «Es mi mazo del tarot»
- 8: Se sintió a salvo para romperse un poco
- 9: Era cierto que Florencia no era para todo el mundo
- 10: El lugar más mágico del mundo
- 11: Ella admiraba los girasoles
- 12: Otro muchacho de Florencia
- 13: Era como un pequeño sol
- 14: Como Ícaro con el sol
- 15: La chica que no era ella
- 16: Otra réplica del David de Miguel Ángel
- 17: «Te queda bien ese peinado»
- 18: Como si hubiera nacido con el paisaje
- 19: Un camino de posibles esperanzas
- 20: Era tan bonito que dolía
- 21: Sobre los viajes por otras vidas y ciclos que nunca acaban
- 22: «Necesito dibujarte»
- 23: Y terminó con la carta del sol
- 24: La última tarde en la que se abrazaron
- 25: El mejor de sus errores
- 26: Las dos parecían más valientes de lo que eran
- 27: Se besaron como si la calle fuese suya
- 28: Era la segunda vez que la perdía

SEGUNDA PARTE: Florencia, 1704
- El hogar de la musa: Santa María del Fiore
- Las dos Marías: Palazzo Pitti
- El fantasma de Ginevra: Palazzo Pitti
- La primera piedra: Basilica di Santa Croce
- La musa incorrecta: Piazza della Signoria
- La palidez del sol: Ponte Vecchio
- Oggi a te, domani a me: Basilica della Santissima Annunziata
- Linaje: Casa Caracciolo
- La tregua del invierno: Santa María del Fiore
- A las puertas del paraíso: Battistero di San Giovanni
- Por verte amanecer: Il Villa del Sole
- Romper el *David*: Basilica di Santa Maria Novella
- Tres de espadas: Mercato Vecchio
- La barbilla al cielo: Corridoio Vasariano
- La muerte de un girasol: Ponte Vecchio

TERCERA PARTE: Florencia, en la actualidad
29: Dicen que la muerte es solo el principio
30: No fue una noticia triste cualquiera
31: Una sonrisa llena de luz
EPÍLOGO: Arcano XIX. El sol.
Agradecimientos

A Florencia,
por acogerme entonces y por hacerlo ahora.
A Lorenzo,
por buscarme hasta encontrarme.

Cuando cumpla mi condena, y la lluvia apague el sol.
Cuando pase tu melena, y ya *na* me cause pena…
Y no conozca ni mi voz.
El aliento fatigado, de cantar tu nombre al sol.
Paso lento, acelerado, hoy mi rumbo no ha cambiado,
vamo bailando a tu son.
Ay, ay, ruiseñor, tengo pena al corazón.
Cuando pase tu melena, y ya *na* me cause pena…
Y no conozca ni mi voz.

Ya mi mama me decía
Guitarricadelafuente

PRIMERA PARTE

Florencia, en la actualidad

1

Y no había sido la primera vez



Aunque cerrara los ojos con fuerza hasta ver estrellitas y lo deseara con todas sus ganas, era insuficiente: la brisa no existía, allí no corría aire ninguno.

Valentina se resignó, alejándose de la ventana para observar las cortinas verdes a juego con la mesita de noche de la habitación de su hermana. Tenían rayas negras muy finas que las recorrían verticalmente. Eran horrendas, como el biombo de ratán que dividía la falsa habitación y el minúsculo comedor compartido con la cocina abierta. Se sentía asfixiada en aquel lugar; sacar la cabeza por aquel orificio del edificio no había ayudado. La aplicación del móvil señalaba los treinta y un grados aquella mañana, y sentía las perlas de sudor bajo la tela de su camiseta comenzando a pegar el algodón a su piel.

Era una sensación asquerosa.

Resopló, recordando la conversación mantenida con su padre hacía pocos minutos: «Puedo hablar con tu madre y buscamos una solución. Martina es una chica… curiosa», le había dicho el hombre, después de que ella le comentara cómo iban las cosas con su hermanastra.

Valentina tenía en mente muchos más adjetivos que también podían traducirse a lo que su padre había querido insinuar con «curiosa». Lo había entendido. Y ninguno de los dos había querido profundizar en el tema. La verdad era que no la recordaba muy diferente a como la encontró de vuelta a Florencia. Su hermana mayor había sido un interrogante durante la mayor parte de su edad consciente. Su madre le hablaba de ella, e incluso habían hecho viajes para mantener una relación cordial. Para conocerse y estrechar lazos: algunas celebraciones de Navidad, videollamadas en cumpleaños, vacaciones planeadas y veranos a caballo entre la Toscana y su querido Milán.

Era el momento de estrechar más lazos todavía. Hacía solo dos semanas que Martina le había abierto las puertas de su diminuto apartamento para que ella pudiera escapar de la tormenta del divorcio, que amenazaba con llevársela junto a sus padres. Durante los divorcios no solo se pierden los papeles, también se lidian peleas por la custodia, dividir los gastos, vender la casa en la que había crecido… Una ruina de la que Valentina necesitó huir. Por eso había hecho las maletas, haciendo de tripas corazón, dispuesta a viajar cinco horas intercalando trenes con varios autobuses.

Analizando la situación, semanas después, estaba bien, no había sido tan difícil. Solo tuvo que sentarse con sus padres después de haber estado llorando durante toda una noche. Y les dijo que había elegido a una desconocida para no seguir sufriendo. Entendía que los adultos tienen derecho a equivocarse y a rehacer sus vidas, de modo que no quiso ser ese peso que desequilibra la balanza. Era absurdo querer más a mamá o a papá.

Echando la vista atrás, a aquella charla en la penumbra de la cocina, no entendió cómo sus padres accedieron a aquello.

La primera caja que Valentina llenó para la mudanza fue la única que llevó. Martina le

había dicho por videollamada que su apartamento era enano y que no podía llevar muchas cosas, pero que estaría encantada de que se mudara con ella. No compartían una relación de hermanas al uso, pero ambas querían intentarlo. El primer paso era evidente que lo había dado la mayor, abriendo las puertas de su hogar. Y el segundo también. Cuando Valentina atravesó la puerta del apartamento, puso un pie en la entrada, la cocina y el comedor. Todo a la vez. Y a la derecha ya no había salón, como le había dicho su hermana.

—He vendido el sofá y he puesto mi cama, así dejo la habitación libre para ti. Es muy pequeña, y si lo piensas, he salido ganando —le dijo, guiñándole un ojo.

Era maja y ocho años mayor que ella. Encima, poseía un gusto extraño, difícil de definir.

Negando con la cabeza mientras se abanicaba con la mano, Valentina dio varias vueltas sobre sí misma. El vestido de volantes se elevó un poco, y agradeció la pequeña brisa que le acarició las piernas. Aquel vestido amarillo lleno de girasoles había sido una de las pocas prendas que decidió que formara parte de su nueva vida sin sus padres, en otra ciudad. Los girasoles y el sol le transmitían una extraña paz que necesitó llevarse consigo; de lo poco que le daba consuelo a esas alturas.

Dejó de moverse para mirarse en el espejo detrás del biombo, en una esquina de la habitación, e hizo una mueca con los labios. A su madre no le gustaba que hiciera ese gesto con la boca. Inmediatamente se retractó, irguiéndose y soltando los volantes del vestido como si su progenitora, en cuestión de segundos, pudiera salir de cualquier parte de la casa para regañarle.

—Mamá no está aquí. No están aquí, tranquila —se dijo. Alisó la tela contra sus muslos, pero los volantes recuperaron su forma hacia arriba, queriendo desafiarla.

No estaba tranquila, sentía que tardaría demasiado tiempo en estarlo.

Miró el móvil por quinta vez desde que había colgado la llamada con su padre. Esperaba su ansiada caja de la mudanza y el repartidor debía de estar al llegar. O eso le había dicho la notificación de mensajería que había recibido.

Cuando estaba distraída por el color oscuro de sus ojos en su reflejo del espejo, llamaron al timbre. Valentina dio un respingo y, tratando de correr hasta la puerta, chocó de bruces contra el biombo.

—¡Joder, joder! ¡Ya voy! —Se hizo oír tras el estruendo. No tardó en abrir la puerta en una exhalación.

El mensajero retrocedió por la brusquedad, fue cuando le dedicó una mirada de extrañeza. Llevaba su caja abrazada a la cadera con un brazo y una bolsa azul marino colgando del hombro contrario. Sin pensarlo, Valentina extendió los brazos para recuperar lo que era suyo. En cuanto el hombre le pasó su tesoro, notó montones de lágrimas haciendo que le escocieran los ojos, pero se mantuvo todo lo entera que pudo.

—Está bien, *girasole*. Tienes que firmar aquí y aquí —le dijo el hombre, tendiéndole una carpeta con su hoja de entrega y un bolígrafo al que se le habían borrado las letras de la compañía de reparto. Le señaló las casillas donde tenía que estampar su aceptación.

—Oh, vale. —Tuvo que dejar la caja en el suelo para firmar. Hizo el garabato lo más rápido que pudo y devolvió la hoja y el bolígrafo manoseado por no sabía cuánta gente. Reprimió un escalofrío—. Ya está.

Cinco segundos después, el repartidor la había dejado sola en aquel pasillo de techo altísimo y paredes blancas desconchadas.

Valentina se arrodilló al lado de la caja. Y fue entonces cuando comprendió que no podría correr a su nueva habitación para tratar de recomponer un poco su vida con piezas de lo que ya

consideraba su pasado. Sobre esta, el mensajero había olvidado un par de sobres marrones que parecían estar rellenos de papel de burbujas.

Comprobó la dirección suspirando: era errónea.

No tardó en dejar la caja sobre la mesa del comedor. Después cogió el móvil, las llaves y abandonó el piso con los sobres bajo el brazo. El navegador del móvil decía que el destino de los paquetes estaba solo a un minuto de su posición. Asumió entonces que sería en una de las casas del edificio. No era un lugar muy grande, por lo que no sería muy difícil encontrarlo. Como los paquetes no cabían en los buzones del portal, lo mejor sería dejarlos sobre el felpudo. Sí, eso haría.

La aplicación le indicó que debía bajar las escaleras. Necesitó toda su atención para no caerse, pues los escalones parecían hechos del mármol blanco más resbaladizo con el que se había topado en su vida; exacto al que había podido ver en algunas esculturas de la ciudad.

Volvió a tomar aire. De nuevo, alisó los volantes del vestido. Era absurdo, pero se sentía reconfortada al hacerlo.

En la entrada del portal, la recibió el enorme espejo de tres piezas con marco dorado que tanto le había enamorado al entrar en aquel lugar. Le encantaba mirarse al espejo, pero no por vanidad: había crecido a través de su reflejo. Cada vez que la dejaban sola en casa, cuando no querían jugar con ella en el recreo. O cuando no era capaz de hacer amigos. Siempre se había tenido a sí misma en los reflejos y en los cristales.

Se saludó simbólicamente antes de salir. Y, de nuevo, aquella mueca con los labios, que volvió a ignorar como si no fuera importante.

El sol era abrasador; sintió los pellizcos de calor sobre la piel de sus hombros, y tuvo que hacer visera con la mano libre para poder situarse. La pantalla del móvil le indicó que girara a la izquierda, por lo que tomó la esquina y siguió recto cinco metros. No tardó en llegar a su destino.

Valentina alzó la vista hacia el letrero sobre su cabeza y puso los ojos en blanco al reconocerlo. Era la pizzería donde su hermana la llevó a comer el primer día.

Representó un baile ridículo mientras se decidía entre acceder al local o volver sobre sus pasos. Aquella excursión no estaba en sus planes del día. No quería encontrarse con nadie.

De nuevo, los ojos en blanco.

Aquel primer día, su hermana había flirteado con uno de los hijos del dueño. Andrea, lo había llamado. Luego estaba el otro, el que parecía esconderse detrás de la caja registradora, con su pelo rubio despeinado y un lápiz en la oreja, como el repartidor que le había dejado los estúpidos paquetes equivocados.

Valentina no quería que la viera. Tampoco quería encontrarse con Andrea. Era, posiblemente, una de las chicas más inseguras de la tierra, pese a que cuando se miraba en el espejo no encontraba motivos para serlo. Se quería a sí misma, estaba segura de ser la mujer que era, pero no le gustaba compartirlo con la gente. Tenía miedo de que derribaran la confianza que el tiempo y ella habían construido. Y el chico que aquel día daba violentos golpes sobre una bola de masa, comprendió, era capaz de derribar su confianza si levantaba la mirada y la encontraba parada en mitad del local.

Y pensar aquello le pareció ridículo.

Era tonta de remate.

Bajó la vista a los volantes del vestido. Fue un error. Cuando levantó de nuevo la cabeza, los ojos del chico se clavaron en los suyos. Tenía las mejillas rojas por el esfuerzo y algunos mechones claros sobre la frente. Durante unos segundos, el muchacho dejó los labios separados,

como embobado, mientras parecía evaluarla en silencio. Tenía unos ojos azules oscuros que le daban un aire más juvenil de lo que seguramente era; hipnóticos. El pizzero meneó la cabeza levemente para apartarse el pelo de la cara. Acto seguido, apretó los labios y carraspeó antes de volver a propinarle un puñetazo con furia a la masa. Fue inevitable que levantara harina con el gesto, y Valentina vio los músculos de su mandíbula tensionarse por el esfuerzo. Parecía cabreado.

—¡Papá! Atiende a la chiquilla —exclamó, apartando la mirada de ella.

—¿Y Andrea? —se escuchó una voz ronca a espaldas de Valentina.

Esta dio un salto sobre su sitio al mismo tiempo que el hombre la rodeaba, igual de sorprendido. Llevaba un mandil blanco lleno de harina y restos de salsa de tomate, y tenía aquellos ojos azules idénticos a los del chico que aporreaba la masa como si le fuera la vida en ello.

—Estará fumando —contestó el chico de la barra, refiriéndose a su hermano—. Cuando lo veas, dile de mi parte que le voy a partir la cara. No sé cuántas veces voy a tener que decirle que deje esa mierda.

—Lucca —bramó el hombre—, esa boca. ¿Quieres vaciar el local? —Se giró hacia Valentina. Su mirada se iluminó como si la reconociera—. ¡Vaya! ¿Otra vez aquí? Parece que no tenéis suficiente. Deja que el gandul este trabaje un poco, *bella*. Vuelve a las diez, entonces lo dejaré irse un rato. Ya sabes que los sábados son ajetreados. Quédate si quieres una margarita. Lucca tiene varios pedidos que atender.

—Papá —el chico había dejado la masa a un lado. Miró al hombre con el ceño fruncido y las mejillas aún coloradas—, ¿qué dices? —Sus ojos azules fueron de Valentina al hombre.

Sin perder tiempo, el dueño del local retrocedió para fijarse mejor en ella. En esos segundos eternos, Valentina notó sus mejillas arder como si el calor del sol emanara de ellas. La había confundido con otra. Con alguna chica que iba a aquel sitio a ver a Lucca.

—Oh, ¡perdona, preciosa! Te he confundido, seré idiota. *Mi scusi.* Ya las confundo a todas —masculló para sí mismo, abanicándose con una carta plastificada que mostraba la oferta de *pizzas*. Miró a su alrededor. Su hijo sacudió la cabeza, esta vez esbozando una sonrisa socarrona que le provocó un pequeño hoyuelo en la mejilla.

Valentina tragó saliva. Pese a que luchaba por evitar que aquella nueva mirada se colara en su campo de visión, su subconsciente seguía buscándola de reojo.

—Se han confundido con el correo —soltó todo lo rápido que pudo. Tendió los paquetes para salir de allí cuanto antes.

El dueño del restaurante los recogió intrigado.

—¿Ya habéis vuelto a cogerme la tarjeta de crédito? —Miró a su hijo, indignado.

La sonrisa de Lucca se hizo más grande. Miraba la bola a la que le daba forma siendo consciente de que los ojos de Valentina se desviaban hacia él. Tenía toda su atención.

—Espero que no sea el vapeador que el gilipollas de tu hijo quería pillarse. Como sea eso, te juro que lo mato, de verdad. Se va a tragar el tabaco y el chisme ese. Todo junto.

—¿Y te hace gracia?

—Sí, mucha. —Otra vez, con la palma de la mano, aplastó la bola contra la barra. El sonido de la piel contra la masa sonó como si doliese. Valentina dio otro respingo.

—Perdona, niña. No quería ser descortés. Olvida que ese ingrato es el que me ayuda con las *pizzas*, te prometo que están buenísimas. Te invito a una cuando quieras por el bochorno. Gracias por traer los paquetes.

—No, no, no… No hay problema.

Iba a decirle que ya había probado la comida y que vivía en el edificio, justo encima. Pero no pudo articular palabra. Prefirió dejarlo estar antes de que el calor por la vergüenza la hiciera explotar.

Aún detrás de la barra, Lucca se mordió el labio. El pelo le cayó sobre los ojos cuando ladeó la cabeza. El hoyuelo en la mejilla derecha todavía permanecía.

Sin poder dejar de observarlo, ni de desviar la mirada hacia sus labios carnosos, Valentina notó el corazón tan acelerado que creyó que podría atravesarle el pecho si no hacía algo. No, no podía dejar de mirarlo. Y eso hacía que sus mejillas quemaran como el fuego.

Lucca, ese era el nombre que llevaba uno de los paquetes.

—¿Tú que has pedido? —preguntó el padre, revisando el sobre encima de la pila. Se lo tendió al muchacho.

—Condones —respondió este. Y la miró con descaro.

De aquella manera tan sencilla y espontánea, le robó la seguridad. Eso fue lo que Valentina sintió. Le fallaron las piernas y no fue capaz de girarse para salir corriendo.

Si la viera Martina…

—Será posible —escuchó que mascullaba el hombre, ignorando el comentario y negando con la cabeza—. Soy Ezio —terminó presentándose—, y ese subnormal de ahí será desheredado algún día.

Valentina aceptó su mano.

—Gracias —masculló Lucca—. No es mi sueño heredar uno de tantos imperios de la *pizza* de la Toscana.

—No, claro. Tú eres más de vinos —rio su padre.

—*Bravo, papà*.

Sin perder tiempo, Ezio le tendió a la muchacha una tarjeta de fidelización con seis sellos estampados, que rellenaban todos los espacios disponibles. Tenían forma de porción de *pizza* de *pepperoni*.

—Vuelve cuando quieras, estás invitada. Enseña esta tarjeta si no estoy, no quiero que nadie te cobre.

—Tranquilo, no me voy a olvidar de ella.

Valentina hizo como que no escuchó aquel último comentario. Estaba claro que Lucca se había percatado de lo nerviosa que estaba y solo quería incomodarla aún más. Por una vez, la técnica de alisar el vestido no funcionaba. Estiró el cuello y el crujido de sus propias vértebras la devolvió a su sitio. Sus pies en las Superga viejas pesaban como si se hubiera hundido en la arena mojada de la playa. Mientras se arrastraba hacia la calle, pudo notar la quemazón de aquella mirada curiosa sobre su coronilla.

Y no había sido la primera vez.

2

«Las locas somos irresistibles, girasole»



Martina examinó el contenido de la caja con pena. Después miró a su hermana conteniendo el mismo sentimiento. Tenía los puños sobre el pecho y los labios rectos en una fina línea. No sabía qué decirle.

—Me dijiste que trajera pocas cosas —se justificó Valentina, incómoda por aquella reacción.

—Lo sé. —Martina inspiró con fuerza—. Es que me parece… Me pareces demasiado valiente. Eso es todo. —Dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, soltando un suspiro.

—No, no es todo. Dilo, te parece que solo he traído chorradas, ¿verdad?

—No soy yo quien tiene que valorar las cosas que hay dentro de esa caja. Tú eres la que tiene que ponerlo todo en orden. —Se alejó un par de pasos de la mesa.

—Sí. —Valentina se cubrió la cara con las manos—. Tengo que poner orden.

—¿Y sabes cómo va mamá? —Martina al fin se sentó en la mesa frente a ella. Dejó de mascar el chicle que llevaba rato dando vueltas y con el índice y el pulgar hizo una bola con él para pegarlo en la etiqueta de la caja.

Valentina contó hasta tres despacio para no explotar. Estaban en proceso de establecer sus límites, solo tenía que explicarle a su hermana que no podía pegar chicles mascados en todas sus cosas.

—Va bien, ¿no te ha llamado? —contestó, tragándose un resoplido.

—Sí, pero lo omite todo el tiempo. El divorcio —concretó Martina. Jugueteó con uno de los anillos dorados de su dedo anular.

—Es duro.

—Sí, tiene que serlo —suspiró de vuelta—. ¿Cuántos años llevaba con tu padre?, ¿quince?

—Tengo diecinueve años, eso quiere decir que llevaban mucho juntos. —Valentina la miró sorprendida.

—Sí, supongo.

—Podrá superarlo. —Valentina la ignoró—. Pero papá, no sé. El cambio de trabajo, vender la casa… Creo que todo esto es demasiado para él —meditó en alto.

—Perder a su niñita… —La voz de Martina se extinguió al final de la frase.

—No me ha perdido.

—No, pero no es lo mismo. Ya sabes lo que digo, seguro que no le hace ni pizca de gracia que te hayas venido a vivir aquí, ¿a que no? Me lo imagino fumando como un loco. Estará subiéndose por las paredes, encogido en alguna de sus camisas amarillas gigantes, con sus gafillas doradas resbalando de su nariz todo el tiempo.

—No te rías. No es gracioso.

—Perdona. —Bajó los pies de la mesa—. ¿Y quién estaba en la pizzería cuando has ido? ¿Estaba Andrea? ¿Ha preguntado por mí?

Valentina intuyó que el brillo en los ojos de su hermana escondía algo más profundo de lo que aparentaba con sus expresiones de tipa dura.

—No —respondió, tajante.

Ante la respuesta seria, su hermana se reclinó con los codos sobre la mesa. Apartó la caja unos centímetros para poder mirarla sin problemas. El cartón emitió un sonido rasgado que les puso los pelos de punta. Ambas apretaron los dientes de manera inconsciente.

—Ah, entiendo.

—¿Qué entiendes? Lucca dijo que estaba fumando.

Martina sonrió de una forma horrible.

—Eso es. Lo has conocido oficialmente —rio. Chasqueó la lengua contra su paladar.

—Sí, el dueño del local es muy amable. Y gracioso. Me ha regalado una tarjeta con sellos para comer gratis —resolvió Valentina, imaginando hacia dónde iban los tiros, y evitándolos a toda costa.

—¡No jodas! A ver. —Martina se puso en pie para seguirla, extendiendo un brazo hacia ella.

—No, es mío —protestó Valentina en respuesta, quien pestañeó varias veces al ver el extraño tatuaje incompleto que su hermana tenía en el antebrazo derecho: una especie de semicírculo con una esfera negra dentro. Prefirió dejar su comentario para otra ocasión.

—Te lo voy a decir una vez, *¿okey?* —Valentina asintió, siguiendo la mirada brillante de Martina. Su hermana, de repente, había asumido su rol de madura—. Andrea es mío, ni lo mires. Lucca es gilipollas, puedes mirarlo, pero no te emociones. Lo digo en serio, ese muchacho tiene problemas de ira o lo que sea. Además, eres demasiado guapa para él. Me niego.

—Gracias, supongo. Pero creía que tú ya estabas… Ya sabes, en pareja.

—Qué va. —Hizo un gesto negativo con ambas manos.

—Ah.

—De todas formas, Leo y yo no conseguimos arreglar las cosas.

—Pero la semana pasada pareció que sí.

—Fue un polvo, Valentina. Ya está. No estamos atados para siempre por eso. No me lo repitas más, por favor. —Se alejó de la mesa después de poner los ojos en blanco.

Cuando hacía eso, Valentina se veía reflejada en ella. Tenían la misma manía, que ambas habían heredado de su madre.

—Si no quieres que te lo repita más, abstente de meter a ese tío en tu cama mientras yo esté en mi habitación. No es agradable. Ni a ese, ni a ningún otro —puntualizó, cayendo en la cuenta —. Por favor.

—Te dije que te pusieras música, te di el aviso. Tú puedes hacer lo mismo cuando traigas a alguien a casa. No te lo voy a prohibir.

—No hará falta. —Apartó la mirada, sonrojada por segunda vez aquel día.

—Claro, tienes diecinueve años. Qué cosas tengo, ¿no? Estamos hablando de algo disparatado.

—Me refiero a que te respeto, y hacer eso me parece una falta de este.

Martina se cruzó de brazos.

—Otra vez dándome lecciones —rio—. Más te vale espabilar aquí o te acabarán comiendo. —Hizo una pausa—. Los carteristas son los primeros. Ándate con ojo. Cuando alguien te diga cosas bonitas al oído, cántale las cuarenta antes de que te haya robado hasta las bragas.

—Lo haré. —Era la decimoquinta vez que se lo decía.

—Y sal a que te dé el aire. —La vigésima.

—Déjame en paz, ¿vale?

—Invítame a comer abajo y te dejo en paz. Yo lo hice. —La mayor cruzó los brazos sobre el pecho y se encogió de hombros.

—Era mi primer día —masculló Valentina con reproche.

—Y yo te regalé la visión de los hijos de Ezio. Me lo tienes que agradecer.

—Estás loca.

—Ya, y aun así has venido a vivir conmigo. Las locas somos irresistibles, *girasole*.

Pensando en aquel apelativo, Valentina se encontró de nuevo frente al espejo, tratando de alisar su vestido. Su hermana y el repartidor lo habían usado para referirse a ella por culpa del estampado de la tela. Se preguntó si a partir de ese momento la llamarían como el estampado de su ropa. Podía probar a ponerse alguna camiseta con nubes, focas o cactus. Sería una anécdota graciosa si la regla se cumplía.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó volviendo a por sus cosas, dispuestas sobre la mesa. Como su hermana, echó una triste mirada dentro—. Puedes acompañarme a dar un paseo y me enseñas esto. Me apetece.

Pero Martina torció el gesto.

—Me viene bien que salgas mañana, Leo va a venir —soltó sin mirarla.

—Entiendo.

—Pero, si te da morbo, puedes quedarte —comentó de forma desinteresada, observando el color fucsia de sus uñas.

—¡Eres una asquerosa! —Con un movimiento de la cadera, Valentina hizo que la puerta entornada de la habitación terminara de abrirse. Obvió la risa enloquecida de su hermana y cerró con una patada, quedándose sola en la estancia, con sus cosas apretujadas contra el pecho y los labios demasiado apretados.

Reprimió un fuerte impulso de llanto.

Contó hasta cinco. No sabía por qué, pero, desde pequeña, esa técnica le había servido para mantener el control. Quizá, de manera inconsciente, lo copió de su padre. Un fanático del cine clásico y las películas del oeste que, siempre con el cigarrillo en mano y el otro brazo libre apoyado en su cadera, contaba en silencio y con los ojos cerrados. Mascullando en susurros, mientras el humo escapaba de sus labios y le temblaba el pulso.

Aunque no era muy espaciosa, la habitación sí estaba bien distribuida. A su izquierda, justo al lado de la puerta, habían conseguido colocar una cama individual y frente a esta, junto a la ventana, el lugar de estudio. Al sacar la cama de matrimonio fuera, el espacio quedaba mucho más despejado. Así que Valentina pudo colocar un escritorio sencillo y un mueble con cajones que Martina se había empeñado en que comprara porque iba a juego con el material de los biombos del piso. El único armario de la casa era compartido y también estaba fuera, con la cajonera de Martina y el resto de mobiliario que componía su anterior habitación.

Para Valentina no era problema, de momento. Pese a que con el cajón que su hermana le había cedido le bastaba, intuía que pronto tendría que comprar algo que le permitiera colgar sus vestidos. Un perchero, quizá. El plan no era pasar todo el verano con el vestido de girasoles y el único *short* vaquero que había traído. Su ropa seguía esparcida en la maleta, y como por falta de espacio su hermana había aprendido a vivir sin tabla de planchar, se negaba a vestir con lo que había traído.

Todavía tenía dinero suficiente para seguir amueblando el cuarto, pero Ikea estaba a más de

treinta y cinco minutos en coche. Y Martina no tenía. Al parecer, no había mucha gente en Florencia con permiso de conducir y coche propio. Por lo que recordaba, las calles eran tan estrechas que los coches dudosamente las atravesaban. Todavía le costaba asimilar que los autobuses públicos de la ciudad fueran capaces de colarse por aquellas estrecheces.

Había conseguido la cama y el escritorio gracias a un pedido *online* hecho justo antes de mudarse y a que el día de la entrega su hermana tuvo el día libre en el trabajo. Montarlo todo había sido tan agotador que no se imaginaba tener que hacer lo mismo con lo que le faltaba. Al menos, se apañaba con un taburete a modo de silla. Y no sería un problema hasta empezar la universidad.

Para eso faltaba la eternidad de todo el verano. No había prisa.

Los chillidos de los niños y sus madres reverberaban entre las cuatro paredes pintadas de un color entre violeta, malva y un azul extraño. Valentina se asomó a la ventana con cuidado, explotando las burbujas del plástico protector con el que había envuelto sus cosas antes de mandarlas. Quizá, si conseguía que la escucharan explotar las pompas con más fuerza, se callarían y la dejarían pensar en paz. Imaginó a los niños de la calle asustados al escuchar las pequeñas explosiones, como sonidos de lejanas bombas, y a sus madres llevándolos lejos de allí.

El patio interior de aquel edificio, sin duda, había sido una idea pésima. El arquitecto ideó una comunicación libre con la calle, y muy probablemente con la parte trasera de la pizzería de Ezio. El humo del horno llegaba a todos los rincones, y el delicioso aroma a especias, queso y tomate daba hambre a todas horas. Y, sin aire acondicionado que le permitiera cerrar la ventana, estaba expuesta a aquella tortura todos los días.

Con la mente en aquella especie de plaza empedrada y un diminuto jardín con bancos de piedra, Valentina se fijó en los dos muchachos que se empujaban hacia el centro. Uno de ellos llevaba puesto un mandil a cuadros blancos y rojos. Hablaba acalorado, al ritmo de las sacudidas de sus brazos, tratando de alcanzar al que discutía con él, que andaba de espaldas. Reconoció a los hijos de Ezio. De manera inconsciente, dejó de explotar burbujas de plástico para poder escucharlos.

—Si no te gastaras el dinero en esa basura, no tendrías problemas. —El rostro de Lucca parecía desencajado. Las mejillas, de nuevo acaloradas y el pelo, revuelto.

Andrea consiguió alcanzarlo para devolverle el empujón.

—Que no me gasto el dinero, deja de decirme lo que tengo que hacer.

—Subnormal. ¿Para qué quieres una máquina que echa humo?

Al escucharlo, Valentina recordó su visita al restaurante para entregar los paquetes que le habían llegado por error.

—Sabes que no es eso.

—¡Déjate de tonterías y trabaja! Eso es lo que tienes que hacer. Y dejar de meterte más mierda en el cuerpo. No te hagas el tonto, sé lo que haces cuando pones el teléfono en modo avión y desapareces toda la noche —le recriminó, dándole un palmetazo en el pecho. Valentina sintió la violencia de la sacudida en su propio cuerpo—. No soy gilipollas, Andrea. Conozco a esa gente con la que te juntas, y por tu culpa saben cosas que no deberían.

—Te estás llenando la cabeza de películas que te montas tú solito, Lucky. ¿Qué van a saber?

—Saben dónde vivimos, quiénes son los proveedores del negocio de tu familia. ¡Siguieron a tu hermana pequeña al colegio, joder! ¿Es que les debes dinero?

Andrea permaneció inmóvil ante aquella confesión. Lucca y él compartieron una mirada

cargada de gravedad. En ese momento, Valentina se sintió una persona horrible por estar metida en aquella conversación sin ser vista ni invitada. Se notaba que era un asunto que se enturbiaba por momentos.

—¿Qué? —La voz ronca de Andrea cortó el silencio. Acto seguido, se pasó una mano por la cabeza.

—La siguieron un tiempo —prosiguió Lucca, algo más calmado. Se pasó la mano por el pelo como si le estorbara, imitando a su hermano—. Antes, solo alguna vez por semana; más tarde, casi todos los días. A la ida y a la vuelta. Le dije lo que tenía que hacer si alguno se acercaba demasiado…

—Pero eso no es malo, Lucky Luke. —Andrea le restó importancia con un movimiento de la mano. Aunque la tensión de su mandíbula denotaba que aquella información no era tranquilizadora.

—Que no me llames así. —Lucca le dio la espalda. Su hermano cogió aire y fue detrás de él. Habían bajado la voz—. Lo que menos tengo es suerte —masculló, dándole una patada a una piedra, que rebotó sobre una de las rejas—. Lucky —rio con burla—, vaya gilipollez de apodo.

—Es porque nos protegen. Querrían asegurarse de que Alda llegaba bien, eso es todo —dijo Andrea, volviendo al hilo de la conversación. Negó muy rápido con la cabeza en ambas direcciones.

Desde aquella distancia, Valentina no alcanzaba a distinguir con claridad la expresión del muchacho de ojos azules, pero sin duda, no era buena. Andrea puso las manos en alto, sobre el pecho, con la intención de frenar un posible ataque.

—Ve y cuéntaselo a tu padre, a ver si a él le hace gracia que escolten a su hija de doce años todos los días una panda de yonquis.

—No empieces.

—No, porque como empiece…

—¿Qué? —Andrea lo retó—. ¿Vas a pegarme?, ¿otra vez? —Le golpeó el hombro con un palmetazo, provocándolo—. Solo sabes hacer eso, ¿no? Enfadarte y zurrar. Por mí, bien —aceptó—, puedo dejarte otro ojo morado si es lo que quieres. Y luego se lo explicas a papá y a Alda.

—Además de retrasado, te envalentonas muy rápido. —Andrea negó con la cabeza soltando un bufido. Se remangó ambos brazos, preparándose—. Pero no me has respondido. ¿Les debes dinero?

En ese momento, los dedos de Valentina se accionaron sin querer ante la repentina tensión visible entre ambos hermanos. Apretó tan fuerte aquella burbuja que el estruendo en el silencio se escuchó amplificado, como si un plato hubiera estallado en mil pedazos en mitad de la plaza. Sendas miradas se giraron en su dirección.

El mayor de los hermanos hizo visera con la mano; probablemente llevara gafas o lentillas, porque, por su expresión, no parecía llegar a distinguirla bien. Lucca, sin embargo, la reconoció perfectamente. Estaba rojo de furia, pero, al verla, su tez palideció un poco.

Ella se apartó de la ventana antes de que ninguno de los dos dijera una palabra. Y acabó por sentarse en el borde de la cama, terminando de explotar las burbujas como poseída. Total, ya no importaba.

—¡Dame eso! Me estás volviendo loca con ese ruido. —De un tirón, Martina le quitó el trozo de plástico—. ¿Es que tienes cinco años para entretenerte con esta mierda?

Y la dejó de nuevo sola después de dar un portazo.

El pecho de Valentina se llenó de enormes y furiosas mariposas que bailotearon por sus costillas, estrellándose contra sus huesos.

Los dedos se le crisparon queriendo atrapar el aire.

Aguantando la respiración, volvió a echar un vistazo a la ventana. Desde la cama solo alcanzaba a ver las ventanas del edificio de enfrente. En cuanto dejara de escuchar los susurros de los hermanos, intentaría cerrar las mallorquinas de madera sin asomarse demasiado. Si quería claridad e intimidad en aquel lugar, necesitaba unas cortinas. A su hermana no le había importado que los vecinos la vieran cambiándose, pero a ella no le hacía ni pizca de gracia. Ni a ella, ni a nadie medio normal.

Sacó la tarjeta de sellos de la funda del móvil y la escudriñó como si escondiera un secreto. No quería darle vueltas a lo que acababa de escuchar, ni tampoco intentar darle sentido a aquella querella familiar. No tenía que haber prestado atención; punto. Tendría que evitarlos cada vez que saliera del edificio. O esconderse en las escaleras cuando Leone fuese a ver a su hermana. Solo hasta empezar la universidad. Entonces, se encerraría a estudiar y no habría problema. Un plan sin fisuras.

Pese a que nada le apetecía más que dejarse atrapar por la esencia de Florencia, su hermana había conseguido llenarle la cabeza de preocupación. Tanto que, si notaba que alguien andaba demasiado cerca de ella, Valentina se daba la vuelta y regresaba a casa. Apenas había conseguido pasear sola más de quince minutos. Ida y vuelta al supermercado, bajando la calle. Lo más emocionante que había explorado había sido un establecimiento veinticuatro horas compuesto únicamente de máquinas expendedoras que calentaban hamburguesas, los contenedores de basura de su barrio, una zona para aparcar motos con una distribución muy extraña y poca señalización, y un puesto de libros y vinilos de segunda mano que aparecía y desaparecía los sábados por la mañana, justo en su calle. El señor era muy amable, pero no entendía ni una palabra de italiano. Vestía únicamente con lino blanco y llevaba el cabello recogido en una coleta gris. Saludaba a Martina con efusividad cuando la veía; ella le respondía con una sonrisa.

3

Olía a cloro



Le pidió por favor que le dejara buscar el cargador de su móvil.

Valentina se dio toda la prisa que pudo rebuscando en su maleta, por la cama y debajo de esta. No dio con el cable y su hermana le indicó que se le había acabado el tiempo.

—¿Y si me pasa algo? —protestó—. Me voy a quedar sin batería, tirada en la calle.

—No te va a pasar nada —zanjó Martina, impaciente.

—Claro, tendré cuidado con los camellos y carteristas. Y, si necesito algo, te pego una voz.

—Perfecto. —Convencida, Martina la empujó hacia la puerta, asintiendo.

Su hermana pataleó, indignada.

—Me van a comer los mosquitos —contraatacó.

—Ve a la farmacia y compra repelente. ¿Qué te digo? También puedes quedarte en el pasillo. Así podremos hacerlo en tu cama, para que nos escuches.

—Eres una asquerosa.

—Que sí, ¡pírate!

—No toques mi cama. —Valentina hizo un pulso con su hermana, sujetando la puerta, ayudándose también con la rodilla. Martina se puso roja por el esfuerzo—. Si le haces una arruga nueva a las sábanas, lo sabré.

—Tranquila, Vale. No tocaremos tu cama.

La chica sintió cómo sus músculos se congelaban al escuchar de nuevo aquella voz. Leone era difícil de describir, pero más difícil de hacerlo era su voz: ni juvenil ni adulta, ni grata ni desagradable. Simplemente, cuando hablaba —especialmente cuando se dirigía directamente a ella—, sentía escalofríos. Y esa sensación nunca le había traído nada bueno.

Se apartó de la puerta para dejarlo pasar. Leone la rodeó despacio, después de haberla mirado de arriba abajo mientras su hermana entornaba aún más la puerta. Sonreía de una forma inquietante, como si estuviera a un segundo de enloquecer. En eso le recordaba a Martina.

—Divertíos —masculló, pero ninguno le contestó.

Los *shorts* le apretaban, se pegaban a sus muslos y a su cintura, provocando más calor. Al andar notaba el roce de la tela contra su piel.

Al principio se negó a moverse del pasillo: Martina la había sorprendido mientras ordenaba su colección de polaroids, sentada sobre la cama y vestida únicamente con un pareo de playa y la ropa interior. Hacía tanto calor que era incapaz de dejarse puesto el pijama. Pero tampoco podía pasearse por la habitación en cueros, o los vecinos del bloque colindante podrían verla.

Solo había tenido cinco minutos para buscar algo limpio, revolverse el pelo y calzarse las zapatillas. Su móvil estaba a un cinco por ciento de apagarse y, aunque hubiera encontrado el cargador, no habría podido cargarlo en ningún sitio.

Su plan perfecto no había consistido en acabar en el corredor del edificio, con unos vaqueros apretados, una camiseta llena de arrugas, sin batería en el teléfono y sintiéndose a

punto de derretirse. El pelo suelto se le pegaba al cuello y a las mejillas. Era una de las sensaciones que más odiaba en el mundo. Eso y sentir ráfagas de aire caliente golpeándole en la cara. Por suerte, cuando se atrevió a poner un pie en la escalinata del portal, pudo comprobar que la temperatura en el exterior había comenzado a bajar. Se sentó en el último escalón. La aplicación del tiempo de su móvil le indicó que se encontraban a veinticinco grados.

Aquel verano sin aire acondicionado iba a ser demasiado largo.

Al encender los datos, comenzaron a saltarle notificaciones en la pantalla. Y aquellas que no quería ver se acumularon en la barra de mensajes. Se resistió a pulsar sobre el número rojo.

Ni siquiera le había hablado por mensajería privada. Le había escrito por Instagram. Y ella había sido tan imbécil que no le bloqueó el perfil después de la despedida. Vaya despedida.

Tomando aire, a punto de perder de nuevo los nervios, se dio cuenta de que estaba alisando de manera inconsciente su camiseta, como hacía con todos los vestidos. Fue cuando vio el primer mosquito sobre su muslo izquierdo; después sintió el escozor. No reaccionó lo suficientemente rápido, pues, segundos más tarde, vio otro sobre su otra pierna y, al mismo tiempo, sintió un pinchazo leve en el brazo.

—Ey, Valentina. —Una voz familiar la sacó de su pelea con los insectos. Sorprendida, giró la cabeza hacia la izquierda, en busca de quien la llamaba—. Ven adentro o te van a comer viva.

Andrea se colgó del tirador metálico de la puerta de la pizzería, invitándole a entrar con un gesto de la cabeza mientras se balanceaba. Ella se abrazó las rodillas sin saber qué hacer. No quería más sorpresas. Quería que la dejaran en paz.

—Tu hermana me ha escrito —insistió el chico. Se encogió de hombros, esbozando un inicio de sonrisa cargado de seguridad—. Dentro tenemos aire acondicionado —dijo, mirando hacia la fachada—, un cargador de iPhone y… no hay mosquitos.

—¿Tienes un cargador de iPhone?

Andrea se soltó de la puerta y dio unos pasos hacia ella. Se acercó para tenderle la mano y ayudarla a levantarse. Ella observó aquella mano llena de pecas antes de aceptarla.

—Sí —rio el chico. Sus ojos eran marrones oscuros, en contraste con su piel clara, llena de lunares. Llevaba el pelo rapado al dos, algo más corto por ambos lados de la cabeza, y sus rasgos eran más afilados y rectos que los de su hermano menor. Se notaba el parecido entre ambos, pese a que eran muy diferentes. Andrea era más alto que el chico rubio y, a su lado, se notaba mucho más delgado—. Se lo pedimos a Lucca.

Valentina frenó en seco, barajando esa opción. Pero Andrea tiró de ella para que entrara en el local. La primera oleada del aire acondicionado le arrancó un placentero suspiro; la segunda, le apartó el pelo de la cara, y el mal humor descendió en picado.

—Esto es mejor que el cargador. Ya no me hace falta —suspiró, complacida.

Andrea se echó a reír al escucharla. Tuvo que guiarla entre las mesas para cederle un asiento en la más retirada de todas, cerca del baño. Era la única con mantel hule y estaba llena de cuadernos y bolígrafos de colores. Valentina se sentó frente a una adolescente, que la escrutó sin miramientos durante más tiempo del deseado. Al cabo de los primeros minutos, se revolvió en el asiento mientras esperaba a que la chica hablara.

—¿Quién eres? —le preguntó esta al final. Tenía los ojos grises y los mismos rasgos juveniles de Lucca le enmarcaban el rostro. El cabello del mismo color, recogido en una cola de caballo que le caía por uno de sus hombros. Un poco más castaño, quizá.

—Valentina —contestó la aludida. Apoyó los codos sobre la mesa, sin saber bien qué más decir.

—Es la hermana de Martina —explicó Andrea. Le ofreció un vaso de agua, que ella agradeció en el alma—. Y acabo de salvarla de una oleada salvaje de mosquitos.

—Son terribles —coincidió la chica—. Soy Alda —se presentó. Esta vez evitó mirarla a los ojos, centrada de nuevo en los apuntes de su cuaderno.

—Sí, es Alda. —Andrea se burló de su tono—. Y no deja de estudiar ni en verano —señaló. Se apoyó sobre una de las sillas, echándole una ojeada a las hojas garabateadas de su hermana. Había números en todos los colores, con fórmulas escritas en cuadros y bocadillos resaltados con rotulador.

—He suspendido matemáticas —explicó Alda, sin levantar la vista del papel—. Y necesito sacar una buena nota para mejorar la media. No quiero dedicarme a hacer pasta cuando deje la escuela. En realidad —continuó—, todavía no entiendo cómo he suspendido —masculló, con una mueca de horror en el rostro.

—Nadie lo entiende. —Su hermano la abrazó por la espalda.

—Andrea, ¿no tienes cosas que hacer? Se lo voy a decir a papá —protestó la chica.

—Eres un bicho, Alda Serra.

Alda le sacó la lengua a la vez que lograba apartarlo de un codazo. Colocándose correctamente el delantal, el mayor de los Serra las dejó a solas en la mesa, al tiempo que Valentina se preguntó qué era lo que su hermana le había dicho al chico exactamente. ¿Qué la acogiera mientras ella se acostaba con su ex tóxico? ¿Andrea y Martina también tenían ese tipo de encuentros? ¿Qué tipo de amistad compartían?

—¿Por qué estabas en la calle? —Alda no perdió el tiempo.

—¿Y por qué no? —Valentina se cruzó de brazos sobre la mesa.

Ambas se aguantaron la mirada unos segundos.

—Aparte de lo obvio…

—No estaba tan mal en la calle, en serio. En Milán los mosquitos son todavía más grandes. Y, encima, me dan alergia.

—¿Vives en Milán? —Los ojos grises de Alda se abrieron hasta su tope.

—Vivía. Bueno, he vivido allí toda mi vida —explicó Valentina, ladeando el cuello.

—Y te has venido con tu hermana.

—Es complicado. Pero, en resumen, sí. Estoy en casa de Martina. Y en casa de Martina hay unas absurdas reglas que se deben cumplir.

—Te echa a la calle en su día libre para tener intimidad —comprendió Alda. Valentina frunció el ceño—. Al menos no te dice que te pongas música —apuntó.

¿De dónde había salido aquella niña?

—Creo que me estás provocando un *déjà vu*.

—En serio, lo de la música es peor.

Ambas rieron.

—Lo sufrí la semana pasada.

—En el último día libre —Alda ató cabos.

Valentina asintió.

—Veo que Martina es conocida por aquí —masculló.

Alda dejó el bolígrafo y también se cruzó de brazos sobre la mesa.

—Martina y Andrea son muy buenos amigos —explicó asintiendo—. Todos la conocemos. Pero a ti no —puntualizó con énfasis, moviendo las cejas.

—Yo he venido poco por aquí —confesó—. En vacaciones, cuando era pequeña. Y una

Navidad. Pero, por aquel entonces, Martina no vivía por su cuenta y hacíamos planes familiares.

—¿Ya no hay planes familiares?

—No, salvo que he venido para trabajar en nuestra relación de hermanas.

—Qué tontería —exclamó Alda, palmeando en la mesa—. Tengo dos hermanos que estoy deseando perder de vista. —Echó una mirada por encima de su hombro por si Andrea la escuchaba, pero estaba ensimismado canturreando en la cocina—. Uno es demasiado inmaduro para su edad y piensa que sigue teniendo dieciocho años. —Señaló de manera inconsciente en dirección al mayor—. El otro es demasiado maduro para su edad, pero, como no es capaz de controlar todo lo que le rodea, se comporta como un auténtico crío.

—Eres muy joven para realizar ese tipo de análisis —apuntó Valentina.

La adolescente le dio la razón. Su semblante serio daba miedo.

—Estuvieron en terapia, es lo que escuché. Han tenido problemas —explicó, bajando la voz —. Por eso estoy aquí: soy el equilibrio. Si me ven en medio, piensan mejor cómo actuar. Así que así será todo mi verano.

Valentina recordó la escena del día anterior, de ambos hermanos enfrentándose en la plaza de su edificio. ¿Andrea la habría reconocido?

—Vaya. ¿No se llevan bien? —Se hizo la sorprendida.

—Chocan demasiado.

La puerta se abrió soltando un chirrido que las hizo volverse. Alda se revolvió en el asiento y le lanzó un beso por el aire al chico que atravesó la estancia. Este saltó unos palmos, simulando que lo atrapaba al vuelo. Se lo llevó al pecho y miró a la chica, que negó apretando los labios en una mueca.

—Qué tonto eres.

—Igual que tú, simpática —contestó Lucca. Al saltar, la mochila que llevaba al hombro había caído al suelo. Se agachó a recogerla y Valentina aprovechó para desviar la mirada—. Hola —la saludó con un tono encantado, sorprendido al reconocerla.

—Hola. —Valentina se negó a mirarlo de nuevo. Estaba segura de que la tarde anterior la había visto asomada a la ventana. No quería que pensara que era una cotilla, pero tampoco tenía idea de cómo iba a explicárselo. La culpa la habían tenido ellos por pelearse en una zona pública. Ella no había salido de su habitación.

Con la mochila de nuevo al hombro, Lucca arrastró los pies hasta la mesa donde estaban. Llevaba el pelo mojado por las puntas y las cejas despeinadas. Quizá era por la luz, pero sus ojos lucían mucho más oscuros que la tarde anterior. Y su cabello más dorado y menos ceniza.

—¿Cómo se ha dado? —le preguntó su hermana. Dejó a un lado sus apuntes para prestarle atención.

—Mal —Lucca estiró el cuello hacia la dirección de Valentina, como excusa para mirarla —, todavía me duele la espalda y el hombro. No consigo que mejore. —Tiró de su camiseta varias veces por la zona del cuello para que el aire acondicionado le secara el sudor del cuerpo. Ahogó un jadeo de placer—. Van a terminar echándome —masculló en voz baja, alejándose de ellas unas zancadas.

Ambas chicas pudieron escuchar cómo la mochila voló por los aires antes de estamparse contra Andrea, que, desde la cocina, soltó un alarido de sorpresa.

—Ya empiezan. —Alda se tapó la cara con las manos—. Son unos críos —protestó. Con la mirada, pareció pedirle ayuda a su nueva amiga. Pero esta se limitó a encogerse de hombros, por lo que Alda tomó aire con calma antes de amenazar a los muchachos con llamar a su padre por

no dejarla estudiar. Los hermanos guardaron silencio al instante, como si se hubieran quedado solos.

Fue cuando Lucca se acercó de nuevo a ellas. Vestía con ropa deportiva: camiseta de algodón blanco y bermudas negras por encima de la rodilla. Y chanclas de una sola tira, que parecían ajustarse con velcro. Valentina reconoció la marca Speedo, grabada como un rayo, justo encima de la tira de goma. Desde ese momento, Lucca le llamó más la atención. Olía a cloro.

—¿Te gustan? —le preguntó este, siguiendo su mirada a las chancletas.

Valentina carraspeó, tratando de no volver a enrojecer. Debía aprender a no clavar la vista durante tanto tiempo cuando algo le llamaba la atención.

—¿Nadas? —le respondió con otra pregunta. Sabía que su hermana no soportaba que lo hiciera. Sonrió al recordarlo.

Para su sorpresa, Lucca enarcó una ceja y retrocedió unos centímetros, lleno de interés.

—Vaya, me han delatado antes las chanclas que el pelo mojado y el macuto. —Agarró una silla y la volteó de modo que pudo apoyarse en el respaldo con los brazos al sentarse.

Alda, a su izquierda, aprovechó para revolverle la cabeza. Se apartó veloz para que su hermano no pudiera alcanzarla.

—Con el calor que hace, no me ha parecido extraño que llevaras el pelo medio mojado —contestó Valentina, encogiéndose de hombros.

Lucca pareció conforme ante la respuesta.

—Bueno, has obviado el hecho de que apesto a cloro. —Valentina coincidió con aquello, pero no, no lo había obviado. En aquel instante se recordó echando de menos ese olor; tenerlo en la piel incluso después de haber usado su gel favorito con esencia de higos—. Desde que me lesioné, no nado tanto como me gustaría. Chapoteo —aclaró Lucca.

La forma familiar que tenía de mirarla a los ojos comenzó a ponerla aún más nerviosa. El chico era claro y abierto; la evaluaba sin que le importara lo más mínimo la reacción de ella.

—Te he visto nadar lesionado y eres un exagerado. —Alda aguantó la risa.

—La verdad es que sí —se burló él.

—Lucca se está preparando para los nacionales, ¡así es de bueno! —exclamó Alda, volviendo a levantar la vista de los apuntes.

Lucca negó de seguido con la cabeza. Su pelo, que parecía cambiar de color conforme le diera la luz, le cayó por la frente.

—Qué va, entrenaba para los nacionales. En pasado —corrigió con amargura—. Ya no tengo esa fe. —Se removió en el sitio, intranquilo—. En fin, ¿lo necesitas? —Le tendió a Valentina un cargador blanco, que parecía recién estrenado.

Ella sintió que el corazón se le aceleraba. Sacó su móvil del bolsillo trasero del pantalón para escudriñar la pantalla. Al olvidar desactivar los datos, las notificaciones habían ido en aumento. Uno por ciento de batería.

—No, gracias. Estoy bien. —Bloqueó el teléfono antes de dejarlo sobre la mesa.

Ignorándola, Lucca se irguió sobre ella para alcanzar la pantalla del móvil y, con un toque de su dedo, hizo que se iluminara. El icono en rojo de la batería parpadeó en la parte superior. También el fondo de pantalla de Valentina, que vio al chico asentir con aprobación a la ilustración de una piscina dividida en cuatro calles, con sus marcas en forma de T, los pódiums y las corcheras de colores.

—No voy a cobrarte por dejarte el cargador —le aseguró—. Carga el teléfono un rato, no deberías salir de casa sin estar disponible.

Alda, que también se había quedado mirando la imagen de la pantalla, ladeó la cabeza, mirándolos a ambos de hito en hito.

El chico tenía razón, por lo que Valentina prefirió obviar el tema y agradeció el gesto. Lo enchufó justo en la pared de su derecha y desactivó los datos del teléfono para evitar seguir tentada de mirar las notificaciones. Quería eliminar los números en rojo sin que le costase un drama. Después de haber puesto un pie en Florencia, no había sido capaz de abrir de nuevo una conversación en concreto.

—¿Tienes Instagram? —le preguntó entonces Alda—. Lucca me lleva la cuenta. Le voy a decir que te siga —propuso.

Al escucharla, su hermano se pasó la mano por el pelo con impaciencia.

—Mi móvil es más tuyo que mío —protestó.

Alda abrió mucho los ojos, suplicando.

—Por favor…

—Si ella quiere —resolvió el chico, lanzando el balón al tejado de Valentina. La observó sin pestañear, retándole a contestarle a la niña.

Mirando a Alda, Valentina contestó:

—¿Le dejas que vea tus conversaciones privadas?

—Es una menor —se justificó Lucca, sin dar lugar a que su hermana pudiera responder—. He tenido su edad, sabes que le estoy haciendo un favor. Si quiere un perfil en redes sociales, ya sabe lo que hay —zanjó.

—Pero no es del todo justo.

Lucca apoyó los puños sobre las rodillas. De manera inconsciente, su cuerpo siguió el camino hacia el de Valentina, pero el respaldo de la silla le impidió llegar hasta ella.

—Le estoy enseñando a estar en una red social. No es un juego y solo tiene doce años. Lo que no es justo es que los niños se expongan sin cabeza y que nadie les pare los pies hasta que es demasiado tarde.

—Espero que no uses el perfil de tu hermana para espiar —se atrevió a verbalizar Valentina, escogiendo un rotulador naranja de la colección de la adolescente.

La carcajada de Lucca le hizo enarcar una ceja. Al reír de aquella forma tan auténtica, nacieron de sus ojos unas finas arrugas a ambos lados. Desaparecieron tan rápido como la risa cesó.

—Me estás diciendo que no te espíe con el perfil de mi hermana, ¿no? —Por un momento, Valentina creyó verlo sonrojarse.

—Sabes leer entre líneas.

La lengua de Lucca se deslizó de manera breve por el borde de sus labios rosados. Valentina no entendió si aquel gesto representaba un pensamiento inconsciente o una burla hacia ella.

—Tendrás que darme tu usuario, entonces —resolvió Lucca—. Así puedes estar tranquila de que no te espiaré desde la cuenta privada de una menor.

De nuevo, el golpe seco de su corazón dándole una patada en el pecho. O las mariposas de la ansiedad destrozándole las costillas para dejarla sin aire. Notó las mejillas encendidas. Por su parte, Alda siguió observando en silencio las reacciones de ambos, sin perderse detalle.

—No sigo a gente que no conozco. —Esta vez fue Valentina quien trató de zanjar la conversación. Carraspeó antes de devolverle la mirada. Quiso aparentar seguridad, pero, por la reacción del chico, no lo consiguió. Ambos se encontraron en un absurdo tira y afloja que no

habían planeado.

—¿Debería ofenderme? Estás en el restaurante de mi familia. Estamos manteniendo una conversación desde hace rato —señaló Lucca, sin tratar de parecer molesto, haciendo espasmos con las manos al hablar.

Alda asintió en favor de su hermano.

—Seguro que a Vita no le hará gracia que vayas siguiendo a chicas desconocidas en Instagram —se burló con seriedad.

Lucca reaccionó poniendo los ojos en blanco, lo que a Valentina le recordó a su hermana. Y se preguntó cuándo podría regresar al piso.

—No te metas, pesada.

—Pues avisa cuando venga, paso de escucharla renegar. —Alda imitó el gesto despectivo de su hermano, balbuceando con burla.

—Pero si no hablas con ella.

—Ya, y se supone que tú tampoco. —Lo fulminó con la mirada. Lucca y ella aguantaron firmes hasta que tuvieron que pestañear. La niña siseó molesta, pestañeando con gravedad para que los ojos dejaran de escocerle. Antes de que su hermano volviera a protestar, se giró hacia Valentina—. ¿Tienes novio? —preguntó con descaro.

—Alda. —Lucca levantó la voz con una seriedad repentina. La niña se limitó a encogerse de hombros. Su coleta bailó en el aire—. Eso es personal, ¿ves por lo que no puedes tener redes sociales?

—¡Estoy socializando! A ti también te asalta la duda, no me mientas —lo acusó.

Valentina no quiso mirarlo de nuevo. Lo escuchó tomar aire con fuerza. Antes de contestar a la pregunta, negó con suavidad. Por el rabillo del ojo visualizó los dedos de Lucca estirarse sobre sus rodillas.

—No, nada de nada.

—Lo dejaste en Milán, ¿verdad? Por eso viniste aquí.

—¡Alda! Para.

—Si vuelves a levantar la voz, se lo diré a papá. Y ya sabes lo que hará —amenazó la niña.

Tras aquello, la mandíbula de Lucca se tensó antes de que, tras un impulso, dejara la silla de nuevo apostada en su sitio en la mesa. Respiró hondo durante unos segundos eternos, observando sus chanclas o el suelo marrón de juntas blancas. Sin que ninguna lo esperara, tiró el móvil sobre la libreta de la mesa, asustándolas a ambas por el golpe, y marchó hacia la puerta, dándoles la espalda.

—Dile a papá lo que quieras.

—¿Adónde vas? ¡Lucca!

Su hermana salió corriendo detrás de él. La puerta se abrió con violencia y Alda la sujetó antes de que golpeara contra la pared. Asombrada por haberla parado a tiempo, resopló antes de reemprender la carrera.

Valentina la escuchó gritar el nombre de su hermano calle abajo. La imaginó corriendo por la misma dirección que ella tomó tratando de explorar el barrio unos días atrás; pero su imaginación dejó de ver a la niña una vez hubo llegado al supermercado, pasando los contenedores. No sabía qué había más allá. Intuía varios establecimientos. Más máquinas expendedoras, quizá.

—¿Qué ha pasado?

El mayor de los tres hermanos hizo acto de presencia después de que la puerta se cerrara

haciendo vibrar la cristalera entera. Se limpió las manos de harina en el mandil que había llevado Lucca el día anterior, mirándola sin comprender.

—Creo que tus hermanos han discutido. —Fue lo que su invitada logró decir.

Andrea se dirigió a la mesa, donde el móvil de Lucca comenzó a vibrar. El nombre de Vita parpadeó un par de veces antes de que en la pantalla se materializara el rostro más bonito que Valentina había visto nunca. Parecía una auténtica obra de arte hecha persona. Al menos, en aquella fotografía que el dueño del teléfono había elegido para guardar su contacto en la agenda. Vita era castaña de mechas naturales y penetrantes ojos verdes. Llevaba los labios de rojo y muchos collares dorados superpuestos sobre su cuello a modo de gargantillas. Guiñaba el ojo a la cámara, con una mano bajo su barbilla. En ella, aquel gesto quedaba elegante. Valentina había visto a pocas personas a las que se les daba bien posar de aquella manera. Ella era una de las que ni lo intentaban.

Al cuarto tono, Andrea atendió la llamada:

—Ya sabes quién soy —resopló—. Sí, se ha dejado el móvil. Sospecho que adrede. —Hizo una pausa—. Déjalo en paz, Vita. —Y colgó.

4

Esperaron a que sus pupilas calibraran la luz



Desde niña, Valentina sabía que Florencia era una ciudad mágica.

Recordaba los paseos en las noches de verano, cogida de la mano de sus padres o persiguiendo a Martina después de que esta hubiera hundido la cuchara en su helado de Nutella para quitarle un poco. Valentina recordaba con nostalgia aquellas caminatas después de la cena en alguna terraza, en las que daban rodeos al Palacio Vecchio y terminaban bordeando las orillas del Arno después de que su hermana y ella hubieran jugado al escondite en la galería exterior de la plaza de la Señoría. Su parte favorita siempre había sido llegar hasta el carrusel, en la famosa plaza de la República. Su familia nunca había podido permitirse comer en ninguno de los restaurantes colindantes, pero ella sí había conseguido su ansiado paseo en la atracción.

No paró de reír hasta que tocó bajar. Después, en brazos de su madre, estalló en llanto. Con ocho años se enfrentó por primera vez a la sensación de plenitud y pérdida, tan rápido que su reacción estuvo clara. Valentina recordaba perfectamente la sensación que la embargó mientras los caballos subían y bajaban paseándose bajo las luces del carrusel. Parecía que aquel momento podría estirarse por siempre y que la felicidad jamás se agotaría. No prestó atención al *flash* de la cámara de su padre, ni siquiera para regalarle una breve sonrisa. Se centró en sujetarse con fuerza a la barra dorada en espiral que atravesaba al caballo blanco sobre el que la montaron, y quiso alcanzar a verse en los espejos, que proyectaban luces por doquier.

De vuelta en el presente, con los ojos cerrados, controlando la respiración bajo su mantra, Valentina solía recurrir a aquel recuerdo lleno de destellos. Las motas doradas del carrusel, como confeti de luz, iluminaban su mente y calmaban la agitación en su pecho. Desde ese día en el que comprendió que todo, malo o bueno, tiene un final, sintió cómo parte de su niñez se esfumó para siempre. Crecer, al fin y al cabo, se va logrando con las experiencias por las que pasamos.

En ese verano que ya pertenecía al pasado, Valentina entendió de manera clara que las sensaciones también pueden acabarse o transformarse: la risa, la plenitud y la felicidad pueden oscurecerse tan rápido como llegan.

Abrió los ojos por sexta vez, dejando atrás los recuerdos, y tiró del pareo, que había vuelto a pegarse a su piel. Se sentía asfixiada, y la tela, pese a que era lo más fino que tenía, parecía quemarle.

Y el malestar tampoco ayudaba.

Tampoco el olor a masa y a salsa de tomate que se colaba por la ventana.

Desesperada, giró sobre el costado izquierdo en la cama, dando la espalda a la pared. Fijó la vista en una de las ventanas de los pisos que había cruzando la plaza. Solo unas pocas yacían iluminadas.

Echaba tanto de menos un poco de brisa…

Evocando la ansiada sensación del aire contra sus mejillas, lo escuchó. Primero pensó en que la madera de las mallorquinas crujía. Luego comprendió que algo había chocado contra las

rendijas. Se levantó de un salto, conteniendo el aliento. Sus pensamientos se inundaron de imágenes de bichos o insectos enormes y alados. Se llevó una mano al pecho para calmarse. No le quedó más remedio que caminar despacio, deslizando los pies sobre el suelo sin emitir sonido alguno. Las baldosas estaban frescas y, por un momento, barajó echarse sobre ellas para conciliar el sueño. Cuando estuvo lo bastante cerca de la ventana, algo le golpeó la frente. Soltó un grito por el susto.

—¡Son piruletas! —escuchó el grito en forma de susurro amplificado.

Valentina se asomó a la calle.

—¿Me estás tirando caramelos? —preguntó a la oscuridad.

Bajo su ventana, a unos cinco metros, Lucca apuntaba a la habitación con un cargamento de piruletas, que amontonaba entre sus manos.

—Es lo único que se me ha ocurrido. Son los premios que les damos a los niños que vienen a la pizzería.

—¡Para!

—Baja la voz, es muy tarde —le reprochó el chico.

—Pues deja de tirarme caramelos a la cabeza, duele. Ya estoy aquí, ¡dime!

—Vale, vale. —El chico las guardó en el bolsillo del delantal. Esta vez, llevaba uno blanco atado a la cintura—. Quiero mi cargador.

—¿En serio?

—En serio —la imitó—. Lo necesito, lánzamelo.

Valentina, cayendo en la cuenta de que solo llevaba un pareo como ropa de pijama, reculó como pudo en busca de las sombras de su habitación.

—Me has despertado de madrugada por un maldito cargador —chistó, tratando de parecer enfadada. Lo cierto era que no lograba que el calor y los recuerdos la dejaran dormir, pero no pensó en confesarlo.

Pocos segundos después, se apartó con brusquedad, no muy segura de que el chico la hubiera escuchado susurrar.

—¡Valentina! —escuchó mientras se desprendía del pareo en busca de su vestido de girasoles. Se calzó las Superga lo más rápido que pudo, tratando de no tropezar. Si no quería despertar a su hermana, tenía que salir sin encender la luz. Por suerte, Martina dormía a pierna suelta, con un brazo por encima de la cabeza y la respiración calmada.

—No me creo que tengas el sueño tan ligero. No estabas dormida —la sorprendió Lucca, saliendo detrás de la esquina derecha del edificio. Solo le había dado un margen de tres segundos para abordarla.

Valentina se llevó una mano al pecho por el sobresalto, esperaba encontrarlo en la plaza, a la altura de la ventana de su habitación, y no a tan solo un paso de ella. Aquel lado de la calle apenas quedaba iluminado por las farolas; algunas fundidas y otras parpadeantes. Como ella, Lucca respiraba entrecortadamente por el calor y la humedad que reinaba en el ambiente. Las temperaturas seguían subiendo aun de madrugada.

—¿Por qué insinúas eso? —trató de sobreponerse.

En un estado de seriedad repentina, Lucca la observó en silencio durante demasiado tiempo, sin responder a su pregunta. Ella, comenzando a impacientarse, decidió entregarle el cargador para acabar con aquello.

—¿Por qué te lo llevaste? Hubiera sido más fácil dejar que te siguiera en Instagram.

—No me di cuenta, no fue premeditado. —Se encogió de hombros—. De verdad, piensa lo

que quieras. —El sudor comenzó a resbalarle por el cuello. Tuvo que agitar las manos a ambos lados de su cara para refrescarse.

—Me gusta pensar que lo hiciste de manera premeditada. —Esbozó una sonrisa, que se difuminó demasiado rápido entre las sombras—. Soy Lucca, por cierto. —Le tendió entonces la mano con firmeza. Sus ojos azules fueron alcanzados por un rayo de luz amarillento de una de las farolas parpadeantes.

—Ya sé quién eres —vaciló Valentina.

—De acuerdo, creía que debía ser simpático. ¿Te molesta? No nos habíamos presentado. Un poco de amabilidad y cortesía… —Se alejó de ella dándole la espalda. Ella lo siguió, tratando de no hacer ruido—. Escucha, en realidad, siento lo de antes.

—No te preocupes, me gustan los corazones de piruleta.

Lucca se giró hacia ella; su sonrisa volvió a decorar la curva de sus labios rosados.

—Lo de esta tarde… —prosiguió, ignorando el comentario de las piruletas.

—No tienes que darme explicaciones —lo cortó ella.

—Ya.

—Entonces, ¿puedo irme a dormir?

Mientras volvía a poner distancia de nuevo entre ambos, notó que el chico medía su reacción.

—Claro. —Se encogió de hombros. Su boca dibujó una mueca de inseguridad que, para Valentina, bastó para provocar de vuelta la furia que sentía en el pecho al mirarlo. Era una mezcla de nervios. De extraña emoción: como si lo conociera de algo. Pero no se habían visto en la vida. O, al menos, eso creía.

En el ambiente, Valentina pudo sentir la electricidad —o la inquietud— recorrerle el dorso de las manos hasta la punta de cada uno de sus dedos.

—Voy a la cama, entonces —soltó atropelladamente. Las mariposas se calmaron.

—Sí, perdona de nuevo. Por todo.

Y las mariposas echaron a volar, pinzándole los nervios entre los huesos. ¿Eso era lo que sentía su padre con los ataques de ansiedad? Reflexionó durante segundos: ¿ansiedad por qué?

—¿Estás bien? —Lucca trató de rodearla, pero ella lo apartó, manteniendo un brazo extendido entre ambos.

—No es nada, solo tengo que contar —respondió, más bien para sí misma.

—Ah, vale. Solo tienes que contar. —El chico rio a su lado.

—No tiene gracia.

—Acabas de decir que estás bien. —Se encogió de hombros.

—Porque lo estoy.

—Pues entonces puedo reírme de lo graciosa que estás así —apreció Lucca, mirándola de arriba abajo.

Encorvada hacia delante, con un brazo bajo el pecho haciendo presión, y el otro tensionado sobre su pierna izquierda. Valentina sintió que le faltaba el aire por primera vez en la vida y las rodillas le temblaron. No podían haber sido las mariposas de la ansiedad. No podía ser ansiedad. No podía ser como su padre y descubrirlo casi a los veinte años.

—Joder.

Lucca la sujetó por el codo antes de que perdiera el equilibrio.

—No estás bien. —La rodeó con un brazo.

—Porque no estoy contando.

Ella puso los ojos en blanco.

—Podías haberte limitado a lanzarme el cargador por la ventana y te habrías ahorrado este drama. —Lucca volvió a reprimir una carcajada.

Valentina aprovechó la proximidad repentina junto al chico para asestarle un codazo en las costillas y aturdirlo. Lo escuchó aullar entre risas.

—Agradece que haya bajado, tengo demasiada puntería. Habrías acabado en el hospital, con el cargador incrustado en la cabeza.

Por la expresión del chico, pudo intuir que la situación le divertía. Dejó que tirara de ella despacio para que se reincorporara, ayudándola a andar. Fue entonces cuando las luces emitieron un último chasquido, dejándolos completamente a oscuras. Valentina creyó escuchar un siseo tras ellos y pasos erráticos cerca de donde estaban. Chasquidos metálicos y pesados. Tintineos parecidos a monedas golpeándose las unas contra las otras. El sonido familiar terminó evocando recuerdos que creía olvidados.

Giró la cabeza hacia Lucca, pero no logró ver la mirada afilada de este. Los dedos del muchacho se crisparon cerca de sus costillas mientras, en la oscuridad, tiraba de ella hacia la penumbra de la plaza. Las ventanas de los pisos que la rodeaban le proporcionaban algo más de luz que al callejón donde el apagón se había producido.

Valentina intuyó que no debía abrir la boca. El cuerpo de Lucca, tenso a su lado, le indicó que respirara despacio y caminara a su ritmo. La goma desgastada pero rígida de sus zapatillas de lona rechinó con estrépito cuando lograron poner un pie en el empedrado irregular. Fue cuando el brazo de Lucca la rodeó con más anhelo, casi con desesperación. En ese momento, las miradas de ambos se cruzaron haciendo que la incomodidad les bañara el rostro. Se separaron como si el chispazo que había acabado con la electricidad del barrio los hubiera recorrido también a ellos, empezando por los puntos donde sus cuerpos se tocaban.

En silencio, Lucca se llevó el dedo índice a los labios a modo de advertencia. Abrió mucho los ojos para que Valentina pudiera distinguirlo. Ella asintió, para después seguirlo en la penumbra. Detrás de él, notó el aliento petrificado en la garganta, los latidos de su corazón resonando en sus oídos con fuerza, la mandíbula tensa y los brazos rígidos. Seguía escuchando los pasos aproximarse a ellos por encima del bombeo de su corazón. Había dejado de sentir el asfixiante calor; en su lugar, una chispa de pánico a nada de encenderse. Las gotas de sudor resbalando por sus sienes y entre las clavículas. El vestido de girasoles se quedó sin volantes que desdoblar. Notó los muslos pegajosos y escozor en la piel por los mosquitos que acechaban.

Sintió el tirón de Lucca de nuevo, que la hizo girar sobre sí misma: su espalda chocó contra él y aguantó la respiración. Ocultos tras varios árboles bajos, lo vieron: no era mucho más alto que Lucca. De complexión delgada y el corte de cabello al ras, casi parecía darse un aire al hijo mayor de Ezio Serra. La sombra se detuvo justo en el corazón de la plaza, con las manos en los bolsillos de un pantalón ancho. Las suelas de los zapatos del desconocido repicaron sobre el pavimento antes de que detuviera sus pasos por completo.

El muchacho observó en derredor antes de lanzar un suspiro a la plaza dormida.

La noche se tornó más intensa cuando las últimas luces de los pisos se apagaron, dejando al individuo difuminado entre las sombras. Valentina le dedicó un último vistazo antes de que el tipo volviera tras sus pasos por el camino de vuelta, desapareciendo por completo. El tintineo, resonando cada vez más lejos, consiguió ponerle la piel de gallina una vez más.

No se percató de que Lucca le había cogido de la mano hasta que este tiró con suavidad indicándole que debían volver a moverse. Valentina bajó la mirada un solo segundo antes de

obedecer. Vislumbró la reja de la pizzería a pocos metros, que no estaba cerrada del todo. Lucca la soltó para empujarla lo justo, de manera que pudieran entrar al local. Antes de que Valentina pudiera reaccionar, la puerta se había cerrado tras ellos. Sin dejar de observarlo, lo vio llevarse las manos a la cara un tiempo prudencial, que ella aprovechó para concienciarse. Aún podía sentir el helor en la nuca y el pecho a punto de explotar. Durante el tiempo que su acompañante permaneció encerrado en sí mismo, sintió algo parecido a la pena tirando de ella, gritándole que se acercara él. Eso mismo terminó haciendo. Lucca, al comprender su intención, no se resistió.

—Tranquilo.

—¿De dónde has salido, Valentina? —Agarró la muñeca de la chica antes de recuperar de nuevo la compostura. Tiró de ella para que sus cuerpos se acercaran. La contempló mientras aguantaba el aire en el pecho como había hecho no hacía más de dos minutos, en el callejón de la plaza—. Quieres que permanezca tranquilo y no te has puesto hecha una furia cuando te he arrastrado desde ese callejón en mitad de la oscuridad.

—El instinto, supongo. —Valentina se encogió de hombros.

—Tienes un instinto cojonudo. —Sin soltarle la muñeca, los dedos de Lucca treparon despacio por la piel desnuda de su brazo.

Valentina los sintió pegarse a su piel sudada. Sintió una timidez terrible, pero descubrió que aquel contacto calmaba la ansiedad, si es que eso era lo que había sentido. La transformaba en algo más pacífico.

—En Milán también tenemos de esto —dijo controlando su voz entrecortada. El tacto de Lucca había alcanzado ya su hombro y le costó no echarse a temblar.

—¿De esto? —Tratando de aliviar la tensión, Lucca señaló el espacio existente entre ambos.

Valentina agradeció la oscuridad para que no la viera sonrojada y sin aliento.

—Una vez me atracaron —confesó, sin pensarlo demasiado—. Iba con un amigo. —Un nudo se le atoró en el pecho al recordarlo. Y al recordar a su amigo.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Lucca.

—Le dieron una paliza —explicó ella, soltando el aliento que había retenido en el pecho.

—¿Y a ti?

—Me quedé sin móvil, sin dinero para el taxi y me rompieron el labio.

—¡Joder!

—Fue hace dos años, y desde entonces le hago caso a mi instinto cojonudo —explicó, ahogando la risa.

—¿Te falló por aquel entonces?

—Había bebido —confesó, bajando la cabeza. Reprimió un escalofrío que regresó a ella al evocar aquel momento, cuando la tiraron al suelo agarrándole del pelo; después el dolor en las costillas y la explosión de ardor en el labio—. Fui más fácil de derribar. El superoído no me sirvió como ahora.

—Muy mal, Vale. ¿Dónde fue? —Con el pulgar y el índice, Lucca le acarició el nacimiento del labio inferior, como si buscase signos de aquella batalla.

Valentina no fue capaz de moverse.

Le había llamado Vale. No Valentina. Vale. Como si la conociera de siempre.

—Justo ahí —le indicó, tratando de no mover los labios al responderle y así no romper el contacto.

Los dedos de Lucca se petrificaron sobre el labio inferior de Valentina. Ninguno de los dos se atrevió a moverse durante los segundos que duró el contacto. Él levantó la vista de aquel

labio, que imaginó hinchado y amoratado. Reprimió un escalofrío con un gesto de dolor. Sintió que Valentina hubiera pasado por aquello. Se imaginó entonces a Alda en la misma situación que la chica del vestido amarillo. Fue cuando el calor se apoderó de él desde el centro del pecho hacia fuera, saliendo de él como una oleada de calor y furia. Como consecuencia, tuvo que separarse de su vecina con brusquedad. La vio parpadear con fuerza. Y sintió la necesidad de verla bajo la luz para observar cómo cambiaba la expresión de su rostro cuando hablaban. Cuando se acercaban. O cuando la observaba.

No quiso seguir preguntando. Tampoco hablar sobre lo que acababa de pasar. Parecía una chica más que espabilada: no hacía preguntas incómodas, comprendía y callaba. Y parecía tener el mismo interés que él en conocerse.

—¿Por qué te estás riendo ahora? ¡Lucca!

—Porque, si te hubieras limitado a lanzarme el cargador por la ventana, ahora estarías durmiendo gustosamente en tu camita y no en el almacén desordenado de la Pizzería Serra. Donde vas a pasar la noche, por cierto. Pero bueno, al menos hay comida. Y muy buena compañía. —Le guiñó el ojo.

La miró de soslayo antes de abrir la puerta hacia la cocina. Valentina lo siguió sin comentar nada. Él se detuvo antes de dejarla pasar. La claridad que se filtraba por las ventanas opacas le iluminó los ojos azules, oscurecidos ante las sombras que se cernían a su alrededor.

—¿Qué pasa ahora? Déjame pasar.

Lucca bajó la mirada a la falda del vestido de girasoles. Pensó qué le ocurriría a un puñado de esas flores amarillas si fuesen privadas de la luz del sol. Después se figuró que Valentina era una de ellas, y de manera inconsciente, iba en busca de la luz. Se apartó para dejarla pasar. No se dio cuenta, pero tragó saliva cuando el olor dulzón de su perfume lo bañó como una dulce bofetada de azúcar.

—No entiendo por qué no haces preguntas. Háblame.

—Te he contado una historia personal hace tan solo un minuto —contestó ella sin comprender.

—Y te lo agradezco, pero no entiendo cómo, después de acabar aquí, sigues tan impasible. —Lucca negó.

—No, no estoy impasible. Trato de intentar estar calmada para que no me duela el pecho y para que el corazón se tranquilice. Desde que dejé a mis padres peleándose por sus problemas, trato de estar todo lo calmada que puedo. O aparentarlo. Porque, como no sea capaz de controlarlo, va a poder conmigo. No pude controlarlo con Matteo. No pude controlarlo con ellos. Y tengo que controlarlo por mí y por Martina. —Sin darse cuenta, los ojos se le llenaron de furiosos destellos.

Al ver aquella reacción, Lucca apretó los labios.

—Claro, lo siento —se disculpó—. ¿Ves? Ya decía yo…

Con el dorso del brazo, Valentina se limpió los párpados de mala gana.

—Cuando se me pase el miedo y sienta que tengo más confianza contigo, te preguntaré por el hombre de fuera que nos tenía vigilados. Así que tienes tiempo de ir montándote la historia que vas a contarme.

—Me vigilaba a mí, no a ti —confesó el chico en voz baja—. No sé si para darle una lección a mi hermano o para dármela a mí.

—No sigas. Hazme una *pizza*, anda.

—¿En Milán son todas las mujeres como tú? —Lucca enarcó una ceja.

—No —contestó ella, subiéndose a la encimera de un salto—. Son peores que yo —aseguró.

—Define peores.

—Ricas —recalcó alargando la «s».

—Entiendo.

Como el chico guardó silencio, Valentina se precipitó a preguntarle:

—¿Vita es rica? —Se sintió estúpida justo después. No conocía nada sobre esa chica. Tampoco lo que significaba en la vida de Lucca. Y, por lo poco que se conocían, no debía de importarle lo más mínimo. Sin embargo, la había terminado nombrando. Los nervios le pinzaron la boca del estómago.

A unos pasos de ella, cerca de uno de los frigoríficos industriales, Lucca se quedó petrificado. Dándole la espalda, asintió. Solo se había atrevido a encender la linterna del móvil, que había dejado cerca de ella en la encimera.

—Lo es.

—Define rica —le retó.

—El iPhone es un regalo suyo. Me lo dio después de engañarme por última vez. —Hizo una pausa para introducir el brazo en la nevera. Sacó una bola de masa, que tanteó entre las manos—. La verdad es que he perdido la cuenta de las veces que lo ha hecho. Es mejor así. Porque volver a caer en sus redes no tenía que haber pasado. Llevamos varios años sin salir, tratando de ser… solo amigos. Pero no lo entiende. Vita no lo entiende.

Valentina se sorprendió mirando el teléfono. Tenía una funda naranja y parecía nuevo; por lo que Lucca había dicho, la traición era reciente. Cuando la voz del chico se extinguió, ella pegó un respingo. No se había dado cuenta de lo rápido que se había acercado a su posición.

—Supongo que, por cómo describes la situación, es algo así como tu talón de Aquiles —masculló, tanteando el terreno.

—Explícate. —Lucca apartó el teléfono para colocarse más cerca de ella. Dispuso harina en la superficie fría y comenzó a amasar la bola blanca, que en la oscuridad parecía marrón. Valentina se sintió transportada en el tiempo, días atrás—. No me cuadra lo del talón. Vita no es un talón, es más bien…

—Una red de seguridad —ladeó la cabeza de manera inconsciente hacia él. Lucca aguantó su mirada oscura hasta que la bola fría de sus manos volvió a reclamarlo—. Sabe que, pase lo que pase, estarás ahí. Tome o no las decisiones correctas, a ti no te importará.

—Pero a ella sí que le importan las decisiones que yo tomo. —Dio un puñetazo, inhalando aire de manera brusca. Pensar en Vita conseguía embotarle los oídos y los sentidos. Le nublaba la razón y no podía despegarla de su mente. Como una pegatina que vuelve a pegar de manera repentina y acaba adherida a una superficie inesperada de la que, si se da un tirón para arrancarla, puede dejar marcas, restos que delatan que una vez estuvo ahí.

Ante el silencio incómodo, Valentina tomó de nuevo la palabra:

—Matteo me pidió un tiempo cuando le conté que mis padres se separaban. —Contando algo así, era más fácil centrar la mirada en sus zapatillas, que se balanceaban golpeando el mueble de puertas que tenía debajo—. No pude dárselo —confesó, notando de nuevo el ardor rodearle los ojos—. Estuvimos saliendo dos años. Era como de la familia, mis padres lo adoraban. Yo lo adoraba —enfatizó—. Pero me pidió alejarse, así que me vine aquí. Y no le importó en absoluto. —Lucca puso toda su atención en ella—. Así que puedo asegurarte que, por mucho que me duela, sé que no es mi talón de Aquiles. Sé que voy a poder alejarme de él,

porque él pudo alejarse de mí.

—Yo quiero alejarme de ella, pero siempre acaba volviendo. Cuanto más me alejo, más rápido vuelve —explicó Lucca, frustrado—. Es una historia absurda. Es una locura. A veces, pienso que lo único que le gusta de mí es verme atado a ella. —Lanzó la masa al aire, sin esperarse a que ese gesto la sobresaltara. Como consecuencia, Valentina se apoyó sobre la encimera y su mano resbaló por la superficie de piedra por culpa de la harina. Se golpeó la cabeza contra la pared al tiempo que Lucca cazaba la masa al vuelo—. ¡Vale, por Dios! —exclamó por el sobresalto; corrió a por ella.

—Estoy bien, estoy bien.

—Ha sonado a hueco, como cuando le doy una colleja a Andrea. ¡Te has hecho añicos el cerebro!

La risa de Valentina inundó la cocina, haciendo que la mirada de Lucca se iluminara entre las sombras. Cuando abrió los ojos y lo vio observándola de aquella manera, se estremeció; se quedó sobrecogida, como si, de pronto, todo a su alrededor hubiera aumentado de tamaño, reduciéndola a un escombro, a algo diminuto ante los ojos de ese muchacho que, sin entenderlo, hacía que las manos le sudaran sin control.

Las mariposas que vivían en sus costillas enloquecieron de nuevo. Pero de aquella manera tímida, *in crescendo*: de la boca de su estómago hasta las terminaciones nerviosas de sus labios, haciéndole cosquillas.

—Apuesto lo que sea a que es la primera vez que ríes de verdad desde que llegaste. —Con el ardor quemándole las mejillas, Valentina asintió ante la expresión dulce del chico de ojos azules—. Y apuesto también a que no sabes hacer *gnocchi*.

—Primero, he pedido *pizza*. —Bajó de un salto del mueble—. Segundo —indicó con el índice en alto—, he visto El Padrino. Sé a lo que te refieres con hacer *gnocchi*.

Lucca se mordió un labio, pensado en la referencia a la tercera parte de la historia sobre drama y mafia más conocida de la historia. Con los ojos como platos, sopesó cuál sería su siguiente movimiento. Estaba claro que ambos habían decidido bromear y en eso nadie podía ganarle. Ni la chica del vestido gracioso y pálidos ojos negros que había dado un paso hacia él.

—Eres muy atrevida. Y respecto a lo de la película: no somos primos. Podría intentarse, pero no quedaría igual. Además, no recuerdo el tipo de pasta que hacían en esa escena antes de enrollarse.

—Ya, no sería tan triste entonces, ¿no?

—Vale, lástima que esto sea una pizzería, si no, estaríamos con los *gnocchi*. Y no hay excusa.

El móvil emitió una ligera vibración antes de dejarlos de nuevo sumidos en la oscuridad, donde solo fueron capaces de escuchar sus respiraciones.

Valentina dudó mientras sus ojos se acostumbraron a las sombras, pero le pareció sentir como si una de las mariposas que habitaban dentro de ella se escapase y le hiciera cosquillas al borde de los labios con un suave aleteo.

Lucca tuvo el mismo sentimiento que ella.

Pero ninguno de los dos dijo nada. Esperaron a que sus pupilas calibraran la luz.

5

Esa extraña sensación eléctrica



Regresando al portal, le confesó que en Milán había probado mejores margaritas que la que le había servido sobre las tres de la mañana.

Antes de abrir la puerta del piso, Valentina se encontró riendo al recordar la expresión herida de Lucca. Después de haberle dado forma a la bola de masa, la decoraron con tanta salsa de tomate y orégano que la especia terminó haciéndoles estornudar. El vestido de girasoles se llenó de manchas rojas, harina y polvo de queso.

Le dolía el cuello horrores tras haberse quedado dormida apoyada sobre una de las mesas. La última conversación que mantuvo con Lucca antes de caer rendida fue sobre volver a nadar. Al abrir los ojos y desperezarse con los primeros rayos de sol que se colaban en el local, Valentina despertó con la bruma de un sueño lejano en el que sintió que flotaba en una inmensa claridad azul. Después de eso, vio a Lucca todavía recostado sobre sus brazos encima de la mesa, con el cabello hecho una maraña. No tardó en desperezarse despacio, lanzándole una mirada sugerente acompañada de una ceja alzada.

—Sin duda, una noche extraña en compañía de una chica guapa. Por no decir la más inusual. —Su voz sonó ronca y apagada mientras terminaba de despertarse.

Valentina esperó a que su hermana apareciera de un momento a otro con esa expresión desconcertada en el rostro, pero Martina no estaba en casa. La cama estaba hecha a su manera y la puerta de la habitación estaba cerrada. Si la había buscado, no lo parecía.

La casa olía a ese humo extraño que recordaba de la primera semana en la que se había mudado. No sabía a qué pertenecía. Un incienso raro, supuso.

En la nevera tampoco había notas.

Sobre la mesa, Valentina encontró la nota que buscaba:

«A la próxima, llévate el móvil, chica mala».

La noche anterior ni siquiera pensó en su teléfono. Lo encontró sobre la cama, repleto de llamadas perdidas de su hermana y notificaciones de correo y mensajería. Notó cómo el corazón le dio un vuelco cuando revisó las últimas peticiones de amistad. ¿Cómo había dado Lucca con su cuenta? Ni siquiera llegó a darle su usuario a Alda. Pestañeó perpleja antes de decidir darse un baño y descansar de manera decente en la cama para recuperarse del dolor de cuerpo.

Dejó que el agua fría se llevara el sudor, la pesadez de sus piernas, y se centró en la sensación de las gotas cayendo sobre ella. Antes de caer rendida en la cama, sin preocuparle llenar las sábanas de agua, la silueta del hombre que pareció perseguirlos la noche anterior le impidió conciliar el sueño.

Si Lucca tenía razón y aquel hombre lo acechaba a él o a su hermano, algo le decía que la pelea entre él y Andrea, días atrás, estaba relacionada con el asunto. Valentina se preguntó qué habría sucedido si las luces no se hubieran apagado en el momento justo en el que las sombras les dieron cobijo.

Reprimió un escalofrío antes de que el sueño volviera a atraparla. Esta vez no se sintió reconfortada por el agua: soñó con sus padres, el día que le anunciaron que se separaban. De nuevo, Valentina se sintió pequeña entre ellos, en el sofá de enfrente. Sobre la mesa, los papeles del divorcio y el cenicero de su padre a rebosar. Hecho extraño, ya que nunca sacaba el tabaco de su estudio. Era algo que su madre no soportaba.

Tras un golpe fuerte en la puerta de la casa, Valentina despertó sobresaltada. Se precipitó fuera de la habitación dando tumbos mientras las brumas del sueño se alejaban de ella. Abrió despacio y, al verlo, sus dedos se crisparon sobre el picaporte dorado de la puerta de entrada. Sintió nervios en la boca del estómago y quemazón. Sin poder evitarlo, torció el gesto en una mueca.

—Martina no está —indicó, sin intención de entornar más la puerta—. ¿No te ha avisado?

—Me dijo que podía esperarla aquí.

—No veo la necesidad, estará todo el día fuera.

—No, solo ha cogido un par de horas más porque una chica nueva le deja hacerle lo que quiera en el pelo. Y así es Martina, lo da todo por la experiencia en su campo.

—Es esteticista, no astronauta.

Leone no le caía en gracia. Le costaba entender que su hermana aún siguiera viéndose con él. Seguidamente pensó en Lucca y su extraña relación con Vita, y todo lo que le había contado sobre ella en la noche que habían pasado entre confesiones. Supuso que no en todos los casos es fácil reconocer una relación tóxica aun estando completamente sumergido en ella. De manera inexplicable, pensó en Matteo. Estaba claro que ella misma no era la mejor reconociendo las señales de una relación al borde de la crisis. No era quién para juzgar a los demás.

Como ella no cedía, Leone presionó la puerta con el hombro, haciendo que todos los músculos del cuerpo de Valentina se tensaran a la vez por el esfuerzo.

—Déjame pasar, solo quiero comer un poco y echarme.

Valentina exhaló con fuerza, resistiendo.

—Eso lo puedes hacer en tu casa.

—Resulta que mi novia me ha dado permiso.

—¿Novia?

Finalmente, la fuerza de Leone pudo con ella, que cedió ante la presión. Y la puerta se abrió poco después, dejándole vía libre. Se encargó de cerrar con fuerza tras él. Y pasó a observarla de aquella manera inquietante que tanto la desesperaba, como si buscara algo en ella. En ese momento, lo único que se le ocurrió a Valentina fue alcanzar su móvil. El tipo, a simple vista, no parecía suponer un problema serio, pero siempre era mejor prevenir.

Se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta cuando Leone le preguntó por su vestido de girasoles. Se quedó petrificada a unos pasos de su habitación. De repente, no creyó que fuese buena idea si la seguía.

Había dejado la prenda en el baño después de ir a la ducha.

Leo siguió su mirada hacia la puerta del baño, comprendiendo.

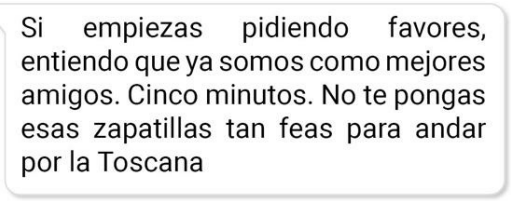
—Es muy bonito —apreció—. Te queda bien. —Continuó rebuscando en la nevera.

Valentina aprovechó para escabullirse el tiempo suficiente para alcanzar su teléfono. Aceptó la petición de amistad de Lucca y le escribió todo lo rápido que pudo. No sabía lo que el chico tardaría en leer su mensaje o si estaría operativo. Pensándolo bien, lo más seguro era que, después de cómo lograron conciliar el sueño, estuviera durmiendo. Ni siquiera sabía si vivía lejos de allí o si compartía casa con su familia. Solo sabía que era tan dulce como irritable y agresivo,

que se le marcaba más un hoyuelo que el otro al sonreír, y que sus ojos azules la miraban sin nada de lo que esconderse. Que su piel olía a cloro y su pelo claro brillaba, cambiando de color conforme le daba la luz.

Y que la llamaba Vale.

Para su sorpresa, el móvil vibró en su mano justo cuando Leone volvió a reclamarla. La presión desapareció de su pecho el leer el mensaje de Lucca en respuesta:



Valentina resopló; no quería esperar cinco minutos más. Entonces cayó en la cuenta de por qué Leone la había mirado tan descaradamente: llevaba uno de los pijamas cortos de su hermana.

—¿Qué haces? —Leone se apoyó en el marco de la puerta de su habitación, recorriendo con la mirada la estancia desde la entrada al último rincón—. Oye, esta habitación ha quedado bien —apreció—. Aunque veo que todavía le faltan cosas.

—Voy a cambiarme —resopló Valentina, ignorando todo lo que él le había dicho. Incluso omitió el sobresalto de su corazón al saberlo a tan pocos pasos.

—Vaya, ¿te vas? Yo que he venido a hacerte compañía.

—¿En serio? Creí que venías a comerte mi comida.

Leone rio; una risa falsa, tosca y profunda. Como su apariencia.

—Valentina, tú a mí me caes bien. Deberíamos ser civilizados y tener una relación cordial. Somos casi familia.

Ella negó. Eran lo contrario a la familia.

Finalmente, y evitándolo de nuevo, Valentina sacó sus vaqueros cortos de la maleta y los sacudió con fuerza. Solo le faltaba encontrar alguna camiseta decente. Pero el muchacho seguía en la entrada de la habitación, sin intención de apartarse.

—¿Es que quieres ver cómo me cambio? —inquirió, molesta, empezando a cansarse.

Para su sorpresa, la risa ronca de Leone se materializó de nuevo.

—Claro, estaría bien.

La campana del timbre los desconcertó a ambos. Valentina tardó solo un segundo en sobreponerse y recordar su cita. Por suerte, no tuvo que apartar al chico, que se dirigió extrañado al recibidor. Abrió la puerta sin preguntar ni echar un vistazo por la mirilla. Por su expresión, estaba claramente molesto.

—Tú no eres Martina —le dijo a Lucca.

—Ni tú Valentina —respondió el aludido, con la misma expresión seria.

Leone le dedicó una mirada dudosa a la chica por la que preguntaba el mediano de los Serra y lo dejó pasar, no sin antes comentar:

—Veo que no pierdes el tiempo.

Lucca negó con la cabeza al tiempo que le dedicaba a Valentina un gesto de locura en honor a Leone. La muchacha asintió ante la apreciación de que el chaval no era muy maduro.

—¿Todavía no te has cambiado? ¿Es que piensas hacer el *tour* en pijama? Te he dado cinco minutos —exclamó, agarrándola del hombro.

Entonces comprendió que nunca había estado en casa de Martina y que no tenía ni idea de hacia dónde debía dirigirla.

—Dame solo dos y te alcanzo en el pasillo.

—No, te espero aquí. Hace menos calor —puntualizó Lucca al ver que Leone levantaba una ceja en su dirección. El chico se cruzó de brazos junto a la puerta, observando la extraña decoración que la dueña de la casa mantenía en el reconvertido salón.

—Como quieras.

Valentina se dejó caer junto a la maleta nada más cerrar la puerta. Con Lucca al otro lado, se permitió sentirse reconfortada. Y pensar aquello hizo que se le erizara el vello de los brazos. Aunque el amigo de Martina no parecía un tipo con muchas luces, seguro que no era de los que intentaban colarse en su habitación mientras se desnudaba.

Pensar aquello le revolvió el estómago antes de terminar de vestirse. Cuando abrió de nuevo la puerta para encontrarse con Lucca, este abrió mucho los ojos antes de corresponderle.

—Me estás tomando el pelo —rio. Seguía de brazos cruzados frente a ella. Se alejó solo unos pasos mientras la observaba—. ¿Es una provocación?

En el fondo, Valentina sabía que la jugada había sido arriesgada y una provocación en toda regla. Se encogió de hombros, luciendo su camiseta con la barbilla en alto.

—Es una de las camisetas con menos arrugas que tengo —se excusó, corriendo hacia el baño. Por suerte, Lucca no habría tenido tiempo de ver cómo se le encendían las mejillas. ¿Cómo era tan inocente? Se miró en el espejo al tiempo que revolvía su cabello para darle algo de volumen. Trató de parecer impasible cuando Lucca se recostó contra el marco de la puerta, con la vista clavada en su camiseta. O en ella. No se detuvo a cerciorarse.

—Te está enorme —puntualizó el chico, mordiéndose el interior de una mejilla.

—Lo sé.

—No es tuya.

—Claro que es mía.

—Tiene una marca de quemadura, justo ahí. —El dedo de Lucca señaló un punto cercano a su ombligo y ella tragó saliva.

—Matteo fumaba cuando le conocí —se limitó a responder.

—¿Ya no fuma?

—Me da igual lo que haga —resopló ella en respuesta.

Lucca esbozó de nuevo una sonrisa. Se posicionó tras Valentina en el espejo y tiró de la tela de la camiseta por ambos hombros.

—Así mucho mejor, la cara de Corleone se veía deformada entre tanto pliegue.

—¿Eres estilista?

—Vale, no tengo ganas de discutir contigo. Llevas una camiseta chulísima de Vito Corleone, que, claramente, ha sido una provocación que aún debo procesar. Estamos a unos asfixiantes treinta y cinco grados a la sombra hoy, y tengo que enseñarte varias cosas. Además, ya somos amigos.

Valentina enarcó una ceja al reflejo del muchacho, que la imitó mirando al espejo. Después, lo vio sonreír con tanta libertad que tuvo que aguantar la respiración unos segundos.

—Mi camiseta no es una provocación —insistió, tratando de mantenerse todo lo seria posible. Lo mejor sería alejar de su mente aquella mención a su nueva amistad. Asfixiar ese inquietante cosquilleo que empezaba a nacerle en la boca del estómago y entre las costillas.

Lucca ladeó la cabeza y sus ojos azules se clavaron en los oscuros de Valentina, haciendo

que sus pupilas se redujeran a dos minúsculas gotas negras.

—Lo que tú digas.

—Claro que yo lo digo.

—Vale —volvió a llamarla por su nuevo diminutivo—, anoche me dejaste claro que eres de las que siempre tienen la última palabra.

—¿Y eso es malo?

—No siempre debes tener la última palabra. Es condescendiente —le explicó con pausas, como si estuviera hablando con una chiquilla de la edad de Alda. Le sonrió de nuevo.

Y ella, ignorándolo, torció el gesto al tiempo que rodeaban la mesa de la cocina, desde donde Leone los seguía con la mirada hasta la puerta.

—Que os divirtáis —los despidió.

—No te comas mi comida —le amenazó Valentina, antes de que Lucca tirara de ella para sacarla de la casa.

—Guarda las garras —lo escuchó por lo bajo. Se zafó de él con rapidez.

—No las he sacado. —Con la mirada siseante, paró a arreglarse la camiseta.

—Ya estamos de nuevo con la última palabra. —Exasperado, pero a punto de echarse a reír, Lucca tomó rumbo hacia las escaleras, sin molestarse esta vez en ir a por ella.

La chica se apresuró a seguirlo de cerca.

Pronto, el ascenso de la temperatura le atoró la garganta: no entendía cómo resultaba tan asfixiante salir a la calle.

—Andrea tampoco lo soporta —le dijo entonces Lucca, girándose un instante para cruzar las miradas—. A Leone, me refiero.

—¿Y quién sí?

—Martina, supongo. —Se encogió de hombros antes de quedarse mirando fijamente la mano de Valentina, balanceándose a pocos centímetros de la suya.

¿Era posible que se buscaran como dos imanes?

—Espero que deje de hacerlo pronto —susurró la chica en respuesta, más bien para ella misma.

Pese al calor que hacía en el exterior, Valentina sintió más todavía al cruzarse con los ojos verdes de Vita, que parecieron atravesarla pese a estar separadas por unos diez metros de distancia. Tanto Lucca como ella se detuvieron en la entrada de la pizzería frente a la chica de pelo liso, inmaculado, y bonitos labios pintados de marrón. Llevaba enormes gafas de sol sobre la cabeza a modo de diadema, brillantes y ovaladas.

—Vita —la saludó Lucca, soltando el aire con desgana. Se notaba que no quería mirarla.

Con una mano tras la espalda de Valentina, la instó a entrar en el local. La miró de una manera extraña antes de acercarse a la otra chica, que no dejaba de observarlos a ambos con los ojos envueltos en llamas.

Así fue su primer encuentro con ella y, tras ver cómo se abalanzó sobre Lucca, con los puños apretados, no deseó tener ninguno más. Trató de olvidarla, de hacer como que no peleaba con su vecino en la calle, gritándole y vociferando porque él no le respondía a las llamadas. Porque la había dejado. Otra vez. Porque no la quería.

Escuchó cómo Lucca, igualando el tono de voz de la chica de labios bonitos, le dijo que todo había sido un error. Tantos años separados no iban a cambiar un desliz. Le plantó el móvil en la mano, a lo que Vita se negó retrocediendo.

Mirarlos no valía para nada, por lo que Valentina dejó de contemplar la escena. Se dirigió

hacia la barra arrastrando los pies, donde el mayor de los Serra la esperaba con una sonrisa cansada. Parecía ocupado cortando ingredientes para las *pizzas* que tendrían que preparar en masa en un rato, cuando abrieran al público.

Andrea no tardó en tenderle un aperitivo, que se deslizó por la barra hasta ella sobre una bandeja de cartón.

—¿Y esto?

—Tienes cara de no haber desayunado. —Se encogió de hombros, tendiéndole una servilleta.

—Muy bien visto. —Hasta ese momento, Valentina no se había percatado de cómo su estómago rugía. Debatiéndose entre darle un bocado al mini *calzone* que le había tendido el mayor de los Serra o acercarse a la puerta, terminó optando por lo primero después de que su mirada ni alcanzara la de Lucca.

Al final, el chico terminó entrando al trapo de la discusión. Se escucharon las voces de ambos luchando por alzarse por encima de la del otro.

Era vergonzoso. Afortunadamente, era tan temprano que no había nadie en el local que pudiera escandalizarse ante aquel espectáculo de críos.

Antes de que Valentina pudiera siquiera terminar el bocado, y apareciendo de la nada, Alda corrió hasta la pesada puerta y la abrió echando todo su peso encima. Andrea se percató de ello tarde, pero no tardó en rodear la barra para ir a por ella. Llegó cuando la adolescente ya se había posicionado entre ambos jóvenes, encarando en primer lugar a su hermano, que la contempló con asombro y los ojos bien abiertos. Le gritó en un italiano tan rápido y cerrado que Valentina apenas pudo entenderlo desde donde estaba. Antes de que continuara arremetiendo, esta vez contra Vita, Andrea la rodeó por la cintura y la arrastró dentro de la pizzería. Derrotada, Alda comenzó a llorar de forma descontrolada, dejando que su hermano se la llevara a la cocina.

Sin saber cómo reaccionar o qué decir, Valentina dejó que sus piernas se balancearan sobre el taburete donde permanecía sentada, sin poder moverse. De repente, se había quedado sola. Fue entonces cuando los ojos de Vita volvieron a atravesarla. Aquella mirada quiso perforarle el alma. Pero Lucca lo evitó. Negó con la cabeza y con el brazo al mismo momento, evitando que la discusión con Vita continuara. La morena, visiblemente afectada, se dio la vuelta para marchar calle abajo.

—Por el amor hermoso —clamó él cuando llegó hasta Valentina. Se terminó el bocado de *calzone* que quedaba en la bandeja y la miró, esperando a que ella hablara, como si nada hubiera pasado.

—Tiene carácter —comentó Valentina, sin saber qué más añadir.

—Tiene problemas y no entiende que no puedo solucionarlos. —Lucca se encogió de hombros—. ¿Dónde está mi hermana? —preguntó, mirando por todas partes. Incluso se aupó para buscar tras la barra. No encontró nada.

Valentina no pudo evitar fijarse en aquellos brazos flexionados mientras hacían fuerza para mantener aupado al muchacho.

—Con un berrinche de narices. —Saliendo de la cocina, Andrea se unió a ellos—. La he mandado a casa. Déjala, no quiere hablar contigo.

—Claro que va a hablar conmigo. Le tengo dicho que no se meta.

Andrea lo fulminó con la mirada en señal de advertencia.

—Iba a meterme yo. A la próxima, como me agote la paciencia, ya sabes lo que va a pasar.

—Solo tienes que ignorarla… Ya sabes cómo es. —Lucca cerró los ojos en señal de derrota.

—Es una niñata, Lucca. Y consentida. Y muy maleducada. ¿Quién se planta en la puerta de un negocio a vociferar? Qué casualidad que siempre viene a llorarte cuando no está papá. A la próxima seré yo quien hable con ella, ¿de acuerdo?

Valentina asintió sin ser consciente, apoyando al hermano mayor. Estaba tan delgado que, al enfadarse, se le marcaban aún más las venas del cuello. Se entretuvo durante unos segundos en contar lunares desperdigados por su piel. Se preguntó si la piel de Lucca también los escondía.

—Bueno —resolvió Lucca, volviéndose hacia Valentina para enfrentarla de nuevo—, ¿seguimos?

—Venga, sigue ignorándome —rugió Andrea, palmeando la harina.

Su hermano cerró los ojos de nuevo, tragándose un tremendo pesar.

—Andrea, no me calientes, porque la tenemos de verdad. Cállate y no me repitas lo que ya sé.

—Muy bien, pues pírate, tengo cosas que hacer. —El mayor de los Serra negó, maldiciendo tan bajo que ninguno de los dos logró escucharlo—. Y aprovecha, porque este va a ser tu último día libre.

—Yo también te quiero.

—¿Qué cojones dices, Lucky Luke?

Lucca agarró a Valentina del brazo, desestabilizándola del taburete, del que tuvo que saltar antes de que la tirara. Andrea le lanzó algo a su hermano, que tuvo que agacharse ligeramente para evitarlo.

—Si vamos ahora, podemos andar tranquilos sin tanto turista —apremió Lucca.

—Pero ¿a dónde?

Lucca volvió a ignorarla sin dejar de tirar de su brazo para sacarla de la pizzería. Sus dedos se deslizaron hasta la muñeca de la chica, que no pudo reprimir un escalofrío al sentir de nuevo el cosquilleo en la piel por culpa de las mariposas. Y esa extraña sensación eléctrica, como si el tacto del chico de ojos azules le fuera familiar.

6

Porque creía en las señales



Como ella no se decidía, el chico tomó la iniciativa: deslizó la mano junto a la suya ignorando el sobresalto de la muchacha. La guio hasta la entrada de la basílica, donde tuvieron que esquivar varias filas de turistas que agitaban panfletos para paliar el calor. El bochorno era asfixiante.

Valentina trató de concentrar sus esfuerzos en que la mano que Lucca asía dejara de sudar. Se mordió el labio con más fuerza. Él bajó la mirada hacia su boca y meneó la cabeza hacia ambos lados, como si negara.

—Te va a gustar, ya verás —le dijo, tratando de obviar que se quedó mirando la forma de sus labios demasiado tiempo.

No del todo convencida, Valentina asintió. Continuó dejándose arrastrar hacia el interior oscuro y frío de la basílica, porque, por lo menos, el descenso de temperatura era de agradecer. No tardaron en recoger los *tickets* de una ventanilla dedicada a los ciudadanos italianos, y así pudieron adelantar las colas lideradas por abanicos de colores alzados al cielo o paraguas cerrados que usaban los guías turísticos.

Notó las miradas curiosas de los turistas asiáticos; la mayoría, con gorros de pescador, varios mapas y folletos sobre el monumento de Santa María Novella. Lo que a Valentina más le impactó fueron los calcetines y sandalias con agujeros. Fue entonces cuando la mirada de Lucca se encontró con la suya para compartir una sonrisa cómplice.

Y no pudo describir el torrente de energía que recorrió su pecho, brotando justo desde el centro de su corazón. Fue una especie de sacudida enérgica que, por un momento, dudó haber experimentado. Por la expresión del muchacho, intuyó que no solo le había pasado a ella.

Lucca sacudió la cabeza, como queriendo olvidar aquella extraña sensación que no quiso atender.

—¡Vamos! —le gritó entonces, provocándole un respingo.

A su alrededor, algunos los observaron molestos y otros, confundidos. Las mejillas de Valentina, encendidas como fuegos.

—No grites… —masculló, comida por la vergüenza.

—Todavía no hemos entrado en terreno santo, tranquila. Oye —se detuvo entonces a mirarla de arriba abajo. Pero no como Leone la había examinado. Fue de una manera distinta—, llevas pantalones cortos, ¿no vas a ofender a los santos?

—Es posible.

—¿Y te da igual?

—Más o menos como a ti, por lo que veo. Te estás desternillando.

—Porque me pareces muy graciosa cuando te bloqueas.

—No estoy bloqueada —replicó ella, empezando a ponerse nerviosa. Se alejó de él para poner un pie en la iglesia. Lucca enarcó una ceja, aceptando el desafío secreto—. ¿Ves? No ha pasado nada.

—Espera, espera… ¿No lo escuchas? —Con los labios petrificados en un rictus serio, Lucca flexionó las rodillas para ponerse a la altura de Valentina, muy cerca de ella. Disfrutó de los segundos de tensión que se adueñaron de la chica.

—¿El qué? —Valentina no entendía nada.

—Es el crepitar del fuego, Dios se ha enfadado con tu actitud irrespetuosa.

—Calla ya, llevo los hombros cubiertos. Y las tetas —concluyó, dejándolo plantado en la entrada, boquiabierto.

—Joder, Vale —gruñó él en voz baja—. Me has callado de verdad haciendo que piense en tus tetas.

Tragándose una carcajada, Valentina se mordió el labio. Una cosa era ofender a Dios y otra, molestar a los creyentes que acudían al terreno santo. Sintió el dorso de la mano de Lucca acercándose peligrosamente a su piel, como si la electricidad que había sentido minutos antes volviera para atraerlos como dos imanes. De manera irremediable aunque trataran de separarse.

Decidieron perderse entre la multitud después de asentirse discretamente. Ella dio un rodeo por la entrada de la estancia, sintiéndose pequeña dentro de aquella sala que se abría edificando una cruz latina, expandiéndose a tres naves.

Lucca la dejó hacer. Primero, permaneció inmóvil mientras la siguió con la mirada. Después, comenzó a sentirse inquieto cuanto más se alejaba la chica de su lado.

Valentina era curiosa. Y decidida.

Y a él le sudaban las manos cuando la miraba.

Ni siquiera entendía qué hacían allí. Por qué había ido a buscarla después de la noche anterior. Tampoco lograba entender por qué Valentina se había fiado de él de aquella manera tan espontánea. De lo que sí estaba seguro era de que había hecho bien alejándola de Leone: el tipo no le gustaba nada. No le transmitía nada bueno. Ya lo decía su hermano.

Fijándose aún en las piernas descubiertas de la chica de ojos negros, Lucca sonrió al verla tropezar con uno de los turistas. La pobre enrojeció hasta las orejas. La escuchó disculparse en voz muy baja, jadeando, al tiempo que se apartaba el pelo oscuro del rostro. Fue entonces cuando sus miradas volvieron a encontrarse entre tanta gente, bajo los fulgores de la luz que se filtraba a través del vidrio del rosetón.

Lucca sintió calidez por todo el cuerpo, mientras los colores de la vidriera danzaron sobre el rostro de Valentina, que todavía lo observaba colorada después de su incidente. Sus ojos marrón oscuro, casi negros, enmarcados en su rostro pálido, en contraste con las paredes coloridas gracias a los frescos de Domenico Ghirlandaio. Le sentaba bien estar rodeada de tanto arte. Era como si aquel lugar… la quisiera.

La vio pestañear con brusquedad para desprenderse de aquel momento en el que ambos quedaron atascados sin saberlo. Un instante que se repetiría en sus pensamientos y en sus sueños, a partir de aquel día, aún sin ser ellos conscientes.

Después de decidirse, Valentina salió al exterior del patio de la basílica con la intención de recuperarse del susto. Después de hacer tropezar a un señor que hablaba muy rápido y en un idioma desconocido, notó sus mejillas encenderse hasta el punto de echar fuego. Y Lucca lo había visto todo. Estaba segura, por eso le había dedicado aquella sonrisa embobada. Para reírse de ella.

No era muy lógico que la opinión de su vecino le importara tanto, pero no le gustaba que la vieran hacer el ridículo. A nadie le gustaba hacer el ridículo.

Después de recuperar el aliento, giró en derredor.

Desde un primer momento, la visión de aquella especie de iglesia de mármol blanco y verde le había arrancado un suspiro. Jamás había oído hablar de aquel lugar, y que Lucca hubiera decidido llevarla allí, de aquella manera tan espontánea, le había hecho disfrutar más aquel primer contacto con la historia de Florencia. Lo primero que le llamó la atención de la imponente fachada fue el grabado de un sol encajado en la cima triangular, justo encima del rosetón. Había sido creado en mármol verde sobre un fondo blanco.

A Valentina le encantaba el sol, le recordaba a los girasoles, las flores de las que estaba completamente enamorada. Por eso, buscaba su simbolismo en todo. Y el hecho de haberse topado con aquel astro de mármol verde coronando la iglesia le aceleró el corazón. Porque creía en las señales.

Haberse mudado a Florencia había sido una buena señal.

Haber conocido a Lucca era una buena señal.

Se llevó al pecho el folleto que había conseguido junto con las entradas, y que Lucca le había tendido al poco de entrar en la basílica. Hablaba sobre la historia de aquel lugar. Por lo que decidió desplegar las hojas y buscar información sobre el punto exacto en el que estaba. El claustro verde de Santa María Novella era una especie de camposanto creado con sepulcros de mármol blanco esparcidos por el suelo y pequeñas estancias creadas por las esquinas del jardín. Valentina siguió el camino de tumbas, distraída en cada detalle. Fue leyendo los nombres de los difuntos, fijándose en la fecha de defunción, y en los rostros tallados en las láminas de mármol por las que andaba. Cuando su camino se dividió en dos, sintió la necesidad de tomar la bifurcación de la derecha, hacia una de las esquinas del patio donde los sepulcros se repartían en un espacio pequeño pero muy iluminado. Valentina se agachó entre las porosas paredes grises que la rodearon, acariciando las letras talladas en mármol con las yemas de los dedos.

No se sintió incómoda por estar en aquel lugar ni por caminar por el camposanto abierto, donde se suponía que descansaban los restos de los florentinos que habían vivido tantos siglos atrás. Por eso, cuando sus dedos se detuvieron sobre la última tumba, no le dio importancia a lo que sintió al leer el nombre que había grabado en la piedra: «María Ginevra Caracciolo, 1681-1704».

Creyó notar de nuevo la vibración que le había invadido al poner un pie en la basílica. Le recorrió el dedo desde la yema hasta llegar a su muñeca. Fue entonces cuando se apartó, haciendo que su piel dejara de estar en contacto con la piedra. Pero notó que las rodillas le temblaron tanto que no pudo ponerse en pie. Permaneció encogida, agarrada a sus rodillas hasta que dejó de estar sola en el patio. Conforme la gente fue agolpándose bajo los arcos del enorme jardín, fue notando cómo la sensación eléctrica le abandonaba. Hasta que pudo volver a sostenerse sobre sus piernas.

Decidió olvidarlo.

El camposanto, el jardín de arcos y aquel último sepulcro que le había llamado la atención. Su memoria y sus recuerdos decidieron actuar rápido, porque, cuando regresó al interior de la basílica y sus ojos lograron dar con Lucca, solo pudo centrarse en él.

Decidió quedarse oculta entre la gente mientras lo observaba. Al principio, pensó que serían solo unos segundos; después, se sintió tan fascinada por lo que vio que estuvo oculta mucho más.

El muchacho, ligeramente encorvado hacia delante, se apoyaba sobre su rodilla izquierda, dispuesta sobre la derecha a modo de tablero. Cada treinta segundos se dedicaba a alisar la superficie del folleto sobre el que pintaba. Arrugaba los labios distraído mientras el lápiz, entre sus dedos, dejaba un rastro de trazos sobre el papel de colores. Y sus ojos iban de la cruz del

frente, sobre el altar de la Capilla Gondi, hasta sus garabatos. O eso pensó Valentina que eran hasta que se situó tras él.

No entendió cómo pudo reconocer aquellos trazos, pero le pareció familiar hasta la forma en la que Lucca sujetaba el diminuto lápiz con los dedos. No era un calco exacto de la cruz, pero el parecido, considerando que su lienzo había sido un folleto turístico con un fondo blanco, verde y amarillo, era más que aplaudible.

Era precioso.

Lucca no pudo hacer mucho con los detalles más pequeños, como el rostro de Jesús o la corona de espinas. Antes, Valentina lo sorprendió. Con una expresión de sorpresa en el rostro, giró hacia ella con una mano sobre el pecho y las mejillas encendidas. Y sintió unas ganas enormes de cogerla de la mano para atraerla hacia él. Ella lo contempló en silencio durante unos segundos eternos, en los que fueron acunados entre los murmullos de la sala. Finalmente, Lucca la invitó a sentarse junto a él en el banco de piedra.

—¿Seguro que podemos sentarnos aquí?

—Seguro.

—No veo a nadie más.

—Prefieren estar de pie. —Se encogió de hombros.

—¿Puedo ver? —Tendiendo la mano hacia el boceto, Valentina quiso atraparlo con los dedos. Lucca la dejó—. Es…

—Feo, pero me gusta dibujarla. La cruz —aclaró—. Tiene algo que me conmueve.

—Pero solo es una cruz.

—No solo; Jesús sale crucificado.

—Eso es triste. —Valentina suspiró en silencio.

—Lo triste despierta los instintos más puros —contestó él, perdiendo de nuevo la mirada en la obra tallada en madera.

De manera inconsciente, Valentina pegó su hombro al costado de Lucca, aún negando con la cabeza.

—¿Quién la talló? —preguntó, curiosa.

—Brunelleschi. Fue su única obra en madera. Y ahora mismo nosotros tenemos la suerte de estar viéndola. Porque eligió Florencia y este sitio para exponerla.

Valentina parpadeó. ¿De dónde había salido aquel muchacho? Lo contempló sin ocultar su curiosidad, que iba en aumento.

—¿Qué? —Él la miró tratando de ocultar media sonrisa.

—No sé. Estoy… fascinada. Creo. No me esperaba esto. No te esperaba así —soltó ella abiertamente en respuesta.

—Vale —masculló Lucca, bajando la voz—, anoche te conté algunos de mis secretos. No solo hago *pizzas*, ya lo sabes. Estudiar Bellas Artes conlleva dibujar.

—Pero no me habías dicho que dibujas tan bien.

—Y porque no me has visto trabajando con buenos materiales —se carcajeó el chico—. ¿Sabes cuál es el mirador más bonito de Florencia? Desde el que se ve la ciudad, el río, las montañas… Hay incluso una réplica más del *David* de Miguel Ángel.

—No, lo único que he visto en estas semanas ha sido el súper del barrio y la pizzería Serra.

«Y a ti», se sintió como una cría tonta al pensarlo.

Esta vez, como si hubiera escuchado los pensamientos de Valentina, los labios de Lucca no tardaron en dibujar una sonrisa perfecta. Sus labios rosas hicieron que el corazón de Valentina se

parara por un instante. O eso se imaginó ella.

—Vamos a tener que comprar repelente de mosquitos entonces, porque te voy a llevar a uno de los sitios más mágicos de la Toscana.

—Y, por lo que dices, no solo van artistas a ese lugar.

—No, claro. Es para todo el mundo: artistas, montones de turistas y vendedores; y, por supuesto, una cantidad ingente de mosquitos.

Toda su conversación transcurrió en susurros compartidos a muy pocos centímetros el uno del otro. Hasta que fueron conscientes de la complicidad que parecían compartir. Se apartaron de inmediato.

Antes de salir de la basílica, Valentina lo vio guardarse el pequeño lápiz en uno de los bolsillos de las bermudas. Pareció olvidar el dibujo a posta, por lo que ella siguió su instinto y lo guardó en uno de los bolsillos de sus vaqueros cortos.

Le dedicó un último vistazo al sol de la fachada justo antes de dejar atrás la plaza.

—¿Sabes quién diseñó la fachada? —le preguntó a Lucca, al cerciorarse de que la dejaba atrás. Este rio—. ¡Lucca!

—Deja algo para el resto de nuestras citas, o dejaré de parecerte interesante.



De vuelta en el piso, Valentina detectó de nuevo el olor que ya se había vuelto familiar viviendo con su hermana: un penetrante humo dulce que se pegaba a la garganta y se instalaba en los pulmones.

—¿Qué haces? —le preguntó a Martina nada más cruzar el umbral—. Otra vez huele raro.

—Limpiar —contestó la aludida, encogiéndose de hombros—. Leone ha estado aquí y no me gusta cómo se queda el ambiente cuando se va. Es como si siguiera aquí. —Reprimió un escalofrío, echándole los brazos sobre el cuerpo. Llevaba unas largas mechas rosas con gomas naranjas haciendo un extraño peinado.

Valentina coincidió con ella en el tema de Leone. No sabía cómo describirlo, pero, después de que el chico hubiera estado en casa, la tensión se palpaba en el ambiente. Aquella sensación también podía ser por el encontronazo que había tenido con él.

Preparó té verde helado de coco con piña para las dos. Sacó los pedazos congelados de la fruta y los esparció por los vasos de batido. El vidrio tenía formas que le recordaron a las vidrieras de la iglesia que había visitado con Lucca hacía unas horas. Valentina reprimió una sonrisa mordiéndose el labio, sin ser apenas consciente. Se perdió en sus recuerdos y su hermana se dio cuenta.

—¿Qué te gusta de él? —preguntó de pronto Martina, sentándose a la mesa frente a ella, aceptando el vaso de té con fruta helada. Sumergió un dedo en el líquido—. Parece que ambos habéis congeniado bien, ¿no? Demasiado bien.

Valentina entendió que su hermana se refirió al hijo de Ezzio por la forma en la que la miraba enarcando una ceja y levantando una esquina del labio. Sugerente, como si estuviera retándola.

—¿Se puede congeniar demasiado bien con alguien?

—Claro. Es inusual, pero claro que sí.

—Congeniar con alguien no es inusual —la frenó.

Ignorándola, Martina prosiguió. Esta vez sin mirarla:

—¿Hay algo de él que te resulte familiar?

—No entiendo tu pregunta.

Martina vaciló, aún con el dedo índice sumergido en la bebida.

—Nada, me refiero a que parecéis amigos de instituto.

—Si no nos has visto juntos. Nos estamos conociendo.

—Os estáis conociendo a pasos agigantados. Ya habéis pasado la noche juntos y acabáis de tener una cita romántica en una de las basílicas más famosas de Florencia. Hasta ha dibujado para ti. No me lo imaginaba del pequeño Serra. Al parecer, es blandito por dentro.

—No tenía que haberte dicho nada —contestó Valentina, poniendo los ojos en blanco. Su hermana asintió, dándole la razón—. Anoche le dije que no había tenido valor de pasear sola por aquí y que me moría de ganas de conocer la ciudad. Que apenas recuerdo detalles de cuando vine de pequeña, pero que no retengo buenos recuerdos como para recordar cómo explorar Florencia. Solo ha sido amable.

«Además, me ha librado de Leone. ¿Por qué sigues quedando con él?», pensó, pero no fue capaz de exteriorizar el pensamiento que le cruzó la mente como un rayo. Tenía que trabajar más en la relación con su hermana para sentirse libre de opinar sobre su vida sentimental sin que esta se sintiera atacada.

—Soy tu hermana mayor —apuntó Martina con seriedad.

—Sí, prosigue.

—Si te lías con Lucca, me lo dirías, ¿verdad? Eso tengo que saberlo.

—Martina, no voy a liarme con nadie. Solo estaba siendo amable.

—¿Anoche también fue amable? Vamos, no me chupo el dedo. ¿El cargador del móvil? ¡Ya, claro! ¿Qué te lanzó piruletas a la ventana? ¡¡Ya, claro!! ¿A mamá también le cuentas trolas como esa?

Valentina negó, sintiendo pesadez en las sienes. Su hermana era increíble. Decidió seguirle el juego solo para callarla.

—Es verdad, nos liamos. Por eso salí anoche a hurtadillas, para liarme con el hijo del pizzero.

—Joder, qué mal mientes —protestó Martina.

—¡Madre mía! Déjame en paz.

Se encerró en su cuarto para tratar de conciliar el sueño, aunque fuesen unas horas. Afortunadamente, lo consiguió tras treinta minutos estudiando los trazos del dibujo de Lucca, que desplegó a su lado sobre la almohada. Todavía seguía dándole vueltas a la forma en la que los dedos del chico habían sujetado el lápiz, tan pequeño como una cerilla de cocina. Los movimientos suaves y rápidos de su muñeca. Las líneas de la mina marcando el papel pintado del folleto hasta dar vida a aquel dibujo improvisado tan increíble.

Tan pronto como cerró los ojos, Valentina volvió a abrirlos tras sentir una sensación de vértigo que la tiraba de la cama. Despertó aferrada al colchón, justo en el borde, sudando a mares. Vio el boceto de Lucca en el suelo. Tuvo que consultar el reloj para orientarse: había dormido hasta las ocho de la tarde. Unas cinco horas.

¿Y por qué en su sueño había tenido la sensación de que solo habían sido unos segundos?

Desperezándose, reconoció las piruletas en el suelo. Las que Lucca arrojó la noche anterior por la ventana. Pensando en él, se acercó al escritorio, donde recogió su móvil para revisarlo. No

tenía ningún mensaje suyo, pero sí de Matteo.

Tenía muchos mensajes de Matteo.

Una punzada de frío le recorrió el pecho al recordar que Lucca le había mencionado los campeonatos nacionales de natación. Y ella sabía que Matteo estaba más que clasificado desde hacía meses. Competía con una de las mejores marcas del país.

El campeonato era en septiembre y se celebraría en Florencia.

Algo que no supo identificar se le atascó en el pecho. Un sentimiento que quería ahogarla. Una especie de pena nostálgica luchando contra una nueva emoción. El doloroso recuerdo de Matteo contra el sentimiento chispeante que Lucca había creado.

7

«Es mi mazo del tarot»



Después de una semana de investigaciones, Valentina tuvo claro en qué piscina iba a retomar el mayor de sus *hobbies*, abandonado meses atrás. Lucca ayudó en la decisión.

—Venga, vamos. Apúntate. Apúntate.

—Te he dicho que sí —respondió ella, por tercera vez ese día.

—Pero ya. Como sigas así, se va a pasar el verano. Empezarás la universidad en un sitio nuevo, conocerás a mucha gente y…

—¿Y?

Lucca se mordió el interior de la mejilla.

—Nada —respondió serio, regresando a sus masas de *pizza*.

—Quiere decir que tiene miedo de que te eches amigos y te olvides de él —dijo Alda, en actitud desafiante. De nuevo, lucía su característica coleta tirante, que le afilaba el rostro, haciéndola parecer mayor.

Lucca rio el comentario de su hermana.

—Créeme, no se va a olvidar de mí —vaciló, enarcando una ceja.

Valentina desvió la mirada, tratando de no ponerse colorada. Lo mejor de todo era que Lucca parecía haberlo dicho en serio.

—Lo has dicho muy seguro, ¿no crees?

—Vale, soy el primer amigo que has hecho en Florencia. No te vas a olvidar de mí. A eso me refiero. Además, cada vez que sales del portal, pasas por delante de mi trabajo. Por mucho que trates de olvidarte de mí, nos veremos todos los días. A menos que cojas un desvío.

—Es verdad —apuntó Alda.

—Estás muy mona cuando me saludas. Te pones colorada —comentó él.

—Siempre me pongo colorada, es mi especialidad. No significa nada.

—No he dicho que signifique algo.

—Ah…

—¿Vais a ir entonces al mirador? —quiso saber Alda. Su hermano asintió—. Cuidado, es un sitio muy romántico. No mires a mi hermano a los ojos, así es como hace su magia —advirtió mirando a Valentina, entrecerrando los ojos—. No tienes pinta de ser una lela que se deje engañar.

—Alda, déjalo. Eres una pesada —intervino el chico.

—No, es que no quiero otra Vita. Quiero que dejes en paz a Valentina. Que la dejes tranquila —dejó claro.

—Alda, los Serra somos irresistibles. Ya lo entenderás dentro de unos años. Si Valentina tiene que enamorarse de mí, lo hará tarde o temprano —bromeó él.

—¿Y qué tal si volvemos a hablar los tres? Porque sigo aquí. —Haciendo acto de presencia, Valentina levantó la mano.

Su vecino le guiñó un ojo y, como consecuencia, sintió calor bajando por su cuello hasta el estómago.

—No te había perdido de vista, tranquila.

—No, por favor. —Alda cerró los ojos un momento—. Valentina me cae bien —gimoteó de manera dramática.

—Tranquila, no voy a mirarlo a los ojos —resolvió Valentina con seriedad, y Alda pareció aceptar el trato, pues regresó a sus apuntes.

De nuevo, reinó el silencio mientras la pequeña Serra se enfrascaba en los problemas de matemáticas y Valentina la estudiaba de reojo. A ella y a Lucca, quien fingió no percatarse de sus miradas hasta que pusieron rumbo al centro de la ciudad.

Caminaron a una distancia discreta el uno del otro; cuando Lucca se acercaba a ella, Valentina se obligaba a distanciarse unos centímetros. Siguieron con ese juego hasta llegar a una de las piscinas municipales.

—Le has dicho a Alda que no ibas a mirarme a los ojos. Pero te he pillado.

Valentina respiró hondo.

—Te he mirado de reojo un par de veces, no buscaba tus ojos. —Se refirió a cuando estaban en la pizzería.

—Pues qué pena. —Lucca pateó una piedra antes de ingresar en el recinto. Llevaba la mochila de natación al hombro—. Me gustan tus ojos, son bonitos.

—Son marrones. ¿A quién pueden gustarle unos ojos marrones?

—Son tuyos, Vale. Eso los hace bonitos.

Valentina se detuvo en seco, pero Lucca siguió andando.

¿Qué había querido decir? ¿Estaba vacilándole?

Había aceptado ver las instalaciones de la piscina donde su amigo entrenaba solo porque, al menos, lo conocía. Y podía enseñarle el lugar y los programas. Estaba bastante segura de que el mejor plan era comenzar con el nado libre hasta que volviera a sentirse lo suficientemente cómoda como para apuntarse a un curso avanzado. Como última opción, estaba el volver a entrenar con un equipo federado. Pensar en aquella opción le embotaba los oídos, pues seguía siendo demasiada presión después de la mudanza y el caos reciente en su vida.

—Creo que empezaré con el baño libre —dijo en voz alta tras meditar, para que su compañero la escuchara.

—Apúntate al club —respondió él.

—Llevo meses sin nadar, no me voy a apuntar a ningún club. Además, no creo que pase la prueba de nivel.

—Pues entrena con una categoría inferior hasta que alcances a los federados.

—¿Federados? —Valentina se apartó de él. Estaban junto al mostrador, observando la piscina tras un gran ventanal.

No quería federarse. No necesitaba esa presión otra vez. Y menos, lejos de casa. Tenía intención de construir un nuevo camino lejos de Milán, y volver a nadar era, sin duda, dar un paso atrás. Pero lo necesitaba. Necesitaba sentirse libre y segura, no perdida y desorientada. El agua no hacía preguntas, solo se dedicaba a escucharla.

—Sube a las gradas, es por ahí. —Lucca le señaló el acceso a las escaleras—. Decide después.

—De acuerdo. —Obedeció.

Valentina eligió un asiento vació pegando a la esquina, cerca de un rincón con una

barandilla de metal a la altura de su pecho y paneles de cristal que se clavaban en el suelo. Siempre le había gustado estar retirada del gentío. Recordó a Matteo diciéndole justo aquello, que le gustaba mantenerse al margen.

Matteo, que, como Lucca en aquel momento, estaría ajustándose el gorro de silicona antes de saltar al agua. Como Lucca, luchando con los rizos castaños hasta que estuvieran dentro del gorro.

Disimuladamente, el chico de ojos azules la buscó por las gradas vacías. Cuando la encontró, Valentina sintió que ambos se encogieron sobre sí mismos, haciéndose pequeños al mirarse. Hasta que alguien golpeó el hombro del muchacho, reclamando su atención, y tuvieron que romper el contacto visual.

A partir de ese momento, pareció olvidarse de ella. Después del calentamiento y varios saltos, Lucca se alejó del grupo antes de subirse al pódium azul de la calle cinco para saltar. Su cuerpo se contorsionó en el aire dibujando un arco perfecto antes de entrar en el agua sin apenas salpicar. Primero los dedos, estirados con precisión, seguidos de las muñecas, los antebrazos y la cabeza… El agua lo envolvió como si formara parte de ella. Y, con sus piernas, se propulsó con fuerza hacia delante, provocando una primera ola al romper la superficie azul.

Valentina lo vio recorrer los cuatrocientos metros del calentamiento casi sin pestañear; no parecía lesionado en absoluto. Y no pudo evitar imaginarse cómo sería verse desde fuera, observarse desde su posición en las gradas. Nunca se había visto nadando, y eso que había pasado más de doce horas semanales en el agua.

El chico nadó a crol; sin duda, era su especialidad, pues se deslizaba sobre la superficie del agua como si las gotas se hubieran puesto de acuerdo para elevarlo y transportarlo hacia delante. Comparado con el resto, ni siquiera parecía que le costase esfuerzo moverse.

Valentina se mordió la lengua, sintiendo envidia de aquella técnica tan limpia que, desde su posición, se intuía fácil. Pero bien sabía que nadar no era un deporte sencillo. Al menos, no al principio. Había que coordinar el movimiento de brazos y piernas, corregir continuamente la posición de las manos y los dedos para mover el agua con mayor precisión, pulir la técnica, controlar la respiración, medir las distancias y acortar el tiempo de giro en los virajes.

Tras la primera hora, notó picor en su labio inferior, después de las veces que lo había mordido de forma inconsciente mientras analizaba el nado de Lucca, observándolo sin miramientos. Hasta ese momento no había llegado a percatarse de que solo lo conocía desde hacía pocas semanas y, para ella, estar estudiando sus movimientos en la piscina se volvió algo íntimo. Sintió las mejillas rojas tras su reflexión.

Después del entrenamiento, cuando el chico se apoyó en el borde de la piscina para salir, Valentina se fijó en cómo la presión que ejerció al auparse marcó todos los músculos de sus brazos y su espalda, y ella sintió la necesidad de seguir el recorrido de esos hombros y ese cuello. No era la primera vez que hacía algo similar y ella lo miraba: en la pizzería, Lucca se apoyaba continuamente sobre la barra. El chico se alejó del borde una vez en pie para centrarse en los estiramientos. Tras liberarse del gorro de silicona, echó un vistazo a las gradas.

Pero no la vio.

Valentina tampoco pudo ver cómo la extraña chispa que habitaba en los ojos del chico comenzó a extinguirse.

Finalmente, Lucca agachó la cabeza mordiéndose el interior de la mejilla, antes de volver con su grupo.

La encontró cerca del mostrador de recepción, donde parecía esperarlo concentrada en los

horarios de las actividades más destacadas. Llevaba su clásico vestido con girasoles amarillos, y esperaba con los brazos cruzados bajo el pecho y los ojos entornados para leer mejor.

—Ahora estaría bien dibujar un rato, es lo que pega después de entrenar. —La miró volviéndose hacia ella, pero en una actitud relajada. Como si Valentina no hubiera empezado a ponerlo nervioso.

Como si no le gustara el aroma que desprendía su piel si se acercaba lo suficiente a ella.

Como si sus brillantes ojos marrones no le inquietaran de aquella manera tan extraña, volviendo su respiración irregular.

Se sintió igual que tras unos largos a crol: el corazón acelerado cuando Valentina se giró hacia él, mostrándole su característico rubor en las mejillas. Ya ni se esforzaba en ocultarlo.

—Pensaba que después del remojo ibas directo a la pizzería —comentó ella en respuesta, sin alterar la expresión de su rostro.

—Eso es desde que estás tú allí. Con Alda —carraspeó Lucca al final, sintiéndose estúpido. Tuvo que desviar la mirada de ella, arrastrándola junto a él con un toque en el hombro.

Valentina vaciló, pero le siguió la corriente.

—No estabas —mencionó entonces Lucca, desviando la atención de su anterior comentario —. Cuando he salido del agua, ya no te he visto.

—He estado todo el tiempo mientras te exhibías, pero ni te has dado cuenta.

—Me tomo muy en serio los entrenamientos, Vale. Perdona por no haberme distraído con tu vestido de girasoles —bufó—. Y no, no me exhibía. Ojalá. ¿Eso crees que hago? Me duele tanto el brazo derecho y el costado que…

—¿Qué? Sigue.

—Nada, déjalo —comentó, molesto.

—Lucca, ¿qué te ha picado ahora? —Valentina se detuvo, obligándolo a parar.

Pero él la soltó.

—Quiero dejar el tema, Valentina. No me apetece hablar de esto.

—¿De tu lesión?

—Valentina…, para. —dijo en tono cansado.

—Llámame Vale —resolvió ella—. Por favor. —Arrugó la frente.

Los labios de Lucca volvieron a esbozar media sonrisa. Su corazón volvió a acelerarse al pensar en su lesión. No quería involucrar a Valentina en sus problemas; al fin y al cabo, todavía estaban conociéndose.

—Valentina suena más serio —coincidió tras razonar. Alargó la mano para agarrarla por la muñeca.

Salieron juntos del edificio. Y ella no pudo apartar la vista de los dedos de Lucca alrededor de su piel. Había apreciado que el chico tenía esa especie de manía cuando quería tenerla más cerca. La primera vez que pasó, le pidió disculpas, avergonzado. Era impulsivo, explosivo… Y extrañamente tierno.

—Y ahora que hemos dejado claro el punto del nombre, otra apreciación.

—Soy todo oídos.

—Nadas increíble. ¿Eres librista?

—Gracias. Y sí, nado crol. En exclusiva desde que… Ya sabes, el brazo, el hombro… Me cuesta horrores nadar a mariposa. Y se me saltan las lágrimas si intento hacer cinco metros a braza. Es horrible —comenzó a derrumbarse. Valentina le echó el brazo por encima de los hombros, pese a que en el exterior sintió que su cuerpo se derretía por el calor. Tuvo que ponerse

de puntillas para alcanzarlo de forma cómoda. Lucca se agachó un instante antes de que ambos estallaran a reír en carcajadas—. Pero ya sé lo que ha pasado —sonrió.

—Estoy esperando a ver con qué me vas a sorprender —dijo ella, poniendo los ojos en blanco. Valentina reconoció el brillo en sus ojos. Enseguida se apartó de él, esperándose el comentario.

—Me has visto en bañador, eso es lo que ha pasado. —Lucca hizo como que se limpiaba lágrimas de risa.

—Sí, te he visto en bañador. —Valentina se cruzó de brazos frente a él, asintiendo.

—Vaya, te has quedado impasible.

—¿Y qué esperabas?

—Que te pusieras colorada. Me encanta cuando te pones colorada.

—Eres increíble.

—Lo sé —vaciló, agarrándola por los hombros. La miró directamente a los ojos—. Pero, venga, ¿no te he puesto nada nerviosa?

—Lucca, ¿sabes a cuántos tíos he podido ver en bañador? He estado federada desde los trece años, y tengo diecinueve.

Lucca asintió un par de veces sin desviar la atención de los ojos oscuros de la chica, que seguía firme bajo su agarre.

—Pero yo no soy cualquier tío —apuntó—. Soy increíble.

—Lo eres —asintió ella en respuesta, siguiéndole la corriente.

—¿Entonces?

—No sé qué esperas que te diga, lo siento. —Rio nerviosa.

—Que no has conocido a nadie como yo. Que no has visto a nadie como yo.

Entonces lo sintió, cómo los ojos oscuros de Valentina se llenaron de palidez. Sobrecogido, Lucca la soltó, dando un paso atrás.

—Vale, lo siento. Estaba de coña.

—¿Por qué lo dices? Has puesto cara de ver un fantasma. —Ella negó con la cabeza, cerrando los ojos.

—Te has puesto rara. Has hecho algo con… Da igual. Da igual. Cambiemos de tema. Hoy parece que no me salen bien ninguna de mis gilipolleces.

Valentina asintió con la cabeza antes de soltarlo.

Tras varios minutos de caminata sin rumbo entre el gentío de Florencia, Valentina ya estaba perdida en los detalles de las fachadas de los edificios que recorrían. Parecía tan abstraída que Lucca se pensó varias veces si interrumpir sus pensamientos o dejarla unos minutos más, perdida en su mente. Cada vez que giraban hacia un nuevo espacio, se le iluminaba la tez y abría tanto los ojos que le entraban unas impulsivas ganas de abrazarla. Por lo que, antes de llegar al río, el muchacho se decidió por lo primero:

—Entonces, ¿has pensado qué vas a hacer?

—Nado libre —contestó ella, aún distraída.

—¡Venga ya! —protestó Lucca.

—Te he dicho que no voy a federarme. Creo que eso ya no es para mí. —Se encogió de hombros—. Después de todo el tiempo que he pasado sin nadar, no me siento cómoda. Además, no quiero competir. Ni se me pasa por la cabeza.

—Vaya, pues lo siento.

—¿Qué sientes? —Se detuvo para observarlo.

—Siento que mi increíble técnica te haya destrozado el ánimo.

—No ha sido tu técnica, ha sido tu enorme ego —aclaró ella. Lo apartó de su lado con un empujón amistoso.

Lucca aguantó de forma estoica.

—¿Algo más?

—Sí, necesito sombra —clamó ella, abanicándose con la mano—, hace muchísimo calor. En las gradas casi muero asfixiada por la humedad. Y llevo el pelo tan encrespado que creo que no voy a poder desenredarlo jamás.

—Es verdad, las gradas… No había caído. Lo siento, Vale. Mañana entrenamos en la piscina exterior, allí estarás mejor.

—¿Quieres que mañana también vaya a verte entrenar?

—Sí.

—¿Por?

—Porque mañana me toca rehabilitación y voy a aburrirme mucho si no vienes. Aunque también podrías animarte y nadar.

—No tengo bañador —se justificó.

—Pues vamos a por uno.

—Tampoco tengo mis cosas, las dejé en casa de mis padres. Aunque, bueno —hizo una pausa, ladeando la cabeza de forma graciosa—, ya no sé de quién es. Supongo que de mamá. —Su mirada se perdió en algún punto detrás de Lucca.

Este le hizo aspavientos con la mano para traerla de vuelta.

—Vale, te estás desviando del tema. ¿No tienes gorro ni gafas?

—Ni mochila, ni toalla, ni neceser…

—Madre mía, Valentina. Eres un auténtico desastre.

—Últimamente sí, lo soy.

De nuevo, sintió los dedos de Lucca aferrarse a su muñeca para atraerla más a su lado.

—Por lo menos vas a librarte del calor del verano florentino. Nos vamos de compras.



El sol comenzó a bajar por las fachadas conforme fueron acercándose de vuelta. Cargada con sus bolsas, Valentina escuchaba con atención los consejos su amigo para agilizar el nado a crol. De vez en cuando, aprovechaba para poner los ojos en blanco y, así, hacerlo rabiar. Pero Lucca se limitaba a reír de medio lado.

No tardaron en ver al fondo de la calle la esquina del edificio y la pizzería cuando el cuerpo de Lucca se petrificó al verla. Valentina lo sintió rígido junto a ella. Los observó a ambos antes de hacerse a un lado, sintiéndose fuera de lugar.

—Llevo llamándote dos horas —dijo la chica, que solo lo esperaba a él. Se puso en pie despacio, mirándolo directamente a los ojos como si Valentina no fuera más que un elemento decorativo de la calle.

El cabello de Vita caía tras su espalda, liso como una tabla y brillante bajo la luz de las farolas parpadeantes. Llevaba los labios pintados de rojo, como en la foto que Valentina había visto de ella en el móvil de Lucca. En el cuello, cadenas doradas que resaltaban sus afilados ojos

verdes. Sin dejar de analizar a la compañera de su exnovio, la chica con aire de modelo se apartó un largo mechón de la cara, mostrando una increíble manicura en tonos naranjas.

Valentina se sintió pequeña, hasta el punto de querer desaparecer tras una sombra.

Pendiente solo de Vita, Lucca dio un paso cauteloso, tanteando el terreno. La muchacha era tan imprevisible como explosiva y nunca sabía por dónde iba a salir.

—No quiero discutir —advirtió, levantando una mano en señal de paz.

—No he venido a discutir —respondió la aludida, aceptando sus paces—. Es por tu hermano —soltó con frustración.

Lucca se petrificó todavía más. Valentina pudo ver la tensión apretarle los músculos del cuello y la mandíbula. El chico cerró los puños, tratando de ocultar el repentino temblor que invadió su cuerpo.

—¿Qué le pasa ahora?

—Lo de la última vez.

La cara de Lucca fue un poema.

—Maldito gilipollas. —Se llevó las manos a la cabeza, despeinándose. Le dio la espalda un momento a la chica, echando la vista al suelo. Frente a Valentina, esta clamó en sus pensamientos que la mirara a los ojos para tratar de descifrar lo que le pasaba por la cabeza. Sin embargo, Lucca no lo hizo, no la miró.

—Lo sé —asintió Vita —. Suponía que querrías estar al tanto.

—Gracias —respondió Lucca en respuesta, cada vez más cerca de ella.

Fue cuando Valentina, sintiéndose cada vez más fuera de lugar, se atrevió a intervenir:

—¿Qué pasa?

—Nada. —Lucca se giró de nuevo hacia ella, siendo consciente de que, por un momento, había olvidado su presencia. La zona de alrededor de sus ojos había comenzado a enrojecerse. Tal vez por la tensión que le había provocado la noticia—. Sube al piso, Vale. Luego te llamo —le dijo.

—Pero ¿puedes decirme qué está pasando? —protestó ella.

—Valentina, vete a casa. Hablamos luego —zanjó la conversación con tono serio. Con un gesto del brazo, apartó a Vita de la entrada al portal, cediéndole el paso a la chica del vestido de girasoles. Esta parpadeó con pesadez antes de obedecer, dejando que el muchacho le ayudara a sujetar la puerta del edificio.

Como ya era costumbre, de manera instintiva fue a agarrarla de la muñeca, pero ella se apartó antes de que los dedos de Lucca le acariciaran la piel, rechazando de manera voluntaria la dulce electricidad que le provocaba su contacto.

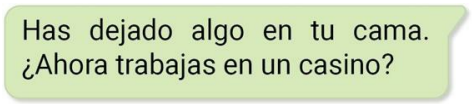
El chico se apartó de la puerta mientras las bisagras chirriaron y esta se cerraba tras la figura oscura de Valentina. Ambos se miraron un instante antes de romper el contacto. Fue cuando Lucca decidió apartarse del portal para caminar junto a Vita, que lo esperaba a tan solo unos pasos. Y lo contemplaba reconfortada, como quien recupera un libro que no ha prestado nunca.

En el piso todo estaba en silencio. Hasta la nevera había dejado de emitir el incómodo pitido que solían escuchar a menudo. Su hermana, como de costumbre, no estaba en casa. Y, por cómo olía el apartamento, parecía no haber puesto un pie en el lugar desde bien temprano. Parecía que Martina no se entendía con las ventanas. Por eso, Valentina corrió a abrir la de la habitación de su hermana para sentir algo de corriente. No soportaba esa sensación de agobio y calor encerrada en aquella diminuta estancia donde no tenía espacio ni para pensar. Ladeando la cabeza a la espera de que algo de aire le acariciara la piel del rostro, de reojo, pudo observar algo que, desde

la cama de Martina, llamó su atención. Sobre las sábanas revueltas yacían desperdigadas un montón de cartas oscuras con llamativas ilustraciones y grabados dorados. Con curiosidad, estudió algunos de los dibujos, sin atreverse a tocarlas. Solo se acercó lo suficiente como para poder examinarlas.

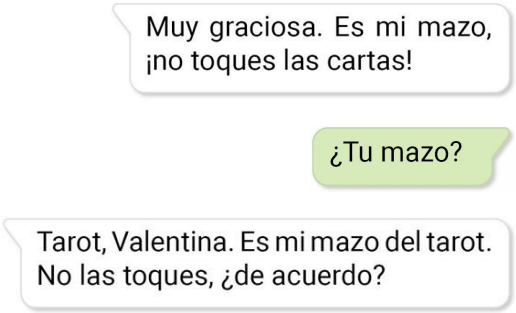
Le sorprendió la manera en que brillaban los detalles solo con la luz del atardecer que se colaba a través de la ventana.

Sin pensarlo, sacó el móvil para escribirle a Martina:



Bromeó.

Cinco minutos más tarde, cuando ya estaba preparada para ir a la ducha, recibió la respuesta de su hermana:



No pensaba hacerlo. Valentina se alejó de la habitación, perdiendo de vista la cama de sábanas verdes de Martina, negando con la cabeza. Con ella llevaba ropa interior limpia y la camiseta de Vito Corleone que había sacado de la última colada limpia. Antes de que Lucca volviera a colarse en su mente, puso un pie en la bañera para terminar de desvestirse.

8

Se sintió a salvo para romperse un poco



Todavía no había abierto los mensajes de Matteo. Tampoco había respondido a las llamadas perdidas de Lucca. Después de cómo la había despedido, no tenía ganas de volver a verlo. No por el momento, al menos. Así que, tras poner un pie en el suelo aquella mañana, Valentina se ordenó no salir del apartamento. Podía distraerse con algo. Pero no con el móvil, porque los mensajes de Matteo seguían amontonándose. Y las llamadas del chico de la pizzería.

Era tan intenso que prefería llamarla a dejarle algún mensaje. ¿Quién hacía eso? A ella siempre se le olvidaba que su móvil podía hacer llamadas y esperaba horas eternas a que le devolvieran los mensajes.

—Vaya, alguien ha dormido de pena —apreció Valentina al ver a su hermana desplomada sobre la mesa de la cocina, abrazada a una taza de café frío. Vio sus profundas ojeras grises marcadas bajo los ojos y la nariz enrojecida—. Ey, ¿estás bien?

Martina sorbió por la nariz como una niña pequeña, haciendo que su hermana se detuviera para verla mejor.

—Martina, ¿estás llorando? —insistió.

Pero Martina negó con la cabeza. Sus mechas rosas se desperdigaron por sus hombros y tras la espalda.

—Yo no lloro, idiota.

—Vale, era solo para asegurarme. —Valentina se encogió de hombros al rodearla para servirse un café.

Cerró los ojos antes de llevarse la taza a los labios. Entonces, se le aceleró el corazón.

—¿Tocaste las cartas? —Martina se giró hacia ella con una velocidad que la hizo saltar sobre el sitio.

—¡No! Ya te lo dije. —Escupió el café.

—Tranquila, no grites. Era solo para asegurarme. —Y volvió a su posición, riéndose.

Valentina la observó desde atrás. Su hermana parecía haber perdido peso en el tiempo que llevaba con ella en Florencia. Su piel clara la hacía parecer enferma con el *outfit* que había elegido: camiseta de tirantes en licra y minifalda vaquera. También llevaba unas Superga negras con cordones brillantes. Muy brillantes.

—Se te marcan los huesos de la espalda, ¿estás comiendo? —se atrevió a preguntarle. Aguantó la respiración mientras esperó respuesta.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Valentina se posicionó frente a ella en la mesa.

—Yo… No lo sé, Valentina —confesó. Como si algo se hubiera roto dentro de ella, explotó.

Y, horrorizada, Valentina la vio desplomarse. Tomó asiento para cogerla de las manos en un intento de lograr consolarla.

Estaba fría pese al terrible calor que hacía. Y temblaba.

—Martina, me estás asustando. ¿Qué te pasa? ¿Llamo a alguien? ¿Quieres que hable con mamá? —resolvió.

Pero su hermana negó con un cansancio extremo que le encogió el corazón.

—Quiero dormir. Necesito dormir. Ese subnormal me ha vuelto a hacer daño. Por eso no puedo confiar en él. Por eso no puedo estar con él —dijo, perdiéndose en sus pensamientos. No abrió los ojos. No estaba preparada para mostrarse tan rota como se sentía.

Valentina se notó alerta.

—¿Leone te ha hecho algo? —le preguntó, acercándose a ella.

—Oh, no, ese infeliz no me ha hecho nada.

—¿Quién ha sido?

—No quiero que me juzgues, Valentina. Llévame a la cama y ya está —zanjó la mayor, con un hilo de voz.

Incapaz de controlarse, Valentina resopló conteniendo la rabia. En las últimas horas todo el mundo parecía querer ocultarle las cosas. Rodeó a Martina con un brazo bajo la axila izquierda para ponerla en pie y la arrastró hasta su cama. Pero, cuando llegaron junto a esta, la chica se negó.

—Querías ir a la cama.

—Déjame la tuya, aquí hay mucha luz. Por favor —gimoteó Martina en respuesta, haciendo resoplar de nuevo a su hermana.

—De acuerdo, pero, en cuanto estés mejor, vamos a tener una charla de verdad.

—La tendremos.

—En mi cuarto hace mucho calor.

—Da igual. He pasado más tiempo que tú ahí, me apaño.

Después de dejarla sobre su cama de noventa y cerrar las mallorquinas de madera tal y como le pidió, Valentina se marchó de la habitación. Dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo sin saber qué paso dar a continuación. Por cómo había empezado el día, pintaba larguísimo.

Se sentó a la mesa de la cocina a terminar su taza de café, pero notó el estómago tan revuelto que fue incapaz acabarlo. Junto a su codo, comenzó a vibrar de nuevo el móvil. Era Lucca.

—Dame una tregua, acabo de despertarme.

—¿Una tregua? No vuelvas a hacerme esto, Valentina. Porque te vi entrar en el edificio que si no estaría echando la puerta de tu casa abajo.

—Y yo estaría llamando a la policía, ¿te estás escuchando?

—Estabas sola en casa, pensaba que te había pasado algo.

—¿Qué me va a pasar?

—Yo qué sé…

—Espera un momento —lo cortó—, ¿cómo sabes que estuve sola en casa?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Ella carraspeó, llamando la atención del chico.

—Porque llevé a tu hermana a casa —confesó este.

—Genial —masculló Valentina, guardando silencio.

—¿Estás enfadada?

—No.

—¿Y por qué parece lo contrario?

—Estoy decepcionada, Lucca. Y cansada de todo. Martina nunca está en casa, mi mejor amiga en esta ciudad parece ser una adolescente de doce años que estudia matemáticas todas las horas posibles del día y tú…

Lucca suspiró.

—No estaba en mis planes irme así, de verdad.

—Fuiste un borde de cojones.

—Perdóname.

—Ya veremos.

—No me hagas arrastrarme, Vale. Ya sabes que, con mi historial, se me da de miedo.

Aquello la hizo sonreír. Entonces recordó cómo Lucca se marchó detrás de Vita, por la que tantas veces se había arrastrado. A eso se había referido.

—¿Anoche lo hiciste?

—¿Con Vita, dices? No por Dios, Vale. Ya te he comido mucho la cabeza con eso, ¿no has tenido suficiente?

Valentina meneó la cabeza antes de apoyarse sobre la mesa con un codo.

—Lucca —lo llamó—, ¿qué quieres? —Dejó que el aire se escapara de su cuerpo con una fuerte exhalación.

—Quiero que vengas conmigo al mirador de la plaza de Miguel Ángel. Esta noche. Pero tendrás que bajar a cenar a la pizzería. Y hablaremos de todo. No quiero que te sientas decepcionada, no era mi intención. Y estoy seguro de que tampoco era la de tu hermana.

—No lo sé, Martina no se encuentra bien. Me ha dejado preocupada.

—Mira, haremos otra cosa: quédate con tu hermana y os subo la cena. Si está bien, vuelvo a recogerte después de mi turno y vamos al mirador. ¿Te parece? Es un plan sin fisuras.

—Tiene una fisura.

—¿El qué?

—El repelente de mosquitos.

—Vale, te dije que soy increíble. Confía en mí. —Y colgó.

Confiar no era nada fácil, Valentina bien lo sabía. No después de que hubieran pisoteado esa confianza delante de sus narices sin pensar en las consecuencias y en cómo quedarían un par de corazones después de la tragedia.

Quiso volver a llamar a Lucca y cancelar la cita. Al final, había vuelto a llevarla a su terreno, y eso terminó de ponerla de mal humor. Hasta que se topó con la bolsa que habían comprado con las cosas de natación. Sintió que esbozaba media sonrisa al sacar el bañador negro.

Frente al espejo, se contempló con la prenda por encima del pijama, imaginándose cómo se sentiría al llevarla puesta. O si su cuerpo también se arquearía de la misma manera que el de Lucca al entrar en el agua.

Solo se atrevió a probárselo cuando dieron las ocho y media de la tarde y ya no le quedaron más cosas que hacer en el piso. Había cocinado macarrones a la carbonara suficientes para alimentar a todos sus vecinos del bloque, sacado brillo al lavabo del baño y a la bañera hasta que pudo verse reflejada en la superficie, y el olor a suavizante de talco inundaba la estancia después de haber tendido una lavadora. Tras tanta productividad, Valentina se dejó caer en la cama de su hermana, que, afortunadamente, ya estaba libre de extrañas cartas que leían el futuro. Al principio dudó si tumbarse o no en ella, pero terminó por desplomarse sobre el colchón. Al poco, sintió una pesada bruma embotarle los oídos que hizo que pronto se quedara dormida.

Valentina era de las que pocas veces recordaban sus sueños, así que, para ella, soñar era bastante extraño. Cuando sucedía, recordaba todos los detalles; su cerebro parecía estar alerta cuando aquel fenómeno se daba en su mente. Estaba casi convencida de que nunca entraba en fase REM al dormir, cuando, supuestamente, sucedían los sueños. Por eso no se sorprendió al abrir los ojos y solo recordar una inquietante oscuridad. La luz anaranjada de las farolas le bañaba la piel de las piernas, provocando perturbadoras sombras en los muebles de la cocina, a pocos metros de la cama de Martina. Valentina se desperezó con brusquedad, sintiendo el mareo acariciarle las sienes. Fue entonces cuando recogió el bañador de la cómoda y se desvistió en la semioscuridad para probárselo. Lo hizo de manera inconsciente, mecánica; por eso se tragó una exhalación al encender la luz y verse reflejada en la superficie vertical del espejo. No recordaba la última vez que se vio reflejada en los espejos de los vestuarios de su piscina de siempre, en la vía Giuseppe de Milán. Donde Matteo solía esperarla en la puerta para entrar juntos y se separaban justo en los vestuarios para volver a encontrarse en el interior de la piscina. La primera semana que salieron juntos, Matteo la llevó de la mano. Después de un año, comenzaron los besos en la frente después de los entrenamientos. Antes de los dos años, Matteo estaba demasiado centrado en el entreno como para percatarse de que Valentina estaba tan solo a un metro de distancia de él, en el agua. Poco después, rompió con ella. Y ella rompió con el agua.

Sin besos en la frente y sin volver a esperarla nunca más. Sin escuchar todo lo que ella tenía que decirle. La dejó con la palabra en la boca frente a la cafetería del Duomo, sin terminar su café con sacarina. Hizo ruido al levantarse, arrastró la silla de forma brusca y la miró con una especie de rabia e impotencia que Valentina no supo ubicar. Ella no se marchaba por voluntad propia; todo había sido culpa de las circunstancias. No era justo que Matteo se sintiera el perdedor en esa batalla, porque ni siquiera se había mostrado abierto a intentarlo. Directamente, optó por la opción fácil: cortó por lo sano.

Valentina permaneció sentada el tiempo suficiente como para perderlo de vista. Cuando Matteo dejó de estar en su campo de visión, se permitió romperse un poco. Si algo detestaba, era llorar en público. Sentirse vulnerable frente a una multitud desconocida.

Regresando de sus recuerdos, se giró para verse la espalda y la forma en la que la licra oscura se amoldaba a su figura. Se apartó el pelo con cuidado antes de que tocaran a la puerta. Como no contestó, los golpes sobre la madera regresaron a los pocos segundos.

Y Valentina reconoció los manotazos demasiado tarde. Cuando estaba dispuesta a echar la cadena de seguridad, escuchó que giraban una llave en la cerradura y retrocedió, sintiendo la angustia cerrarle la garganta. La puerta se abrió demasiado despacio.

—Hostia, Valentina. —Leone se acercó a ella al verla. Sin cortarse ni un pelo, la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies y vuelta, invadiendo la estancia.

En un intento por retroceder, Valentina cayó sentada sobre la cama de la habitación. Agarró las sábanas para tratar de taparse, pero Leone le apartó la mano para que no lo hiciera. En dos inquietantes zancadas se posicionó a su lado.

—¿Qué estabas haciendo? Te queda muy bien —apreció. Le echó el aliento sobre la cara.

Valentina cerró los ojos, tratando de apartarse y no perder los nervios.

—Quítate de en medio —dijo despacio, con seguridad. Como si el cuerpo no le temblara.

Leone pareció hacerle caso. Se apartó de ella con cautela, pero sin apartar la vista de su cuerpo. Llevaba el cabello más corto que de costumbre, tenía más barba y unas profundas ojeras como las de Martina.

—¿Eres nadadora? —Su voz sonó sorprendida.

—No te importa.

—En serio, gastas un mal humor de la leche. Solo trato de ser amable.

—Te has tirado encima de mí, no me parece un comportamiento amable —apuntó ella.

—Créeme, ha sido amable. También puedo no serlo —pronunció con voz ronca.

Y, con ese repentino cambio en el tono de su voz, Valentina sintió que la fuerza le abandonaba, y las ganas de llorar le quemaron en los ojos y en la garganta. Al ver aquella debilidad en ella, Leone aprovechó para volver a acercarse.

—Como des otro paso, voy a gritar muy fuerte —le advirtió, sintiendo el sudor en las palmas de las manos.

—Como si eso sirviera de algo, Valentina. No quieres gritar. Quieres que me siga acercando a ti. Lo noto en tus ojos, no me puedes engañar.

El móvil de Valentina comenzó a vibrar sobre la mesa de la cocina. Una vibración larga, seguida de otra, otra… Hasta que se detuvo. Leone, desconcertado, oteó tras su espalda unos instantes. A los pocos segundos la vibración regresó, y de esa manera pudo encontrar el móvil.

—Es tu amigo Serra —anunció al cogerlo. Terminó de ponerlo en total silencio. Valentina reprimió un escalofrío, notando cómo sus uñas se clavaban cada vez más en el colchón—. ¿O es tu novio?, ¿crees que se enfadaría si presenciara esto?

—¿Esto? —lo encaró.

La única razón por la que Valentina seguía petrificada al borde de la cama era porque su hermana estaba en el piso. Y, si aguantaba lo suficiente como para que Martina viera con la clase de persona con la que salía, se daría por satisfecha. No le gustaba hacerse la heroína, no quería hacerse la heroína… Pero no veía otra alternativa.

Leone le agarró una muñeca con brusquedad, haciendo que se retorciera de dolor. Valentina reprimió el aullido que quiso salir de su garganta, mordiéndose el labio. Eso le dejaría marca, pensó. Fue entonces cuando echó de menos el tacto suave de los dedos de Lucca sobre su piel. Y el olor a cloro revoloteando a su alrededor.

Leone siguió hablándole, acercándose cada vez más a su oído, susurrándole cosas que se negó a procesar. Ella intentó dejar la mente en blanco todo lo que pudo; tanto logró evadirse que no escuchó los golpes sobre la madera de la mallorquina, que despertaron a su hermana.

Cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par a los pocos minutos, Leone la soltó, bajándose de golpe de la cama. Valentina se permitió soltar un sollozo de alivio sobre el colchón, encogiéndose todo lo que pudo. Por la tensión, notó todos los músculos de su cuerpo entumecidos.

—¡Pedazo de mamón! —gritó Martina, observando la escena con los ojos llameantes. Contempló a su hermana encogida sobre la cama y no dudó un segundo en correr hacia ella—. ¿Qué cojones hacías?, ¿la has tocado? —le gritó a Leone, fuera de sí. Se agachó sobre la cama—. Valentina, ¿te ha tocado?

—No le he hecho nada… —El muchacho se encogió de hombros, retrocediendo hacia la cocina con los brazos al frente, tratando de defenderse.

Al verlo tan impasible, Martina terminó de explotar.

—Tienes un puto segundo para salir de mi casa o llamo a la policía.

—Vamos, Martina, solo estábamos hablando.

—¡Estabas manoseando a mi hermana! —Avanzó hacia él, aferrando con las manos lo primero que encontró por el camino—. ¡A mi hermana, joder!

—¡Si apenas la conoces! ¿Ahora sí sois familia? Hace una semana estabas deseando que se

marchara. ¡Díselo! No querías que viniera a vivir contigo. ¿Ahora estás hecha toda una hermana mayor? No te equivoques. Eres un puñetero desastre y se cansará de ti como lo hacemos todos.

Martina gritó tan fuerte que todo el edificio se puso al corriente de la pelea. Lanzó el tostador con tanta fuerza en dirección al chico que el impacto contra el marco de la puerta consiguió asustarla. Leone, saliendo hacia el pasillo, logró esquivar el proyectil antes del impacto. La mujer fue tras él sin dejar de insultarle.

Los gritos de ambos se escucharon reverberando entre las paredes del corredor. Poco a poco, se fueron alejando.

Todavía inmóvil, con las rodillas dobladas junto al pecho, agarrada a sus tobillos, Valentina contó en silencio hasta que notó un olor familiar a su lado. Aun así, se apartó por si acaso. No quería más sustos. Que nadie la tocara. Ni Lucca.

Todo el apartamento olía a *pizza* margarita con mucha albahaca. Le había traído la cena, como prometió.

Tomando distancia, Lucca la contempló perplejo al principio, hasta que se precipitó a cubrirla con la sábana verde. La escuchó soltar un sollozo que terminó de descolocarlo.

—¿Qué ha pasado, Vale? —Se arrodilló al borde de la cama sin dejar de buscar sus ojos oscuros—. Puedes confiar en mí —le aseguró. Despacio, dejó resbalar la palma de su mano hasta la rodilla de Valentina, que cerró los ojos ante aquel roce cauto, tan distinto a los que le habían quemado en la piel hacía unos minutos.

—Lo sé.

—Pues dímelo —pidió el muchacho, acariciándole la rodilla con la yema del dedo índice. No se atrevió a acercarse más.

Valentina asintió.

—Leone ha entrado —explicó, sintiendo el cansancio apoderarse de ella—. No sé por qué tiene una llave. No lo sabía… No sabía que tenía una llave. —Negó con la cabeza; se sintió agotada, pese a lo que había dormido.

Lucca dejó caer la cabeza ligeramente sobre su propio pecho mientras la escuchaba. Pareció meditar en silencio, con los ojos cerrados.

—¿No ha tocado a la puerta antes de entrar? —preguntó, notando la sangre arder.

—Sí, pero no me ha dado tiempo a hacer nada. Ha abierto con la llave —explicó Valentina —. Yo estaba probándome el bañador.

Al momento, los dedos de Lucca se agarraron a la sábana de forma brusca haciendo que Valentina, al fin, abriera los ojos. La zona de las ojeras del chico se había coloreado de rojo como la noche anterior, justo antes de que la mandara al interior del edificio. Después de que Vita le avisara sobre su hermano.

Tras sopesar unos instantes, Lucca terminó por erguirse sobre sus rodillas, alejando el torso de la cama con la vista fija en el cabecero de la pared. Era de forja blanca. Ante aquel extraño estado en el que parecía sumido, Valentina se incorporó para gatear hasta él. Fue algo en los ojos del chico lo que le empujó a despertar. A tocarlo antes de que se levantara y la dejara sola. Lo agarró de la muñeca como él solía hacer con ella.

—¿Te ha tocado? —lo escuchó murmurar, al notar la calidez de su piel sobre la suya. Se quedó mirándola fijamente, con una seriedad grave endureciendo las facciones de su rostro. Se le enrojeció hasta la punta de la nariz. Como la chica no contestó, él insistió de nuevo—: Valentina, dime si te ha tocado. Por favor —dijo esta vez, intentando parecer más calmado. Pero lo cierto era que notaba la tensión hasta en el último músculo del cuerpo. Aprisionó los dedos de las

manos en los puños un par de veces, para cerciorarse de que la sangre seguía circulando por su cuerpo.

—¿Y qué si lo ha hecho?

—Que le voy a reventar las manos con el casco de la moto.

—¡Lucca! —Valentina tiró de él para que no diera ni un paso. El chico ya marchaba hacia la puerta del piso—. ¿Qué dices?

—Y también la cara, para que se le ocurra volver a mirarte…

—Para, ¡no vas a ningún lado!

Lucca trató de que lo soltara, pero Valentina ya había saltado de la cama para avanzar con él, tirando de su cuerpo. Tratando de no hacerle daño, el chico se detuvo. Tomó aliento antes de mirarla fijamente. Valentina lo soltó con cuidado un minuto después, al notar que las subidas y bajadas de su pecho se habían estabilizado.

—Quédate conmigo —le pidió. Se posicionó frente a él aguantando la respiración. Estaban muy cerca. Nunca antes habían estado tan cerca.

Sin pensarlo, él asintió en silencio, dejando caer la cabeza contra la de ella de manera que sus frentes se tocaron. Ambos sintieron la electricidad en la punta de los dedos de las manos, que comenzó en el punto en el que sus pieles se juntaron. Los dedos de Valentina tamborilearon en el aire, como si tocaran un instrumento no inventado; los de Lucca los imitaron.

—¿Puedo hacer algo, Vale? Algo que no me haga sentirme un idiota —clamó con la voz distorsionada. Como si le doliera al hablar—. Algo útil.

—Puedes abrazarme.

—No sé…

Sin darle oportunidad a decidirse, Valentina extendió los brazos alrededor de su amigo y lo rodeó con cuidado. Lucca se estremeció de manera tierna, encogiéndose primero sin saber qué hacer o qué decir, cogido por sorpresa. Sus frentes no se separaron en ningún momento. Ni después de que Lucca cogiera el relevo en el abrazo, rodeando el cuerpo de Valentina como si esta fuera el único ser de la tierra al que tuviera que poner a salvo.

Al menos, así lo sintió ella.

Fue el abrazo más delicado, íntimo y bonito que jamás le habían dado.

No era como los abrazos de Matteo: cariñosos, fuertes y posesivos. No. Los brazos de Lucca eran fuertes pero delicados. Seguros, firmes, cálidos… Protectores. Lucca era protector.

—Joder, Vale. Joder —lo escuchó mascullar sobre su nariz.

—Sí, joder —masculló ella en respuesta cuando el pecho de Lucca le dio un cobijo repentino tras el que se sintió a salvo para romperse un poco.

Porque ella solo se rompía un poco.

Pero nunca delante de nadie.

Y esta vez lo hizo delante de él.

Sin esperarlo. Sin poder frenarlo. Simplemente ocurrió sin que pudiera impedirlo.

Y Lucca siguió sujetándola contra él hasta que estuvo lista para separarse. Mucho tiempo después.

9

Era cierto que Florencia no era para todo el mundo



La *pizza* estaba cortada en seis porciones grandes, cada una de ellas decorada con una hoja de albahaca, como a Valentina le gustaba. Con el equilibrio perfecto entre el queso, la masa fina y el tomate con orégano.

Estaba sentada a la mesa mirando por la ventana de la cocina cuando Lucca le tendió un té verde de piña y coco. Había removido la fruta como ella le había pedido.

—¿Está bien?

—Está perfecto —asintió, dando un pequeño sorbo para refrescarse la garganta.

Lucca meneó la cabeza, complacido.

—Para servirla. ¿Necesitas otro hombro sobre el que llorar?

Valentina lo atravesó con la mirada.

—Ya te he dicho que no volverá a ocurrir —aseguró, convencida.

—Y yo ya te he dicho que no pasa nada, la gente normal llora. Si tú no lloras, es porque no eres normal.

—Pues quizá no lo sea.

—Vale, no digas tonterías.

—En serio, nunca me había pasado. Yo no lloro delante de la gente. Supongo que ha sido por un cúmulo de cosas. La mudanza, el divorcio, Matteo…

Para que dejara de hablar, Lucca la obligó a beber más té, empujándole el vaso hacia la boca sin delicadeza ninguna, de manera que el líquido se escurrió por el cuello de Valentina y la mesa, manchándolo todo.

—Pero ¿qué haces, idiota? —replicó ella, escupiendo.

—Acabar con un momento incómodo. Deja de compadecerte. No has hecho nada malo. Pero, en el futuro, si quieres un abrazo solo tienes que pedirlo. —Sonrió antes de masticar un trozo de albahaca. Cerró los ojos del gusto.

Valentina robó otra hoja de la *pizza* y lo imitó. Los dos se miraron en silencio durante toda la cena.

Después de haber sacado fuerzas para dejar de llorar, Lucca le había dado un beso en la frente. Eso le había fundido el cerebro. En ese momento en el que los labios del chico le acariciaron la piel, Valentina sintió como si una fuerte corriente eléctrica la recorriera de pies a cabeza, partiéndola en dos. La sensación se convirtió en calidez en su pecho, como si lo hubiese sentido antes. Como si algo dentro de ella hubiera reconocido aquel gesto dulce que Lucca le había regalado para calmarla.

Afortunadamente, siguió de una pieza después de cambiarse, aún pensando que se había vuelto de arena. Pese al calor que hacía, se adueñó de una bata de Martina que encontró al fondo del armario. Era hortera, llena de flores, rombos y parches al estilo *patchwork*. Al verla, Lucca tuvo que aguantar la risa. Incluso ella se carcajeó al verse reflejada en el espejo.

Decidió meter el bañador en la lavadora y no pensar en el incidente. No podía relacionarlo con la prenda o terminaría por perder la motivación que la empujaba a querer nadar y recuperar parte de la vida que había dejado atrás. Lucca asintió a su razonamiento y cerró la puerta de la lavadora por ella. Se alejaron con la vista fija en el electrodoméstico como si este guardara algún tipo de maldición, o un terrible monstruo en su interior.

Mientras Valentina cambió las sábanas de su cama, Lucca aprovechó para abrir las mallorquinas y poder así respirar aire fresco. Distraído por las vistas que tenía la habitación, al apoyarse sobre el escritorio, notó cómo el dorso de su mano resbalaba sobre un trozo de papel. Reconoció el folleto que usó en la basílica apenas unos días atrás para esbozar la cruz de Brunelleschi. Valentina lo había conservado.

Sonrió.

Pero, al volverse para encontrarla, comprendió que llevaría un buen rato solo en la estancia, pues pudo escuchar el rechinar de la vajilla en la cocina, que seguro mantenía a la chica ajetreada.

Dejó la puerta abierta al salir, esperando que la corriente circulara por la casa. Y que esta se llevara toda la tensión acumulada en el ambiente. Aunque él ya tenía pensado cómo hacer desaparecer esa tensión que se había apoderado de su cuerpo tras enterarse de lo que había pasado con Valentina.

Decidió tomar aire y calmarse para cenar con ella y no alterarla más.

Lucca no era de los que sabían dar consuelo, pero con Valentina solo tuvo que fluir. Dejarse llevar. Su cuerpo hizo el resto. Supo cómo colocar los brazos alrededor de su cuerpo, cómo darle cobijo en el hueco de su cuello. Incluso cómo acariciarle el pelo de la nuca.

Hasta le dio un beso en la frente.

De los de verdad. Porque lo sintió hasta en la última fibra de su cuerpo. Lucca supo que fue un beso auténtico porque le recordó la cantidad de terminaciones nerviosas que poseen unos labios. Por eso, frente a ella en la mesa, masticando la última porción de *pizza* de la cena, se sintió desubicado. Porque aquello no estaba planeado. Valentina no estaba planeada. El rumbo que estaba tomando el verano no podía haberlo imaginado jamás.

Y todo por un cartero despistado.

—¿Por qué nos trajiste los paquetes? —preguntó de pronto, dándole vueltas a su último pensamiento—. Ese día en el que nos conocimos oficialmente.

Valentina ladeó la cabeza, tratando de situarse. Tiró la corteza de su trozo de *pizza* en el plato de Lucca antes de aclararse la garganta.

—No lo sé, me agobio cuando las cosas no salen como tengo planeado. Por eso creo que bajé: para librarme del obstáculo.

—Es curioso —asintió Lucca tras escucharla—. Si no hubieras bajado, quizá no estaríamos aquí. Si le hubieras dado los paquetes a tu hermana, ahora no estaríamos cenando este manjar que he preparado con mis propias manos.

—Eso ha sido muy profundo.

—No, ya en serio, Vale. Seguirías sentada en las escaleras del edificio. O te vería pasar por delante del local, por la cristalera. Con tu vestido de girasoles y tus zapatillas roñosas.

—Gracias.

—Me refiero a que hubiera sido una mierda.

—¿El qué?

—Verte todos los días sin conocerte —dijo apagando la voz, al tiempo que su mirada bajó a

la mesa.

La muchacha no pudo levantar la vista de su plato después de aquella confesión. Lo que tenía de gracioso, Lucca lo compensaba con su espontaneidad. Y la gente espontánea no siempre decía las cosas como eran.

—Me caes bien, Serra. Aprecio lo que dices —trató de bromear, pero lo cierto era que las palabras del chico le bloquearon los pensamientos.

—Madre mía, Vale. Hace veinte minutos te estaba dando el abrazo de tu vida ¿y solo eres capaz de soltarme esa chorrada? Porque no te he declarado mi amor ni nada por el estilo, pero tela contigo. Las chicas de Milán sois rarísimas.

—¿A cuántas chicas de Milán has conocido para opinar tan abiertamente de nosotras? —preguntó Valentina, tratando de omitir la palabra «amor» y «eterno» de sus pensamientos.

—Tú eres la tercera —contestó Lucca, afilando la voz, tratando de recomponerse por lo que acababa de soltar.

—Vaya.

—Sí. Cuando cumplí los dieciocho, me enrollé con una milanesa nada simpática que no quería invitarme a una copa. Al final conseguí la copa.

—Y a la milanesa.

—Exacto. —Lucca le guiñó un ojo—. ¿Quieres ser la siguiente?

—¿La tercera milanesa con la que te enrolles? No, gracias.

—No he dicho que me enrollara con la otra —replicó Lucca, con las manos en alto y media sonrisa en la cara.

Valentina lo observó en silencio durante tanto tiempo que perdió el rumbo de sus pensamientos. Otra vez. Con él, últimamente, eso pasaba constantemente.

—Vale, sácame una foto y terminamos antes. Así la puedes colgar en la pared junto al dibujo de la cruz que tanto te gustó. —Hizo una pausa para explicarse—. He visto que lo tienes en tu cuarto. —Se cruzó de brazos a prisa, tratando de disimular su entusiasmo.

—Me sorprendió mucho haber conocido a alguien con ese talento. Por eso me lo quedé. No lo esperaba para nada.

—Al final vas a conseguir que quiera enrollarme contigo.

Valentina le tiró la caja de cartón vacía que había contenido la *pizza*. Lucca la frenó con los antebrazos para que no le diera en la cara. Las migas de pan saltaron por los aires, espolvoreando la superficie de la mesa.

—No falla —rio.

—No, no lo digas.

—El mal carácter.

—Te he dicho que no…

Pero, antes de que pudiera continuar la frase, Lucca se puso en pie, recogió los platos y dio el agua en el fregadero.

—Ven aquí —la llamó— y dime qué es lo que quieres hacer mientras friego los platos.

—No hace falta, Lucca. Ya me encargo yo. —Se posicionó junto a él, observando los músculos de su brazo como si no los hubiera visto antes. Como si no lo hubiera visto entrenar en el agua durante horas.

—Tengo las manos llenas de jabón, pienso terminar. Ya me lo agradecerás otro día.

—Pero tú has traído la cena.

—Menos mal que he traído la cena. —Cerró la boca demasiado fuerte. Se le tensó la

mandíbula—. En realidad, tenía que haber venido antes. Iba a hacerlo, pero estábamos desbordados. No paraban de entrar pedidos, papá y yo estábamos solos y… —Dejó de hablar cuando notó la mejilla de Valentina pegada a su espalda, en una especie de abrazo que le humedeció los ojos. Pestañeó varias veces para que ella no se diera cuenta de lo afligido que se notó de pronto.

—Lucca —lo llamó. Él notó aquel aliento cálido por encima de su camiseta de algodón. La calidez le llegó a la piel—, ¿puedo pedirte algo?

—Depende. No acepto favores sexuales.

—¡Lucca!

—Es broma… Sí los acepto.

—Eres imbécil —protestó ella. Le palmeó con fuerza en el centro de la espalda, lo que provocó que al chico se le escurriera uno de los vasos que terminó de enjabonar.

—Dime, milanesa. A ver qué puedo hacer.

—¿Hay algún sitio donde… pueda respirar?

Entonces el chico se giró para quedar nuevamente frente a ella. A unos palmos por encima debido a su altura. Quiso apartarle el pelo de la cara, pero no se atrevió; tenía jabón en todos los dedos.

La vio adorable bajo aquella ropa hortera, manteniendo los brazos cruzados sobre el pecho.

Retuvo un suspiro.

Él, Lucca Serra, pensando en la palabra «adorable». Usando la palabra «adorable».

—Claro que sí —contestó regresando al presente, tratando de que el nudo de su pecho se soltara con su respuesta. No lo consiguió—. Y, si te quitas la túnica de gala de Ron Weasley, te llevo a tomar aire ahora mismo. Yo estoy empezando a sudar, y verte en bata va a hacer que me maree.

—Al parecer hay una cama libre. —Valentina negó con la cabeza, desviando la conversación.

—Por mucho que me tiente pasar otra noche contigo, creo que necesitas despejarte. —Intentó hacerla caminar hacia su cuarto—. Venga, un paseo corto. Florencia es una puñetera pasada de noche.

—¿Una puñetera pasada? —la escuchó reír cuando por fin cedió a su empuje.

—Te prometo que voy a llevarte a otro sitio mágico. Y no vamos a tardar nada.

Entonces Valentina clavó los talones con fuerza en el suelo, volviendo a negar con la cabeza.

—No quiero cruzarme con nadie…

—No vas a cruzártelo —aclaró Lucca, con voz seria—. Te prometo que no vas a cruzártelo nunca más.

—No hables como si estuvieras amenazando. —Valentina lo apuntó con el dedo, retrocediendo al entrar en la habitación—. No está bien.

Lucca prendió la luz para que ella no se tropezara con la maleta, que seguía en el suelo pese a todo el tiempo que había pasado desde la mudanza.

—Yo no he amenazado, Valentina. He hecho una afirmación —aclaró.

—No hace falta que te metas por medio —le advirtió ella, igual de seria.

Parecieron retarse con las miradas; cada cual más afilada y penetrante.

—Aquí el que se ha metido por medio ha sido él —zanjó—. Venga, ponte el vestido de girasoles —le instó con un gesto de la mano, sin ser consciente de que Valentina podía notar su

nerviosismo al recordar su vestido. Era algo imposible de ocultar.

—Acércame la ropa que hay en la cama. La dejé ahí al…

Lucca tarareó con fuerza algo inentendible solo para que ella no acabara la frase. Encontró al segundo la maraña de ropa en una esquina sobre el colchón y se la lanzó como si de una pelota de baloncesto se tratara. Valentina cazó la ropa al vuelo.

Cerró la puerta.

Y Lucca soltó todo el aire del cuerpo. Su pecho se vació por completo. No conseguía librarse de un pensamiento horrible: el casco de Andrea destrozado por su culpa, por haber golpeado tan fuerte a Leone con él como para llenarlo de grietas. Eso era lo que no podía sacarse de la cabeza. Imaginó los impactos contra los dedos de Leone, logrando estremecerse.

Cuando Valentina pasó por delante de él con su enorme camiseta de Vito Corleone, agradeció al cielo —o a lo que fuera— que esa chica se hubiera cruzado en su camino. De un plumazo, el pensamiento horrible se desvaneció de su mente.

—¿En qué piensas? —le preguntó entonces, desde la puerta cerrada del apartamento.

Ambos contemplaron el tostador hecho añicos sobre el suelo. Los pedazos de metal y plástico estaban por todas partes. Valentina se calzó las zapatillas de pie, manteniendo el equilibrio a la vez que se apoyaba sobre el costado de la nevera.

—Me he quedado en blanco —mintió él.

—No me lo creo. —Valentina abrió la puerta, cediéndole el paso.

—Eso es porque eres muy lista.

—Estabas pensando en algo feo porque tenías el entrecejo arrugado. Y se te ponen las ojeras rojas cuando te cabreas.

—Me gusta que te tomes tantas molestias en observarme.

Valentina le golpeó en el hombro.

—La verdad es que en poco tiempo te has convertido en una gran molestia, Lucca Serra.

—Mientras no me convierta en un grano en el culo… Mierda. —Se detuvo antes de abrir la puerta del portal. Sintió los ojos de la muchacha clavados en su nuca. Durante un segundo se preguntó si le parecería atractivo. Tembló, dejando de darle la espalda—. El repelente.

—No pasa nada.

—Te dije que podías confiar en mí —protestó—, ¿rompe esto nuestra amistad?

—Un poco.

Lucca se llevó una mano a la cara para cubrirse con ella, fingiéndose avergonzado; con la otra se palmeó el bolsillo de las bermudas antes de tenderle un bote diminuto. Los ojos de Valentina se hicieron enormes bajo la luz blanca del pasillo. Él la observó por el reflejo del cristal de cuerpo entero. ¿En qué momento había empezado a sentirse tan estúpido? ¿Le temblaron las manos al extender el espray hacia ella?

—Extiende los brazos. —Quiso darse de cabezazos tras decirlo, pero, para su sorpresa, Valentina obedeció.

—No te dejes nada —apuntó ella, igual o más nerviosa que él—, no quiero ninguna picadura de mosquito. De ti depende.

—¿Colleja por picadura?

—Me parece justo.

El líquido estaba más frío de lo que esperaba, pero le resultó agradable. Aunque desprendía un fuerte olor a citronela que acabó por ahogarlos a ambos. Corrieron a la calle, donde el calor no fue mucho mejor.

Valentina agradeció tener una excusa para alejarse de Lucca.

Él pareció pensar lo mismo.

Anduvieron a un metro de distancia.

Lucca pensó en la piel de Valentina. Ella pensó en la piel de Lucca sobre la suya, acariciándole los brazos con el repelente. Porque fueron eso lo que compartieron: caricias.

Se miraron de reojo dejando atrás el barrio de luces parpadeantes y vecinos dormidos. Cuando la luz dejó de bañarlos dando paso a una oscuridad cada vez mayor, Lucca decidió dejar de jugar. En aquel barrio la noche no era segura para gente de fuera.

—Acércate a mí —le dijo con precaución, bajando la voz.

Se dieron la mano, y caminaron así por la calle estrecha, de muros altos y toldos rasgados, hasta que la gente comenzó a hacerse visible por todas partes. Se adentraron en el centro del bullicio, cada vez más cerca del corazón de Florencia. Después de quince minutos, Valentina notó su aliento escapar de ella. Levantó la cabeza todo lo que pudo: primero observando los cimientos de la catedral, para detenerse justo a la mitad de la construcción. Lucca, que ya le había soltado la mano, no le quitaba el ojo de encima. Se cruzó de brazos, invitándola a seguir descubriendo lo que se erguía delante de ella. Con esa eterna sonrisa petrificada en sus labios rosas.

—Joder, Lucca. —Fue todo lo que alcanzó a decir ella.

—Vuestra catedral de Milán no tiene nada que hacer contra Santa María del Fiore. Gana por goleada.

La vista de Valentina serpenteó hacia la imponente cúpula. Notó la tensión en el cuello de tanto mirar hacia arriba. Las curvas del material del color de la teja, los ventanales curvos que desde donde estaban se intuían diminutos agujeros en el mármol.

—Es… —Se llevó las manos a la cara. Después, al pecho—. Necesito dar la vuelta.

—¡Espera! Por allí no está bien iluminada, ese costado está en reparación —le advirtió Lucca.

—Me da igual.

—*Girasole*, lo mejor debes disfrutarlo con pequeños bocados. ¿Nunca has escuchado nada sobre el mal de Florencia? Como te pegues un atracón de esta ciudad, te va a salir caro.

—No lo dices en serio.

—Sabes que te lo digo muy en serio. —Sus dedos volvieron a entrelazarse. Esta vez no se dieron cuenta—. Daremos la vuelta por el lado del campanario.

—¿Has subido alguna vez?

—¿A la torre de Giotto? No, por Dios.

—¿No? —gritó Valentina, tirando de él en su dirección.

Lucca se mordió un labio, observándola dar saltitos. Le hizo gracia la forma en la que la cara de Corleone se deformaba mientras ella saltaba de aquella manera tan graciosa.

—Soy más de permanecer pegado a la tierra. —Se encogió de hombros—. Me gustan los miradores que no juegan con tu equilibrio. ¿Sabes la inclinación que tienen las escaleras para subir ahí? Es una cosa de locos. Además —tomó el relevo para tirar de ella. Dieron una vuelta realizando un círculo, mirándose. La fachada derecha de la catedral lucía iluminada, y los destellos de las luces los llenaron de tonos ocres—, Santa María es demasiado hasta para mí.

—Es muy bonita. ¿Este es tu segundo lugar mágico?

—Este es el tercero.

Los ojos de Valentina se desorbitaron. Lucca soltó una carcajada. Pararon de girar como un

planeta y su satélite.

—Este sitio debería ser el primero.

—Quizá lo fue. Siento que en algún momento lo fue —confesó el chico, dejando que su voz se extinguiera.

Volvió a cogerla de la mano para llevarla hasta la fachada, donde había desgastado una decena de lápices hasta poder rozar el papel con la yema de los dedos, haciendo dibujos y esbozos de cada detalle. Agarró a Valentina por los hombros posicionado tras ella para poder señalarle los detalles más curiosos del mármol blanco, verde y rojo. Que, como le explicó, se llamaban Carrara, Prato y Siena, los tres en armonía con las tres puertas de bronce adornadas con escenas de la virgen.

Era cierto que Florencia no era para todo el mundo. Eso pensó la muchacha cuando volvió a poner un pie en la ciudad después de mucho tiempo. Después de no recordarla, de casi no reconocerla.

Claro que había estado frente a esa catedral. Pero nadie le había explicado nada acerca de ella. Su madre estaba tan acostumbrada que en sus paseos de verano habían pasado de largo. No tenía ni una foto sentada en las escaleras. Nunca se paró a estudiar los dibujos del mármol ni las expresiones de las estatuas. Ni mucho menos, los grabados de las puertas.

—No se terminó hasta el siglo diecinueve —le dijo Lucca, muy cerca de su oído. Si se concentraba, era capaz de notar las subidas y bajadas del pecho del chico contra su espalda—. Por lo visto, fue un tremendo dolor de cabeza porque en el siglo dieciséis solo se consiguió construir la mitad, que luego terminaron demoliendo hasta terminarla tres siglos más tarde. Prototipo tras prototipo.

—¿Y en el siglo dieciocho?

—Supongo que seguían peleándose por quién se quedaba con el trabajo de la fachada.

—Apuesto por que lo mejor pasaba dentro.

—Claro, los frescos, las estatuas y sus restauraciones. Había muchos mecenas invirtiendo en arte y maestros enseñando a sus aprendices. Y este templo de la religión y la cultura siempre estaba necesitado de restauradores. Llegué a leer que Florencia se llenó de mercaderes de todo tipo que se peleaban por apoyar a causas como esta.

—¿Te imaginas haber vivido en esa época? —lo interrumpió Valentina, volviéndose hacia él, esperando respuesta a su pregunta—. Dibujando para grandes ricachones.

—La verdad es que no.

—Yo sí me imagino viviendo en otras épocas.

Lucca se alejó unos centímetros de ella, enarcando una ceja. Se cruzó de brazos.

—No me digas que eres de las que creen en esas cosas de las vidas pasadas y las reencarnaciones.

—No a rajatabla. Pero ¿quién sabe? Hay muchas cosas que no se pueden explicar, ¿verdad?

—Todo tiene una explicación, Vale. —Meneó la cabeza.

—Incluso para aquel cartero que olvidó tus paquetes en mi puerta —adujo ella.

—Incluso para eso.

—No fue el destino —tanteó Valentina, por ver lo que él le contestaba.

—Fue un cartero cansado, Valentina —suspiró Lucca—. Nada más que eso. Pero me alegro de que sucediera.

—Yo también —masculló ella en respuesta. Lo vio morderse el labio inferior, distraído en algún punto de la fachada, a la altura del rosetón principal. Como si un elemento nuevo de la

arquitectura le hubiera llamado la atención.

—¿Podemos proseguir?

—Solo si me haces una foto. No tengo ninguna en este sitio.

—Me parece una gran idea —aceptó el chico, sacando su móvil mientras Valentina corría hacia las escaleras de la catedral.

—¡Tú me dices! —le gritó sin importarle que la gente la mirara.

—¡No soy fotógrafo!

—¡Pero estudias Arte!

—¡No procede! —Lucca elevó más la voz; Valentina se había alejado mucho. Parecía una chispa inquieta en miniatura que iba de un escalón a otro para dar con el lugar perfecto.

—¿Cómo que no procede? —preguntó ella, riendo.

Entonces se sentó con las piernas cruzadas, los ojos cerrados y los brazos extendidos en horizontal, a ambos lados de su cuerpo y paralelos al suelo. Con una sonrisa enorme en sus labios, de las que no enseñan los dientes. Solo mostraba su felicidad en aquel instante.

Lucca encuadró la imagen, eligió el efecto perfecto para que las luces se vieran lo mejor posible y luego se fijó en ella. Después de sacar la foto, sintió que se quedaba sin aliento. Como un fogonazo, una nueva imagen acudió a su mente, fusionándose con la de la chica de ojos negros sentada en las escaleras, que aún retenía en las pupilas. Las dos se fundieron en una, paralizándole el corazón una milésima de segundo, haciendo que una extraña sensación de pánico, que no sabía de dónde podía aparecer, le inundara hasta la última fibra del cuerpo.

Un *déjà vu*.

Una imagen en su cerebro que no podía ser real, fusionándose con la que veía con sus propios ojos.

El móvil resbaló de sus manos sin que le diera tiempo a reaccionar para cogerlo. Al caer sobre el empedrado, se hizo añicos, como el cerebro de Lucca tras lo que acababa de experimentar.

Extrañada, Valentina corrió hacia él.

Pero Lucca no la escuchó hasta un minuto después, cuando el falso recuerdo se esfumó de su mente y pudo convencerse de que había sido producto de su imaginación.

10

El lugar más mágico del mundo



Para llegar a la plaza de la República dieron un rodeo por la plaza de San Giovanni y bajaron en línea recta por la Via Roma. Según Lucca, de esa manera se ahorraban diez metros de camino que siguiendo a los turistas por la calle principal: una vía recta donde podían encontrar tiendas de grandes marcas.

Ciertamente, Valentina no quería echar un vistazo a los escaparates de ropa ostentosa que jamás podría comprarse, y que tampoco le interesaba, así que asintió a la petición del chico, siguiéndolo por los callejones. Tras el incidente con su móvil, su ánimo decayó: no estaba como para hacer bromas. Y era lógico.

—No te preocupes, Vale —le dijo cuando pudieron reconocer el carrusel a lo lejos—. Lo único que me molesta de no tener móvil ahora mismo es no poder comunicarme con Alda y contigo. Afortunadamente, tu foto la tengo aquí —dijo, señalando su sien con el índice derecho —. Solo que tendrás que esperar un poco a que pueda revelarse —bromeó, tratando de que Valentina volviera a sonreír como lo había hecho a las puertas de la catedral, posando con el campanario a su izquierda. En solo unos segundos pudo memorizar la estampa.

—¿Me harías un boceto? —preguntó, ilusionada.

Sin perder un segundo, saltó apoyándose en los hombros de Lucca. Este se agachó para atraparla con los brazos por detrás, antes de que volviera a pisar el suelo. La chica aulló de la emoción.

—Si te emociona tanto, no me queda más remedio. —Trató de encogerse de hombros, pero el peso de Valentina sobre su espalda se lo impidió.

—¡Vas a hacerme un dibujo!

—Ya, bueno… Voy a intentarlo.

En el centro de la plaza, el carrusel giraba lanzando destellos en todas las direcciones, y una voz suave de mujer se escuchaba por encima del barullo, acompañada de instrumentos musicales. Un espectáculo nocturno para los turistas.

—Este es el único lugar que prácticamente recuerdo de cuando era pequeña —anunció Valentina, pidiendo que la bajara al suelo.

—¿Quieres subirte al carrusel?

—Hoy no…

Diez minutos más tarde, Lucca la guio por la plaza de la Señoría hasta la galería exterior frente al Palacio Vecchio. No hablaron durante todo el trayecto. Ni cuando caminaron entre las esculturas renacentistas colocadas entre las columnas de la Loggia della Signoria, como si jugasen a perseguirse esquivando sus propias sombras.

Valentina agradeció en el alma aquel paseo; Lucca tenía razón, no tardaron nada en atravesar el corazón de Florencia hasta llegar a su segundo lugar mágico de aquella ciudad, que tanta electricidad despertaba en ella. El río Arno los recibió apacible esa noche, más oscura que

ninguna otra. Por eso, se cercioraron de que las luces brillaban con más fuerza al otro lado del Ponte Vecchio.

En realidad, fue Lucca quien apreció ese detalle, haciéndoselo saber a Valentina cuando ya estuvieron justo en el centro del puente, de camino al otro lado de la ciudad. Se posicionaron en el mirador al río, que mostraba a lo lejos un paisaje estrellado de farolas y puntos de luz en tonos distintos. Señalaron casas y farolas. Incluso estrellas.

Y una luna creciente que pareció hacerles un guiño mientras señalaban el firmamento en busca de estrellas.

—Tu segundo lugar mágico —apreció Valentina con un asentimiento de cabeza en favor del chico. Notó que Lucca se ruborizaba por un momento—. Creo que es un puesto merecido.

—¿Verdad? Me gusta que estés de acuerdo conmigo.

—Como para no hacerlo…

Ambos se apoyaron sobre el muro de piedra del mirador, a pocos centímetros de distancia del otro.

—Vale —la llamó entonces. Ella lo miró, esbozando una pequeña sonrisa relajada que le robó un suspiro a su amigo—, te dije que iba a ser sincero contigo. Y quiero hacerlo, pero no sé cómo. No quiero que pienses cosas que no son. Que te asustes… Me da miedo que contarte las cosas como son pueda alejarnos. Pero quiero que estés al corriente. Quiero poder… desahogarme contigo, si tú quieres —añadió.

Los dedos de Valentina recorrieron la distancia hacia los de Lucca, hacia la derecha, desde donde él la miraba con los ojos entrecerrados y la cabeza gacha. Pudo verlo desolado y distinto; un Lucca diferente al que había conocido. Pero que también le atraía.

—¿Por eso estás triste? ¿Por lo que quieres contarme?

—Y porque este sitio me pone triste.

—Pero si es tu segundo sitio mágico —replicó Valentina, sin comprender.

—Eso no quita que me transmita melancolía. —Se acercó a ella al ver que su expresión cambió de curiosa a desconcertada—. No sé, quizá porque aquí me caí de pequeño. Me tropecé con un violinista que tocaba unos metros más abajo —explicó, señalando el final del camino, hacia la parte oscura de Florencia, al lado contrario por el que habían llegado—, y recuerdo haberme llevado el susto de mi vida.

»Salí rodando y acabé con toda la rodilla magullada. Tenía hilos de sangre bajándome por la pierna. Supongo que para un niño de seis años no es un recuerdo muy agradable.

—Quizá es uno de tus recuerdos esenciales.

—¿Recuerdo esencial? —Se estremeció al notar la mano de Valentina subiendo por su antebrazo. Su voz estaba tan cerca que, si le susurraba, podía escucharla muy alto.

—Sí, como en la película de Pixar, *Inside Out*. La que explica los sentimientos, cómo nos controlan y por qué nos hacen como somos.

—Pues sí, creo que ese día marcó un antes y un después; y puede llamarse recuerdo esencial. A partir de ahí no volví a distraerme, me volví serio y decidí que ya nada volvería a hacerme daño. Nada —remarcó con énfasis, cuando Valentina estuvo solo a un palmo de distancia. Lucca agachó la mirada para encontrarse de nuevo con los ojos marrones que más había visto brillar en lo que llevaba de vida. Las luces ahora vivían dentro de los iris de aquella muchacha que se había dejado adoptar por su ciudad.

—En esta vida siempre habrá algo que nos haga daño. —Apartó la mirada, ladeando la cabeza de nuevo hacia el cauce del río iluminado por la luz de la luna—. Aunque el Lucca de

seis años se hiciera esa promesa absurda.

—Ese Lucca solo quería protegerme. Ya sé que la vida está llena de trampas que no ves y cosas que terminan por rompernos. Pero tengo que serle fiel a esa promesa para no derrumbarme si algo malo viene, a mí me parece bonito. Recuerdo cuando me puse en pie temblando y mi madre me abrazó, pese a que mi padre no dejó de decirme que tenía que mirar por dónde iba. Andrea se rio de mí hasta que vio la sangre; luego me ayudó a andar. Ahí dejó de ser un capullo.

Valentina lo escuchó en silencio, recreándose en la historia bajo los fulgores del cielo. Cerró los ojos para imaginar mejor la historia y vio a un pequeño Andrea de ocho años recogiendo a su hermano del suelo para sujetarlo por la espalda. Ambos se alejaron de vuelta a la Galleria Uffizi, tal y como Lucca le terminó de explicar.

—Lloré mucho —insistió Lucca, cuando una repentina ráfaga de viento fresco les golpeó en la cara. La brisa trajo consigo el olor de la piel de Valentina: vainilla mezclada con citronela y químicos repelentes para insectos. En ese lugar, con la humedad del agua y los puntos de luz, encontraron una concentración ingente de mosquitos.

Se acercó más a ella.

—Vale —susurró, desconcertado y nervioso. Observándola mientras le relataba su historia, tomó una decisión—, quiero llevarte a casa.

—Ahora estoy bien. Quiero quedarme un poquito más —pidió ella, aún con los ojos cerrados, agradecida por la brisa que tanto había necesitado—. Aquí puedo respirar. Necesitaba esto —comentó, distraída. Sus dedos se crisparon de nuevo sobre la piedra del puente.

—No, Vale… —Lucca probó de nuevo. La observó, totalmente absorto—. Quiero dormir contigo. Dormir y nada más, de verdad.

El corazón de Valentina corrió muy fuerte al sentir los dedos del chico acariciarle la mejilla derecha.

—¿Qué acabas de decir? —replicó sin aliento.

—Que quiero dormir contigo; solo eso —aclaró él, sin dejar de acariciarla. Ella no le dio motivos para que dejara de hacerlo—. Ya lo hicimos una vez —prosiguió, encogiéndose de hombros, recordando la noche en la pizzería—. Ahora me apetece profesionalizar el asunto. En un sitio cómodo, a poder ser en mi cama, es la leche.

Apartó la mano, que Valentina contempló en silencio, mordiéndose el labio inferior mientras procesaba la información. Por su gesto, Lucca no tenía ni idea de lo que diría.

Y nunca lo hubiera imaginado.

—¿Y no piensas besarme antes?

Se le encendieron las mejillas, que compitieron con las farolas, las luces de las casas, la luna y las estrellas. Con todo. El corazón de Lucca se saltó varios latidos, y notó cómo el calor que comenzó a inundar a la chica se apoderó también de él.

En sus veinte años nunca le había pasado. Nunca se había sentido así. Ni siquiera con Vita.

Para que Valentina no tuviera tiempo de retirar su propuesta, ni para que pudiera verlo encendido de vergüenza y lleno de sorpresa, Lucca se acercó a ella con la velocidad suficiente como para que pudiera procesar lo que pasaba y se apartara si se arrepentía en el último segundo. Pero Valentina no se apartó de él. No movió un músculo hasta que los labios de Lucca se fundieron con los suyos, en el que sería, siempre para ambos, el lugar más mágico del mundo.

Pese a todo lo que ocurrió después.

Porque sus recuerdos todavía no habían comenzado a despertar.

Y sus ojos eran incapaces de ver.

11

Ella admiraba los girasoles



Desde que su madre se fue, nadie se preocupó de limpiar las ventanas de la casa. Ni siquiera Andrea, el más maniático de la familia con respecto a la limpieza. Por lo que, después de intentar inspirarse con el paisaje y solo encontrar polvo y restos de lluvia terrosa, esa mañana de domingo, Lucca se decidió a limpiar los cristales de su habitación. Era la más pequeña de las cuatro de la vivienda de tres plantas, pero también la más apartada de las demás. De esa manera conseguía dibujar por las noches; alejado de todo, perdido de los ruidos de la convivencia.

Le gustaba usar sus viejos auriculares de cable, que había remendado con celo en un par de ocasiones. Escuchando a Ludovico Eunaidi de fondo, con sus lápices y sus cuadernos, las madrugadas pasaban volando. Pero, desde hacía meses, el calor no le dejaba concentrarse. Ni Valentina tampoco.

La primera vez que la vio, estuvo pensando en ella de manera distraída. ¿Era realmente la hermana de Martina Scolaro? ¿De verdad vivían juntas? ¿Y por qué se habría mudado con ella?

Poco después, Valentina se plantó en la pizzería para entregar unos paquetes extraviados.

Y, desde entonces, él no la había podido apartar del todo de sus pensamientos. Daba igual que no hubiera pensado en ella durante el día, justo antes de quedarse dormido, volvía a encontrarla paseándose por su mente. Aunque fueran solo unos segundos.

Y es que la curiosidad en torno a Valentina fue creciendo con el paso de los días. Porque Lucca se dio cuenta de que había tropezado con una de esas personas que iluminan las malas rachas y sacan sonrisas inesperadas sin proponérselo. Eso fue lo que pensó al conocerla un poco más la noche que pasaron hablando en la cocina de la pizzería. Cuando él le habló abiertamente de su relación marchita con Vita y ella se limitó a escucharlo, tendiéndole la mano. Sin apenas conocerlo.

Apartó las cosas de la mesa y abrió las ventanas. Se ayudó de un cubilete de agua templada para sacar brillo a los cristales. No era agradable limpiar con ese calor inhumano, pero necesitaba despejarse. Necesitaba dejar la mente en blanco y no pensarla más. Porque, si la recordaba, volvía a esa noche a orillas del Arno. Su olor a vainilla y a citronela parecía seguir revoloteando a su alrededor. No consiguió quitárselo de encima ni con las duchas. Lo tenía en el cerebro, porque si no, no podía explicárselo.

Quería dibujar los labios de Valentina saltándose todas las reglas del dibujo, empezando por el arco de cupido que podía ver incluso con los ojos cerrados. Esa era su maldición de artista, que siempre lo había ayudado a dotar de realismo a sus dibujos. Pero en esos momentos podía prescindir del realismo, porque estaba empezando a obsesionarse. Así que, después de usar el truco de su padre para abrillantar los cristales con papel de cocina, dejó el cubilete sucio en la mesa del comedor y subió los escalones de tres en tres de nuevo hacia su cuarto, impaciente por volver a su hoja en blanco. Era papel de cien gramos, lo suficiente suave como para que la mina del lápiz se fundiera en las fibras, pero lo bastante rígido como para permitirle borrar hasta dejar

todos los detalles perfectos.

Miró por la ventana antes de empezar. Las enredaderas habían crecido rodeando los tubos de desagüe de la azotea y escalaban por la fachada del patio para alcanzar el cielo. En la esquina de enfrente, la vid de sus abuelos se resentía por la falta de humedad. Pensó en bajar a regarla antes de salir de casa.

Soltando un suspiro, echó mano de sus auriculares, pero cayó en la cuenta tarde de que estaba sin móvil.

—¡Santísima mierda! —exclamó, palmeando con fuerza sobre la mesa. Los lápices rodaron por la superficie y uno cayó al suelo. Tratando de calmarse, Lucca pasó las manos por la superficie lisa del folio. Cerró los ojos, respiró hondo, buscando conectar consigo mismo.

Quería dibujar. Necesitaba hacerlo. Era el momento.

No podía retrasarlo más o perdería la cabeza. Tenía que sacarse de dentro todo lo que guardaba. Tenía que compartir con sus cuadernos lo que empezaba a sentir por Valentina. Eran sus mayores confidentes; sus guardianes de secretos.

Su viejo móvil se lo había regalado a Alda y ahora no podía quitárselo. Tendría que aguantar sin música, al menos, hasta que tuviera tiempo de ir a comprar alguno barato que lo sacase del paso. No poder estar conectado con los suyos lo hacía querer subirse por las paredes. ¿Y si a Alda le pasaba algo? ¿Quién lo avisaría si a Andrea se le volvía a ir la cabeza?

Lo único que agradecía era que no podía entrar al perfil de Valentina para repasar sus fotos.

Después del paseo, después de las lecciones de historia, la música en la calle, las luces y… ese beso. No sabía cómo actuar. Y él siempre sabía cómo actuar.

Pero con Valentina, no. Con Valentina, todos los caminos eran nuevos y los sentimientos, extraños.

Tuvo que encender su viejo portátil para poder conectarse a Spotify, y eso ya hizo que tuviera menos mesa para trabajar. Bebió agua hasta no poder más. Se secó los labios con el dorso del brazo, inspiró profundo y realizó el primer trazo cuando la música suave le llegó despacio hasta inundarlo. A los minutos, sintió de nuevo la mágica sensación que se apoderaba de él cuando estaba solo con sus materiales. Si el cosquilleo le invadía la piel y le aceleraba el corazón, era una buena señal: significaba que el resultado sería mejor de lo esperado. Porque era la pasión la que lo guiaba, la que daba las órdenes y le indicaba cómo tenía que definir los trazos, qué lápiz coger o en qué zona sombrear.

Dibujar a Valentina dándole la espalda a las puertas de bronce de Santa María del Fiore era una misión suicida, y no porque la fachada y las puertas estuvieran colmadas de elementos de los más intrincados: sombreados en todas partes, retoques de destellos sobre el bronce, salientes llenos de picos y rincones, esculturas sobre columnas… Era por ella. No era lo mismo tratar de hacerle justicia a una fachada histórica que a ella.

Perdido en aquel pensamiento, Lucca se recreó instantes antes de haber perdido la concentración, lo que provocó que el móvil se le resbalara de las manos después de sacar aquella foto. Pero, por mucho que tratara de concentrarse —esa vez en la seguridad de su habitación—, no fue capaz de recordar con exactitud lo que le nubló los pensamientos aquella noche. Solo alcanzó a recordar pequeños flashes del *déjà vu*. Una sensación que le indicó que algo de aquel instante vivido con Valentina frente a la fachada mientras él la admiraba desde la lejanía ya había sucedido antes.

Pero era imposible, aquella fue la primera vez que Lucca la llevó al Duomo.

Se perdió. Sus pensamientos discurrieron uno tras otro, difuminados entre ellos, mezclados

como los acrílicos sobre una paleta. Lucca no fue apenas consciente: los dejó fluir en paz mientras sus trazos se volvían más y más rápidos, desesperados. Como si necesitara soltarlo todo cada vez con mayor urgencia.

Notó que le dolía. Algo por dentro hizo daño. No fue un dolor físico, era emocional. Pero no se detuvo a analizarlo. Se limpió una lágrima distraída que recorrió la curva de su mejilla, sin ser consciente de ello.

Hasta que todo se detuvo y sus pensamientos dejaron de girar.

—Llevo un rato llamándote desde las escaleras, pero, como no contestabas, he subido.

De un tirón, Alda le había quitado los auriculares a su hermano. Él la contempló sin aliento, regresando de su trance. Al reconocerla, tan pequeña y repelente como siempre, la apartó de un manotazo.

—¡Estoy ocupado! —gruñó.

—Valentina está esperando abajo.

—¿Qué hace aquí? —Lucca miró a su hermana con los ojos como platos.

—No tienes móvil, ayer no fuiste a la pizzería y le he dicho que iba a casa. Le he ofrecido que me acompañara. ¿He hecho mal?

—No —contestó negando confundido, estirándose antes de ponerse en pie—. ¿Y por qué no ha subido contigo?

—Porque le he dicho que era posible que estuvieras en calzoncillos.

—¡Alda! ¿Cómo eres tan bruta?

—¡Pero si es verdad! Siempre estás desnudo.

—¡Solo en verano, porque hace un calor de la hostia!

—De verdad que eres insoportable, Lucca. ¡Cómprate ya un móvil! —gritó la adolescente, saliendo de la habitación dando un portazo.

Su hermano corrió tras ella, pero no la encontró.

Sí a Valentina, que lo esperaba a los pies de la escalera, con una mano sobre la barandilla de madera, observando su propio reflejo desde donde estaba en el espejo de la entrada. La casa no era para nada moderna, y los padres de Lucca se habían esmerado poco para darle un toque actual, por eso todavía conservaban algunos muebles antiguos de sus abuelos, que habían tratado de restaurar de la mejor manera posible. En la entrada, aún se mantenía un viejo tocador de madera, con un espejo de marco dorado y un enorme jarrón con girasoles secos de la campiña.

Ella admiraba los girasoles. Y Lucca lo entendió al verla mirarlos de aquella manera.

—Mi madre los recogió cuando era pequeña —le explicó, bajando los escalones hacia ella —. Mi abuela le enseñó a secarlos y todavía los conserva. Le recuerda a la casa de su infancia.

—Son muy bonitos —asintió Valentina, sin dejar de mirar el jarrón de flores secas, que ya habían perdido la mayor parte de su tono amarillo. Eran más bien de un suave ocre—. ¿Dónde se crio tu madre?

—En la casa de mis abuelos, en el campo. La finca está rodeada de girasoles.

—¿En serio? —Los ojos de Valentina se llenaron de luz al mirarlo.

Él se detuvo tres escalones por encima de ella, como si algo le detuviera. Quizá la emoción que desprendía, esa tonta alegría por las cosas más pequeñas. Daba miedo que fuera tan encantadora.

—Sí, ahora es cuando más bonitos están. Terminan de florecer en agosto y todo se vuelve verde y amarillo.

Valentina exhaló aire con fuerza ante aquel dato, provocando que el chico la mirara con más

curiosidad.

—Ese puede ser mi lugar mágico, Lucca.

—Déjame adivinarlo, ¿quieres ir?

—¡Pues claro!

—Pero tendrías que conocer a mis abuelos. Y a mi madre —añadió, echándose sobre la barandilla—. Es una buena mujer, pero no le gustan las chicas.

—Quizá porque eres un desastre y las chicas con las que te juntas son como tú. —No lo dijo en serio, su sonrisa la delató.

—Quizá —coincidió él. Por fin, terminó de bajar las escaleras—. Quizá —repitió—. Ven, vamos a mi cuarto. —Le tendió una mano, que ella rechazó.

Lo esquivó con una velocidad que los reflejos de Lucca no pudieron captar. Cuando este la alcanzó, ella ya lo esperaba sentada sobre la cama.

—¿Cómo sabías cuál era mi habitación? —Lucca sonrió, todavía con la respiración alterada.

—He visto a Alda girar a la derecha después de subir, y tú has aparecido por la izquierda —resolvió ella, con la cabeza alta de orgullo—. Además, la puerta estaba abierta. No ha sido tan difícil. Pero sí ganarte, has sido un poco lento.

—Cuando quieras, tú y yo en el agua.

—A braza.

—No, no, no. A crol. —Se cruzó de brazos.

—Ochocientos metros, entonces.

Lucca se atragantó de la risa.

—Pero bueno, eso no es una carrera.

—Es una carrera de fondo. Y una prueba oficial —se justificó.

—Así que tu estrategia es agotarme para poder ganarme.

—Es una estrategia porque mi estilo es la braza y el tuyo es el crol. Si vamos a nadar a tu estilo, tienes que dejarme escoger la prueba al menos. Es lo justo.

—Me parece correcto.

Sellaron el trato dándose las manos, ambos sentados sobre el filo de la cama.

—¿Qué hacías? —preguntó entonces Valentina, poniéndose en pie para contemplar la habitación. Se dio cuenta de que tenía un tragaluz tras el escritorio y le maravilló ese detalle. Era la estancia con más luz que había visto nunca. Por un instante, se imaginó haciendo vida en ese rincón.

—Dibujar —contestó él, sintiendo el principio del rubor apoderarse de sus mejillas.

—¿Qué dibujabas? —Curiosa, Valentina oteó la estancia en busca de detalles sobre los folios de la mesa.

—A ti —confesó el chico, con la boca pequeña.

Valentina se llevó una mano al pecho por la sorpresa. Se le desencajó la mandíbula.

—¿En serio? Quiero verlo —pidió.

—Está sobre el escritorio, pero no me juzgues todavía. Los detalles son muy complicados, hay mucho que pulir. Lo que hay por ahora son solo trazos. —Lucca se dejó caer sobre la cama con los brazos tras la cabeza. Cerró los ojos, solemne.

—Entiendo —meditó Valentina, rebuscando sobre el escritorio—. ¿Dónde está?

—Es el único folio con esbozos claros que hay sobre la mesa.

—Ah…

—¿Tan mal me ha salido? —De un salto, Lucca se puso en pie. En una zancada se posicionó tras ella, que acariciaba los trazos del dibujo con delicadeza. Quiso estudiar sus rasgos meditativos, que le daban un toque adorable a sus facciones.

—No, es muy bonito —la escuchó contestar—. Pero no soy yo.

No era ella. No era Valentina. Había dibujado a otra persona.

—Joder.

Con el pánico estallando bajo su pecho, Lucca agarró el folio de un manotazo, apartándolo de la chica y de él mismo.

—Ey, tranquilo. Es muy bonito. Has dibujado a una chica preciosa —lo animó ella, un poco desconcertada.

Lucca observó el boceto una vez más antes de guardarlo con el resto de los dibujos. Había dibujado el perfil de una mujer de pómulos marcados, labios curiosos y largas pestañas. Llevaba el cabello recogido en un moño deshecho del que le caían finos mechones sobre las orejas y la mejilla. Por el sombreado, intuyó que estaba sonrojada. Eternamente sonrojada como Valentina.

Con la diferencia de que no era ella.

Valentina siempre llevaba el pelo suelto y sus ojos eran enormes, curiosos. Los labios, más carnosos, más bonitos y curvados.

—¿Quién es? —la escuchó preguntar, con voz cauta y curiosa.

—No tengo ni idea. —El pecho de Lucca subió y bajó a un ritmo muy rápido. Estiró el brazo para alcanzar una de sus carpetas de las estanterías junto al escritorio y la cama. Cogió la verde y, de los nervios, consiguió tirarla. Cayó al suelo, pero, antes de que los dibujos se desparramaran por todas partes, se agachó a recogerlos, introduciendo el nuevo de la chica desconocida entre los demás.

Le costaba horrores respirar. Estaba haciendo el ridículo delante de Valentina. Había hecho el ridículo.

Al notar la mano de la chica sobre su hombro, algo hizo clic en su cabeza. Miró horrorizado la carpeta, después se hizo un ovillo en el suelo, con las manos en la cabeza y las rodillas bajo el pecho en un intento de coger aire.

—Lucca —lo llamó Valentina, pero él había colapsado—, seguro que es de una escultura que has visto. O te la enseñaron en clase. No pasa nada. —No entendía nada.

—Sí —lo escuchó balbucear—, estoy seguro. Me he distraído, y cuando me distraigo pasan estas cosas.

—¿Te pasa a menudo?

—Vivo distraído.

Por eso llevaba meses sin dibujar. No era solo por el calor o la falta de inspiración: dibujaba cosas sin sentido que jamás recordaba haber visto. Y, cuando menos lo esperara, dejaría de recordarlo hasta la siguiente vez que le explotara en la cara.

12

Otro muchacho de Florencia



Perdieron la cuenta del tiempo que pasaron tumbados en la cama hablando de la familia de Lucca y de cómo su madre decidió mudarse a la casa de su infancia, en la campiña, para cuidar de sus abuelos. Llevaban sin verla desde junio y ya estaba terminando julio.

—Es una buena idea ir a echarle una mano —coincidió Lucca a la propuesta de Valentina —. Podemos llevarnos a Alda, que está deseando verla. Y mis abuelos se pondrán contentísimos.

—Y yo puedo ver los girasoles.

—Verás muchos. Y viñedos, hay muchos viñedos.

Valentina se recostó junto a él, clavando los codos en el colchón, haciendo que ambos se movieran con las sacudidas de la cama.

—¿La campiña no guarda ningún lugar mágico para ti? —preguntó, curiosa, mirándolo de reojo. De perfil, Lucca era todavía más guapo. Lo que más resaltaba eran sus labios, su nariz y las curvas de sus mejillas. Estaba acalorado, pero no se quejó por tenerla tan pegada a él.

—No —contestó muy serio—. En la campiña no hay magia.

—Bromeas.

—No bromeo, ya te he llevado a mis tres sitios favoritos de Florencia. La campiña es bonita y en verano está preciosa pese al calor horrible que hace. Pero no me transmite magia. Ya está —zanjó.

—¿Qué te transmite, entonces?

—No lo sé, Valentina. No me apetece pensarlo ahora mismo —contestó con cansancio. La realidad era que los girasoles no le despertaban tanta simpatía como a ella.

Desde su ataque de nervios, una hora atrás, Valentina tenía que ir con cuidado con él. Lucca estaba demasiado susceptible, y no terminaba de entender qué era lo que le había pasado. Desde la fatídica noche con Leone, que terminó transformándose en una de las más especiales en la vida de Valentina, Lucca había empezado a actuar raro.

—De acuerdo, perdona.

Lucca le cogió la mano. La piel de ambos estaba pegajosa por el sudor.

—Vale —la llamó en un tono suave, más calmado—, mañana no voy a nadar. Voy a ver a mi hermano.

El corazón de Valentina se desbocó. Intuyó que el muchacho estaba a punto de confesarle algo. En el Ponte Vecchio, antes de besarse, le había dicho que necesitaba contar con ella para desahogarse. Quería contarle todo lo que estaba pasando. Y en esa historia entraba Andrea.

—Está en casa de unos amigos; lo dejaron allí después de encontrarlo tirado en la calle. Andrea no gestiona muy bien los problemas y siempre acaba perdido —explicó, nervioso, temiendo que Valentina se agobiara y se despegara de él—. Es el segundo susto que nos da, y estoy muy preocupado. Mi padre no puede enterarse; mi madre menos, estando fuera. La noche que te dejé en el piso, fui a verlo. Tu hermana estaba con él.

Valentina asintió mientras lo escuchaba. Lucca hablaba rápido, con ganas de terminar. Prosiguió:

—Le dieron una paliza porque tiene deudas peligrosas, y por su culpa todos estamos en el punto de mira de gente que solo es buena si recibe lo que pide. —Notó la cabeza de Valentina sobre su pecho, que se agitó nada más sentirla; le acarició la frente con la mano libre. Estaba caliente. Imaginó por un momento que ella le escuchaba el corazón.

—Y no fuisteis al hospital para no tensar las cosas de manera pública —comprendió ella.

—Exacto. El muy capullo estaba consciente cuando llegué. Te juro que estuve a nada de terminar de partirle la cara. Ya lo hice una vez. La primera vez que le pegaron, yo lo rematé. —Notó que los labios de Valentina cada vez estaban más cerca del roce de su camiseta. Al poco de pensar aquello, la escuchó hablar:

—Mi hermana y tu hermano tienen un lío, ¿no? —soltó de golpe. Después, se aferró a la tela de la camiseta que no era suya.

—Sí —confirmó Lucca—, tienen una relación muy extraña: Martina le dijo que hasta que no estuviera limpio no contaría con ella. Mi hermano no es capaz de cumplir con ninguna de sus promesas y así les va a ambos. Se buscan…

—Y se destrozan.

—Se hacen añicos porque están locos el uno por el otro —aseguró Lucca, atrayéndola junto a él todo lo que pudo.

—Por eso mi hermana estaba tan mal y se tiró el día en la cama. Me dijo que no recordaba cuál había sido su última comida. Desde que estoy aquí con ella, no ha hecho más que adelgazar.

—Yo también me he dado cuenta. Y está más… —Su voz se cortó de golpe, temiendo decir algo incorrecto.

—Dilo —lo animó Valentina, asintiendo sin mover la cabeza de su pecho.

—Excéntrica.

—Pensaba que siempre había sido así.

—No siempre. Cuando Andrea cayó en malas compañías y se distanciaron, ella empezó a cambiar. Los dos cambiaron. Aunque también lo entiendo. ¿Cómo puedes seguir comportándote de la misma manera que siempre si la persona a la que quieres ha decidido seguir otro camino para alejarse de ti?

—Es una mierda.

Ambos coincidieron. Sus dedos volvieron a buscarse para solo rozarse.

—Vale, tengo miedo por mi hermano. Pueden llegar a hacerle mucho daño. Y no lo digo solo por la gente, me da miedo que se pase y…

Valentina lo cortó con una mano sobre su mejilla. Paseó sus dedos sobre el rostro del chico en un intento de distraerlo. El muchacho cerró los ojos, aprovechando para respirar profundamente.

—Hace muchísimo calor. Y por el tragaluz ese, todavía más —anunció en un susurro—. Pero, por lo demás, este sitio es…

—Es la mejor habitación de toda la casa —asintió Lucca—. La luz natural es demasiado inspiradora, aquí puedo… Aquí podía dibujar durante días enteros —corrigió en el último momento.

Lanzó tal suspiro que Valentina notó su interior revolverse y hacer piruetas. Con los ojos cerrados, Lucca parecía otra persona. Otro muchacho de Florencia, y no el que ella había conocido un mes atrás. Aprovechó para acariciarle el camino entre la frente y el puente de la

nariz para llegar hasta sus labios. Lo admiró profundamente absorta hasta que abrió un ojo.

Y ella se sonrojó.

—Vale, eres demasiado —le dijo, observándola con intensidad. Como si ella fuese a despegar y a salir volando de un segundo a otro.

—No te entiendo.

—Yo no sé explicarme, supongo que el tiempo me dará las palabras. Pero eres demasiado… —Volvió a cerrar el ojo para que ella siguiera acariciándole la piel del rostro.

Valentina contuvo el aliento al acariciarle los labios rosas que hacía pocos días habían acariciado los suyos. Los echó de menos. Se detuvo.

Pero Lucca le apartó la muñeca con delicadeza, despacio.

—Vale —le encantaba cómo sonaba la abreviatura de aquel nombre y la manera en la que ella se encogía de los nervios cuando lo escuchaba pronunciarlo—, echo de menos tu vestido. Te has comprado ropa nueva. —Sus labios dibujaron una tierna mueca.

Valentina asintió con la cabeza.

—Tengo las piernas llenas de picaduras de mosquitos porque a alguien se le olvidó echarme repelente en esa zona. Si no me tapo la piel, me pica demasiado.

Ante semejante dato, Lucca se incorporó de un salto, haciendo que Valentina cayera sobre él. Se frenó con las manos sobre su pecho. Se miraron a los ojos durante segundos eternos. Después bajaron la vista a los labios del otro.

—¿Me dejas ver?

Sin reparo, ella levantó la tela de su falda larga para dejarle ver la cantidad de puntos rojos que le pintaban la piel blanca de las piernas.

—Joder, Vale. Lo siento… No caí. Estaba nervioso por lo que te había pasado. Solo pensaba en distraerte.

—Lo sé, no es culpa tuya. Yo tampoco me acordé. —Se encogió de hombros.

Lucca quería besarla. Quería sujetarle la cara con las manos para que no lo rechazara y besarla despacio. Que Valentina no se marchara nunca y su olor a vainilla se le pegara a la piel.

Pensar aquello último le provocó miedo.

Valentina marchándose.

De su lado.

De Florencia.

De Italia.

—Quiero ir despacio —le confesó entonces, antes de deshacerse de aquellos pensamientos que hacían que su mente se bloqueara. Apartó la vista de sus labios—. Creo que mereces que esto vaya despacio.

—Claro. —Valentina se recostó con la espalda contra la pared.

—Es que, no sé… —trató de explicarse. No encontró las palabras.

—Yo tampoco, Lucca —lo interrumpió entonces ella—. No te preocupes, no quiero hacer las cosas mal.

—Explícate —le pidió. El chico se recostó sobre el codo para mirarla abiertamente.

Ella continuó con la mirada perdida en el tragaluz aun sabiendo que en esa posición quedaba totalmente descubierta ante él.

—Creo que las cosas con Matteo no terminaron como debieron y en parte es por mi culpa, porque siempre me encierro en mí misma después de sentirme acorralada. Ante una encrucijada o una decisión difícil, desaparezco. —Soltó la retahíla sin moverse, sin mirarlo siquiera de reojo.

Permaneciendo estoica ante aquella liberación.

—Pero ¿ese tipo no te dejó después de que le contaras lo de tus padres?

—Sí, pero porque el divorcio implicaba una mudanza.

—Pero no quiso hablar las cosas; intentarlo, al menos.

—Yo tampoco —añadió Valentina, a lo que él protestó.

—¿Y eso es tu culpa? Quiero decir, es normal que te sientas desanimada si te falló de aquella manera y que eso te impulsara a tirar tú también la toalla.

—Tiramos a la basura una amistad y una relación de dos años. Y, como él pareció no querer luchar, yo tampoco lo hice.

Lucca volvió a recostarse sobre su espalda. Su mirada se perdió en la luz que colmaba la pared de su derecha, donde la chica de ojos oscuros llevaba ya rato con la mirada perdida.

—¿Me estás diciendo que quieres volver con él? —preguntó al rato, notándose tan molesto que no intentó ocultar su reacción.

—Yo no he dicho eso —contestó Valentina, imitando su postura—. Te cuento esto porque secundo lo que has dicho, lo de ir despacio. Y por si algún día… desaparezco.

Lucca cruzó las manos sobre el pecho antes de dejar escapar una risa forzada.

—Primero me hablas de tu ex y justo después me amenazas. ¿No te has dado cuenta de lo que has dicho? —Hizo una pausa, pero ella no pareció reaccionar—. ¿Cómo tengo que tomarme lo de que desaparezcas?

—Te lo digo para que no me dejes desaparecer —contestó ella en un susurro, con la voz tan débil como si solo quisiera escucharse a sí misma. Sus ojos marrones se perdieron en el tragaluz del techo.

—Entonces, si las cosas se complican, ¿tengo que tener cuidado por si sales corriendo?

Valentina asintió a medias. Se mordió el labio inferior al tiempo que ladeaba la cabeza. Las mejillas ardiendo antes incluso de hablar:

—No dejemos que las cosas se compliquen, eso es lo que te estoy diciendo.

—Pero, Vale, ya se han complicado. Me pediste que te besara y ahora solo pienso en eso. —Arrepentido por lo que soltó por la boca, se ocultó tras su brazo. Valentina conseguía abstraerlo de todo, incluso de su arte. De él mismo.

Antes de que la chica consiguiera apartarle el brazo de la cara, Lucca recordó el dibujo que había hecho hacía apenas unas horas, y la conmoción quiso apoderarse otra vez de él. Pero Valentina lo acorraló justo a tiempo, haciendo que solo pudiera centrarse en ella. Se sentó a horcajadas sobre él, robándole el aliento y provocando que su corazón chocara contra las costillas de forma exagerada.

Lucca notó que se ahogaba, que respiraba demasiado rápido y a trompicones.

—Valentina —dijo con voz seria y prudente—, bájate ahora mismo o tendremos un problema del que me eximo totalmente.

Ella rio.

—Estás jugando con fuego —insistió él, con la voz entrecortada y más profunda. Valentina cada vez estaba más cerca. Pudo sentir el aroma a vainilla rodearlo por todas partes. Cerró los ojos y apretó los puños con los brazos a ambos lados de su cuerpo, sobre la cama—. Lo digo en serio, Vale.

Su *girasole* se apartó para sentarse en el borde de la cama, dejándolo respirar de nuevo.

—No iba a hacer nada —protestó ella.

—Pues a mí no me lo parecía —bufó él, sentándose a su lado después de tomar impulso.

Con los codos sobre las rodillas, se dejó caer hasta apoyar la barbilla en sus manos, con la vista al frente. La vainilla estaba por todas partes.

La piel de Valentina fabricaba un aroma dulzón que se extendía por la habitación como la pólvora. Le daban unas extrañas ganas de comérsela.

—Vale, deja de echarte esa colonia.

—Estás muy gruñón, ¿ahora también te molesta mi colonia? ¿Qué le pasa?

Lucca se encerró todavía más entre sus manos.

—Me da ganas de comerte —confesó con voz ronca.

Enseguida sus carcajadas inundaron la estancia.

—Pues lo mejor será que vuelva a casa, no vaya a ser que alguien me devore por accidente.

—No, por accidente no. Hueles a pastelería, te comería a conciencia. —De nuevo, le agarró por la muñeca con cuidado para atraerla a su lado cuando Valentina ya caminaba hacia la puerta. La hizo retroceder un par de pasos.

Y ella, con la mano libre, se atrevió a apartarle el pelo de la cara. Lucca cerró los ojos ante aquel contacto delicado. De manera instintiva ladeó la cabeza hacia ella, que le acunó el rostro con dulzura.

—Joder, Vale.

Quería decirle que estaba hecho un lío. Que pensar en ella lo consumía por dentro como el fuego de una hoguera: primero con un fuerte estallido para no parar hasta deshacerse en ascuas. ¿Y luego?

Y que necesitaba volver a besarla.

Pero era un desastre.

Y todo estaba patas arriba.

Pese a que Valentina había puesto un pie en su vida de manera inevitable, no podía arriesgarse a que cada vez estuviera más cerca de él. Porque acercarse a él mientras no estuvieran las cosas resueltas no traería nada bueno. Pensando aquello fue cuando sintió aquellas manos suaves acariciándole el cuello.

Sin perder un segundo, las manos de Lucca se colaron bajo la larga tela de la falda que llegaba hasta los tobillos de la chica. Ella se estremeció ahogando un jadeo, pero Lucca siguió acariciándole la piel en escalada hasta llegar a sus muslos.

—Querías ir despacio —le recordó, ahogando la voz. Hundió los dedos en su cabello.

—Esto es ir despacio, Vale.

—Estás metiéndome mano. —Le lanzó un carraspeo.

Los dedos de Lucca se hundieron más en la piel de sus muslos.

Él sonrió. La luz le clareó los ojos azules hasta volverlos de un color espumoso como el mar revuelto. Valentina los vio brillar cuando le dijo:

—Qué ingenua eres, *girasole*.

No la besó. Pero la contempló en silencio durante tanto tiempo que ambos sintieron que sus pieles se fusionaron aquella mañana de verano.

13

Era como un pequeño sol



Cuando Lucca la llevó a casa la noche del beso, Valentina no pudo emitir palabra alguna al ver a su hermana. Después de hacer que el chico revisara la estancia en busca de Leone —aun después de que Martina le insistiera que estaba sola—, se despidió de ella en la puerta del apartamento acariciándole la mejilla con el pulgar derecho, como si de alguna forma aquel gesto pudiera dejarle la marca de aquella noche en la piel. Lucca se marchó despacio, dedicándole miradas a lo largo de todo el pasillo hasta perderse en las escaleras.

Poco después, Valentina cerró la puerta de un portazo. Notó cómo Martina se encogió en la mesa de la cocina. Quiso encararla. Chillarle, alejarse de ella. Era una insensata que solo sabía dejarla sola. Pero, antes de poder abrir siquiera la boca, su hermana corrió hacia ella. La abrazó con tanta fuerza que Valentina tardó en reaccionar, rígida como una tabla, tambaleándose ante la fuerza con la que su hermana la arrastraba.

Y Martina se rompió cuando sintió que le devolvía el abrazo. Porque estaba tan rota que no tenía fuerzas para recomponerse; solo sabía echarse a llorar.

—Claro que quería que te mudaras conmigo, ese gilipollas solo ha dicho tonterías. Siempre dice cosas para hacerme daño. Siempre lo estropea todo. —Sus brazos se volvieron estranguladores. La poca fuerza que le quedaba la invirtió en ese gesto.

—Ya lo sé, Mar. Tranquila.

Su hermana sollozó sin descanso mientras Valentina la mantuvo junto a ella.

—Soy un desastre, Valentina. Perdóname. Te prometo que no va a volver por aquí. No vas a volver a verlo nunca.

—Eso dice Lucca.

Martina se apartó de ella para mirarla a la cara.

—Dile que se esté quieto. Ese Serra tiene muy mal carácter.

—Ese Serra se ha quedado conmigo cuando tú has desaparecido por la puerta.

Martina suspiró.

—He ido a la policía —le confesó—. Quería matarlo, y después de veinte minutos persiguiéndolo, lo perdí de vista. El muy cabrón sabe los sitios que me dan miedo. Era muy tarde y se escabulló por la calle del Infierno. —Valentina la observó con los ojos como platos—. Es una calle real —explicó su hermana—, y no le recomiendo a nadie que pase por allí de noche. Ni siquiera a tu novio. Dile que te haga un *tour*, ya que es fan de los paseítos —trató de bromear.

—Me ha enseñado más sitios que tú —le recriminó Valentina. Su hermana puso los ojos en blanco, arrastrándola hacia la mesa. Le indicó que se sentara con ella.

—Perdóname por tener un trabajo de mierda y tener que echar horas como una condenada para pagar el sitio en el que vives sin poner ni un duro.

—Martina…, has empezado pidiéndome perdón —le recordó.

—Joder, eres como mamá —rio—. En fin, sí. Lo del perdón iba en serio.

—Sigue.

—Leone tiene una copia de las llaves de casa —explicó Martina, con un hilo de voz. Se notaba que le daba pánico pensarlo.

—Lo sé.

—Se las ha quedado. No quiero que te quedes sola. Y, si lo haces, pon la cadena. Aunque ese memo pueda arrancar la puerta de la pared, no creo que los vecinos se queden sin hacer nada.

Valentina asintió de nuevo, muy seria. Su hermana mantuvo las manos bajo la mesa.

—¿Por qué estabas con él? —preguntó, notando los labios y la garganta secos. No quería beber agua y desprenderse del tacto de Lucca, que aún seguía en su piel. Apretó los labios al recordarlo, como si de aquella manera pudiera guardarse el beso que le había dado. Encogió las piernas por culpa de la emoción del recuerdo.

—Porque es más fácil.

—No puede ser fácil cuando te hace daño, cuando hace daño a los demás.

—No he dicho que sea fácil, he dicho que es más fácil que estar con otra persona.

—¿Quieres hablarme de esa otra persona?

—No.

—Pero me hago una idea, Martina. No soy tonta.

—Eres mi hermana, sé que no eres tonta. Pero no estoy preparada para que me preguntes. Ya tengo demasiadas cosas en la cabeza como para que me des la chapa sobre el amor y esas chorradas. Eres muy pequeña para entenderlo.

—No te lo niego. No entiendo una mierda. Hace tres meses pensaba que estaba con el amor de mi vida y me dejó mientras tomábamos café.

—Los hombres maduran a otra velocidad, Valentina. No tienen suficientes huevos cuando hay que tenerlos. No te lo tomes como algo personal.

—Me dejó, ¿cómo no voy a tomármelo como algo personal?

—¿Ha intentado contactar contigo?

Valentina carraspeó. Recordó los mensajes de Matteo, que se acumulaban uno tras otro en su móvil. Por mensajería, por Instagram…

—Nada va a cambiar —aseguró, convencida.

—Bueno, eso nunca se sabe. Si es el amor de tu vida, tendréis que pasar por cosas como esta, ¿no? Hay que aprender, madurar y todo ese rollo de superación y crecimiento personal.

Valentina se apoyó en la mesa. Su hermana era profunda cuando se lo proponía.

—Si la vida puso esa piedra en mi camino, era para que me diera cuenta de que Matteo y yo no podíamos estar juntos, por mucho que me doliera.

Martina asintió respirando profundo.

—Hablas como mamá.

—Soy su hija. —Se encogió de hombros.

—Menos mal que yo me parezco menos.

—Pues haces lo mismo que yo con los ojos.

—Me he dado cuenta. Da mucho mal rollo, ¿verdad? Parecemos un par de locas para quien nos vea.

Rieron juntas. Fue cuando Martina puso las manos sobre la mesa y Valentina soltó una exclamación que hizo que su hermana riera con más fuerza.

—No te asustes, florecilla. Esto no es malo —dijo, desparramando frente a ella su mazo del tarot.

Valentina se apartó todo lo que pudo aguantando la respiración, como si el aire quemara y las cartas fuesen a trepar por sus brazos como insectos.

—Se me habían olvidado por completo —dijo, recordando el momento en el que se encontró las cartas tiradas sobre la cama de su hermana. Pese a que algo dentro de ella se removió por desconocimiento, las observó, absorta. Los filos brillaron mientras la mezcladora de cartas las movió por la mesa. Fue incapaz de apartar la vista, pese a que el respeto que sintió en ese momento le mantuvo el cuerpo paralizado.

—Es por esto que el piso huele siempre a humo —le explicó Martina, con una sonrisa curiosa en los labios. Desde el momento en el que empezó a barajar el mazo bajo la mesa, habló en un tono más suave y relajado. Cerró los ojos antes de centrarse de nuevo en ella.

—¿El piso huele a humo por las cartas?

—Es salvia, y sirve para limpiar.

—¿Limpias las cartas?

—Y la casa. De energía —continuó ante el estupor de Valentina, que asentía sin comprender—. Debería limpiarte a ti antes de echarlas. —La miró con fiereza.

—A mí no me vayas a hacer nada.

—Valentina, no seas cría. Relájate. ¿Te han hecho alguna vez una lectura?

—A la vista está que no. —Negó con la cabeza, siendo aún más explícita.

—Pues cierra los ojos y concéntrate, es importante.

—Cierro los ojos y me concentro…, ¿en qué?

—En lo que quieras.

—¿Puedo dejar la mente en blanco?

—Estoy segura de que no puedes dejar la mente en blanco a menos que seas una experta en meditación, o seas budista y hagas retiros espirituales.

—Martina, me estás dando un miedo de la hostia.

Pero esta la ignoró, cerrando los ojos antes de disponer de nuevo las cartas en una posición estratégica sobre la mesa. Por lo que Valentina se vio arrastrada a perderse en sus pensamientos, nadando entre ellos, tratando de alejarlos y no pensar en nada. Así que visualizó el color blanco. Se concentró tanto en la claridad que le transmitía aquel color que dejó que su mente viajara a la vez que su hermana le hablaba. Y no fue consciente de que estuvieron hablando de puntos de luz, destellos y paredes blancas hasta que Martina se lo recordó, minutos después.

—Blanco —dijo Martina, cuando ella volvió a abrir los ojos, concentrada en la disposición de las cartas—. Eso es lo único que puedes decirme.

Valentina vio una «v» del revés que se abría a ella desde su posición en la mesa, con el vértice apuntando a Martina, como si la señalaran. Las cartas estaban dispuestas boca abajo de manera que solo mostraban el mismo diseño del reverso, lleno de espirales y motas doradas. Cuando su hermana descubrió la primera, fue la de su izquierda, la que coronaba el inicio de la «v». Ambas aguantaron la respiración.

—Vaya, la torre. En el pasado —apuntó Martina, arrastrando las palabras.

Valentina la miró sin comprender. Sus ojos no tardaron en escudriñar hasta el último detalle de la ilustración en la que una torre hecha por tallos de flores y corteza de árbol lucía segada, partida en dos por una enorme espina de rosal.

—Descúbrelas todas —le apremió a Martina. La carta de la torre era tan tétrica como bella. Según su hermana, estaba cargada de simbolismo. Un simbolismo que ella no entendía.

La tarotista así lo hizo. Tomándose su tiempo entre carta y carta, parándose en los detalles

que decoraban las ilustraciones, fue volteándolas una a una. Por mucho que las mirara tratando de encontrar respuestas a unas preguntas que ni siquiera sabía que formulaba, Valentina no entendió nada, solo se percató de un sol precioso entre los variopintos dibujos.

—¿Vas a decir ya algo aparte de un «vaya»?

—No quiero decirte nada que vaya a hacer que te vuelvas loca. Por la cara que has puesto al verme barajar, entiendo que eres demasiado escéptica como para creerte una sola palabra de lo que te diga. Y tampoco es mi intención hacerte creer que estoy más ida de lo que aparento.

—Entonces, ¿vas a dejarme así? —protestó Valentina—. He visto un sol. Me gusta el sol. ¿Es bueno?

Martina apretó los labios con fuerza, cogiendo aire por la nariz.

—Vale, no has dejado la mente en blanco. Has empezado a hablarme sobre luz blanca y vidrieras que dejan pasar la luz —le dijo frustrada, como si de alguna manera los pensamientos inválidos de su hermana hubieran arruinado la lectura.

—La luz del sol —asintió Valentina en respuesta—. Estaba pensando en el color blanco y supongo que eso ha derivado en los rayos del sol atravesando una ventana. ¿Por eso ha salido esa carta?

—El sol es bueno —le indicó Martina—. Pero no tiene sentido aquí. No encaja en esta tirada caótica. Tienes la cabeza como un paquete de palomitas a medio explotar, ¿sabes?

—¿Eso es lo que ves?

—No. Además del caos, veo más cosas. Veo destrucción. Y pérdida. Una pérdida muy grande.

—Mis padres se han separado, he dejado mi hogar, mi novio rompió conmigo… —Valentina trató de buscarle el sentido, pero su hermana negó con seriedad, escudriñando los dibujos como si estos le hablasen.

—No, Valentina. Las cartas no hablan de eso. No hablan de ese tipo de pérdida.

—Pues entonces no entiendo nada. —Pestañeó perpleja.

—Ni yo tampoco —le confesó Martina sin mirarla—. Es como si no fueras tú. Cuentan una historia, pero no es la tuya.

—¿Y cómo sabes que no es la mía?

Martina la miró a los ojos, del mismo color marrón que los suyos. De manera distraída, se había llevado una mano al pecho, que mantuvo con el puño cerrado como si de aquella manera encontrara un equilibrio perfecto para no balancearse hacia los lados. Estaba temblando. Arrugó la frente y se aclaró la garganta.

—¿Has estado casada alguna vez? —soltó entonces, sin darle más vueltas.

—Martina, por Dios…

—¿Has sido infiel?

Valentina se reclinó en la silla de manera que se balanceó sobre las patas traseras. Si su hermana no pretendía mostrarse una demente frente a ella, con aquellas dos preguntas estaba haciendo precisamente lo contrario.

—Contéstame —le dijo Martina muy seria. Había dejado las palmas de las manos sobre la mesa. Su respiración se alteró.

—Sabes que no, pensaba que estabas de coña.

La experta volvió a estudiar las cartas con cara de perplejidad. Estaba tan seria que Valentina empezó a preocuparse por ella.

—Son solo cartas, a la vista está que no tienen fiabilidad ninguna.

—Mira, Valentina —empezó su hermana—. Puedo entender que tengas tus creencias y convicciones, pero tú tienes que entender que yo tengo las mías.

—Lo entiendo, pero has sido tú la que ha decidido empezar con este juego sin preguntarme.

—Si en el fondo no hubieras querido, no te habrías quedado sentada. Te he dado un margen de tiempo.

Eso era cierto. Valentina tuvo que reconocerlo.

—Bueno, Mar… Pues cuéntamelo. Cuéntame la historia que dicen. Te prometo que no me volveré loca. Podré encajarlo.

Los puños de Martina comenzaron a temblar a ambos lados de la mesa, y como si algo hiciera clic en su cerebro, la miró con la mandíbula desencajada y los ojos vidriosos.

—Voy a intentar hacerte un resumen —suspiró, limpiándose los ojos con el dorso de la manga.

—No quiero un resumen.

—Tendrás un resumen a menos que quieras que te explote la cabeza y me explote a mí también. Tengo que consultar una cosa antes.

—No, dímelo ya.

—Está bien, Vale. Pero no me hago responsable de las paranoias que sueñes a partir de ahora.

Valentina rio, pero no sintió la risa dentro de ella. Fue como si sus labios se vistieran con una coraza para protegerla. Ella no era de las que solían recordar sus sueños. ¿Lo había dicho en serio?

—Yo no sueño, Mar.

—A ver, *girasole.* —Martina rio con pesadez. Le echó una foto a la tirada antes de recoger las cartas—. Las cartas dicen que estás preparada para enfrentarte a los errores de tu pasado, aunque tú no quieras abrirte a ellos porque sabes que recordar te traerá dolor.

—¿De qué grado de dolor estamos hablando?

—De mucho, Valentina. El tres de espadas es, posiblemente, una de las advertencias más dolorosas de todo el tarot. Habla de traiciones del corazón, de una agonía inmensa. De caer en un pozo sin fondo y, para algunos, sin retorno. Un lugar donde mucha gente se queda atascada durante mucho tiempo. Es como si tu ansiada luz del sol se apagase de repente y no fueses capaz de encontrarla de nuevo.

»Pero ha llegado el momento de superarlo. Porque la culpa de caer en ese pozo fue tuya. Y solo tú sabes cómo ponerle fin a la agonía.

—¿Mía?

—Y arrastraste contigo demasiado. Te lo llevaste todo por delante.

Valentina pestañeó con gravedad. Quiso volver a ver las cartas, pero su hermana ya las había recogido.

—A ver, pude haber luchado más por mi relación con Matteo, pero me dolió que él se alejara. Evidentemente, me hizo daño y mi orgullo me detuvo. Pero yo no le traicioné. Siempre estuve a su lado. Estábamos enamorados, o eso creía.

—Traicionaste y te traicionaron, pero ahora es cuando puedes volver a ver la luz y salir del pozo. Porque estás preparada para pedir perdón.

—¡Que yo no voy a pedirle perdón a ese imbécil!

—¡Valentina, escúchame! Déjame terminar. Has sido tú la que me lo ha pedido. Deja que hable y luego saca tus propias conclusiones —protestó Martina, visiblemente molesta. Caminó

hacia la cocina en busca de su tarro de Salvia, que comenzó a quemar dando vueltas a su alrededor.

Valentina cerró los ojos cuando sintió el humo rodearle la cabeza. Dejó de respirar unos segundos, imaginando cómo la ceniza caía sobre su pelo. Aquel aroma le borró de encima el olor de Lucca. Hizo un mohín con los labios sin ser consciente.

—Tu sol dice que volverás a estar completa si consigues ser perdonada, y va relacionado con las cartas del desenlace, el diez de copas y la rueda de la fortuna —prosiguió Martina—. Pero no todo depende de ti. Así que lo veo complicado, porque también he visto un reencuentro. Que quizá derive en una unión.

—Un reencuentro y un perdón por mi parte, maravilloso —protestó Valentina.

La mayor se apeó de la silla durante un segundo para darle un empujón.

—A la próxima interrupción, te tiro de la silla —le advirtió—. Pasado conflictivo, traiciones, dolor —resumió, volviendo al hilo de la historia—. Un reencuentro y un perdón en el aire. —Ambas asintieron—. Lo que me descoloca es que tengas que buscar apoyo para el reencuentro. Porque las cartas hablan de que tienes que despertar. El colgado, en el vértice de la tirada, te indica lo que tienes que hacer: ver las cosas desde otra perspectiva. Ahora mismo estás completamente perdida porque eres incapaz de ver nada, y todo porque no sabes distinguir lo que tienes delante. Es como si llevaras una venda en los ojos, una que tú misma te has puesto.

—No me estoy enterando de nada.

—Ya…, por eso debería hacer la consulta antes de liarte más. O liarme más a mí misma.

—No hace falta que consultes nada, no te preocupes. Esto es como un juego de niños —rio Valentina.

Pero el rostro de su hermana le indicó lo contrario.

—Vale, no te asustes, pero consigo ahorrar todos los meses porque en mis ratos libres hago esto con la gente. Por eso no paso tiempo en casa ni contigo. Así que estoy convencida de que tu tirada es algo serio de cojones. Y eso que he tratado de explicártelo de la manera más suave posible. No pretendo que me creas a pies juntillas, al fin y al cabo, tienes razón y esto no es más que una herramienta que sirve de ayuda cuando no sabemos cómo avanzar. Pero no te rías de nada de lo que te he dicho.

—¿Cobras por esto? —Fue lo único que alcanzó a decir. No supo cómo encajar que su hermana se dedicara a leer el tarot en sus ratos libres.

—Sí, si te lo curras, te pagan bien.

—Yo no voy a pagarte.

—Estaría bien que lo hicieras, pero, por ahora, con el dinero que mandan tus padres es suficiente. Cuando termines la universidad, hablamos.

Después de apagar el ramillete de salvia en su tarro de arena, Martina volvió a sentarse a la mesa frente a lo que sentía que era lo que quedaba de su familia. Miró entonces a la chica morena de intensos ojos oscuros, reclamando su atención como si hubiera recordado algo importante—. Lucca —le dijo, a lo que Valentina parpadeó perpleja.

En ningún momento había pensado en Lucca, solamente en Matteo. Todo lo que había dicho Martina, ella lo había relacionado con Matteo. Se estremeció.

—¿Qué le pasa a Lucca?

—Vuestro *feeling*…

—Háblame claro.

—¿Hay algo en él que te resulte familiar?

—Lo conocí hace unas semanas. —Fue la respuesta.

—Sabes que no me refiero a eso.

—No, nos estamos conociendo.

La muchacha asintió, palmeando la mesa.

—De acuerdo. Gracias por la sesión, pero no me hagas repetirla hasta que hayas despertado. Me consume tener que leer entre líneas —dijo, antes de poner rumbo a su cama. Permaneció de pie a tan solo un metro de esta—. ¿Quieres dormir conmigo? —le preguntó dudando.

Pese al calor que hacía, Valentina asintió, aún algo extrañada por el comportamiento de su hermana desde que ella había puesto un pie de regreso en el apartamento. La ayudó a cambiar las sábanas y tiraron los cojines al suelo, amontonándolos en una esquina.

No hablaron del incidente con Leone ni de las cartas.

Antes de ir a la cama, Valentina se asomó por la ventana de su habitación, buscando la esquina de la pizzería por la oscuridad de la plaza. Fue entonces cuando escuchó aquel tintineo extraño de monedas en el interior de un bolsillo. Un ruido peculiar que regresó a ella como un fogonazo. Vio la silueta cruzar la plaza despacio, arrastrando los pies, haciéndose escuchar ante aquella negrura que parecía imperturbable.

No tardó en regresar con las manos sobre el pecho y la respiración agitada. Pensó en avisar a Lucca, pero había destrozado el móvil en plena plaza del Duomo. No tenía forma de avisarlo.

—Vale —escuchó a Martina dormitar—, felices sueños.

Esa noche no pudo dormir.

Por eso fue a buscar a Lucca días después.

Pero olvidó por completo contarle lo que vio en la plaza.

Tampoco recordó la historia del tarot.

Cuando Lucca estaba a su lado, solo podía pensar en el color blanco, como las paredes de su habitación y los folios que el chico usaba para dibujar.

Cuando estaba con él, Valentina no era ella; brillaba tanto que se cegaba a sí misma.

Era como un pequeño sol.

14

Como Ícaro con el sol



Delante de él, Lucca fue desmantelando la habitación cajón por cajón, centímetro a centímetro, hasta que todo estuvo inspeccionado. Los álbumes de fotos de Andrea sobre el escritorio donde no estudiaba, las fundas de los cojines dispares en el suelo, hechos harapos; la mochila abierta y todo su interior desparramado en el suelo.

—¿Puedes parar ya? —le pidió su hermano, con actitud cansada. Necesitaba dejarse caer sobre la cama, estaba agotado. Aún tenía parte de la cara hinchada y se cogía el brazo izquierdo como si le pesara. Sin hablar de las increíbles ojeras que adornaban la piel bajo sus ojos. Tenía los ojos más hundidos que nunca.

—No —contestó Lucca con convicción—, todavía no he mirado debajo del colchón. Hostia —se frenó en seco—, ¿habrás tenido huevos de esconder tu mierda dentro del colchón?

—Joder, Lucca, sabes que no soy tan espabilado.

—Ya, es verdad. Eres tonto de cojones. No sé por qué te doy ideas —protestó—. Se me está pegando tu gilipollez.

—No, colega. Tú siempre has sido gilipollas.

Lucca soltó el colchón de mala gana, resoplando con fuerza. El somier de muelles emitió un ruido desagradable por el golpe.

—Toda tuya —escupió, señalándole la cama—. ¿Ya has pensado qué le vas a decir a papá y a Alda?

—Lo que hablamos sobre el robo, eso les diremos.

—Yo no voy a decir nada, Andrea. Ya te he dicho que tienes cero apoyo por mi parte hasta que dejes de comportarte como si todo estuviera bien.

—¿Y si te preguntan?

—Me limitaré a encogerme de hombros, supongo.

—Qué controlado lo tienes todo.

Lucca se acercó a su hermano de una zancada, pero, antes de tocarlo, decidió cerrar el puño, respirar hondo para calmarse y retroceder. La última vez que se pelearon, todo le salió mal: la lesión, la bronca de sus padres, las terapias… Nada más que locuras.

Por su parte, Andrea había reculado unos centímetros, tratando de apartarse lo justo, por si acaso, pero sin dejar de enfrentarse a él.

—Dame el aparatejo ese, el que te compraste para fumar vapor. —Lucca extendió la mano al frente, encorvándose hacia delante como si le doliera la parte baja de la espalda.

—No te voy a dar mi vapeador. —Andrea enarcó una ceja.

—Que me lo des todo, Andrea. Déjate de tonterías. Hemos dicho que se acabó.

—Lucky, eres un grano en el culo.

—Como vuelvas a llamarme así, te prometo que este grano en el culo te va a partir las piernas, verás como así no tienes problema. Y tampoco me calentarás la cabeza si no puedes salir

de aquí.

—Me encanta tu capacidad para resolver los problemas —rio su hermano con sarcasmo.

—Es que no son mis problemas, Andrea. Yo sé gestionar mis cosas.

—Pues olvídate, Lucky.

—No puedo olvidarme, joder. No me lo digas más. Eres mi hermano.

—Para, tonto, que me sonrojo.

Lucca le dio un puñetazo en las costillas, sobre la ijada derecha. Andrea boqueó por el golpe sorpresa, quedándose sin respiración durante unos segundos. Miró a su hermano con los ojos desorbitados antes de cerrarlos por el dolor. Le había pegado, otra vez.

—Ni siquiera te he dado fuerte, lo que te metes te está dejando destrozado —escupió Lucca, hundiendo el índice en el hombro de su hermano para ver si este podía mantenerse en equilibrio.

—Eres un hijo de… —replicó Andrea, antes de dejarse caer de rodillas con fingido dramatismo y las manos en la zona malherida.

—Espero que no termines la frase, hazlo por tu buena madre —suplicó el rubio, revisando de nuevo los cajones del escritorio. Cerró el último con fuerza.

—No, no voy a terminarla, pero más te vale dormir con un ojo abierto.

—Ya lo hago, por tu culpa —contestó, antes de abandonar la habitación—. Porque me provocas pesadillas.

Examinar la habitación de su hermano mayor en busca de sustancias comprometidas, además de por lo evidente, también había sido para buscar uno de sus móviles viejos que le sirviera para salir del paso y poder estar disponible de nuevo. Le sudaban las palmas de las manos al pensar que a su hermana pequeña pudiera pasarle algo y no poder contactar con ella.

Y, si pensaba en Valentina, notaba un nudo en el pecho.

Corrió a su habitación.

Mientras el aparato cargaba, Lucca revisó su estantería de carpetas. Pasó los dedos por cada una de ellas, pasando por las distintas asignaturas que había cursado en su grado en Arte. Ese año sería el último y no estaba preparado todavía: ni para iniciar aquel año, ni para desprenderse de las vivencias que había recibido. Se detuvo en la carpeta verde sintiendo el corazón a punto de salirse de su pecho. Tuvo que cogerla antes de arrepentirse.

Sostuvo a contraluz el dibujo de la mañana anterior para fijarse en cada detalle. Cuanto más miraba a la chica dibujada, más crecía su curiosidad. Por los trazos, parecía algo mayor que Valentina, y mucho más madura. Por su peinado, seria. Por la forma en la que sus labios yacían cerrados, reservada.

La imaginó en su cabeza, pestañeado o moviendo la boca al hablar. Pero no visualizó nada. Nada.

¿Por qué no era capaz de recordar a alguien que había dibujado?

Dejó el boceto sobre el escritorio para alcanzar uno de sus libros sobre la Galería Uffizi. Impaciente, desplegó las páginas pasando el pulgar por el borde del libro de manera que el golpeteo de las páginas lo embrujó hasta dar con *El nacimiento de Venus*. Clavó la vista en Simonetta Vespucci, la joven musa de Botticelli, hasta que terminó de aprenderse sus rasgos de memoria. Se parecía a su dibujo, pero no era la misma chica.

Era posible que su subconsciente, harto de recrearse en aquella mítica estampa del arte florentino, lo hubiera usado de inspiración. Quizá, distraído como había estado pensando en Valentina, había dibujado a aquella mujer mezclando diferentes rostros de cuadros y esculturas famosas que tantas veces había recreado en sus años tratando de alcanzar la perfección en su

técnica.

Era una buena historia.

Y se contuvo por el momento, porque no estaba preparado para abrir al completo la carpeta verde. Algo le decía que no lo hiciera. Así que siguió su instinto.

El móvil de Valentina sonó muchas veces hasta que por fin respondió a su llamada.

—Milanesa, ¿se puede saber por qué tardas tanto en cogerme el teléfono?

—No tengo este número guardado… ¿Lucca?

—Pues claro, *girasole*.

Escuchó un tierno gorjeo al otro lado de la línea que le erizó los vellos de los brazos. Lucca se llevó una mano a la cabeza para apartarse el pelo de la cara hacia atrás. Necesitaba un poco de aire acondicionado que le refrescara. Se sintió aprisionado entre las paredes de su habitación como Valentina en el apartamento de su hermana. Se asfixiaba.

—Dime, pensaba que hoy ibas a estar ocupado con Andrea.

—Lo estoy, pero no haré nueva ronda de vigilancia hasta dentro de un rato y me he acordado de ti.

—Vaya…

—Voy a la Academia esta tarde —se precipitó a aclarar, antes de seguir andando por las ramas—. Quiero preguntar una cosa, así que puedo colarte. ¿Has visto el *David*?

—No, Lucca. Eres mi guía florentino —se limitó a contestar ella—, tendrás que llevarme o me quedaré sin verlo.

Lucca notó una sonrisa invadirle los labios.

—Te costará una cena. Y un helado —soltó, alargándose de puntillas para tratar de alcanzar el tragaluz del techo. Los rayos de sol lo bañaron por completo. Cerró los ojos para no cegarse. Durante el tiempo que permaneció con los ojos cerrados, lo vio todo blanco.

—Trato hecho.

—Pero una cena de verdad, nada de la pizzería cutre que hay debajo de tu edificio —bromeó él.

Ambos rieron a carcajadas. Lucca la escuchó suspirar y la imaginó tumbada en la cama, con uno de sus dedos jugando con su largo pelo oscuro.

—Tomo nota.

—Vale…

—Lucca…

—Ponte el vestido de girasoles.

—Está lavándose. Y ya te dije que no puedo llevar las piernas descubiertas o los mosquitos me comen.

—Puñetera suerte que tienen los mosquitos de poder picarte. —Ahogó la voz antes de seguir poniéndose la zancadilla a sí mismo. Pero no paró ahí—. Si fuera un mosquito, me quedaría esperando en el portal a que salieras. O intentaría colarme por la ventana de tu habitación.

—Menos mal que no eres un mosquito.

El chico notó el nudo de su pecho, ese que provocaba Valentina con su voz. Descendió por su esternón hasta su ombligo, como si se lo hubiera tragado. Tomó aire con fuerza y decidió dar vueltas por la habitación. Hacía mucho calor. La camiseta de algodón se le pegaba al cuerpo y era horrible.

—Valentina. —Sin darse cuenta, su voz se volvió grave.

—No me llames así, parece que vas a regañarme. —La protesta se ahogó bajo el sonido de los muelles de una cama.

—Perdona. Vale —intentó de nuevo—, quiero dormir contigo.

—No podemos dormir juntos.

—¿Por qué no? No va a pasar nada, Vale. De verdad.

—Lucca, no.

—Bueno, con la cena me conformo. —Se encogió de hombros, sentándose en el filo de su cama. Miró a su derecha, acariciando las sábanas de algodón, que todavía olían a vainilla. Al no escuchar contestación por parte de la chica, aclaró—: Vale, no te enfades. Estaba de coña…

—¿Estabas de coña?

Lucca se mordió el labio sin saber qué responderle. Estaba enfadada.

—Mira, no pasa nada. No lo he dicho a malas, solo lo he pensado y lo he soltado sin más. Te dije que quería ir despacio.

—Y me metiste mano.

—Ni de coña, Valentina.

—Que no me llames así.

Lucca se puso en pie de un salto, sin entender nada. La voz de la chica mutó de golpe.

—¿Ha pasado algo? ¿Quieres hablar?

De nuevo, los muelles rechinaron al otro lado de la línea.

—Matteo me ha llamado —confesó ella con un hilo de voz. No quiso decirlo muy alto porque Martina aún no se había marchado del piso y podía oírla.

—¿Y? —Lucca sintió su corazón latiendo con fuerza. Apretó el puño que no sostenía el móvil y se miró los nudillos rojos y blancos tratando de mantenerse distraído. No le gustaba hablar de exnovios.

—No se lo he cogido.

—¿Querías cogerlo?

—No lo sé. —Fue un suspiro extraño. De los que pueden acelerar una respiración.

—Por eso no quieres dormir conmigo… —Lucca hizo una mueca. Se llevó la mano a la frente para masajearse las sienes—. Todavía le quieres.

—No, no es eso. Creo que es por la espinita que aún tengo clavada por su culpa. Eso es todo.

—Vale, soy un hombre fuerte, puedo encajar un rechazo. —Se hizo el valiente, pero la realidad le hizo sentir los pálpitos frenéticos de su respiración.

—Eres… —comenzó Valentina, pero no encontró las palabras correctas. Decidió dar por zanjada la conversación—. Estaré lista para cuando quieras recogerme.

—¿Aún quieres que te recoja?

—Lucca Serra, deja de hacerte la víctima o tendré que plantarme en tu casa para decírtelo a la cara.

—¿Qué quieres decirme a la cara, Vale?

Valentina colgó la llamada y Lucca se quedó mirando el móvil con asombro y los ojos como platos.

—La vecina tiene carácter, ¿no? —Andrea asomó la cabeza por la puerta, apoyándose en el marco. Tras él, se escuchó la risa contagiosa de Alda—. Una pena que no puedas verte la cara de gilipollas que has puesto cuando te ha colgado. «Vale, quiero dormir contigo» —dijo imitándolo, haciendo movimientos sensuales con la cadera. La pequeña cayó sobre su hermano mayor.

Ambos se abrazaron entre risas imitando al mediano mientras hablaba con Valentina.

—«Por eso no quieres dormir conmigo…» —lo imitó Alda, meneando la cabeza haciendo morritos.

Lucca los contempló sin saber cómo reaccionar. Su primer pensamiento fue el de querer cerrarles la puerta en las narices y que así dejaran de reírse de él. Después, mirándolos mientras se reían a carcajadas, sonrió. Y sus hermanos se paralizaron al ver su reacción. Alda y Andrea se miraron perplejos, como si hubieran presenciado la aparición de un espectro.

—Joder, si de verdad hablo así, soy patético. —Lucca se recostó con las manos sobre la cabeza.

—Muy patético —asintió Alda en respuesta.

—Lucky, solo bromeamos. —Esta vez fue el mayor el que intervino.

—Lo sé —asintió el aludido, aguantando la risa —. Ha estado bien.

Alda pestañeó, llena de sorpresa.

—Lucca —lo llamó—, te dije que dejaras en paz a Valentina. Me gusta esa chica. No quiero que tengamos que dejar de hablar.

Andrea le dio un codazo de advertencia a la menor de los Serra para que se callara. Ella se encogió de hombros, molesta. Lo decía de verdad.

—Yo la dejé en paz, Alda —se defendió el mediano.

—¿Entonces?

—Alda —interrumpió Andrea—, en unos años lo entenderás.

—Eso espero, porque nunca pillo nada.

—Algún día, Alda —le dijo Lucca, antes de que todos abandonaran la habitación—, tú serás como Valentina. —Siguió a sus hermanos por las escaleras hacia la planta de abajo.

En unos años Alda sería un brillante foco como Valentina, capaz de atraer a todos los mosquitos de Florencia hacia ella. Sin ser consciente. Sin que tuviera que mover un solo dedo.

Cuando menos lo esperase, un mosquito como él caería en la luz cegadora de Alda, y no podría hacer nada para dejar de volar hacia ella hasta quemarse entero. Como Ícaro con el sol.

15

La chica que no era ella



El apartamento estaba en inquietante silencio después de que el móvil de Valentina hubiera dejado de notificarle las cosas. Lo escondió debajo de la almohada después de quitarle el sonido para que nadie pudiera molestarla durante un rato.

A media mañana, Martina por fin se marchó, después de advertirle que estuviera atenta. Ella obedeció a las órdenes y cerró con la cadena de seguridad, además de dejar las llaves puestas y giradas en la cerradura.

Después de un refrescante té verde de coco y piña, recordó que debía llamar a su madre. Con los ojos en blanco, corrió a mover su almohada y, con la cabeza fuera del edificio, apoyada en su ventana, esperó a que esta contestara. El humo de la pizzería llegó hasta ella. Olía a tomate y a pan caliente.

Le crujió el estómago.

Y pensó en Lucca. Y en todo lo que este le había dicho.

Se mordió el labio, nerviosa. No le gustaba hablar por teléfono. Ni que fuera tan directo con ella. Necesitaba aclararse la cabeza. Tenía tantas cosas dentro que era difícil seleccionar alguna. Para más inri, tras la sesión de espiritualidad con Martina, se notaba más confusa que en su llegada a Florencia. No sabía explicarlo, pero se sentía perdida en el interior de una densa niebla donde no era capaz de vislumbrar sus propios pasos.

—Hola, mamá —dijo cuando cogieron la llamada.

—Hola, bonita. ¿Cómo lo llevas?

Esa pregunta por parte de su madre la pilló desprevenida.

—¿Yo? —preguntó perpleja—. Eres tú la que se ha divorciado.

Escuchó la risa apagada de la mujer.

—Valentina, las madres estamos programadas para superar estas cosas. Además, no es la primera vez.

Esta vez, ambas rieron.

—¿Cómo está papá? Llevo tiempo sin llamar.

—Bien, esta semana empieza su nuevo trabajo. Solo le quedan unas pocas cosas que llevarse. Mejor espera un par de días para llamarlo, cuando esté instalado. —Suspiró—. Bueno, en realidad estoy muy deprimida, lo quiero mucho. Siempre lo querré con locura, Valentina.

Su madre era como ella: solo se derrumbaba lo justo y con las personas correctas.

—Sí, papá es especial. —Se escuchó a sí misma, recordando los temblores de su padre encogido en alguna esquina mientras apuraba un cigarrillo. Sus gafas perdidas por todas partes. Sonrió.

—Me dio a mi solecito, con eso ya me basta para quererlo siempre. —Hizo una pausa, que Valentina aprovechó para otear el ambiente del exterior. Notó movimiento en el almacén de la pizzería y su corazón se volvió loco—. Él no lo está llevando tan bien.

—Es que habéis estado juntos muchos años. Es posible que, como es, no lo supere nunca.

—Una ruptura de mutuo acuerdo, al fin y al cabo, es una ruptura. Aunque parezca más suave o menos dura. Dejamos de ser una pareja para terminar como dos amigos criando juntos a una hija.

Valentina se estremeció al escuchar esas palabras. La ruptura de sus padres le había pillado por sorpresa; quizá porque su madre tenía razón y siempre habían sido una pareja tan cómplice como dos buenos amigos.

Le costaba pensar que ese tipo de cosas podían pasarle a un matrimonio de casi veinte años de relación. Como también le costó darse cuenta de que Matteo no la quería. Por eso no quería hablar con él. No tenían nada que aclarar.

> Valentina, por favor, creo que deberíamos hablar. Cógeme el teléfono. Contéstame. Sé que te llegan mis mensajes. Te has mudado de ciudad, no de planeta. Por favor, necesito escucharte... Estaré allí en unos meses

Ese había sido el único mensaje que había abierto. El último después de la llamada perdida.

Matteo siempre había sido sensato, y cuando notaba que ella necesitaba espacio, se lo daba. Pero ahora no era cuestión de espacio. Llevaban separados muchos meses. Y así seguirían las cosas.

—¿Y cómo está tu hermana? Apenas me llama, trabaja mucho —dijo su madre, devolviéndola a la tierra.

—Sí, no para de trabajar. Casi nunca está en casa.

—No nos deja pasarle más dinero.

—Es una cabezota.

—No sé a quién puede recordarme.



Incluso en verano, el agua de la ducha tenía que arder y quemarle la piel hasta dejársela roja de la irritación. Valentina se sacudió el agua del pelo y salió de la bañera salpicándolo todo. Le gustaba la sensación de frescor que le recorría después de que el calor del vapor se disipara. Esos minutos con el agua corriéndole por el cuerpo hacia las piernas eran maravillosos.

Con la palma de la mano, limpió el vaho de la superficie del espejo para poder verse, y cuando buscó su reflejo para mirarse directamente a los ojos, recordó un perfil trazado a lápiz que se había quedado a vivir en sus pensamientos: el dibujo en el escritorio de Lucca. La chica que no era ella.

Examinó entonces sus rasgos, pero no encontró parecidos con la chica del dibujo. Era más guapa, parecía mayor que ella, con los ojos un poco más hundidos, mentón y pómulos más marcados, ojos más pequeños y rasgados. Le pareció delicada y seria. Melancólica.

Ella no tenía las pestañas largas, pero, a su parecer, tenía los ojos más bonitos. Y no le quedaban bien los recogidos.

Se acarició los labios; tampoco les encontró parecido.

¿Por qué Lucca le había dicho entonces que la dibujaba? ¿Tanto podía distraerse una persona?

La chica del dibujo tampoco se parecía a Vita, por lo que decidió dejar de darle vueltas. No tenía que ser una de las chicas con las que Lucca había estado. Cabía la posibilidad, claro. Pero Valentina decidió dejar de pensar en el tema. Intuyó que, si seguía tirando de la cuerda, no le gustaría lo que iba a encontrar al final de esta. Era mejor seguir en la ignorancia y enterrar el pensamiento en el fondo de su mente.

Cuando llamaron al timbre, Valentina ya llevaba dos horas preparada esperándolo. Antes de moverse, escuchó la electrizante voz masculina al otro lado de la puerta:

—No sé si aún quieres acompañarme, pero he venido por si acaso.

Tras soltar la cadena y girar la llave en la cerradura, Valentina abrió la puerta. Lucca se sobrecogió al verla, sin poder evitar mirarla de arriba abajo, con los labios entreabiertos.

—Joder —dijo, pestañeando tantas veces que la hizo reír.

—Gracias, tú también estás guapo con tus vaqueros y tu… ¿Llevas una camisa? —También lo examinó.

—Me prometiste una cena de verdad —se defendió el chico. La miró a los ojos. Ella sintió sus mejillas encendidas, como ya era costumbre—. Estás…

—Lo sé. —Se encogió de hombros y lo empujó fuera de la casa. Guardó las llaves en el bolso de rafia que le había robado a Martina y siguió andando sin esperarlo.

Lucca no tardó en trotar a su lado.

—Vale, este vestido me gusta más. Pareces… —Enmudeció unos segundos—. Eres como la bella Simonetta —soltó al final, como si encontrar las palabras adecuadas le hubiera supuesto toda una odisea.

Valentina se detuvo con una mueca en la cara. Ladeó la cabeza sin entender, y Lucca la cogió de las manos para verla mejor. La hizo girar sobre sí misma despacio, haciendo que ella se sintiera como una de esas bailarinas de las cajas de música que solo salen en las películas: bonitas, frágiles, delicadas… Pero la única música que pudo escuchar fue el bombeo de su corazón contra sus oídos y todo un torrente furioso de sangre embotándole la cabeza. El vestido blanco se elevó en el aire por las vueltas que dio sobre sí misma.

—Supongo que tengo que sentirme piropeada.

—En mi campo, es uno de los mejores piropos. Pero espero que Botticelli no se revuelva en su tumba por lo que acabo de decir. —La cogió de la cintura de manera que sus corazones se acercaron y sus respiraciones se acompasaron—. Simonetta era rubia con mechas anaranjadas, o así la veían los artistas del Renacimiento que la hicieron su musa —le explicó, mientras no se perdía detalle de su reacción a la historia—. Pero, joder, que me perdone. Porque si te viera…

—Me haría su musa.

Los dedos de Lucca se aferraron más a la cadera de Valentina, como si temiera que se alejara de él un solo centímetro. El olor a vainilla le hizo cerrar los ojos. Quiso hundir la cabeza en su cuello y no salir de allí. Resguardarse de todo. Incluso de ella.

—No, Vale. No solo te haría su musa, habrías sido la inspiración de todas las obras del Renacimiento italiano. De todas y cada una de ellas.

Valentina se encogió ante aquellas palabras. Temblando, se atrevió a sujetar el rostro de ojos azules con ambas manos para que la mirara. Él se negó al comprender sus intenciones.

—Mírame —le pidió ella en un susurro.

Pero Lucca la besó en el cuello, evadiéndola.

La luz del corredor se apagó, dejándolos a oscuras. La voz de Valentina hizo eco entre las paredes. Los dos se olvidaron del calor; solo pensaron en no soltarse.

—Lucca, mírame a los ojos.

—Tus ojos me dan miedo, Valentina —le dijo en un susurro, antes de seguir besándole la piel hasta seguir por la clavícula. Valentina se estremeció—. Me dan muchísimo miedo —confesó entre besos y susurros.

—Pero necesito que me mires para creerte. —Valentina notó la lengua y los labios de Lucca besando la piel detrás de su oreja. Le fallaron las piernas. Por eso, el chico tuvo que sujetarla con más fuerza, atrayéndola hasta que sus cuerpos estuvieron muy juntos. Notó los dedos del chico resbalar por encima de la tela de su vestido en busca de algún recoveco por el que pudieran colarse para acariciarle la piel.

La tela comenzó a subir por sus piernas.

—Valentina —lo escuchó mascullar contra la piel de su cuello—. Así no puedo ir despacio —negó contra su cuello.

Y, despacio, la soltó. Se despegó de ella con la cabeza gacha, como si su cuerpo y el de ella pusieran resistencia y él tuviera que luchar contra aquella fuerza sobrehumana para dejarle espacio.

Fue cuando Valentina se aferró a él negando, y Lucca, después de todo, se atrevió a mirarla a los ojos como le había pedido. Notó una hoguera prenderle por dentro, quemándole el pecho, la boca, las manos… Todo. Los labios de su Simonetta lo atraparon, lo enredaron. Hundió las manos en su pelo negro y ella hizo lo mismo.

La pared estaba fría. Agradecieron el tacto cuando se apoyaron en ella perdidos en los besos del otro. Incluso con los ojos cerrados, Lucca supo que Valentina era luz y la veía frente a él, enredada a él, liderando la situación en la que se estaban perdiendo.

Y él no estaba preparado para perderse de aquella manera. Todavía no.

Esos ojos negros le quemaban por todas partes.

—Vale —susurró Lucca contra sus labios, sujetando el rostro de Valentina con las manos como ella había hecho con él minutos atrás—, esto no es ir despacio —le advirtió jadeando.

—Ya no quiero ir despacio.

El chico esbozó una sonrisa. Envueltos en la oscuridad del pasillo, los ojos oscuros de Valentina no daban tanto miedo. No notaba ese vértigo en el estómago al mirarlos, esa locura que le gritaba que Valentina podía hacerle daño y que él no quería escuchar.

—Tenemos verano por delante.

—Lucca, Simonetta murió a los veintitrés años.

—¿Qué dices? ¿Cómo lo sabes?

—Que no le dio tiempo a vivir —lo cortó ella—. Y yo no quiero vivir en un retrato como ella.

—Eres tan rara… —Volvió a besarla con fuerza. Un beso simple presionando sus labios contra los de ella. Le sujetó la cabeza por el cuello y la nuca—. Te acaba de dar la crisis de los veinte mientras te besaba.

Ella negó.

—¿Estamos jugando, Lucca?

—Yo no estoy jugando, Vale. Y espero que tú tampoco lo estés haciendo conmigo.

Pese a que hablaron en susurros, alguien los escuchó, porque la luz del pasillo se iluminó de

nuevo.

Pestañearon para acostumbrarse de nuevo a la claridad.

Y se separaron.

16

Otra réplica del David *de Miguel Ángel*



El largo y amplio pasillo hasta la estatua del fondo estaba en silencio. Junto a las paredes había bancos de madera ocupados por docenas de dibujantes que, en el mayor mutismo posible, trataban de abstraerse de su alrededor para dar vida con sus trazos al *David* de Miguel Ángel, que imperaba iluminado bajo el tragaluz del edificio de la Academia. Muchos negaban con frustración al contemplar sus obras y desviaban la mirada cada pocos segundos hacia la estatua.

Cuando Lucca se detuvo junto a Valentina esperando a que esta reaccionara, no se esperó la contestación que recibió. Estaban parados frente a una de las esculturas más famosas del mundo, de unos cinco metros de altura. De medidas majestuosas y detalles que enloquecían hasta al más regio de los artistas. Pero Valentina fue sincera. Miró a su acompañante torciendo los labios, y él se preparó para lo que se avecinaría ante aquel gesto vacilante.

—Cuidado con lo que vas a decir —advirtió, imaginándolo. Había calado tanto a Valentina que prácticamente podía leerle los pensamientos.

Ella chasqueó la lengua, examinando de nuevo la enorme pieza de mármol, empezando, esta vez, desde los pies.

—Está desproporcionado —dijo sin que le temblara la voz lo más mínimo. No se movió.

Lucca se llevó la mano a la frente, tratando de no reírse. Valentina era increíble.

—¿Y ya está?

—Es muy grande. Y la cabeza no va acorde a las medidas de su cuerpo. Ni esos pies tan grandes.

—O sea, que Miguel Ángel esculpe esto en más de cinco metros de mármol, durante tres años, con solo veintiséis años, ¿y lo único que puedes decir tú es que es desproporcionado?

—Justo —asintió Valentina, con los brazos cruzados sobre el pecho. Le dio una vuelta a la escultura para ver la otra parte.

—Y ahora quieres comprobar que el culo no lo tiene desproporcionado. —Lucca la siguió.

—No, el culo lo tiene bien.

Lucca se pasó la punta de la lengua por el labio superior, mirándola. Solo podía mirarla a ella en una sala dedicada a una de las mayores obras del miembro predilecto de la Academia de artistas de Florencia. Pero, para él, el *David* ya estaba muy visto, muy estudiado; y, para ser justos, Valentina tenía razón con lo de las proporciones. Pero él no era nadie para discutir aquello con semejante trabajo. No se imaginaba midiendo una pieza de mármol en bruto para trabajarla hasta llegar a semejante resultado. Ese tipo de arte, el de la escultura, no terminaba de llamarle.

Siendo justos, Valentina no tenía ni idea de todo el trabajo que conllevó la estatua que examinaba. Ni todo el estudio y esfuerzo que hubo detrás. Y, por ende, Lucca entendió que fuera sincera.

—Entonces, solo te ha gustado su culo, ¿no?

—Básicamente. —Valentina le siguió el juego—. Y…

—Oh, no, no sigas mirando por ahí, Vale. Para. —Lucca trató de ponerle las manos en la cara, a lo que Valentina tuvo que forcejear—. Son sus partes privadas.

—Y están expuestas para que se vean, no veo el problema. Aquí todo el mundo las dibuja —rio. Bajo el fulgor del tragaluz, le brillaron los ojos con tanta fuerza que Lucca sintió por un momento que le temblaban las rodillas.

Se persiguieron alrededor de la estatua, que parecía vigilarlos mientras danzaban, hasta que un guardia de seguridad les pidió que bajaran la voz y se comportaran. No se dieron cuenta de que los turistas tenían que hacer cabriolas para no chocarse contra ellos.

Asintiendo avergonzada a la reprimenda, Valentina se alisó el vestido blanco como siempre hacía cuando llevaba volantes. Pero Lucca siguió sin poder quitarle la vista de encima. Aquellas mejillas sonrojadas le quitaron el aliento más que la persecución entre risas. Por eso, ignorando la llamada de atención, agarró la muñeca de su *girasole* para sacarla de allí.

—«Vi el ángel en el mármol y tallé hasta que lo puse en libertad» —citó en voz alta para ella. Cuanto más continuaba observándola, más calaban en él las palabras del artista; más podía sentirlas. Valentina, sus mejillas encendidas y toda su luz lo envolvieron. El pecho de Lucca se hinchó—. Fue lo que Miguel Ángel afirmó después de dar vida a su obra.

La chica arrastró los pies de camino a la siguiente sala, consciente de que los ojos de su vecino la consumían, como el fuego a la mecha de una vela. En vista de lo emocionado que lo vio, continuó haciéndole preguntas sobre la creación de la escultura.

—Se realizó en total secretismo y fue trasladada a la Academia en el siglo diecinueve para protegerla de las agresiones. Estuvo expuesta frente al Palaccio Vecchio, donde ahora está su réplica.

—Me gusta cómo me explicas las cosas.

—Nunca pensé que sería bueno explicando, la verdad.

—Le pones mucha pasión.

—Es que enseñar esto me apasiona. El arte es mi pasión, Vale.

Valentina no lo dudó. No pudo hacerlo después de verle la cara de emoción mientras la llevaba por el resto de las salas. Hasta ese momento, no se paró a observar sus ojos con tanta libertad: Lucca se expresaba mucho con ellos. Eran grandes, despiertos y de un azul cambiante. Bajo la luz de la Academia, eran como el océano. En el exterior, bajo el fulgor del sol, Valentina los vio grisáceos. Hasta que tuvo que hacerse visera con la mano para devolverle la mirada. Cuando Lucca sonrió, sus ojos se llenaron de una palidez momentánea hasta que sus pupilas se acostumbraron a la luz.

Antes de marcharse de la galería, alguien les gritó desde la puerta. A poca distancia como estaban, Lucca pareció volver a la tierra. La expresión de su rostro cambió al momento; sus ojos volvieron a oscurecerse y se le borró la sonrisa de los labios.

—Dame un segundo, Vale. No tardo.

—Voy contigo.

—Valentina —le dijo en ese tono serio al que ya había empezado a acostumbrarse—. Por favor —le insistió con un gesto de la mano, mientras se alejaba de ella.

El estómago de Valentina se llenó de mariposas al verlo alejarse. Tuvo que acercarse todo lo que pudo a la fachada del edificio para darse cobijo del sol al tiempo que Lucca alcanzaba al muchacho que había salido a llamarlo, y que lo esperaba junto al portón de entrada de la Academia. Era igual de alto que Andrea, de complexión parecida. Le enseñó algo con el móvil negando con la cabeza. Pareció que hablaron entre susurros, pero lo cierto era que estaban a tanta

distancia que para Valentina fue imposible alcanzar a escuchar algo de la conversación.

Al regresar junto a ella, los ojos del muchacho volvieron a palidecer.

—¿Malas noticias?

—No —negó Lucca. La cogió de la muñeca—. Solo que creo que me estoy volviendo loco. Pero no pasa nada. No pasa nada… —masculló en bucle, perdiéndose de nuevo en sus pensamientos y alejándose de ella a una velocidad imparable, aún llevándola junto a él.

La Galleria Uffizi estaba a tan solo quince minutos andando desde la Academia. El problema, como siempre, era el calor.

—¿No podíamos haber venido más tarde?

—Habrá más gente. —Lucca se encogió de hombros. No le había soltado la muñeca—. Además, son casi las cinco de la tarde, *girasole*. Los museos cierran temprano. Tenemos poco más de una hora y cinco minutos para pasar por la galería, atravesar Florencia por el Ponte Vecchio y llegar al Palacio Pitti.

Valentina se mordió el labio. Aquella ruta era imposible. Resignada, bajó la mirada a la mano de Lucca. No entendía por qué tanta prisa, ni por qué su vecino necesitaba acudir a esos sitios en concreto justo antes de que cerraran. Como le había dicho en su edificio, mientras se robaban besos en la oscuridad, había verano por delante.

—Puedes darme la mano como la gente normal —le sugirió entonces, tras varios minutos caminando en silencio.

Él negó con la cabeza. Su cabello, bajo el sol, se llenó de destellos casi dorados. Miraba al frente mientras caminaba a su lado, pero ligeramente adelantado.

—Si te molesta, puedo soltarte.

—Lo que me molesta es que parece que estoy castigada y me llevas a rastras.

En ese momento, Lucca se detuvo.

—No te llevo castigada, Vale. Perdona, no me he dado cuenta.

—Me coges distraído y me pegas a ti de manera impulsiva y rara como si temieras… que salga corriendo. O algo parecido.

—Perdona —insistió Lucca, rascándose la cabeza con incredulidad con la mano libre—. Soy un impulsivo de narices, ya te has dado cuenta. —Se encogió de hombros—. No soy consciente de que hago eso. Y entiendo que te dé grima, que te dé esa sensación. No pretendo hacerte sentir incómoda, ni mucho menos controlada. Es… No sé, Vale. No me había dado cuenta.

Ella asintió a sus palabras. Con cuidado le levantó la barbilla para que subiera la mirada; no tenía nada por lo que mostrarse avergonzado. Era cierto que parecía no haberse dado cuenta de cómo la llevaba del brazo, y tras pedirle perdón, Valentina sintió que la espinita clavada en su pecho desaparecía.

Esa vez se dieron la mano de verdad, entrelazando los dedos pese a que, a los pocos minutos, sus pieles comenzaron a sudar. No se soltaron.

—Lucca, ¿has trabajado alguna vez con la escultura?

—Algo hemos visto en clase. Pero soy pésimo. ¿Por qué?

Continuaron andando hacia el frente cogidos de la mano.

—He pensado que se te daría bien.

—Qué va, una cosa es que me guste ver las esculturas y otra que me guste esculpir. Prefiero dibujar. Yo no me apaño con el cincel, no soy Miguel Ángel. —Rio.

—Yo sí que soy pésima. Una vez tuve que hacer un portalápices de arcilla, y creo que no

suspendí porque era muy pequeña para eso, pero fue un desastre.

Lucca rio distraído, quizá al imaginar a una pequeña de ojos negros tratando de dar forma cilíndrica a un trozo de arcilla.

—Eres… —Guardó silencio negando. Giraron hacia una callejuela estrecha entre dos edificios señoriales de ladrillo impoluto—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —terminó preguntándole al aire.

—En Milán. Pero el destino me ha traído aquí.

—Menos mal —suspiró Lucca. Ella lo miró a los ojos el tiempo suficiente para sonrojarse con más fuerza—. ¿Te imaginas no habernos conocido? —Puso los ojos en blanco durante un segundo, después le sonrió—. No, definitivamente, no puedo imaginarlo.

Atravesando la galería, Valentina encontró alivio en las sombras que se cernían por la calle. Lucca la guiaba sin soltarla de la mano, señalándole los detalles artísticos más destacables sobre la construcción del palacio y el posterior patio exterior, así como de algunas de las obras que guardaba.

La cita se volvió acelerada y caótica, pero no dejó de reír, de la mano de aquel muchacho que olía a cloro y le aceleraba el corazón.

Y él así lo quiso. Necesitaba distraerse y distraerla. Estar con ella y ver cómo le brillaban los ojos cuando la hacía sonreír. Observar sus mejillas, ya no tan avergonzadas ante él. Su nariz respingona, enrojecida por el sol. No pudo evitar imaginársela corriendo en el campo de la villa de sus abuelos. Tomó entonces una decisión con la que esperó sorprenderla. Y poder por fin compartir más tiempo a solas con ella. Poder dormir juntos, sin prisa.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así?

—Con cara de embobado.

—Es mi cara, Vale. No te metas con ella.

La vio sonreír de nuevo. Y siguió sonriendo después de retarla a ganarlo en una carrera improvisada atravesando el Ponte Vecchio hacia el Palacio Pitti. Ganó él, que aprovechó la ventaja para adelantarse a comprar las entradas.

—Necesito…

—Sombra, lo sé.

—No, idiota. Necesito agua.

—Eres una malhablada.

Como respuesta, Valentina puso los ojos en blanco. Lucca cogió su rostro entre las manos, apretándole las mejillas de manera que pudo cogerla desprevenida. Sus ojos negros parecieron titilar como dos velas inquietas ante una corriente inesperada.

—Creo que me estoy volviendo loco. —Fue lo único que le dijo antes de entrar al museo.

Era una misión imposible ver aquello en menos de una hora, pero al menos lo intentaron. Para culminar su primera visita oficial al Palacio Pitti, Lucca la llevó hasta un curioso busto que pasaba desapercibido entre tantas salas llenas de tesoros. Los visitantes apenas se percataban de su existencia.

—Esta es. Gracias a ella, podemos estar orgullosos de que Florencia tenga semejante patrimonio artístico —indicó Lucca, señalando la pieza tallada en yeso blanco, que mostraba a una joven de aspecto frágil pero autoritario, vestida con ropajes elegantes y un amplio escote que dejaba al descubierto su cuello.

—¿Ana María Luisa de Médici? —preguntó Valentina, haciéndose la interesante. Lucca

asintió—. Encantada, Ana. —Hizo una reverencia a la estatua. Por el rabillo del ojo, vio que Lucca la imitó—. Gracias por donar tu patrimonio.

—No tienes que reírte más de mí, te he llenado de historia. No he hecho de guía para que no te tomes en serio mis lecciones.

—Me las he tomado muy en serio. Me parece admirable que esta mujer tomara esa decisión tan importante antes de su muerte, sabiendo que su familia iba a quedar extinta. Me ha emocionado saber de ella. —Valentina se acercó a la estatua todo lo que estaba permitido—. Pero, mirándola más de cerca…, ¿no crees que podía ser tan mala como caprichosa?

Los ojos de Lucca se desorbitaron.

—Era una Médici, la última de un poderoso linaje, y luchó hasta el final por darle a su familia un heredero. Mala no lo sé, porque no la conocí, pero seguro que era muy caprichosa. Pese a ello, tomó una decisión muy importante adelantándose a su tiempo. Fue casi como…

—Si adivinase el futuro. ¿Te imaginas que tuvo un sueño premonitorio?

—Puede ser. —Lucca barajó la opción. Rodeó los hombros de Valentina antes de despedirse de la escultura de Ana para salir al exterior.

—¿Para qué querría tantas joyas? Si no podía ponérselas todas de una vez.

—Las mujeres no os ponéis todas vuestras joyas de una vez.

—Yo no tengo joyas. Tuve una y la perdí. Creo que se la tragó la depuradora de la piscina. Era precioso —suspiró.

—¿Era algo que te regaló Matteo? —preguntó Lucca, sintiendo que la pregunta se volvía un ataque hacia él mismo.

—No, fue un regalo de mi madre. Cuando era pequeña, nos regaló un collar a mí y otro a mi hermana —explicó—. Yo era el sol, siempre lo era. Y Martina era la luna.

—¿Tu madre te regaló un sol de oro?

—No sabes lo que brillaba —suspiró Valentina, recordando la joya—. ¡Era precioso! Y el collar de Martina era de oro blanco, porque no soporta el color amarillo. Ella tiene la parte oscura y solitaria de mi madre.

—Tú te quedaste con la parte divertida, ¿no?

—Supongo que sí. Tengo la parte alocada e impulsiva de mi madre.

—Pues espero que esa parte alocada tenga hambre porque necesito sentarme, beberme la cerveza más fría que pueda encontrar y comer.

—Son las seis y media de la tarde, ¿es que hay algo abierto? Creía que ibas a invitarme a una cena de verdad. —Le dio un codazo.

—Bueno, pues tú me invitas a helado y yo te llevo a cenar después.

—Estás cambiando los planes.

—No, estoy improvisando, que es diferente. Ah, y también tengo que hacer una llamada. No tardo.

—¿Otra vez vas a dejarme esperando sola?

—Voy a alejarme de ti solo veinte metros, y no te voy a quitar los ojos de encima —le dijo de manera sugerente. Valentina notó un escalofrío recorrerle la columna al tiempo que los ojos de Lucca la miraban de arriba abajo—. Es por una buena causa. Solo serán cinco minutos.

Fueron quince. Pero Lucca cumplió su palabra de no quitarle los ojos de encima en ningún momento. Tampoco lo hizo durante la cena, que alargaron todo lo posible. Ninguno de los dos se vio preparado para afrontar una caminata en cuesta para llegar hasta la plazuela donde podía encontrarse otra réplica del *David* de Miguel Ángel.

Tras enfrentarse a los veinte minutos más agónicos de su vida escalando un camino serpenteante, esquivando coches por cuestas sin señalización peatonal, mientras Lucca tiraba de ella, Valentina se sintió desfallecer cuando vio la estatua a lo lejos, en uno de los miradores más increíbles de Florencia ante sus ojos. De un vistazo pudo observar la ciudad iluminada en el horizonte, bajo un firmamento que acababa de iluminarse. Parecía hecho solo para ella.

—Lucca, esto es… —dijo boquiabierta.

No pudo terminar la frase. Unos brazos familiares la rodearon y sintió el roce del cabello del chico acariciarle la frente cuando la besó con urgencia, atrayéndola contra él como si temiera que lo rechazara.

17

«Te queda bien ese peinado»



La hierba se sintió fresca bajo sus pies. Valentina aprovechó un descuido de Lucca para dejar las chanclas a un lado y dar vueltas por el borde de la piscina, examinando el agua como si estuviera llena de pirañas. Hacía bastantes meses que no se ejercitaba, era normal tenerle respeto a la piscina.

—Está despejado —le gritó el chico al rato, haciéndole señas para que saltara de una vez—. Vamos, no hay tiburones —se carcajeó.

Valentina escuchó a los compañeros de Lucca llenarlo todo de carcajadas. Se sintió pequeña y quiso hacerse diminuta hasta llegar a desaparecer. Terminó de calentar en silencio, en una esquina de la piscina, ignorando las miradas de los equipos de natación que estaban congregados en las calles de nado rápido. No era capaz de recogerse el pelo hasta estar preparada, era una manía. Después de otros diez minutos estirando, se atrevió a acariciar el agua con los dedos de un pie. Alguien le salpicó.

—¡Ey! —Se estremeció al sentir el agua fría contra la piel de su pierna.

—Es solo agua, *girasole*. Lánzate, venga. Quiero ver cómo lo haces —le instó Lucca, sonriendo desde el agua.

—Quieres reírte de mí —protestó Valentina, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Qué va. —El nadador se apoyó en el bordillo, a sus pies. Ella se agachó para estar a su altura—. Quiero que me des un beso —le pidió, moviendo las cejas de manera divertida.

—Estás mojado, y todo el mundo nos mira.

—Eso lo hace más interesante.

—Van a regañarte.

—Lo hacen siempre. Y, además, estoy lesionado. Hoy me toca nado suave para reforzar los músculos.

—¿Qué músculos?

Enseguida, Valentina se arrepintió de haber soltado ese comentario, pues Lucca saltó del agua para atraparla. La rodeó con los brazos tan rápido, tirando de ella, que cayeron juntos en la piscina, tras su grito ahogado.

No tuvo tiempo de protestar. Cuando Lucca volvió a sacarla a la superficie, Valentina se abalanzó sobre él. El chico le dio un beso en la frente antes de que lograra atraparlo, y pataleó con tanta fuerza que logró atragantarla con el agua. Aun así, continuó con su huida.

Con el pelo mojado era más complicado ponerse un gorro de silicona, pero Valentina lo intentó hasta que consiguió que este no se moviera. Al menos, el frescor del agua la revitalizó. Antes de saltar —esta vez en condiciones—, lanzó una última mirada a los puntos de colores de los gorros de natación en busca del que le interesaba. Lo vio cruzado de brazos, observándola. No le quitaba ojo. Hasta que alguien le tiró a Lucca una tabla de corcho azul para que prestara atención a los ejercicios. Entonces tuvo que darle la espalda a su *girasole* para centrarse en sus

ejercicios.

Valentina saltó con la risa gorjeando en su garganta, estirándose en el aire tras el impulso desde el pódium azul. Trató de que sus manos se juntaran en una flecha perfecta, pero no lo consiguió. Aun así, se deslizó bajo el agua con una facilidad que creyó olvidada. Se sintió en casa. El agua le dio la bienvenida y ella se dejó llevar durante las dos horas que duró el entrenamiento de Lucca. Al terminar, el chico le hizo señas, que no fue capaz de percibir. Estuvo tan enfrascada en coordinar sus movimientos que durante ese tiempo solo existieron el agua y ella en aquella piscina.

Al finalizar el último largo a braza, se retó a nadar los últimos veinticinco metros en *sprint*, quemado la reserva de energía que le quedaba por gastar. No escuchó los vítores hasta después de tocar la pared y exhalar aire. El calor se concentró en los músculos de su cuerpo, haciendo que sintiera una quemazón agradable y cosquilleo por cada centímetro de piel.

—Me cago en todo, Valentina. Eres la leche —escuchó a Lucca al arrodillarse junto a ella en la esquina de la calle. Le tendió la mano, que aceptó, derrotada. Al estirar el brazo hacia él, se dio cuenta de que temblaba. Con un impulso, Lucca la sacó del agua y la abrazó para que pudiera descansar.

Ella se dejó atrapar, cogiendo aire. Lucca la ayudó a quitarse el gorro y le sonrió.

—Se acabó el espectáculo —exclamó el rubio a los pocos segundos, para dispersar a la gente que se arremolinaba a su alrededor tras haber contemplado la carrera de Valentina junto a él—. Yo me encargo de esta ranita, ¿verdad, Vale? —La miró con ojos curiosos y una mueca torcida en los labios.

Ella asintió sin poder hablar. Se dejó caer de nuevo sobre el pecho empapado del chico, y cerró los ojos unos minutos más.

—¿Me has llamado ranita? —preguntó al volver en sí. Trató de despegarse de él, pero Lucca no la dejó apartarse. La rodeó por la cintura al tiempo que las manos de Valentina le presionaban el pecho.

—Sí, pero, ahora que lo has dicho en voz alta, no te hace justicia. Parecías una rana furiosa en ese último largo y no una ranita adorable de charca.

Valentina se carcajeó, notando los brazos cansados de empujarlo. Dejó de oponer resistencia, volviendo a chocar contra él. En pocos minutos pasaron de estar empapados a ponerse pegajosos por el calor. Nadar en una piscina al aire libre también era bochornoso, aunque no tanto como hacerlo en una estancia climatizada en un mes de verano como agosto.

Sintió el roce de la nariz del chico por su frente. Valentina notó la maraña en la que se había convertido su pelo endiablado por las mejillas, el cuello y el principio de su espalda. También notó ardor en la piel por el sol.

—Creo que me he quemado.

—Sí, te has quemado. Te dije que te echaras más crema.

—Da igual cuánta crema me haya echado, llevamos dos horas a remojo bajo el sol. Para no quemarme tendría que haberme echado cada media hora, por lo menos. Eso es inviable.

—Bueno, *girasole*, pues perdona por traerte aquí… Puedes acompañarme a los entrenamientos normales, en la piscina cubierta, si lo prefieres.

Valentina se mordió el labio, alejándose un par de pasos. Dejó que Lucca la mirara mientras se peinaba el pelo con las manos en un recogido en lo alto de la cabeza. Los labios del chico se entreabrieron y sus pupilas se hicieron minúsculas bajo los rayos del sol mientras la contempló.

—Vale —le dijo, alargando un brazo hacia ella.

Valentina la aceptó. Un mechón de cabello se soltó del moño improvisado, cayéndole sobre la mejilla. Lo vio tragar saliva siguiendo con la mirada el movimiento del mechón negro.

—¿Qué te pasa? Te has puesto pálido, ¿estás bien? —Se acercó a él. Lucca negó, pestañeando con fuerza.

—Nada, solo que te queda bien… Te queda bien ese peinado.

—Pero si se me ha llenado la cabeza de bultos. No es fácil peinarse con las manos, ¿sabes? Tengo que estar horrible —dijo palmeando sus mejillas, que le ardían a causa de la quemazón del sol.

Pero Lucca se limitó a negar, alejándose de ella andando de espaldas. Valentina le advirtió que caería de culo al suelo si no miraba por dónde andaba, por lo que el chico se vio obligado a girarse. Le dio quince minutos para que estuviera lista y preparada en la entrada del edificio antes de poner en marcha su viaje de fin de semana.

No pasaron quince minutos ni veinte, sino cuarenta, en los que Lucca se desesperó tanto que comenzó a llamarla al móvil. Al sexto tono, Valentina colgó la llamada y salió del vestuario hecha un basilisco. Cuando lo vio dando vueltas por la recepción con una mano enredada en el pelo dorado y castaño, se detuvo. Respiró hondo.

—No puedo estar lista en quince minutos, ¡es imposible! ¿Acaso no has visto lo largo que tengo el pelo?

Volviéndose hacia ella, Lucca le contestó en el mismo tono irritado:

—No hace falta que te lo seques, ¡estamos en verano!

—Solo me he quitado un poco de humedad para que no se encrespe. —Puso los ojos en blanco, cruzándose de brazos.

Lucca la imitó, pero ladeando la cadera en una pose más acusada y retadora.

—No voy a perder el tiempo dándote explicaciones… —Se detuvo en seco, después de haberlo adelantado caminando. Una oleada de aire caliente le acarició las mejillas quemadas—. Joder.

—¿Y ahora qué pasa, Vale? —Se acercó a ella para examinarla. Valentina apartó la cara para que no la viera—. ¿Estás jugando conmigo?

Ella negó con seriedad. Sus ojos palidecieron un segundo.

Lucca la sujetó por los hombros.

—Pero ¿estás bien? —La observó de nuevo mientras la tambaleaba ligeramente.

—No lo sé —confesó, acalorada. Se mordió el labio—. Tengo que ir al baño —contestó entonces sin mirarlo.

—Acabas de ir —apreció él, señalándole los vestuarios con un movimiento de cabeza. Se veían desde donde estaban.

—Pues tengo que volver —insistió Valentina. Y corrió todo lo que pudo—. ¡No me mires! —le gritó cuando lo dejó desconcertado en la puerta de las instalaciones deportivas.

Otros quince minutos después, Valentina salió empujando la puerta de los vestuarios soltando un bufido. Arrastrando los pies llegó junto a Lucca, que la esperaba custodiando las mochilas sentado en una hilera de asientos azules de plástico. La miró derrotado.

—Plan B —dijo, a lo que él no reaccionó—. Necesito que me lleves a urgencias.

El semblante del chico palideció. Se puso en pie como un resorte para volver a sujetarla por los hombros. La vio apretar los labios en una fina línea, visiblemente incómoda.

—¿Qué te pasa?

—No es grave, no pasa nada —contestó ella, bajando la voz.

Notó la mirada de la recepcionista clavada en su nuca. La mujer levantó la cabeza del mostrador hacia la dirección donde ambos se encontraban. Se sintió acorralada.

—Necesito saber lo que te pasa para poder acompañarte al médico.

—No, al médico no, a un servicio de urgencias. Es… Será rápido, pero tiene que ser ya.

—Valentina, joder… Pero ¿cuánto cloro te has tragado? —Suspiró—. Se suponía que íbamos a salir temprano, y si seguimos dando rodeos, al final no vamos a llegar.

—No son rodeos, de verdad que necesito ir…

—Vale, creo que me estás vacilando. Las quemaduras solares se tratan con aloe vera, tengo en casa. Vamos —le instó, empezando a agobiarse.

Bajaron los escalones hacia la calle a trompicones, fue cuando Lucca la miró de arriba abajo.

—No es por las quemaduras, ¿no?

—No, idiota. Me he puesto mal la puñetera copa menstrual y no he sido capaz de quitármela para colocarla en condiciones. Me estaba ahogando en los vestuarios con tanta humedad, y me he puesto tan tensa que he estado a nada de echarme a llorar. Así que, por favor, llévame a que me quiten esto y pueda volver a andar bien. Creo que se me ha quedado pegada porque ya no me hace falta…

Lucca la agarró por la muñeca, como ya había acostumbrado, y le acarició la punta de la nariz con un nudillo.

—Vale, perdona. No imaginaba que los tiros iban por ahí. No quería irritarte, es que tengo algo preparado y quiero que salga bien. Y pensaba que me estabas vacilando…

—¿Por qué iba a vacilarte?

—Por si ya no te apetece venirte conmigo.

—¿Estás de broma? Preparé la mochila la semana pasada. —Sonrió de oreja a oreja. El brillo le inundó los ojos negros.

18

Como si hubiera nacido con el paisaje



Después de ayudarla a apearse de la moto, se carcajeó de ella. Durante todo el camino, Valentina fue agarrada a Lucca de una manera intensa. Lo había abrazado con tanta fuerza que, en más de una ocasión, él sintió sus uñas clavadas en la barriga.

No hablaron durante los cuarenta minutos de viaje, hasta que, en una pronunciada curva, bordeando la colina hacia la villa que ya veían de cerca, Valentina gritó que no era la acompañante de un piloto de carreras ilegales. A causa de la risa, Lucca disminuyó la velocidad antes de perder el equilibrio.

—¿No me digas que te van las carreras de motos ilegales con camomilas? —Lucca permaneció pensativo durante los segundos en los que guardó los cascos bajo el sillín de la moto de Ezio, antes de que las arrugas de su frente se disiparan, dando paso a dos encantadores hoyuelos en las mejillas. Sus intensos ojos azules dieron un rodeo por la campiña—. Camomilas. —Rio de nuevo, meneando la cabeza. Se acercó más a Valentina—. ¿Quieres que te lleve a tres metros sobre el cielo, Babi? —Enarcó una seductora ceja tratando de parecer divertido.

El corazón de Valentina dio un par de saltos.

—¡Oh, por favor! —Se apartó de él, muerta de vergüenza. Le dio la espalda—. ¿Se puede saber por qué lo conoces?

—Parece mentira, *girasole*. —Con el índice rozó suavemente una de sus mejillas. Pese a estar quemada, Lucca sabía que la rojez de Valentina no solo era a causa del sol—. El romance de Step y Babi marcó a todas las chicas de mi generación. Y lo de las camomilas… es muy italiano.

Entonces el semblante del chico palideció lo justo para que Valentina se percatara de que estaba pensando en algo que la alejaba de ella. Sus ojos azules se oscurecieron, haciendo que el corazón de Valentina se agitara, lleno de repentina angustia. Estaba segura de que Lucca había vuelto a pensar en ella, en Vita.

—¿Vita ha hecho de camomila?

—Apostaría a que sí. Pero no conmigo, eso seguro. —Meneó la cabeza de nuevo sin mirarla —. En fin, bienvenida a villa Mancini.

Después de haber atravesado un largo camino de cipreses y ascender por una especie de colina serpenteante rodeada de campos verdes y amarillos salpicados por flores rojas, pudieron vislumbrar la enorme villa de los abuelos de Lucca, que se erguía entre los campos como si hubiera nacido con el paisaje. Era de piedra marrón clara, con tejados oscuros poco pronunciados. Había partes valladas, pero la gran mayoría de la finca se abría al campo y al cielo.

Valentina apreció que el caserón se dividía en dos alas comunicadas por una linde de castaños antiguos que le daban un toque al jardín de cuento de hadas. Los admiró tan sorprendida como encantada cuando pasaron por ahí para llegar a la parte principal del caserón.

Lucca se adelantó; llevaba la mochila de Valentina colgando de un hombro, y esta se entretuvo observando la manera en la que la bolsa rebotaba contra el costado del chico en su trote. Quiso correr detrás de él, pero la magia de aquel lugar la atrapó sin que ella fuera consciente. Se desvió del camino para llegar hasta los árboles, y acarició el tronco del más cercano, notando la corteza seca arañar la piel de sus manos. Era tan alto e imponente que le pareció irreal que pudiera sobrevivir en un clima tan caluroso como aquel. Se dio cuenta entonces de que envidiaba la resiliencia de los árboles, su bendita paciencia con el entorno y su capacidad de adaptación. El sol se coló por entre las copas de los castaños. Valentina notó la brisa acariciarle el cabello y el sol le lanzó destellos sobre los ojos. Tuvo que cerrarlos un instante, justo antes de que la voz de Lucca la hiciera volver al momento presente.

—Vamos, Vale. ¡Esta gente quiere conocerte!

Salió corriendo en dirección al chico, no sin antes dar un rodeo por la esquina de la casa. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a lo lejos las motas amarillas desperdigadas por la villa. Lucca no dejó de sonreírle, asintiendo con la cabeza. Se apoyó en el amplio marco de la puerta con los brazos cruzados esperando a que la joven se recuperara de la conmoción.

—¡No me esperaba ver tantos! —la escuchó gritar—. Son preciosos, ¡está plagado de girasoles!

Lucca tuvo que impulsarse de la pared para perseguirla, porque Valentina se quedó atrapada en la espectacular visión del campo de girasoles de sus abuelos, y supo, al verla, que no se movería del sitio en un buen rato. La rodeó por la cintura para cargarla sobre su hombro y no pudo evitar echarse a reír cuando escuchó la revoltosa risa que había empezado a provocarle mariposas por dentro, haciéndole cosquillas en su espalda.

—Estás majareta, *girasole* —rio.

—Pero ¿tú los has visto? ¡Son alucinantes!

—Los he visto, pero para mí no son tan emocionantes.

—¿Qué dices?

Todos en la casa escucharon el grito indignado de Valentina cuando Lucca irrumpió en la cocina con ella aún sobre el hombro. Colgada como estaba, Valentina vislumbró más pies de los que le hubiera gustado. En ese momento dejó de patalear, derrotada. Al menos llevaba vaqueros cortos y no un vestido. Se consoló con eso, tratando de no pensar en lo ridícula que habría sido su entrada triunfal en casa de los abuelos Mancini.

Cuando el muchacho la volteó de nuevo, dejándola en el suelo, todo el pelo se le desparramó por la cara. La situación, como su imagen, solo podía mejorar.

—Mamá, esta es Valentina —le dijo a la mujer que, frente a ellos, llevaba una cesta de mimbre llena de patatas y un delantal atado a la cintura. Tenía los mismos ojos que su hijo mediano, pero el cabello mucho más oscuro, con indicios de canas en ambas sienes. Apartó la mirada seria de Valentina para apuntar a su hijo con ella. Dejó la cesta a sus pies con brusquedad, tras lo que puso los brazos en jarras.

—Pero ¿tú te crees que puedes tratar así a la muchacha? Vas a marear a la chiquilla —exclamó, acercándose a su hijo para asestarle un manotazo en la cabeza.

Valentina se encogió, desconcertada. Apretó los dientes sin saber si presentarse o esperar a que la mujer diera el paso. Eligió lo segundo después de que la madre de Lucca abrazara a su hijo con fiereza. Lo acunó con una fuerza que jamás había visto en un abrazo fraternal.

—Te he echado de menos, Lucky Luke. Ven más a ver a tu madre, bastardo desgraciado. —Le palmeó el pecho con fuerza.

Lucca no pareció inmutarse por el golpe, pero sí por cómo lo habían llamado.

—¡Pero mamá! Que no me llames así, eres igual de pesada que Andrea.

—Cuando eras pequeño, tú mismo te hacías llamar así.

—Tenía seis años, no sabía que hacía el ridículo —dijo con frustración. Se alejó de su madre para atraer a Valentina tirando de su muñeca—. Valentina, te presento a mi madre, Nella Serra desde…

—Soy Serra desde que su padre me engañó para casarme con él —se carcajeó Nella, tendiéndole la mano a Valentina, que directamente se lanzó a abrazarla para acabar cuanto antes con el momento bochornoso. Ambas se sonrieron—. Encantada, Valentina. Tú no te dejes engañar por los Serra, hazme caso.

—Mamá…

—Calla, Lucky Luke, a ver si no voy a poder decir lo que me dé la gana ni en casa de mis padres.

—Que se va a asustar.

Valentina negó, siguiéndoles de cerca. La cocina era un espacio abierto de varias secciones: una dedicada a los fogones, los muebles y los utensilios de cocina; otra dedicada a la despensa y almacenaje, y la parte que se abría a la sala de estar. Las estancias estaban decoradas al más clásico estilo rústico toscano, sin un toque moderno. Pese a que a Lucca le horrorizaba aquel estilo de decoración, Valentina se sintió conectada con el lugar. Acarició los sillones de tela bordada en hilos color mostaza, con respaldos altos y reposabrazos anchos, paseando la vista por la librería del salón en madera oscura. Vio una fotografía enmarcada ocupando gran parte de la pared sobre el mayor de los sofás, en la que los tres hermanos Serra sonreían abrazados. Por sus caras, debían ser bastante pequeños.

El techo del salón se partía por enormes vigas de madera que lo atravesaban de una punta a otra. Había una pequeña chimenea en el centro de la estancia, oscura, descuidada y llena de ceniza sin recoger, que hacía, sin duda, de corazón de la casa.

—*Lucca, mio principe! Chi è quella bella ragazza?*[1]

La abuela de Lucca observó a Valentina con los ojos achinados y un brillo curioso en ellos. Como su nieto y su hija, el color azul podía aún percibirse en ellos, pese a un inicio de cataratas que padecía. La mujer, de pelo blanco, lucía en la cabeza una de las flores rojas que Valentina había visto por el camino decorando los campos.

—*Nonna*, esta chica guapa es Valentina.

—¿Es tu novia?

Ambos muchachos compartieron una incómoda mirada.

—Mamá, ahora eso no se lleva. La gente no es tan antigua como tú —dijo Nella, interrumpiendo la conversación. Dispuso una jarra helada en la mesa del café y le indicó a Lucca que acercara la bandeja con los vasos.

—No lo entiendo —negó la *nonna*—. ¿No es tu novia? —le insistió a Lucca, que ya se había puesto nervioso.

Rápidamente se acercó a ella para susurrarle al oído. Enseguida, el rostro de la mujer se iluminó con una tierna sonrisa.

—Ah —pareció comprender. Cogió las manos de Lucca entre las suyas—. Así me gusta, mi príncipe. Bonita, siéntate. —Esta vez se dirigió a Valentina, que esperaba detrás de la mesa, recta como un palo y los brazos tras su espalda.

Nella le guiñó el ojo y la muchacha sintió que tenía luz verde para tomar asiento y relajarse

un poco.

Sirvieron la limonada fresca y la *nonna* les habló de Lucca y sus hermanos durante más de una hora. Valentina no quería dejar de escuchar las historias que los hermanos habían vivido en la finca de viñedos y girasoles, pero, cuando la mujer comenzó con las historias del vaquero suertudo, Lucca dio por finalizada la sesión de recuerdos. Se puso en pie tendiéndole una mano a su invitada.

—¿Ya os vais?

—Quiero enseñarle la casa antes de que se haga de noche —le dijo su nieto.

La *nonna* arrugó los labios.

—No os vayáis sin saludar al abuelo, está fuera con sus plantas. Le va a hacer mucha ilusión conocer a la *ragazza*.

Asintieron antes de dejar a madre e hija charlando en el salón. Eran cerca de las siete y media de la tarde y el sol perezoso comenzó a dorar el horizonte, bajando la luz que se concentraba en los campos. Lucca la llevó hacia la parte trasera del caserón, donde encontraron a su abuelo regresando del bosque de castaños con un pequeño ramo de amapolas. El porche trasero se iluminaba con pequeños faroles engarzados a la piedra rústica de la fachada, iluminando un amplio patio con una mesa de forja y sillas a juego.

—Son para tu abuela —indicó el hombre al verlos desde la distancia, agitando en el aire con cuidado el ramo de flores.

Una vez junto a ellos, saludó a su nieto con una sacudida de manos. A Valentina le dio dos besos, que le escocieron en sus mejillas quemadas por el sol. El hombre, alto y espigado, lucía una fina barba gris. Tenía los ojos castaños, como la parte más oscura del cabello de Lucca.

Antes de despedirse, le tendió a Valentina una de las flores. Le instó a que se la colocara tras la oreja, a lo que ella accedió sonriendo de la misma forma que el entrañable señor. Lucca le ayudó a fijar la flor una vez su abuelo empezó a hacerse pequeño tras ellos.

—Ay, *girasole* —le dijo suspirando—, eres todo sonrisas y luz. Como el sol. Ahora lo entiendo.

—¿El qué entiendes?

—Esa euforia tuya al ver los campos de girasoles. Eres una canalizadora de luz, por eso buscas el sol como ellos.

Valentina lo enfrentó girando hacia un lado, asegurándose de que la amapola no se caía al andar. Si Lucca continuaba hablándole de aquella manera, no sabía por cuánto tiempo podría controlarse.

—¿Qué le has dicho a tu abuela? —preguntó, llena de curiosidad. Decidió cambiar el rumbo de la conversación porque no dejaba de darle vueltas a la incómoda situación que había vivido cuando la *nonna* los había juntado con tanta facilidad.

¿De verdad era tan fácil imaginarlos juntos? ¿Pensaba Lucca lo mismo?

Él le devolvió la sonrisa, como si hubiera escuchado sus pensamientos. Tras ella, el bosque de castaños comenzó a verse bajo destellos anaranjados que lanzaba el sol al ocultarse en los campos.

—Que te he traído a la campiña para conquistarte, como hizo el abuelo con ella —le confesó sin rodeos.

—¿Ese es tu plan? ¿Esa era tu sorpresa? —preguntó Valentina, ocultando la emoción que hizo que su voz temblara.

—Oh, no, no es la sorpresa. —Lucca se acercó a ella sin miramientos. Los ojos de

Valentina lo siguieron, ansiosos—. ¿Te pone nerviosa que quiera conquistarte?

—Se lo has dicho para que dejara de preguntar —replicó con un gesto de la mano. Sintió las manos de Lucca trepando por su cadera y no pudo evitar evocar los besos que compartieron días atrás, después de que la comparara con la Simonetta del Renacimiento.

—Eres muy lista, milanesa.

—Milanesa, *girasole*… ¿Qué más?

—Vale…

—Cierto, también me llamas Vale…

El bochorno de la tarde se había disipado tan rápido como sus cuerpos se distrajeron, como atados por una fuerza sobrenatural. Se abrazaron despacio mientras la luz siguió deslizándose hacia las raíces de los árboles. El cuerpo de Valentina estaba tibio, y esa tarde, además de la vainilla, Lucca pudo oler el limón en su pelo.

—Los girasoles están girando, ¿los ves desde aquí? —Con la frente de Valentina apoyada en su barbilla, Lucca le señaló el campo frente a ellos. A unos cincuenta metros de distancia, las enormes flores amarillas habían comenzado a mirar hacia la puesta de sol, señalando el oeste.

—Me encantan. Gracias por traerme. —Deslizó una mano por el brazo del chico, que todavía olía a cloro. Con cuidado, despacio. Tenían que ir despacio.

—De nada, Vale.

Con la vista sobre el campo del horizonte, Valentina prosiguió:

—Y yo que la primera vez que te vi pensé que eras un amargado y creído gilipollas.

—Pues no ibas mal encaminada —apoyó Lucca. La atrajo con más fuerza—. Estaba un poco amargado. Siempre lo he estado.

—¿Y ahora?

—Ahora un poco menos.

—Eso está bien —rumió Valentina, decidiéndose a realizar otra pregunta que llevaba tiempo rondándole los pensamientos. Desde que los labios de Lucca y los suyos se enredaron por segunda vez—. Lucca, ¿qué pensaste cuando me viste?

—¿Por primera vez?

—Claro, cuando fui con mi hermana a la pizzería, el día que llegué a Florencia —le dio más datos.

Lucca le acarició la espalda realizando pulsaciones con los dedos, meditando en silencio. En su cabeza evocó el recuerdo de la primera vez que aquella chiquilla irrumpió en el local de su familia, con su manera tímida de caminar, esas roñosas zapatillas horribles y el vestido de los vestidos, repleto de girasoles amarillos. El pelo lacio le caía por los hombros y la espalda, y de vez en cuando tenía que apartárselo de la cara cuando se echaba hacia delante, hablando con Martina. Andrea las sentó en la mesa más alejada del mostrador, así él pudo mirar a la nueva vecina de reojo durante toda su cena. Sus ojos negros le inquietaron. Sus mejillas rojas le revolucionaron el pulso.

—Pensé que eras una mojigata inocentona —soltó después de sopesar unos minutos. Sabía que aquello la revolucionaría.

—¿Perdona? —Se apartó de él como si le hubiera dado un chispazo de corriente.

—¿Ves? Te acabas de escandalizar, un poco mojigata sí que eres.

Valentina se alejó un paso, andando hacia atrás. Y, sin dejar de mirarlo, se echó a reír.

—Puedo aceptarlo, de verdad que sí.

—Entonces, ¿por qué te ríes? Te estás desternillando.

—Porque las dos veces que nos hemos liado he sido yo quien ha dado el paso. Así que tacha lo de inocentona, por favor.

Lo dejó mudo. Se dio la vuelta para marchar hacia los castaños, dándole la espalda a Lucca, que la contempló perplejo.

—Tocado y hundido. —Fue lo único que alcanzó a decir. La siguió al trote hasta llegar a su altura. Valentina chasqueó la lengua—. Pero no, Vale. En realidad, pensé que te conocía, que te había visto antes. Por eso no dejé de mirarte.

—No sabía que estuviste mirándome durante la cena.

—La gran mayoría del tiempo.

—¿Como un acosador?

—¡No te molesté ni un momento! Estuve haciendo *pizzas* como un condenado —se excusó —. Te miré de reojo un par de veces.

—Me miraste muy serio cuando nos trajiste la cena —apuntó Valentina, buscando los primeros recuerdos que tenía de él, a la vez que lo guiaba en secreto entre el camino de árboles —. Me diste mala espina.

—Porque tienes unos ojos que acojonan, Valentina. Tuve que ponerme mi mejor máscara. Parecías indefensa… pero inaccesible. Imperturbable como los muros de un castillo.

—Tú eres valiente, como el vaquero Lucky Luke.

—¡Vale! —exclamó Lucca, tirándole del bajo de los vaqueros para hacerla rabiar, como ella había hecho con él al llamarlo de esa odiosa manera. Ella rio con más fuerza, zafándose del agarre del chico—. ¿Qué me quieres decir con eso?

—¡Que escales los muros y entres en el puñetero castillo!

Se detuvieron como si sus pies hubieran echado raíces entre las de los castaños de la finca. Lucca la miró a los ojos sin miedo a perderse en ellos. Valentina sintió el cosquilleo de los nervios poseerla, porque sabía qué pasaría después de que Lucca se acercara a ella.

—No sabes contar, Vale. Eso, o mis besos no te dejan huella. Has dicho que nos hemos liado dos veces, y es incorrecto. La última vez, yo di el paso. Y esta es la cuarta.

Valentina no se movió cuando las manos de Lucca, cálidas y pegajosas, le acariciaron las mejillas y el cuello antes de besarla. Cerró los ojos, perdida en el tacto de sus manos mientras corrían por debajo de su camiseta de algodón. Los árboles les dieron refugio, ocultándolos de los ojos de Nella, que salió a llamarlos para la cena.

Pero no la escucharon.

Solo hicieron caso a los chasquidos de las ramas que parecieron prevenirlos cuando el sol estuvo a un par de minutos de ocultarse.

1 ¡Lucca, mi príncipe! ¿Quién es esta chica tan guapa?

19

Un camino de posibles esperanzas



No tenían pensado pasar la noche allí. Como Lucca le dijo a su madre, solo estarían de paso una tarde. Pero, después de la cena, Nella se negó rotundamente a que se subieran a la moto para volver a Florencia. Además, vio las mochilas en el recibidor de la casa, por lo que decidió que tenían que quedarse a dormir. Había habitaciones de sobra y a sus abuelos les encantaba tener compañía.

Nunca unas sábanas de algodón le habían parecido más agradables a Valentina. Cuando se metió en la cama, cerca de las doce de la noche, el tacto fresco de la tela la transportó a otro planeta. Se quedó en ropa interior.

En la oscuridad de la habitación, miró hacia la puerta, bañada ligeramente por unos débiles rayos de luna. Valentina mentiría si decía que su interior no gritaba de emoción al pensar que Lucca podía estar esperándola al otro lado, en el pasillo. Quizá por si ella salía a llamarlo. O por si él mismo se atrevía a tocar.

Pero no fue así; porque ellos iban despacio.

Había elegido el cuarto más pequeño, pero con la ventana más grande. Al fin y al cabo, poder ver las estrellas sobre los campos de la villa Mancini era todo un lujo que no olvidaría jamás. Esa noche, mientras se entretuvo contando las luces del cielo desde el ala oeste de la casa, Lucca no dejó de pensar en que una distancia de solo diez metros los separaba y les impedía disfrutar de la noche juntos.

Tuvo que hacer otra llamada después de que su madre se pusiera como un basilisco, impidiéndoles marcharse. Esperaba que Valentina no se hubiera asustado. Al menos, había descubierto de quién había heredado él la mala sangre. Antonella Serra no se andaba con chiquitas; era dura, clara, pero quería con locura. Como Lucca.

El móvil vibró en la oscuridad, haciéndole temblar la cadera. Lo cogió entornando los ojos para acostumbrarlos a la luz:

Lucky...

Dijo el primer mensaje.

No tientes a la suerte, *girasole*.
Solo nos separa un muro de nada

Contestó, enarcando una ceja en la oscuridad. Tecleó tan rápido que comenzó a respirar con pesadez.

El muro es más gordo que tu cabeza

¿Insinúas que tengo la cabeza grande?

Sí, muy grande. Como tu ego

...

¿Qué?

He estado a punto de entrar en tu habitación, pero no quería escandalizarte

Le confesó. Esperó a que Valentina contestara.

Tardó una eternidad.

No vas a escandalizarme, si te he dicho que escales el castillo. Era una metáfora

Aclaró, al ver que él no respondía.

Sé que era una metáfora. Y ahora no voy a poder dormir pensando en esa puñetera metáfora

Sabes lo que quiere decir, ¿no?

Sí, Valentina, sé lo que quiere decir

Que me quites la ropa, lo primero

Valen...

Lucca se desconectó del chat. Treinta segundos más tarde, con el corazón a mil, Valentina escuchó unos nudillos golpeando con suavidad la puerta de su habitación. El pomo no tardó en girarse. Como un rayo, alcanzó su camiseta de algodón. Logró ponérsela al tiempo que el rubio asomó la cabeza por la puerta.

—¿Para qué me dices que te quite la ropa si ya te la quitas tú solita? —masculló en un tono tan bajo que Valentina tuvo que acercarse a él de puntillas, aún tirando de su camiseta para vestirse. El suelo de madera crujió bajo sus pies con escandalosos chasquidos.

—Vuelve a tu cuarto —le chistó. El corazón se le iba a salir del pecho—. Estás loco. Qué vergüenza como te pille tu madre.

—Está curada de espanto, la mujer. —Valentina se cruzó de brazos cuando Lucca entró en la habitación, cerrando la puerta detrás de él, sin apartar la mirada de sus piernas desnudas—. Además, ella duerme en el otro lado de la casa, y sabes que esto es enorme.

—Claro, no te va a oír susurrar tan bajito.

El brillo en los ojos de Lucca se volvió febril al acercarse otro paso más a ella.

—Tampoco va a escuchar esto —dijo, cogiéndola en volandas antes de besarla.

Valentina soltó una profunda exhalación por la sorpresa, agarrándose como pudo a su cuello.

—¿Qué haces?

—Escalar el castillo —le susurró al oído. Ella se estremeció ante su beso, que la dejó temblando de pies a cabeza.



Había algo en Valentina que le obligaba a pensar las cosas más de una vez. Pese a que su cuerpo le pedía lo contrario, su cabeza le instó a que hiciera las cosas como estaban planeadas. Lucca no era de meditar, pero le encantaba planear sus citas. Y Valentina era tan entusiasta que sabía que apreciaría cada detalle de lo que tenía preparado.

No sabía lo que eran juntos, ni si aquello que estaban viviendo seguía una dirección hacia ninguna parte o hacia un camino de posibles esperanzas. Lo que Lucca tenía claro era que ya no podía quitarse de la cabeza el olor de la piel de la milanesa, su risa reconfortante y pegadiza. O sus ojos oscuros, cambiantes, enigmáticos y endiablados.

Cuando el sol se desperdigó por su cuerpo desnudo a la mañana siguiente, se dio cuenta de que ni en sueños había podido librarse de Valentina y sus piernas desnudas en la oscuridad. Si no se estaba volviendo loco por su culpa, poco le faltaba.

Se apoyó en la ventana para ver el paisaje. El sol lucía a la mitad del horizonte, llenándolo todo de destellos ocres y rosas. En pocos minutos, terminó de asentarse en lo más alto del cielo. Lucca sonrió al observar los girasoles: una intrusa con vestido blanco y pelo oscuro se coló entre las hileras amarillas de las flores que daban los buenos días al astro de luz. La vio girar tratando de tocarlos, sin llegar a atreverse. Valentina dio vueltas y más vueltas, y él corrió a vestirse sin dejar de mirarla por la ventana, dándose prisa para alcanzarla.

Con suerte, imaginó que Valentina se distraería el tiempo suficiente para darle la ventaja que necesitaba. Lucca bajó las escaleras dando saltos, abrochándose el cinturón de los vaqueros. Era consciente de que llevaba todo el verano sin apenas ponerse unos y parecía andar a trompicones.

Al verlo aparecer a prisa en la cocina, Antonella lo detuvo blandiendo en alto el cucharón de madera frente a sus ojos. Como reacción, él lo atrapó por el mango para darle un lametón.

—¡Lucca! —protestó su madre—. Que con eso tengo que remover la salsa.

—Dios, está buenísima, ¿qué lleva? —Se asomó sobre la caldera burbujeante en los fogones.

—Lo de siempre —masculló la mujer, ocultando una sonrisa de satisfacción—. ¿A dónde

vas con tanta prisa? Es muy temprano. —Se detuvo para observarlo de arriba abajo, percatándose de que llevaba vaqueros largos en agosto. Abrió mucho los ojos.

—A por la loca que da vueltas entre los girasoles, ¿no la has visto bajar?

—¿Valentina? —Nella ocultó una segunda sonrisa tras sus labios duros y serios. Lucca asintió—. Me ha ayudado con la salsa, hemos estado hablando. Es muy… curiosa —comentó, sin saber muy bien cómo definirla del todo.

—Es más que curiosa. —Lucca se perdió en sus pensamientos.

—Lucky —lo llamó entonces su madre. Llevaba puesto el delantal de cuadros que su abuela bordó, al casarse, con el apellido de la familia—. Céntrate, ¿vale? No quiero que sigas disperso. Tampoco que te pilles más disgustos. Recuerda que tus berrinches también son los míos.

—No es lo mismo, mamá.

—Bueno, yo sé de lo que hablo. También he padecido a Vita. —La mujer le dio la espalda para remover la salsa. Sabía que sacar ese tema era tentar a la suerte, y acababa de llamarlo Lucky…

Lucca agachó la mirada, apoyado sobre la isleta de la cocina. Soltó un suspiro lento.

—Sabes que lo de Vita es complicado, somos amigos. Estamos intentando serlo —explicó, retorciéndose los dedos de la mano.

—Mi vida, esa chiquilla no sabe ser amiga tuya. —Antonella se dio la vuelta para apoyarse sobre la encimera frente a él—. No quiere. No está preparada para tenerte así. Y tienes que aprender a dejar que las cosas sigan su curso, sin forzarlas.

—Pero yo no estoy forzando nada. —Se despegó de la mesa. Echó un vistazo al exterior por el ventanal horizontal sobre la encimera por si veía a Valentina.

—Ya lo sé, es ella la que fuerza las cosas, ¿no? Pues ahí tienes la respuesta. Si no está preparada para tenerte como amigo, es que no te quiere como tal.

—Pero lo está pasando mal… No puedo alejarme sin más, ¿no? Necesita a alguien.

Antonella lo rodeó para abrazarlo por la espalda.

—Siempre has sido el más bueno de mis tres polluelos —le dijo, abrazándolo con efusividad. Lucca fingió que se asfixiaba—. Pero sabes bien, como yo, que si no le paras los pies la situación se va a volver insostenible. Y la pobre Valentina no tiene la culpa de que quieras arreglar a todo el mundo. Porque no puedes cambiar a las personas, Lucca. Solo puedes controlarte a ti mismo y lo que haces.

Lucca lo sabía, en todo el tiempo que llevaba conociendo a Valentina había pensado en las consecuencias tanto para ella como para Vita. Tenía que dejar de hacer de niñero y aprender a soltar, como bien le había recalcado su madre. Pero había pasado por muchas cosas con Vita, y dejarla sola no terminaba de encajarle en la cabeza. Al menos, no hasta que supiera que iba a estar bien.

—Lucca, te hizo daño. Te ha hecho mucho daño. Ten eso en la cabeza y todo irá bien. Sabrás qué hacer.

—No lo tengo tan claro… Es inestable.

Antonella Serra meneó la cabeza en señal de negación cuando los fogones comenzaron a chisporrotear en señal de desbordamiento. Corrió a bajar la intensidad del fuego para que la salsa se redujera tranquilamente.

—Bueno, que nos hemos desviado del tema —prosiguió Nella. Adoptó una pose curiosa, con los codos apoyados en el mármol y la barbilla sobre sus puños cerrados—. Dime, ¿vas a hacer lo que creo que vas a hacer? —preguntó tan rápido que Lucca no tuvo tiempo de llegar

hasta la puerta que daba al patio.

—No tengo ni la menor idea de a lo que te refieres —contestó, dando otro paso más en la dirección que le interesaba, alejándose de su madre.

Esta volvió a erguirse para apoyar los puños en las caderas.

—Oh, vamos. Sabes que tu abuela no puede tener el pico cerrado, es una bocazas.

—Joder, mamá…

—Tranquilo, no pienso juzgar a mi enamoradizo Lucky. Te pareces tanto a tu abuelo… Todos los días va a buscar amapolas a su Julietta. —Suspiró—. Ya se le podría pegar algo a tu padre —protestó.

—Que esto no salga de aquí. —Le lanzó una mirada seria apuntándola con el brazo.

—Soy una tumba —dijo Nella, con los brazos en alto.

Al fin lo dejó marchar en busca de Valentina.

20

Era tan bonito que dolía



De nuevo, entre caminos serpenteantes, las uñas de Valentina volvieron a clavarse en el estómago de Lucca. Y gritaba de buena mañana. No le hacía gracia montar en moto, y eso al muchacho le había quedado claro. De la villa Mancini a la villa del Sol, a donde la llevaba, había poco más de quince o veinte minutos, por lo que no tardaron en presentarse en la entrada de uno de los viñedos más famosos de Florencia. La reja de la entrada era de un verde bosque espectacular, estaba abierta para poder pasar a la recepción de la villa. Entraron con la moto rodeando una fuente con estatuas de peces y un tritón que blandía un tridente. Valentina estaba sobrepasada por todo, por lo que ni siquiera protestó cuando Lucca le quitó el casco para guardarlo y tiró de ella cargando con las dos mochilas en un hombro. Siguió contemplando todo con la boca abierta hasta que lo escuchó protestar.

—Se suponía que anoche íbamos a estar aquí. Reservé dos noches —le reveló—. Y el desayuno de hoy también. —Hizo un mohín con los labios.

—¿En serio? Ahora entiendo el cabreo con tu madre —contestó Valentina, recordando la discusión de Lucca con Antonella la noche anterior, cuando no los dejó marchar de la casa al irse el sol.

—Me distrajiste, Vale. Y se nos pasó el momento de huir. Pero ya estamos aquí. Todavía nos queda un poco de tiempo para disfrutar —dijo, esperanzado y con los ojos brillantes.

Valentina le dio un codazo amistoso antes de apoyarse en el mostrador de la recepción. Estaba decorado al perfecto estilo toscano mezclado con piezas del Renacimiento: mucho mármol coloreado de vetas grises, dorado y mobiliario rústico. En el tragaluz del centro, encontraron otra fuente, que Valentina estaba segura de haber visto por Florencia. Vieron réplicas de estatuas por todas partes, a escalas menores.

Después de hacer el registro en la habitación, Lucca decidió que tenían que recibir el desayuno en la misma.

Valentina siguió negando con la cabeza mientras subían por el ascensor dorado. Lo miró de reojo mientras este se entretenía tecleando en el móvil, todavía cargando las dos mochilas. Lo contempló esta vez en los reflejos de los espejos del habitáculo. Al no recibir luz directa del sol, el pelo había dejado de brillarle. Pero tenía los ojos chispeantes, emocionados. Cuando el ascensor se detuvo, levantó la mirada hacia ella y curvó una sonrisa, sobrecogiéndola una vez más.

—Vamos, tengo hambre.

En respuesta, ella apretó los labios con nerviosismo; no se esperaba nada de aquello. Habían hablado de un fin de semana tranquilo en la campiña, para ver los girasoles y seguir conociéndose. El hecho de poder compartir una habitación con Lucca, en un sitio como aquel, no solo pudo con sus nervios, sino que le causó un gran revuelo a sus pensamientos. Porque ni siquiera sabía lo que estaba haciendo con él. Se había dejado llevar. Muy rápido. De manera muy

intensa.

—¿Qué? —preguntó Lucca, clavándose frente a ella para mirarla a la cara. Estaban parados en mitad del pasillo de la segunda planta. Solo había tres habitaciones en esa parte del caserón y la más cercana al mirador del viñedo era la suya—. ¿Qué te pasa, Vale? Te has quedado zombi.

—No me pasa nada —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Solo que este sitio me da curiosidad.

—¿Mala o buena?

—Buena…

De manera teatral, Lucca golpeó la puerta con los nudillos, seguido de una reverencia a Valentina, que no pudo evitar reírse. Él sonrió con más fuerza. Se acercó a ella con urgencia, pero tuvo que detenerse cuando, desde dentro de la habitación, alguien abrió. Ambos se apartaron de un salto para dejar pasar al servicio de *catering*, que había subido el desayuno con una velocidad imprevista. Se miraron con los ojos como platos y una mueca en los labios, sin saber si pedir disculpas o atragantarse de la risa.

—Veamos —comentó Lucca, paseándose por la estancia, una vez solos—, la cama está correcta.

—Es enorme. —Valentina habló en un susurro. Se quedó plantada en mitad de la entrada, observando la cama señorial con cabecero en tela de rayas drapeada.

Lucca se acercó a ella después de dejar las mochilas de cualquier manera sobre una mesa con un centro floral horrible. La cogió de las muñecas con suavidad para llevarla junto a él. Valentina se dejó llevar de nuevo.

—¿Te da… miedo dormir conmigo? Anoche no parecía espantarte tanto —dijo con la voz ronca, cerca de su cuello. Notó que se estremecía al sentir su aliento cerca de la oreja —. Podemos dormir cada uno a un lado y crear una barrera con almohadas, si te sientes mejor — propuso con la esperanza de que ella se negara.

Y lo hizo. Lucca resopló de alivio cuando sintió los brazos de la chica rodearlo en respuesta.

—Es que esto es demasiado. ¿No es demasiado? Quiero decir que no nos pega.

—¿Por qué? —La miró a los ojos. Los vio palidecer de manera muy sutil cuando trató de explorar lo que sentía y no quería decirle—. ¿No nos pega porque solo te he llevado a sitios grandiosos que están a pie de calle? Nuestras citas han sido grandiosas, Vale. No me lo niegues. Y la noche en la que me dejes dormir contigo tiene que estar a la altura.

Ella se encogió cuando Lucca le cogió las mejillas quemadas. Suspiró despacio.

—Han sido citas, entonces —dijo con seriedad.

—Lo han sido —contestó él, con el mismo tono de voz—. Ya hablamos sobre ir despacio. Llevo más de un mes deseando entrar a trabajar por si te veo sentada en las escaleras peleándote con los mosquitos de Florencia. Y llevo pensando en ti desde aquella noche…

Valentina sabía a qué noche se refería. Todavía guardaba las piruletas, no se había atrevido a tocarlas.

Sus cuerpos volvieron a buscarse sin que ellos hicieran nada. El magnetismo los unió.

—Valentina. —Lucca pronunció su nombre despacio, saboreando cada una de las letras que lo componían.

Ella cerró los ojos. El aire entraba en la habitación por el gran ventanal que se abría a la terraza privada, desde la que se veían los campos de la finca abrirse hacia el horizonte. Era tan bonito que dolía. A Valentina le dolía procesar todo aquello. Era demasiado. Aquel chico era demasiado.

¿En qué momento Lucca se había convertido en tanto para ella?

¿Cómo se aceleraba tanto su corazón cuando le tocaba la muñeca o la piel del cuello?

¿Por qué sentía, al juntar sus labios, que su forma de besar no le era desconocida? Ella solo había besado a una persona antes que a Lucca. Y la experiencia había sido totalmente distinta.

Con él se sentía tan segura que le desconcertaba.

—Vale, por favor, habla conmigo —le pidió entonces, en un susurro—. No te encierres, necesito entenderte.

Pero ella no podía explicarse. No sabía cómo hacerlo. Lo abrazó más fuerte para que sus labios se juntaran, pero, apenas un roce más tarde, Lucca la encaró. Se agachó un poco para buscar sus ojos.

—Valentina. —Se puso serio. Tomó aire por la nariz—. No puedes besarme cada vez que evites hablar conmigo, no funciona así.

—Pero quiero besarte.

Como respuesta, él se cruzó de brazos, separándose de su lado. Con un movimiento de cabeza le indicó que se dirigía al balcón. Abrió la ventana para salir a la terraza, esperándola.

—Yo también quiero que me beses —le dijo, una vez admirando las vistas, muy pendiente de sus movimientos cautos—, pero tengo la sensación de que ahora mismo estás bloqueada. Y lejos de mí.

—Sí, sí que lo estoy —le correspondió Valentina, soltando el aliento que retenía—. Está siendo un verano intenso, y estoy viviendo tantas cosas que tengo que procesar… Está el inicio de la universidad en un sitio que no es el mío —le señaló, enumerando con los dedos—, mi relación inestable con Martina, la separación de mis padres, los mensajes de Matteo, el agua… Y estás tú. —No entendía por qué, de repente, todos los frentes de su vida habían elegido ese preciso momento para alinearse y echársele encima.

—Menos mal, pensaba que no iba a aparecer en tu lista. Menudo alivio. —Lucca trató de sonreír, echando el peso de su cuerpo sobre la barandilla, apoyándose con los antebrazos. La camiseta de algodón gris se salió de sus vaqueros elegantes, dejando a la vista parte de la piel de su espalda. Valentina tuvo que hacer malabares para no acariciarlo.

—Ahora mismo lideras esa lista.

—Pues me has nombrado el último —dijo, desanimado, echando un vistazo hacia los viñedos. Valentina aprovechó para acercarse un poco más a él—. Encima de que te he traído a la villa donde mis abuelos se prometieron. —Enseguida se arrepintió de lo que le había confesado. Se llevó una mano a la boca y cerró los ojos.

Valentina se despegó de la barandilla, asombrada.

—¿En serio? ¿Aquí se prometieron?

—Escucha —se volvió hacia ella—, esto no ha sido en plan raro ni nada. No pienses cosas que no son. Como querías venir a ver los girasoles, pensé en esta opción para poder estar solos y no tener que quedarnos en casa de mis abuelos. Pero no ha salido según lo planeado.

—Ha salido mejor. —La mirada de Valentina se iluminó, y cuando Lucca volvió a apreciar esa palidez momentánea que pareció hacer relucir sus ojos negros, no pudo resistirlo más. La tomó por la cintura amoldándose a ella, buscando su olor a vainilla y su calor, que tiraba de él con desesperación. Su pecho subió y bajó acelerado, al ritmo de su corazón desbocado.

Las manos de Valentina entraron en contacto con la piel de su espalda, levantando la tela de la camiseta por el camino, haciendo que Lucca sintiera la electricidad del tacto hasta en la punta de los dedos. Le sacó la camiseta deslizándola por sus brazos en alto sin dejar de besarlo. Lo

despeinó al pasarla por su cabeza.

Rompieron el contacto unos instantes en los que no dejó de mirarla, con la respiración agitada y la urgencia pidiéndole que no se separara de ella. Valentina era el perfecto ejemplo de que las personas no siempre son lo que parecen. Oculta tras su rostro angelical y su perpetua vergüenza, sus labios parecían seguir un ritmo totalmente distinto. Lo enloquecieron.

Cuando la espalda de Lucca se apoyó contra el cristal del ventanal, el frescor lo hizo reaccionar. Cogió el rostro de Valentina entre sus manos para observarla antes de volver a besarla. Enarcó una ceja ladeando media sonrisa. Ella lo contempló con los labios enrojecidos entreabiertos, reclamándolo de nuevo.

—¿De qué te ríes?

—De ti, no me das tregua. —Sonrió enredando los dedos en su pelo. Ella cerró los ojos por el placer—. Y juego en desventaja.

Valentina siguió la mirada de Lucca hacia su pecho desnudo y sintió el calor invadirla por todas partes. Deslizó las manos despacio por aquel abdomen sabiendo que él no perdía de vista sus movimientos medidos. Plantó las manos sobre él, empujándolo más contra el cristal.

—¿De qué hablas?

—Me has quitado la camiseta. —Lucca ladeó la cabeza. Y miró directamente sobre el escote recatado de Valentina, donde el vestido lucía un bonito lazo de hilo blanco que se moría por deshacer. Notó cómo los pulmones de la chica se llenaron hasta su tope ante su atenta mirada.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ah, no sé, te veía tan dispuesta que creía… —Se detuvo al ver cómo los dedos de Valentina deshicieron el nudo a una velocidad sobrecogedora, dejando a la vista su sujetador de encaje blanco—. Joder, Valentina. —Fue lo último que logró articular antes de perderse de nuevo en ella.

Dejaron de ir despacio para correr sin control, persiguiéndose entre besos apasionados y roces profundos, de los que arrancan suspiros y rompen cremalleras. Valentina no supo dónde cayó su vestido, y el único sonido al que Lucca hizo caso fue a los gemidos de Valentina cuando le pidió que no parara. Porque no podían parar de acelerar.

Aunque eso significara correr el riesgo de llegar a estrellarse.



Los rayos de luz hicieron pestañear a Lucca, que se desperezó buscándola a su lado. No la encontró hasta minutos después, cuando la vio salir del baño envuelta en una toalla blanca que le tapaba por encima de las rodillas. Llevaba el cabello sujeto por una pinza negra.

Lucca se acomodó entre las almohadas para admirarla; ella apartó la mirada, encendiéndose de nuevo.

—Vale, ¿ahora te da corte que te mire?

—Un poco sí —confesó. Lo escuchó reír por lo bajo. Una risa suave que le erizó el vello del cuerpo. Esa risa le había acariciado la piel del cuello y el vientre cuando la había llenado de besos, hacía apenas media hora—. Pero porque ahora no estoy presentable, ¿y mi vestido?

Recibió un encogimiento de hombros por respuesta.

—A lo mejor lo llevas puesto, quítate la toalla para que lo compruebe.

—Muy gracioso.

Dio vueltas por la habitación hasta encontrarlo sobre las mochilas en la mesa del centro de la habitación. Lo recogió con cuidado y se lo puso de espaldas a él, de manera que el chico solo pudiera ver su espalda al descubierto. Abrochándose el lazo del pecho, se giró para mirarlo. Sus ojos azules no habían dejado de contemplarla desde que salió del baño.

Sintió un extraño estremecimiento de placer recorrerle la espina dorsal al verlo tan pendiente de ella.

Con curiosidad, rodeó la camarera que el servicio había dispuesto con el desayuno y decidió llevarla junto a la cama. Se sentó en el borde y Lucca se acercó a ella. Aún tumbado, le pasó un brazo por la cadera. Ella le acarició el cabello revuelto, arremolinado sobre la frente.

—Lo tienes muy largo, ¿cómo te ha crecido tanto en este tiempo? Si hace nada ni te rozaba los ojos —apreció sin dejar de acariciarlo.

Lucca cerró los ojos, asintiendo.

—¿Debería cortármelo? No tanto como el imbécil de mi hermano, claro. Ese, con tal de no peinarse, prefiere pasarse la maquinilla por toda la cabeza. —Fingió un escalofrío—. ¿Se puede ser más vago? De verdad, es desesperante.

—Ya, colega, dale una tregua. Y no, no te lo cortes. Así te queda bien.

Lucca suspiró, buscando la pierna de Valentina para apoyarse sobre ella. Tiró de su muslo de manera que pudo dejar caer la mejilla en él. Valentina le acarició el rostro despacio con los nudillos. Lo contempló mordiéndose el interior del carrillo. Los labios rosas de Lucca y el color de su pelo le daban un toque juvenil desconcertante, haciendo que aparentase menos edad de la que realmente tenía. Iba a cumplir veintiún años. Antes de que la noche en la pizzería se lo confesara, Valentina apostó con él que no tenía más de diecinueve.

Ella cumpliría veinte en noviembre.

—Ni contigo puedo librarme de Andrea. Aparece cada dos por tres para torturarme. —Lucca volvió a la carga.

—Vaya, espero que no se manifestara en tu cabeza mientras estábamos…

—¡Valentina, por Dios! —La tumbó en la cama, rodeándola rápidamente con las piernas, y así poder besarla desde atrás por el cuello y las mejillas. Valentina no dejó de carcajear pidiendo que no le hiciera cosquillas—. En la cama ni siquiera me dejas pensar —jadeó, acercándose a sus labios.

Valentina se revolvió. Abrazó las piernas de Lucca tratando de inmovilizarlo, pero el chico era fuerte y ella sentía agujetas por todas partes. Al fin y al cabo, llevaba mucho sin hacer ejercicio, y acostumbrar sus músculos de nuevo al agua le llevaría tiempo.

—Vístete, tenemos cosas que hacer.

—Podemos hacer cosas sin tener que vestirnos —propuso Lucca, haciendo una mueca.

—Pero yo ya estoy vestida, y me has dicho que teníamos una cata de vinos y un paseo por los viñedos a las doce y media. Tómate el café y tira a la ducha.

—Sí, señora.

21

Sobre los viajes por otras vidas y ciclos que nunca acaban



No era buena describiendo las notas aromáticas, por eso, Valentina se limitó a terminar de engullir el final de su copa ante el estupor de Lucca, que trataba de ayudarla a entender los matices del vino.

—Tengo sed. —Lo miró encogiéndose de hombros.

—Pues bebe agua, no puedes beberte el vino de esa manera tan brusca. Tienes que mojarte los labios…

—Y sentirlo en el paladar, ya me lo has dicho. —Puso los ojos en blanco, burlándose de él.

Lucca le sonrió.

—Pero no me haces ni caso —señaló.

—Prefiero encontrar mi propio estilo. —Le guiñó un ojo.

—En una cata de vino solo hay un estilo, Vale. Primero tienes que estar atenta a cómo se sirve —le indicó, probando de nuevo, elevando la copa de Valentina para poder verter en ella un poco del contenido de la botella de vino *rosso* de Chianti. La vio arrugar la nariz al escuchar descender el líquido morado por la curvatura del vidrio—. Después, tienes que olerlo. —Lucca le tendió de nuevo la copa.

Esa vez, Valentina trató de concentrarse, cerrando los ojos para que las notas llegaran a ella y Lucca no volviera a reírse de lo mala que era en lo que a catas se refería. Pero, poco después de volver a probar, no supo qué decirle. Con los labios apretados, el chico le pidió la copa de vuelta, cerró los ojos como ella había hecho hacía unos minutos y se concentró en el vino sin agitar lo más mínimo el líquido. Valentina lo contempló con los ojos irisados, casi con miedo de interrumpirlo. Parecía sumido en un profundo trance. Cuando abrió los ojos de nuevo, Lucca dejó que el vino le mojara de manera sutil los labios. Los acarició con la punta de la lengua, mirándola con intensidad.

—¿Y bien? —preguntó ella, nerviosa. Lucca no podía mirarla de aquella manera mientras se relamía los labios. Debía de estar prohibido.

—Frutos rojos, muy maduros —dijo él, después de golpearse el paladar con la lengua varias veces. Hizo una pausa para volver a mojarse los labios—. Vinagre balsámico. Humo y cuero. —Pestañeó con gravedad.

—Y yo me lo creo. —Valentina se cruzó de brazos con teatralidad.

—¿Quieres que se lo preguntemos al enólogo? —la retó Lucca. Se acercó peligrosamente a ella.

—No hace falta, porque seguro que lo has probado antes…

—Claro que he probado el Chianti antes, Vale. Es uno de los vinos más famosos de toda la Toscana —explicó—. Pero nunca antes había probado esta variedad, con más porcentaje de uva merlot y envejecido durante trece meses en barrica. Es extraordinario. —Lucca chasqueó la lengua al final de la frase.

—Me estás empezando a dar miedo.

—¿Por qué?

—Porque estás hablando como un señor de cuarenta.

—En el tema de vinos, no me importa parecer un señor. No es malo saber.

—Claro, el saber no ocupa lugar.

—Exacto. —Lucca aprovechó para seguir con su copa, devolviéndole a Valentina la suya.

—Prefiero el té con piña y coco, pero esto está pasable. —Dándole otro profundo trago, Valentina lo siguió por la galería de barricas, por donde el grupo de la cata había desaparecido hacía ya varios minutos.

El paseo por los viñedos no fue tan bonito como Valentina recordaría, puesto que, habiendo aprovechado los descuidos de Lucca para beberse los vinos de la cata a su manera, llegó indispuesta a la segunda parte de la excursión. Al principio, él pensó que se trataba de algo momentáneo cuando la observó tambaleándose entre las vides. Luego se dio cuenta de lo que pasaba. La sujetó del brazo para ayudarla a andar sin hacer eses por los caminos de tierra.

—Hace mucho calor —protestó Valentina, haciéndose visera con la mano. Le costaba que el peso de su cuerpo se equilibrara en sus piernas.

—Lo sé, por eso vamos a la sombra, ¿no has escuchado al guía? —preguntó Lucca, inclinándose hacia ella.

—¿A quién? —Valentina pestañeó con fuerza. Miró hacia el frente, donde los colores y la gente se mezclaron creando una amalgama absurda. Bajó la mirada todo lo rápido que pudo. Y se mareó.

—Vale, ¿cuánto vino has tomado? —escuchó la voz de Lucca rozándole el cuello y el oído. Notó cómo la piel de los brazos se le ponía de gallina.

—El que nos han ido dando —contestó ella despacio, sin comprender. No vio cómo Lucca se palmeaba la frente.

—Era solo para degustar, no para beberlo entero. ¿Te has bebido las ocho copas enteras?

—Era poco… No ha sido para tanto. ¡Si ni siquiera estaban llenas!

Valentina sintió que su cuerpo estaba a merced del chico.

—Vas a estropear la escapada y tendremos que volver antes —lo escuchó murmurar—. Vale, por el amor de Dios, todos te están mirando.

—Llévame a la habitación, por favor —pidió ella con un hilo de voz. Le fallaron las rodillas cuando el calor del sol pareció meterse dentro de su cabeza. Sintió fuego por dentro y por fuera del cuerpo—. Tengo mucho calor.

Lucca se agachó para recogerla. La cargó en brazos disculpándose del grupo cuando el guía, preocupado, se acercó a ellos.

—No está acostumbrada a beber —le dijo al hombre, antes de volver al caserón todo lo rápido que pudo.

—¡No trotes o vomito!

—¡Vale, aclárate!

—¡Que no corras!

No vomitó, y Lucca internamente agradeció no haberse adentrado más en los viñedos porque Valentina tenía un aspecto deplorable. Aun así, mareada y con el estómago del revés, como le había dicho, seguía viéndola preciosa, pese a que ella se encontrara como una peonza sin rumbo.

Subieron por las escaleras muy despacio porque Valentina necesitaba sentir el aire que se

colaba por las ventanas abiertas de las entreplantas.

—¿Y si nos llegamos a quedar atrapados en el ascensor? —le dijo temblando, agarrada a la barandilla de mármol.

—Me hubieras vomitado encima —apuntó Lucca con sorna.

—Probablemente.

La sacó a la terraza, donde afortunadamente corría una suave brisa y daba sombra. Valentina se dejó caer en la silla con los ojos cerrados, tratando de que su cabeza dejara de dar vueltas.

—Perdona por esto —le dijo a Lucca, que se encogió de hombros después de cruzarse de brazos frente a ella, recostado sobre la baranda de la terraza.

—Gran anécdota la que me has dado —contestó él suspirando, sin perderla de vista—. ¿Estás mejor? —Se agachó un momento para ponerse a su nivel.

—Un poco…

—¿Quieres agua?

Valentina trató de negar, pero prefirió hacer el gesto de negación con la mano para no volver a marearse.

—Aquí se está bien. —Con los ojos cerrados, se concentró en la suave brisa que le acariciaba el rostro—. Aquí puedo… volver a respirar. Como en casa.

—Seguro que en Milán no tenías estas vistas.

—No, pero tenía el *naviglio* y sus preciosos canales… —Se perdió en sus pensamientos. Notó que Lucca se apoyó en sus rodillas—. Y la terraza de la catedral. Es… Te dejaría sin palabras —le aseguró, convencida.

—¿Como a ti te dejó Santa María del Fiore?

La vio entreabrir un ojo con precaución. Le sonrió.

—Florencia es preciosa, Lucca. Es una maravilla, pero mi ciudad, donde me he criado toda la vida, también es un sitio bonito.

—Ya me llevarás —contestó él, palmeándole las rodillas.

Valentina asintió volviendo a recostar la cabeza en la silla.

—Claro…

—Lo dices como si no lo creyeras posible. ¿No quieres llevarme a Milán? —Se irguió de nuevo para volver a apoyarse en la barandilla. Se cruzó de hombros, con el pie derecho dándole estabilidad contra la pared de la terraza.

—Lucca, estamos conociéndonos, lo decía por eso.

—Porque Matteo está allí —apuntó él con la voz temblorosa.

—Lucca, ¿en serio? ¿Qué tiene que ver Matteo aquí?

—No, nada. Supongo que nada. Es la manera en la que te cierras a compartirlo, eso es lo que me inquieta.

—Porque quiero olvidarlo, no traerlo de vuelta a mi vida. Estoy en una nueva fase —replicó ella, con la mano en la cabeza, tratando de no hablar muy deprisa. Tragó saliva—. Estoy contigo. —Lo miró entreabriendo los ojos, temblando por el dolor que le provocaba la luz en los ojos. Lo vio rodeado por una especie de aura dorada temblorosa. El pelo de Lucca parecía absorber todos los destellos del sol.

—¿Estás conmigo? —Lucca le dio la espalda. La barandilla estaba fresca sobre la piel de sus antebrazos.

—No me marees…

—Te mareas tú sola, *girasole*. Yo no te he obligado a beberte todo ese vino —rio.

Los colores en el horizonte se volvieron más brillantes ante sus ojos cuando notó las manos calientes de Valentina tirar de su brazo derecho para hacerse hueco. La rodeó por la espalda. Ella se recostó contra él.

—No me refería al mareo físico. Me refiero al emocional.

—No te sigo, Vale.

—¿Ves? Ya lo estás haciendo otra vez. —La escuchó resoplar y tuvo que morderse el labio —. Me dijiste que era la tercera milanesa que conocías. —Guardó silencio al notar el brazo de Lucca rodeándola con más fuerza, tirando de ella con una ternura desconocida que le dejó un nudo en la garganta. Sintió un cálido beso en la sien. El fuego y el malestar pasaron a un segundo plano. Sin explicárselo, notó los ojos húmedos al segundo beso.

—Solo estaba haciéndome el tonto porque hablar sobre sentimientos se me da fatal y no quiero espantarte, Vale. —El tercer beso se lo dio en el cuello, cerca de la clavícula. Suspiró sobre la piel de Valentina al fijarse en el lazo del vestido. Con el otro brazo, decidió juguetear con él mientras aclaraba la mente en busca de las palabras correctas. Vio cómo su *girasole* tragaba saliva varias veces con los ojos cerrados por la claridad—. Sé lo que tratas de decirme. Pero no me gusta cómo has empezado. Cuando aquella noche te dije lo de las otras chicas de Milán… Estuvo mal, me puse nervioso y solté esa tontería.

—¿No conoces a más chicas de Milán?

—No te mentí. —Agachó la cabeza para que sus mejillas se acariciaran—. Pero tú eres la única en la que pienso, Vale. Te pienso y te pienso tanto que me da miedo poder desgastarte con la mente. —La notó encogerse entre sus brazos. Las gotas de sudor resbalaban por la piel de su cuello hasta el inicio de su escote. Lucca respiró hondo antes de seguir—. Y desde la noche que me pediste que te abrazara, yo… No puedo, Vale. Haría todo lo que me pidieras —confesó.

—No digas eso —soltó ella en un suspiro.

—Me pediste ver los girasoles y un sitio en el que poder respirar —explicó Lucca, aspirando su aroma a flores dulces—, y es lo que he hecho.

—Entonces, si te pido tu alma, ¿me la darías?

Lucca vaciló esbozando una sonrisa al horizonte que ella no pudo ver. No le contestó porque se perdió en sus propias cavilaciones. La miró de lado, contemplándola mientras se dejaba acunar entre sus brazos, que la sujetaron con firmeza todo lo que Valentina necesitó.

Lucca no había pensado mucho en las almas y todo lo que se comentaba de ellas. Sobre los viajes por otras vidas y ciclos que nunca acaban. Eso le había explicado ella después de preguntarle si creía posible haber podido vivir en otra época, la noche en la que se besaron por primera vez. Le dijo que las almas, se supone, son eternas. Y, cuando un grupo de ellas está vinculado, deben volver a encontrarse una y otra vez hasta saldar sus pactos y sus deudas. Para aprender. Para liberarse y crecer.

—Valentina —la llamó al rato. Ella asintió acariciándole la piel de los brazos—, acabo de tener un *déjà vu* —confesó con un nudo en el pecho. No supo por qué lo dijo en voz alta. Pero, al ver la expresión desconcertada de la chica, lo entendió.

—Yo también. Hemos estado así antes. Aquí —le contestó con los ojos brillantes, apretando los labios.

Lucca asintió en silencio, sin poder parar de contemplar sus ojos negros, palideciendo mientras la luz del sol quería hacerse con ellos. Era todo un espectáculo.

—Aquí no sé, pero con estas vistas, sí —dijo, admirándola solo a ella. Le acarició el rostro

con el dorso de la mano, temblando de la impresión—. Vale, necesito comprobar una cosa. —Tiró de ella dándole la vuelta con cuidado por si seguía mareada. Al ver que lo seguía sin vacilar, asintió y tiró de su muñeca con suavidad.

—¿Qué cosa?

—Aún no lo sé —murmuró en respuesta, tratando de ordenar los recuerdos que el presentimiento le había arrojado a la mente sin él esperarlo.

Abandonaron la habitación entre pasos atropellados, hasta que, de pronto, la respiración de Lucca se volvió inestable, como las sacudidas de su pecho. Valentina volvió en sí bajando las escaleras, sintiendo que ya no había ni rastro del malestar en su cuerpo. Solo tenía atención para Lucca y su extraño y repentino comportamiento.

—¿Ha sido por el *déjà vu*? —preguntó. Él asintió con seriedad—. Se supone que es un fallo del cerebro porque tarda un poco más de la cuenta en procesar la información…

—Vale, he estado aquí antes. He estado aquí —la cortó.

—¿Cuándo?

Lucca se detuvo en la planta baja, con la recepción a la derecha. Respiró hondo antes de indicarle que tenían que atravesar el *hall* de la villa hacia el otro lado del caserón. La miró de lado, desconcertado, sin saber qué más decirle. Valentina se percató de que las pupilas del chico se habían dilatado de forma alarmante. El sonido del agua de la fuente los envolvió a ambos, que parecieron alejarse en direcciones contrarias, pese a que caminaban uno detrás del otro.

A medida que se acercaban al lugar, Lucca notó el corazón tan acelerado que le costó respirar cuando llegaron a la habitación. Era una especie de sala decorada exclusivamente para que los huéspedes pudieran recrearse en el ambiente toscano de unos siglos atrás. Primero, contempló el suelo de porcelana restaurado. Se agachó para acariciar las formas que dibujaban florituras delicadas en tonos verdes, azules y amarillos sobre el fondo *beige*; motivos florales en sintonía con la butaca en tonos mostaza y tachuelas doradas sobre la madera brillante de los reposabrazos. Notó la mano de Valentina sobre su hombro, pero no se sintió preparado para mirarla. En el centro de la sala vio otro motivo que decoraba la porcelana. Era un círculo que representaba una especie de puerto de un lugar que desconocía. Dejó de mirarlo.

—Lucca —escuchó a Valentina llamarlo.

Se irguió para atenderla. Pero no la vio detrás de él. Al girarse, Lucca se percató de la pequeña mesa del aparador y la pared que recorría la entrada hasta la puerta acristalada del fondo, que daba a los viñedos y a los campos de girasoles de la finca. La pintura recreaba un hermoso campo de flores amarillas con poderosos tallos verdes que las giraban hacia el lugar donde Valentina aguardaba dándole la espalda. Lucca acarició los trazos desteñidos con cuidado; la pintura se mantenía en pie con dificultad. Se notaba que habían intentado restaurar el fresco en varias ocasiones y las capas superficiales de colores empezaban a desconcharse por algunas zonas.

—Vale, ¿has visto esto? —Incrédulo, notó que sus labios esbozaban una sonrisa.

—Lucca —volvió a llamarlo ella, esta vez con voz más firme.

Fue cuando él se decidió a alcanzarla. Y se le paró el corazón unos segundos, o una eternidad entera. Le cosquilleó la piel cuando notó que la sangre dejó de circularle por el cuerpo. Los ojos de Valentina se anegaron, bañando sus mejillas.

—Me cago en la hostia, Valentina —dijo detrás de ella—. ¿Cómo es posible? —Enmudeció. Las manos le temblaban. Los brazos le temblaban.

Valentina lo miró.

—Ya la hemos encontrado —murmuró—. Es preciosa, Lucca. Me ha… conmovido. Es la chica de tus dibujos, ¡es ella! Ya puedes dejar de buscarla, la viste aquí, tenías razón. ¿Cuándo viniste?

Lucca negó sin poder apartar la vista de la estatua que contemplaba tras Valentina.

—Nunca —contestó con la voz rota—. Valentina, yo nunca he estado aquí. —La miró a los ojos negros, llenos de destellos brillantes por las lágrimas.

—Pero si has venido corriendo a este lugar —contestó ella sin comprender—. Después de tu *déjà vu* mirando…

—Los girasoles, al abrazarte —terminó él la frase.

—Exacto.

—Vale —le dio la mano volviendo a examinar a la chica de la estatua, que parecía estar tendida en el suelo con las piernas encogidas, de una manera relajada. Llevaba un vestido sencillo cuya tela parecía replegarse sobre sus piernas mientras miraba de lado al campo de girasoles de la pared, con aquella expresión seria y anhelante que Lucca había dibujado pensando en Valentina—, vámonos de aquí.

—¿Qué? ¡Pero has encontrado a la chica de tus dibujos! ¿No quieres verla más?

—No, quiero irme de aquí. —Apartó la mirada de la estatua.

—Pero…

—¡Valentina! —Con los pulgares, le limpió las lágrimas resecas de los párpados. Ella se mantuvo tan firme como él—. Yo…, no he estado aquí en mi vida. No quiero seguir aquí. No quiero mirarla. Por favor. Quiero irme a casa. Quiero que me acompañes a casa.

Valentina asintió despacio, desconcertada. No pudo describir el sentimiento que le invadió al ver la escultura de la chica de los dibujos de Lucca. Tampoco pudo explicar lo que sintió al ver la expresión del chico cuando encontró la estatua esculpida. El rostro desencajado, los labios entreabiertos, los ojos brillosos y, de nuevo, los surcos rojos en los párpados.

Recogieron las cosas en silencio, sin intercambiar ni una palabra.

Se cepilló el pelo en el baño, incapaz de separarse de la sensación de incomodidad que le recorría el cuerpo. Lucca se había encerrado en un extraño mutismo y no quería compartir con ella lo que le pasaba. Al asomarse a la habitación, lo vio sentado a los pies de la cama, contemplando las palmas de sus manos. Temblaba y miraba sus manos como si no las reconociera.

—¿Te duelen? —le preguntó, arrodillándose frente a él. Le acarició las palmas con cuidado en busca de alguna marca, pero no vio nada extraño—. ¿Te has hecho daño en los viñedos?

Lucca negó mirándola, pero Valentina sabía que no estaba allí con ella. Estaba lejos, en otro lugar.

—Lucca —intentó llamarlo de nuevo—, puedes decirme lo que te pasa. ¿En qué piensas? Háblame.

—No puedo decirte lo que pienso —contestó él, tajante.

—¿Por qué?

—Porque vas a pensar que estoy loco. Yo pienso que lo estoy. Tengo que… pedir ayuda. Necesito ayuda. —Agachó la cabeza.

Valentina juntó la frente con la suya.

—Háblame para que pueda ayudarte.

Lucca tomó aire.

—Sé cómo se llama —confesó entonces, levantando la cabeza y apoyando sus manos sobre

las rodillas.

—¿Quién?

—La chica de la escultura.

Valentina notó los latidos de su corazón en las muñecas. Se agachó más para mirarlo a los ojos. Le apartó el pelo de la frente para que la mirara.

—¿Sabes quién es?

Lucca asintió. El nudo en su estómago le hizo daño antes de hablar.

—Se llama María.

22

«Necesito dibujarte»



En el agua siempre se sentía seguro, excepto aquella vez. Tras el calentamiento, Lucca no lograba concentrarse. Empezó a comprender que ni agotándose en el entrenamiento su mente dejaría de mostrarle lo que quería evadir. Brazada tras brazada, viraje tras viraje, la estatua se materializaba en sus pensamientos. Y veía a Valentina.

El brazo le dolía menos que otras veces, o quizá se abstrajo tanto que no pensó en el dolor ni en la tirantez de sus músculos al moverse.

Al regresar de la campiña, después de la escapada el fin de semana anterior, dejó a Valentina en casa de su hermana. Se despidió de ella algo más calmado. Le pidió perdón por haber actuado como un demente, y ella se limitó a besarlo con suavidad en los labios. Sin enloquecer. Sin hacer preguntas. Después lo abrazó. De una manera suave, tierna y delicada. Valentina era tan bonita y dulce que Lucca tuvo que luchar para no llevársela a casa con él.

Recordó los brazos de la chica abrazándolo mientras él aún mantenía el equilibrio sobre la moto de su padre. Su olor a vainilla y vino en la piel tostada por el sol.

—Gracias. —Fue lo último que le dijo antes de dejarlo en la calle para entrar en el portal.

Habían pasado dos días desde aquello.

Se sintió un imbécil por haber estropeado lo que les quedaba de día. Y por haber perdido el dinero de la reserva. Todo por un estúpido fallo en el cerebro. Por un *déjà vu* que ya ni siquiera recordaba haber tenido, pero por el que había actuado como un lunático.

Lucca se mantuvo en sus trece hasta después de llegar a casa y subir a su habitación. Cuando se sentó en la cama, de reojo, vio la carpeta verde entre sus libros.

—No me jodas. —Suspiró, pasándose las manos por el pelo.

La alcanzó mordiéndose el labio, dudando. No quería seguir indagando. Necesitaba que su mente se quedara en blanco unos minutos, que le diera una tregua para no seguir pensando que estaba loco. Cinco minutos después, con la carpeta en el regazo, se decidió a abrirla para sacar un puñado de los dibujos que guardaba en ella. Y la vio en cada uno de los bocetos. Los últimos eran todos iguales, del rostro de la chica de la escultura, desde la misma perspectiva. Conforme más dibujos sacaba, las perspectivas fueron cambiando. Lucca pensó en el busto de mármol que habían visto en la villa del Sol y se recreó imaginándose en pie junto a la chica de piedra blanca, rodeándola para visualizar cada ángulo. Los dibujos le ayudaron a verla mentalmente mientras la rodeaba en su imaginación. ¿Cómo había podido hacerlos con tanta precisión? Como si conociera hasta el último pliegue del vestido o la última arruga del corsé de lazos aterciopelados.

Por no hablar de los detalles del rostro. En los dibujos eran más realistas, como si la hubiera visto en persona. El rostro de la escultura no tenía tanta vida como en los dibujos, donde los ojos de la mujer brillaban y sus mejillas lucían encendidas.

Después de que la piscina se quedara vacía, Lucca continuó nadando. Siguió moviéndose hasta que le ardieron los músculos de los brazos y al fin sintió el pinchazo en su hombro,

recordándole que el daño seguía con él. Que seguía en la tierra, aunque su mente estuviera en las nubes, intentando cazar fantasmas.

No sabía qué decirle a Valentina, cómo podía justificar su comportamiento. Por eso no la llamó. Y, cuando la vio sentada en los escalones del portal, rascándose una pierna por algún que otro picotazo, sintió de nuevo la mente llena de neblina y el nudo en el pecho. Estaba leyendo. El cabello negro le caía por el hombro derecho. Llevaba un vestido nuevo, azul, con varios lazos en la zona del pecho.

Lucca no se atrevió a molestarla. Quiso ir hacia ella, pero una especie de pánico se apoderó de él. Decidió entrar en la pizzería, cabizbajo, evitándola, por si de casualidad lo veía. Por suerte, Valentina no se percató de su presencia.

—¿De qué vas?

Al poner un pie en el local, el corazón de Lucca se aceleró al escuchar de nuevo la voz familiar de Vita. Vio a su hermano tras la barra retorciendo el trapo de cocina con las manos y se imaginó los esfuerzos que estaría haciendo para no hacerle aquello mismo a la muchacha que, frente a él, le apuntó el pecho con una de sus afiladas uñas.

—Te estoy hablando, Serra. ¿Puedes contestarme? —Vita se cruzó de brazos, esperando a que le respondiera.

El aludido puso los ojos en blanco antes de poder siquiera procesar la situación. Aquello era lo último en lo que podía pensar.

—Te dije que no vinieras por aquí. Lo hablamos, Vita. Me dijiste que lo entendías. —Lucca se dejó caer en uno de los taburetes de la barra. Escuchó a Andrea amasar con fuerza, de la misma forma en la que él solía desahogarse.

—Me da igual lo que hablamos. ¿Te has ido con ella? ¿Con esa? —Vita apuntó con la mano al bloque de pisos donde vivía Valentina. Lucca suspiró—. Me dijiste que no era nada.

—Vita…

—¡No, Lucca! ¡Me lo dijiste!

—No levantes la voz, por favor.

Pegando los brazos a ambos lados de su cuerpo, la chica exhaló por la nariz con violencia. Sus grandes pendientes dorados lanzaron destellos cuando negó con furia.

—Eres un mentiroso asqueroso, Lucca Serra. Eres… ¿Te has acostado con ella?

—Vita, cálmate.

—Contéstame. —Lo miró, temblando de impotencia.

—Ya te dije que no íbamos a tener este tipo de conversación. Lo hablamos, ¿recuerdas? Nada de inmiscuirnos en la vida personal del otro.

—Tú eres mi vida personal —contestó ella. Sus ojos verdes llamearon. Arrugó los labios pintados de rojo en una mueca.

—No, no lo soy… —Lucca se acercó a ella. La agarró por los brazos, tratando de calmarla —. Por favor, no te pongas así.

—¿Así cómo?

—¡Como una histérica! —saltó Alda, lanzándole una de sus libretas.

Lucca la paró con la mano, lanzándole una mirada desquiciada a su hermana.

—¡Por favor, no empieces tú también! —le rogó, levantado la voz.

Negando con la cabeza, Alda se puso en pie, dispuesta a encarar a la chica que arremetía contra su hermano. Pero no contó con que Andrea podía con ella. Como de costumbre, este la cargó al hombro con rapidez pese a las patadas y maldiciones.

—Fuera de aquí —les dijo a Vita y a Lucca, que no tardaron en obedecer.

El corazón de Lucca se resintió cuando notó los ojos de Valentina sobre él al salir a la calle. Le dolió el pecho cuando a la chica de ojos negros se le borró la sonrisa de la cara al escuchar los gritos de Vita, al verla caminando hacia él. Valentina lo miró sin comprender. Se puso en pie cuando escuchó su nombre en los labios equivocados.

—Me dijiste que era una cría, que no tenía nada de lo que preocuparme. Y resulta que te la has llevado de escapadita romántica, ¿no?

Lucca se dejó empujar. Cerró los ojos para no ver la expresión dolida de Valentina. Ni para tener que enfrentarse a la cólera de Vita.

—No es asunto tuyo, Vita. Mi vida personal no es asunto tuyo. No vas a saber nada de ella.

—Me dijiste que siempre me querrías —le reprochó la chica, negando.

—Siempre lo haré, pero no como tú quieres. No puedo quererte como tú quieres —trató de explicarle.

—Antes lo hacías. ¿A ella la quieres? ¿La quieres como me quisiste a mí? —Vita se aferró a la camiseta de Lucca, tirando de él para que la mirara—. No puedes, Lucca. Me dijiste que no era nada… Tú no mientes. Tú no me mientes…

Valentina subió un escalón. Sus ojos se encontraron con los del chico, que sintió el ardor en el interior del pecho al ver aquellos ojos palidecer.

—Yo no miento, Vita. Tienes razón —suspiró él, volviendo a centrarse en la chica de ojos verdes que temblaba hecha una furia en mitad de la calle—. No como tú. Me destrozaste. Acabaste con mi confianza y mi fe ciega hacia ti. ¿Esperas de verdad que tenga que darte explicaciones? ¿Es que no te cansas de volver a caer y repetir lo mismo una y otra vez? No me quieres. Si me hubieras querido alguna vez, jamás me habrías hecho daño. Y no has parado de hacerlo desde que te conozco.

»Estoy cansado de que montemos escenas. De que vengas a pedirme explicaciones que no mereces, porque ya no estás en mi vida de esa manera. Y estás ganándote salir de ella por completo.

Lucca apartó la mirada de los ojos verdes de Vita cuando se llenaron de destellos. Sabía lo que pasaría después. Se pondría a llorar desconsoladamente y él tendría que abrazarla para calmarla. El ciclo se repetía. Una y otra vez de manera enfermiza. El bucle era espantoso.

El libro de Valentina cayó al suelo, haciendo que Vita reparara en ella. La chica cogió aire emitiendo un jadeo que a Lucca no le dio buena espina. Antes de que Vita se dispusiera a alcanzar a Valentina, la rodeó por la cintura para retenerla.

—¿Qué miras? —le gritó a Valentina. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas—. ¡Desaparece, niñata!

—Vita, por favor… —suplicó Lucca, tratando de que no perdiera los nervios. Pero era una batalla perdida.

Valentina subió los escalones despacio, sin perder de vista a Lucca, olvidándose del libro que había caído al suelo. Cerró la puerta del portal con tanta fuerza que los gritos se detuvieron.

—Me ha provocado, esa gilipollas me ha provocado.

—Se acabó —sentenció él con firmeza. Ella negó, dudando—. Vete a casa. Y pide ayuda a otro. No cuentes más conmigo.

—Estás de coña.

—No estás preparada para que tengamos una relación sana de amistad, y yo no voy a darte más que eso. Si no me quieres como amigo, no vas a tenerme. Es así de sencillo.

Los labios rojos temblaron.

—Y no te acerques a ella o las cosas se van a poner muy feas, Vita. Lo digo en serio.

Por primera vez, se alejó sin remordimientos. Corrió al portal, deteniéndose para recoger el libro del suelo. Tocó al portero aun sabiendo que Valentina no le abriría. De reojo, contempló a Vita, que siguió parada en mitad de la calle mucho después de que él consiguiera entrar en el edificio.

—Pensaba que no me abrirías. —Se asomó al interior del apartamento, recobrando el aliento. Había subido los escalones de tres en tres. Llevaba el libro debajo del brazo.

—¿Qué le dijiste de mí? —Valentina no retrocedió para dejarlo pasar. Tendió la mano para recuperar lo que era suyo—. ¿Que era una niñata con la que pasabas el rato?

—Vale, por favor, ya la has visto… No le dije eso, pero ella lo lleva todo a otro nivel. No es una persona estable y yo…

—Lo distorsionaste, entonces.

—Cuando hablé con ella de ti, no te conocía como ahora, ¿de acuerdo? Eso es. Quise que se quedara tranquila, nada más. No le hablé mal de ti. Nos estábamos conociendo, Vale.

—¿Nos persigue? ¿Se dedica a espiarnos?

—Tiene muchos amigos y Florencia es pequeña —explicó Lucca, encogiéndose de hombros —, cualquiera ha podido decírselo. No le des importancia —le suplicó. Trató de poner un pie en la casa, cuando ella se lo impidió. Le dolió en el alma aquel gesto de rechazo—. Vale, por favor, déjame entrar.

—No me apetece, Lucca.

—Por favor…

Entonces la escultura, el dolor del hombro, la palidez en los ojos de Valentina, la reacción de Alda y los gritos de Vita… Todo se mezcló en su cabeza, tirando de él hacia un lugar del que no estaba seguro de poder salir solo. Se derrumbó como nunca antes lo había hecho. Cayó de rodillas frente a ella, que, sobrecogida, no supo cómo actuar. Al escucharlo sollozar, se arrodilló a prisa a su lado.

—Tú no, Valentina —lo escuchó murmurar—. Tú no…

Lo abrazó, tratando de calmarlo. Tiró de él para que entrara en la casa, pero parecía pesar una tonelada. Finalmente, cayó sobre ella en el suelo. Las lágrimas de Lucca le mancharon el cuello cuando se abrazó a ella.

—Lucca, perdóname —le suplicó, desesperada. No podía verlo así.

—Joder, *girasole* —suspiró él, rodando sobre el suelo sin soltarla. Tiró de ella de manera que la chica quedó encima de él, apoyada en su pecho con las piernas a horcajadas sobre su cadera—. Vita no es nada, solo estás tú. Solo tú. ¿Me entiendes? Dime que lo entiendes.

Valentina se acercó al rostro del chico con precaución. Llevaba dos días sin verlo. Dos días en los que no había podido dejar de pensarlo. Ni tampoco había olvidado la campiña, los girasoles, la familia Mancini y la villa del Sol. La terrible cata de vinos. El cuerpo de Lucca y el suyo buscándose en la cama de la habitación. La forma en la que la había abrazado después de haberse acostado con ella y los besos que le había dado. Le quemaban por todas partes. Podía sentir su propia piel chillando que lo echaba de menos.

La escultura llamada María.

Lo miró a los ojos antes de besarlo. Lucca le devolvió el beso con una furia desconocida, sin delicadeza y con decisión. Le cogió la nuca para acercarla más a él. También la atrajo por la cadera. Valentina sintió su cuerpo de gelatina cuando lo escuchó gemir contra sus labios. Las

manos de Lucca ascendieron por sus muslos hasta colarse por dentro del vestido. El frío y el calor, todo colapsó dentro de ella.

De una patada, Lucca alcanzó la puerta. El portazo retumbó por todo el pasillo. Valentina se estremeció solo un segundo, el tiempo que él tardó en preguntarle si estaban solos.

—Sí, claro. No estaríamos así delante de Martina —contestó, azorada, en un susurro.

—Bien —los ojos de Lucca se oscurecieron. Valentina reconoció aquella mirada, incluso antes de que le arrancara el vestido, haciéndole levantar los brazos—, no quiero parar. —Volvió a besarla, esta vez con más calma, sin dejar de acariciarla—. Necesito demostrarte que solo estás tú, Vale. Solo tú.

Ella asintió mientras aquellos labios desesperados recorrieron su cuello, haciéndola estremecer. El vello de sus brazos se puso de punta cuando los dedos de Lucca alcanzaron el cierre del sujetador. Ambos se estremecieron.

—Y necesito que me demuestres que para ti solo estoy yo, Valentina.

Ella asintió de nuevo, desesperada porque le quitara la prenda y se dejaran de juegos.

—Dímelo. —Los ojos de Lucca llamearon al clavarse en los suyos —. Yo ya te lo he dicho a ti. Dímelo, Valentina.

—Solo puedo pensar en ti, Lucca. Solo estás tú. Solo tú. —Tragó saliva, notando la garganta reseca y el fuego quemándole por todas partes.

Dejó que la besara de nuevo, atrayéndola por la parte baja de la espalda. Sintió los dedos del chico escalar por su espalda despacio, alcanzando hasta el último rincón de su piel mientras no dejó de besarla por todas partes. El suelo pronto dejó de estar fresco.

Se pusieron en pie dando trompicones mientras sus besos se volvían más y más furiosos. Se contemplaron hambrientos del otro, temblando. Echando una mirada rápida a la cama de Martina, Lucca la rodeó con los brazos. Besó a Valentina en la nuca sin dejar de acariciarle la piel de la espalda y los brazos.

Esperó a que ella le indicara el camino a su habitación, donde aún seguía la maleta en el suelo y las piruletas sobre el escritorio. Donde se hundieron en la pequeña cama de noventa entre caricias, risas y jadeos. Y la llamó, porque necesitó sentirla junto a él en todos los sentidos. Necesitó sentirse fijo en la tierra y que Valentina fuera esa ancla que lo atara, que no lo dejara volar.

Lucca se perdió de nuevo en el cuerpo de Valentina, en el olor dulce de su piel cálida y en sus ojos negros que, desde hacía tiempo, dejaron de darle miedo.

Y fue maravilloso cómo volvió a encontrarse junto a ella, pese a que sentía que una parte él se hacía añicos. Con Valentina, la realidad dolía menos, todo pesaba menos. Su hombro parecía curado. Su corazón había cicatrizado todo el daño que había padecido.

La abrazó, pese a que el sudor continuó resbalando por sus pieles. La pegó a su pecho, acariciándole la espalda desnuda, sintiendo el cabello negro hacerle cosquillas en las mejillas y sobre los párpados de sus ojos cerrados.

—Mierda —exclamó ella, haciendo que Lucca despertara de su trance, en el que trataba de recuperar el aliento. Se reincorporaron a la vez—, ¡me ha picado un mosquito!

—Maldita sea, Vale. —Tiró de ella para sentarla en su regazo. La escuchó protestar mientras le llenó el cuello de besos—. No me des estos sustos.

—No entiendo esta fijación que tienen conmigo, de verdad que no.

—Yo los entiendo, *girasole*… —Lucca se mordió el labio inferior contemplándola de nuevo.

Ella trató de esconderse tras sus brazos, ahogando una risa azorada.

Se tumbaron de nuevo sobre la cama, quedando de frente el uno del otro. Con la mano libre, Valentina acarició el rostro de Lucca despacio. Tenía las mejillas tan suaves que todavía le costaba creer que tuviera la edad que decía. Ni rastro de barba. Le acarició la punta de la nariz reteniendo un suspiro tras los labios. Era…

—Nunca me han gustado los rubios —le dijo de pronto. No fue capaz de parar el pensamiento.

El chico abrió mucho los ojos, sorprendido. Trató de hablar, pero no encontró las palabras, solo pudo reír de manera atropellada.

—¿Gracias?

Los labios de Valentina volvieron a encontrarse con los suyos, impidiéndole seguir la conversación. De nuevo, se convirtieron en una marabunta de brazos y piernas entre caricias y abrazos.

—He soñado contigo, Valentina —le confesó, cuando trataron de recuperar el aliento, tiempo después—. Y ahora necesito dibujarte.

Ella tembló entre sus brazos por respuesta, hundiendo la cabeza en el pecho de Lucca, que subía y bajaba con rapidez.

23

Y terminó con la carta del sol



Salió de la habitación imaginándola sobre el papel, bajo trazos de lápiz y esbozos. Sus mejillas encendidas, incluso las marcas de las picaduras de mosquitos sobre sus piernas. Quería dibujarla entera. Sentada en las escaleras del portal o encogida sobre su cama entre las sábanas rosas de Ikea. Cualquier estampa le valía. Necesitaba dedicarle un cuaderno entero.

Valentina lo rodeó al pasar por su lado hacia la cocina y él la agarró de la cintura. Le apartó el pelo de la frente para volver a besarla.

—Joder, Vale —le dijo con voz ronca, sintiendo cómo la muchacha se estremecía mientras la tocaba—. Para ya.

—¿De qué?

—De ser tan…

Valentina se apartó de él con los brazos en las caderas y una sonrisa traviesa curvándole los labios. Estaban rojos por los besos que habían compartido.

—¿Maravillosa? —Se carcajeó ella.

Lucca la persiguió alrededor de la mesa.

—Entre otras cosas.

—¡Oh, me derrito!

—Puedo ser un romántico cuando me lo propongo. Ya lo sabes.

Valentina se dejó atrapar de nuevo. Cerró los ojos cuando Lucca se detuvo a besarla con parsimonia, haciendo que los labios de ambos se acariciaran de forma enloquecedora. Sintió el fuego estallarle en el estómago, extendiéndose hacia la parte baja de su abdomen al tiempo que las manos del chico deslizaron los tirantes de su vestido por la curvatura de sus hombros.

—¡Qué puede venir mi hermana! —Se apartó de él arreglándose el vestido, fingiéndose preocupada. Era muy extraño que Martina hiciera acto de presencia a esas horas, pero nunca estaba de más ser precavidos.

—No creo que se escandalice mucho. ¿No se lo has contado? —Enarcó una ceja en su dirección. La escuchó aclararse la garganta mientras se peinaba el pelo con los dedos.

—¿Qué le hubieras contado tú?

—Que estás loca por mis huesos, ¿no? —Al ver que ella no contestaba, Lucca se puso serio —. Vale, ¿no le has hablado de mí?

—No tenemos ese tipo de relación —dijo, jugueteando con los mechones de pelo dorado que al chico le caían por las sienes. Sí que le había crecido. Ladeó la cabeza—. La última vez que hablamos me echó las cartas —dijo dudando. Bajó la mirada para no encontrarse con los ojos curiosos de Lucca escrutándola con curiosidad.

—¿Y qué te dijo?

Valentina lo miró pasando a ser ella la que tenía curiosidad.

—Me dijo cosas raras.

—¿Qué cosas? —se interesó él.

—¿Es que lo sabes?, ¿sabes lo que hace Martina?

—¿Que Martina sabe leer el tarot? —preguntó Lucca con cautela, sin saber si hablaban de lo mismo. Valentina asintió con los ojos irisados, preparándose para reaccionar ante la respuesta del chico—. Claro que lo sé, mi hermano siempre le estaba preguntando cosas. Hasta mi madre lo sabe. Le dijo que tendría que separarse de nosotros un tiempo y, mira, lleva dos meses con mis abuelos.

Valentina retrocedió para sentarse sobre la mesa. Pestañeó con gravedad antes de mirarlo de nuevo. Los ojos azules de Lucca le aceleraron el corazón sin esperarlo. ¿Es que no había forma de mantener la respiración estable a su lado? Era salvaje la forma en la que le faltaba el aire al estar en la misma habitación que él. No podía ser normal.

Se contempló las palmas de las manos, que le sudaban aunque las limpiara sobre la tela de su vestido. Hasta que las manos de Lucca se enredaron con las suyas.

—Pensaba que lo sabías —continuó él. Le hizo cosquillas con la punta de la nariz en la frente.

—No, me enteré la noche que… —Valentina guardó silencio, insegura—. En fin, esa noche.

—No lo digas —negó Lucca, poniéndose tenso de repente. Los músculos de su cuerpo se endurecieron como la piedra. Valentina trató de imaginarlo esculpido en mármol como el *David*, el día que lo vieron en la Academia—. O puedes decir que fue la noche mágica en la que me pediste que te besara. —Trató de darle la vuelta a la conversación. Lo último que quería era que Valentina recordara a Leone.

—Sí, esa noche —coincidió ella con una tierna sonrisa en los labios, agradeciendo que hubiera escogido aquel momento de la noche—. Cuando me trajiste a casa, esparció las cartas sobre la mesa después de decirme que me concentrara. Todo para no mantener conmigo una conversación seria.

—Es que seria das miedito, *girasole* —rio él. Valentina le dio un golpe en el hombro—. No la culpes.

—Yo no doy miedo —negó.

—Sí que lo das. Un poco sí.

—Eran mis ojos, ¿no? Me dijiste que te daban miedo.

—Ya nada de ti me da miedo, Valentina. Es imposible. —Le estrujó las mejillas con los pulgares—. He descubierto el secreto que guardas —dijo con una sonrisa triunfal en los labios.

La vio fruncir el ceño.

—¿Yo?

—Bueno, tus ojos. La palidez de tus ojos.

—Mis ojos no son pálidos —refutó ella convencida.

—Ese es su secreto —explicó Lucca—. Me dicen si mientes, si te asombras o te alegras. Me lo dicen todo aunque tú no quieras.

—Así que… no puedo mentirte.

—No, Vale. No puedes mentirme.

—Estoy jodida.

—Básicamente. —La besó con fuerza mientras la subía a la mesa aupándola por los muslos.

Ella se agarró a su cuello tratando de que no se colara entre ellos ni un solo centímetro de distancia que los hiciera distanciarse. Los labios de Lucca bajaron por su cuello hasta seguir la dirección de su clavícula izquierda. Ella ladeó la cabeza para dejarlo acceder a su piel.

Suspiró con fuerza al sentir las manos de Lucca trepando por la piel de sus piernas, levantando la tela de su vestido. Se sujetó a su espalda cuando el chico se inclinó sobre ella, recostándola un poco sobre la superficie de la mesa hasta que algo se le clavó en las costillas. Los dos se miraron compartiendo un jadeo.

—Valentina, compórtate, que tu hermana puede llegar en cualquier momento. —Lucca se carcajeó de ella. La ayudó a coger el libro tras su espalda. Lo había olvidado por completo.

Al recogerlo del suelo en la calle, ni siquiera había reparado en la portada o en el título. Lo observó sin pestañear.

—*Muchas vidas, muchos maestros*, ¿de qué va? —le preguntó tras leer el título.

—Habla sobre las experiencias de las vidas pasadas —contestó ella, rodeándole la cintura con las piernas para que no se apartara de su lado. Funcionó, porque Lucca no se movió ni un milímetro—. Lo escribe un famoso médico y psiquiatra estadounidense tiempo después de tratar a una paciente especial que le hace cambiar de mentalidad —prosiguió.

Balanceando el libro sobre la palma de su mano, Lucca la miró enarcando una ceja.

—Esto es lo que me dijiste cuando te llevé a Santa María del Fiore. Me preguntaste si me veía viviendo en otra época, ¿no?

—Pero me dijiste que no, muy convencido.

—Es verdad, porque no tiene sentido. No me hizo falta pensarlo mucho.

Valentina le quitó el libro, devolviéndolo a la mesa.

—No pienses en si tiene o no sentido.

—¿Te crees lo que dice, entonces?

—Habla de cosas interesantes y curiosas… Porque a veces hay cosas que no se pueden explicar con la razón. Cosas que cuesta comprender, como tener recuerdos que no nos pertenecen.

—No podemos tener recuerdos que no nos pertenezcan. Eso no tiene sentido.

—¿Y qué me dices de tu *déjà vu* del sábado? —Buscó la mirada del chico, que se perdió a través de la ventana de la cocina. Se quedó mirando el muro del edificio de enfrente.

—Eso fue muy raro. Pero ahora, viéndolo desde otra perspectiva, no fue más que un fallo del cerebro. Como tú dijiste.

—Lucca —lo llamó con cuidado por si lo espantaba—, se te cambió la cara. Estabas desorientado, pero al mismo tiempo sabías hacia dónde ibas. Me dijiste que ya habías estado antes en ese lugar. Encontraste a la chica de tus dibujos, ¿no te parece curioso?

—Me parece una locura, Valentina —le confesó en un susurro. Suspiró—. ¿Tu libro puede explicarme lo que me pasó?

—Una regresión quizá pueda. —Al ver que Lucca esperaba a que continuara, prosiguió con la explicación—: Es una especie de hipnosis en la que pueden llevarte a un estado de relajación con el que puedas llegar a tus recuerdos de vidas pasadas. Quizá la chica de la escultura…, María —aclaró, tragando saliva—, fue alguien importante para ti. Por eso la dibujas. Por eso sabías dónde encontrarla, aunque fuera de manera inconsciente.

—Quizá —dijo él, con la mirada perdida—, ¿puede el doctor Weiss darme una cita? —Rio con ironía.

—A mí me despierta curiosidad. —Valentina se encogió de hombros.

—¿Dónde has conseguido el libro? —preguntó Lucca, echándole otro vistazo al volumen de tapa blanda lleno de páginas y esquinas dobladas. El papel amarillento era una señal clara de que el ejemplar había pasado por muchas manos—. Parece sacado de un mercadillo.

—Lo compré el sábado en el puesto de libros. Después de que me dejaras en el piso, bajé a dar una vuelta y vi un cartel con las novedades. El hombre del puesto me lo recomendó.

Lucca asintió mirando la portada. Ojeó un par de páginas antes de devolverle la mirada a Valentina.

—Estás tan tranquila hablándome de vidas pasadas, pero seguro que te pusiste histérica cuando tu hermana te leyó las cartas.

—Qué va.

Lucca se mordió el labio.

—Vale, tus ojos te delatan. Venga, dime qué te dijeron las cartas. A lo mejor puedo ayudarte.

—¿En serio?

—Te sorprenderías. Todavía hay muchas cosas de mí que desconoces.

Las piernas de Valentina se cerraron todavía más, haciendo que Lucca chocara con el borde de la mesa. Le sonrió peligrosamente.

—Veamos, yo soy la escéptica de las cartas que lee sobre vidas pasadas y tú eres el crédulo del tarot, pero el escéptico de otras vidas.

—Yo no lo habría analizado mejor, *girasole*. Me fío más de la intuición hacia el futuro que de la supuesta reencarnación.

—Pero ¿y si existe?, ¿y si podemos reencarnarnos?

—No sé a dónde quieres llegar.

—Da igual —suspiró ella, apartando el tema. No iba a conseguir nada por el momento. Además, tampoco era una entendida en la materia, y reconocía que era raro de procesar—. Volvamos a las cartas.

Le explicó a Lucca la pequeña historia que Martina le relató sobre un pozo oscuro, espinas que arrastraba de un pasado doloroso que aún llevaba con ella. Y terminó con la carta del sol.

—Martina me dijo que tenía que hacer unas consultas y ya me diría, pero, como comprenderás, sigue pasado de mí. Yo creo que me vaciló para asustarme o algo, porque no hemos vuelto a hablar del tema. ¿Qué te parece?

—Me parece raro que te preguntara si has estado casada —confesó Lucca, asintiendo—. Quiero decir, tienes diecinueve años…

—Eso fue lo más extraño de todo —coincidió ella. Le rodeó los costados con los brazos.

Él la imitó.

—Pero coincido con tu hermana: el tres de espadas es una advertencia muy fuerte, y junto a tu torre… Es una tirada curiosa. Pregúntale cuando la veas. Me interesa saber sobre ese reencuentro y sobre esa noticia.

—Ya tienes más curiosidad que yo —lo pinchó—. Son solo cartas —se burló.

—Y los recuerdos son solo recuerdos —la imitó.

Valentina apretó los labios.

—Bueno, la carta del sol, según me dijo —comentó, volviendo al tema del tarot—, representa el final de un ciclo en el que conseguía avanzar.

El chico se despegó de ella un instante.

—¿Te imaginas que hablan de mí? —Los ojos azules de Lucca la interceptaron y ella maldijo por si sus iris negros la delataban al palidecer.

No se había planteado aquel giro de la historia. De inmediato, notó mariposas enloquecidas bailando en su estómago.

¿Las cartas hablaron sobre Lucca? No podía ser. En el caso de que funcionara, el tarot había hablado sobre Matteo. No podía ser de otra forma.

—Martina dijo que por mi culpa había pasado algo extraño en la tirada. Según ella, no parecía mi historia —se precipitó a aclarar, para alejar de su mente la idea que el chico había propuesto.

Él retrocedió un poco, bajando la mirada a su cuello.

—Si hablan de él, de Matteo —se atrevió a continuar Lucca—, quizá esa relación que aparece en el futuro…

Guardaron silencio, sin atreverse a continuar.

—Vale —la llamó al cabo de unos minutos. Ella le clavó los dedos en los hombros, reclamando su atención. Aun así, Lucca no fue capaz de mirarla al hablar—, no me rompas en pedazos, por favor —le pidió con la voz encogida, como si le costase hablar—. En esta vida ya me han roto y estoy tratando de recomponerme. No termines conmigo, por favor.

Valentina lo abrazó sintiendo un nudo horrible enredándose en su estómago.

Recordó aquel día en la pizzería, cuando le entregó los paquetes a Ezio bajo la atenta mirada de un chico rubio al que aún no conocía. Pero del que terminaría prendándose hasta la última fibra de su ser. Así lo sintió justo en ese momento, mientras se abrazaron en la quietud de la cocina bajo el único sonido de sus respiraciones acompasadas.

Después de haberse sentido cohibida bajo los penetrantes ojos azules del mediano de los Serra, que la hicieron sonrojarse de manera descontrolada, Valentina no podría haber imaginado verse en esa situación con Lucca. Sintió que tiraba de ella. Con su carácter tierno, disparatado y arrollador.

Con su arrojo y sus manos de artista.

Un presentimiento le prendió las entrañas.

Cerró los ojos y se dejó acunar por él, sin poder dejar de darle vueltas a lo último que le había dicho: ya lo habían roto en esta vida.

24

La última tarde en la que se abrazaron



Fue el lunes más intenso de su vida.

Y, aun después de tratar de olvidarlo, el tiempo no borraría la huella que se grabó en él ese día.

Cuando Lucca regresó a la pizzería, entró con cautela, esperando ser recibido entre feroces gritos. Había un pequeño grupo de estudiantes de intercambio en una de las mesas y gente tomando refrescos y pequeños *calzones,* que eran la especialidad de Andrea. El muchacho paseó la vista por la barra buscando a su hermano, pero solo encontró a su padre. Ezio le señaló el almacén con la cabeza. Pasó por su lado palmeándole la espalda con cariño. El hombre le dio un latigazo sonoro con el trapo de la cocina, llamándolo holgazán y zalamero, con una sonrisa enorme en la cara.

Lucca encontró a Andrea apoyado en la pared del exterior, en el patio que se veía desde la ventana de Valentina. Pensarla ese instante llenó su estómago de turbulencias.

—Ey, pensaba que estarías esperándome para lanzarme una bola de masa o algo —le dijo, pero Andrea no se movió—. ¿Andy? —le dijo, imitando el tono de su voz cuando lo llamaba Lucky, como su madre.

—La he acompañado a casa —respondió este, soltando el humo del cigarrillo que tenía entre los labios. Lo apartó de su boca antes de mirar a su hermano—. No he podido dejarla como estaba en mitad de la calle. Después de irte, se quedó abrazada como un alma en pena, temblando. Ha podido estar así media hora, con la mirada perdida. Lucca, esa chiquilla tiene problemas, problemas de verdad —dijo, refiriéndose a Vita.

—Lo sé. —Agachando la cabeza, Lucca suspiró—. Por eso intento mantener la calma cada vez que vuelve, porque sé que necesita ayuda. Pero ya no puedo más. —Miró a su hermano a los ojos. Como él, los párpados de Andrea también se llenaban de surcos rojos cuando se preocupaba. Se acercó con el corazón en un puño.

Había vuelto a los cigarrillos de verdad.

Lucca sintió el corazón a punto de salirse de su pecho. Para Andrea, sin duda, aquello era un paso atrás.

—¿Era tuyo? —preguntó entonces su hermano, tirando el cigarrillo al suelo para aplastarlo con la suela de la zapatilla—. ¿El crío era tuyo? —No fue capaz de mirarlo a los ojos. Lucca pestañeó al tiempo que negaba con la cabeza. Notó cómo su corazón le dio un puñetazo justo en las costillas.

Se ahogó durante el segundo en el que imaginó aquella situación.

—No, cuando pasó, ya llevábamos tiempo separados —explicó Lucca. Recordar el tema de Vita le provocaba temblores y dolor de cabeza.

—¿Estás seguro? Con lo inestable que parece…

—Completamente seguro —asintió Lucca, palmeando el hombro de su hermano—. Por

aquel entonces solo la veía para que se tranquilizara, para ayudarla. El desliz lo tuvo con otro. —Trató de reír, pero no encontró la fuerza, porque no era algo agradable de recordar. Aquella época oscura era algo que creía tener superado, pero lo cierto era que todavía le traía escozor. Una traición como la de Vita no podía borrarse con facilidad.

—El muchacho de la moto —comprendió Andrea, de repente, como si al hablar se le iluminaran las ideas—, el que se encontraron en el callejón… —murmuró con la vista fija en la nada.

Lucca cerró los ojos. Recordar esa noticia le ponía los pelos de punta. Cogió aire despacio.

—Sí —afirmó—, fue con ese. Me engañó con él y se quedó embarazada —confesó en un susurro, como si la voz le escociera en la garganta. Jamás lo había dicho en voz alta ni lo había hablado con nadie. Notó cómo la carga que llevaba anudada en el pecho comenzó a liberarse. Su hermano le pasó un brazo por la espalda en señal de apoyo.

—No sé cómo cojones pudiste ayudarla después de eso. Después de lo que te hizo.

—Vita puede ser la mujer más irritante de la tierra, pero cuando me quería… Cuando nos queríamos —corrigió carraspeando—, lo hicimos de verdad. Así que, cuando me contó lo que le había pasado y lo que quería hacer, tuve que apoyarla. Estuvimos juntos mucho tiempo, y sé que, por muy inestable que parezca, piensa las cosas más que nadie. Estuvo fatal que me engañara, y esa lección ya la aprendimos los dos. Pero lo del embarazo no fue planeado. Lo que pasó después no fue esperado por nadie, Andrea. Fue una locura. No pude dejarla pasar por aquello sola.

—No sé si creérmelo, Lucky.

—A todo el mundo puede pasarle, paleto —trató de bromear, dándole un puntapié—. Lo de tener un imprevisto, quiero decir. ¿Quieres que te repase la lista de sucesos? —Esta vez sí consiguió reír. Fue una risa débil, pero suficiente para animarlos a los dos durante los segundos que duró, antes de morir en sus labios.

—Puede ser…

—Nada fue planeado. Ni siquiera lo de engañarme con otro. Simplemente pasó. En poco tiempo vio su vida patas arriba y sin saber qué hacer. Solo quiso pedirme ayuda a mí, y yo no pude dejarla sola.

—Eres demasiado bueno, Lucky Luke. Joder que si lo eres. Me cago en todo. —Andrea hizo una pausa, apartándose de él—. ¿Cómo murió? No quise enterarme —siguió con el tema escabroso, el que Lucca rezaba por no volver a escuchar.

Los ojos del menor relucieron. Andrea vio cómo la cara de su hermano enrojeció al momento.

—La versión oficial es que fue una sobredosis.

—Pero iba en moto —dijo Andrea, sin comprender—. Lo encontraron en un callejón con su moto…

—Lo ataron a la moto, Andrea. Alguien lo quiso así.

El alto de los hermanos Serra se llevó las manos a la cabeza. Cuando se alteraba, solía acariciarse el nacimiento del pelo para calmarse, en un punto concreto sobre la frente.

—¿Tenía problemas? —preguntó con la voz rota.

—No lo supimos. No conseguí que Vita me dijera nada del tema, al fin y al cabo, ni ella ni su familia pueden relacionarse con gente como esa. Yo creo que tenía problemas con el juego, pero prefiero no saberlo, la verdad.

—Lucca.

No lo llamó Lucky Luke.

—¿Qué?

—Me han dado un ultimátum. Estoy jodido. —Pateó una piedra del patio, que rebotó contra uno de los árboles cercanos. Lucca se concentró en el sonido que se extendió por el aire después de que rebotara por todas partes—. No dejes que se acerquen a Alda. Y dile a Valentina que no vuelva a salir sola. De vez en cuando la veo dar vueltas por aquí. —Se estremeció, con la vista perdida en algún punto frente a él.

Lucca notó como la sangre se le congelaba en las venas. Había escuchado los dos nombres que rezaba porque se mantuvieran excluidos en lo referente a los problemas de su hermano. Ni Alda ni Valentina. Ellas no.

—¿Te han dicho algo de Valentina? —Permaneció inmóvil, con los brazos rígidos a ambos lados de su cuerpo.

Andrea cerró los ojos con pesadez. Estaba cansado, su piel cenicienta así lo denotaba.

—Hablé con Martina, para prevenirla —comenzó—. Se pasa el día fuera de casa y llega tarde. Y me contó lo de ese gilipollas con el que solía estar. Lo que intentó hacerle a su hermana…

Los puños de Lucca se apretaron de manera inconsciente. Ejerció tanta presión que se clavó las uñas en las palmas de las manos sin darse cuenta.

—Fue él, Lucca. Leone me metió en esta mierda de la que no sé cómo salir —confesó con un hilo de voz.

Aquella fue la primera vez que Lucca vio a su hermano hacerse añicos de verdad. Notó cómo la voz se le rompió en el interior del pecho. Sonó a cristales rotos, a tela resquebrajada. Andrea se rompió ante sus ojos y tuvo una corazonada arrolladora que lo lanzó de cabeza al vacío.

Jamás lo vería recompuesto. Había perdido a su hermano.

Lo abrazó desesperado, tratando de infundirle un ánimo que no tenía. Las lágrimas le quemaron en el borde de los ojos, pero se negó a soltarlas. Se mordió la lengua para tranquilizarse y tratar de pensar con frialdad. Él era fuerte, tenía que serlo por todos. Por su hermano.

—Lucky —Andrea volvió a emplear su tono jocoso, aunque con voz temblorosa—, por favor, no dejes que nadie le toque un pelo a nuestra pequeña, ¿vale?

—Nadie le va a tocar un pelo a nadie. Ni a ti, pedazo de calvo gilipollas —dijo en serio, notando el fuego de la rabia consumirlo por dentro. Notó ardiendo la piel de los brazos.

El sollozo de Andrea terminó por destrozarlo.

Cayeron de rodillas sobre el empedrado del patio, abrazados como jamás imaginaron. Los hermanos Serra hicieron piña cuando la pequeña Alda los encontró tirados en el suelo, tratando de calmar los temblores de sus cuerpos. Fue a hablar cuando el brazo de Lucca la atrajo junto a ellos. Alda se dejó abrazar, desconcertada. Sus hermanos eran las personas más orgullosas e inestables que había conocido, por lo que no pudo contener la impresión que le causó verlos de aquella manera, abrazados y tragándose sollozos. Dejó que le dieran cobijo aquella tarde de agosto en la que el sol se escondió demasiado pronto.

La última tarde en la que se abrazaron.



Desde lo alto del edificio de enfrente, Valentina contempló la estampa sobrecogida. Se apartó de la ventana temblando, notando el corazón a punto de salirse de su pecho.

Corrió a la cocina al escuchar la puerta.

—¿Qué pasa? —Martina la miró como si hubiera visto un fantasma. Dejó una bolsa con comida sobre la mesa y se acercó a ella—. ¿Estás bien?

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero. —Puso los brazos en jarras.

—Me da igual, Martina. ¿Qué le pasa a Andrea?

Su hermana se puso blanca como la pared del baño. Se alejó de ella negando.

—No quiero hablar de Andrea —le dijo, convencida.

—Acabo de verlo por la ventana, está desesperado. Le ha dicho algo a Lucca que no he podido escuchar. Pero sí he conseguido captar que ha hablado contigo, y le ha dicho algo de mí. Algo de Leone. —Tragó saliva—. ¿Qué ha pasado con ese desgraciado?

—Nada, ni va a pasar —zanjó Martina.

—Martina —la encaró su hermana—, he tenido tiempo para aprenderme las expresiones de Lucca, y créeme, he visto cómo se le ha puesto la cara y cómo ha apretado los puños. Tú lo sabes, ¿qué pasa con Leone?

—Valentina, estoy muy cansada…

—Siempre estás cansada para hablar conmigo. ¿Vas a volver a sacar tus cartitas para hacerme callar? ¿Me vas a contar una historia de fantasía para que cierre la boca y te deje en paz? ¿Así es como vamos a hacer las cosas este año? Si no te hacía gracia que viniera, habérmelo dicho de otra forma.

—No digas tonterías.

—Te digo la verdad. ¡No soy un mueble, Martina! Ahora vivo aquí, ¡vivo contigo! Y tú pareces no convivir conmigo. Después de estos meses seguimos siendo dos extrañas. Vine aquí para relacionarme contigo, ¡quiero ser tu hermana! Déjame serlo.

No se dio cuenta de que se le escaparon algunas lágrimas sobre las mejillas. Se las limpió con rabia, notando las manos temblorosas y el calor en la piel, que ya no la abandonaba nunca.

Martina, por primera vez ese verano, pareció verla de verdad. La sujetó por los hombros para que dejara de moverse. Era un poco más alta que ella. Ese día llevaba el pelo recogido en una larga coleta naranja con un mechón negro por un lado de la cabeza. Y muchos collares de cuentas de colores y formas extrañas. Lucía una especie de camisola abierta de color teja, vaqueros largos rasgados y camiseta blanca de tirantes. Olía a salvia.

—¿Vienes de echar las cartas?

Martina asintió con tranquilidad.

—Sí, de leer el tarot —la corrigió—. Y también quería hablar contigo. Precisamente de las cartas. De tu extraña tirada. He ido a ver a una amiga, es psicoterapeuta.

El nudo en el estómago de Valentina le provocó unas extrañas ganas de vomitar. Recordó entonces su libro sobre las vidas pasadas y los recuerdos que la protagonista guardaba de ellas. Se alejó de Martina unos minutos para enseñárselo.

—¿Esto qué es? —Lo examinó dándole varias vueltas—. ¿De dónde lo has sacado? Está destrozado.

—Del puesto de libros que ponen los sábados. Me lo dio el señor mayor —confesó Valentina, con un hilo de voz. No pudo explicarlo, pero, cuando su hermana comenzó a leer la introducción del libro con los ojos brillantes, se le erizó el vello de los brazos. La recorrió una sensación a la que no pudo ponerle palabras.

—Valentina —la llamó, pero no dijo nada más.

—¿Lo habías leído?

—Claro que lo he leído. —La miró a los ojos, seria. Tenía los pómulos marcados como su madre—. Quería hablarte de esto, precisamente. Pero no sabía cómo decírtelo sin que te acojonaras. Y resulta que ya has hecho el trabajo por mí —rio, dejando el libro sobre la mesa—. Mi amiga quiere hacerte una sesión de hipnosis. No creemos que pase nada raro, nada como en el libro. Pero puedes hablar con ella de todo lo que te preocupe, por si llegamos a algo con sentido.

—¿Algo como qué?

—Empieza por tu ruptura con Matteo y sigue por el divorcio de tus padres. Puede ayudarte a que sueltes cosas, Vale.

—Eso ya lo he soltado.

—Piénsalo —le pidió Martina—. No está de más hablar con una profesional sobre lo que no quieres que nadie sepa. Quizá te ayude a avanzar. —Volvió a lanzarle aquella mirada seria—. Porque si decidiste irte de Milán, abandonar el que ha sido tu hogar durante casi veinte años… ¿Todo por mí? No es así, Valentina. Puede que yo sea más una excusa que un motivo en tu historia. Has venido a Florencia por algo, y lo sabes. Aunque todavía no encuentres las palabras, el motivo lo tienes dentro.

—Y tu amiga, ¿puede ayudarme con eso? —Por primera vez desde que Valentina sintió que su vida se desmoronaba de la noche a la mañana, decidió aferrarse a las palabras de su hermana.

¿Y si tenía razón?

¿Había dejado todo atrás solo por un arrebato juvenil a causa del divorcio de sus padres?

No, ella no era así. Ella meditaba las cosas.

¿Había sido por lo de Matteo?

Las manos de Martina le acariciaron los brazos para infundirle un ánimo que agradeció. La miró sintiendo que las fuerzas la abandonaban.

—¿Y si pasa algo? ¿Y si me dice algo que no estoy preparada para escuchar?

—Valentina, estás más que preparada, ya te lo demostraste a ti misma cuando hiciste la maleta para plantarte aquí. Viniste en busca de algo, y tienes que dejar que ese motivo que te movió te encuentre.

Valentina asintió con el libro entre las manos.

—Entonces, las cartas no hablaban de Matteo, ¿verdad? No hablaban de él —repitió para sí misma, tratando de encontrarle una relación a la historia que le contó.

Martina retrocedió, dándole la espalda.

—No, Vale. Las cartas hablaron de otra persona —confesó.

—¿Lucca? —Retrocedió con cautela, examinando las expresiones de su hermana—. ¿Hablaron de Lucca?

—Solo tú puedes saberlo de verdad, Vale. Pero no te agobies, todo llegará. Tienes que confiar en ello.

25

El mejor de sus errores



Alrededor de la plaza del Duomo los turistas se arremolinaban como las abejas enloquecidas de un enjambre. Incluso si se guardaba silencio unos segundos, sumido en aquel colorido y enloquecedor caos, podían distinguirse los zumbidos.

Cerca de Lucca, Valentina decidió rodear el baptisterio, fijándose en cada uno de los detalles de su construcción. No reparó en cómo el chico se detuvo a observarla, con una curiosidad que no tardó en mutar a familiaridad.

—Una inundación se llevó las originales —le dijo, señalando las puertas del monumento cuando, tras rodearlo, Valentina volvió a detenerse frente al punto de partida, justo delante de las puertas doradas.

La vio asentir despacio; ya lo sabía.

—¿Y qué representan las escenas? —preguntó ella, señalando las diez placas que decoraban las puertas del paraíso.

—Escenas del Antiguo Testamento —respondió Lucca mirándola, esperando su reacción.

Valentina apretó los labios, como siempre hacía, y se llevó una mano a la frente para ganar algo de sombra.

En cuestión de segundos, se vieron rodeados por diferentes grupos de personas: ajetreados turistas que trataban de no perder de vista a los guías de sus grupos, niños que corrían tras sus familias y los propios florentinos que no podían evitar detenerse unos segundos en mitad de la plaza para admirar los monumentos que atesoraba. Lucca los entendía, le pasaba lo mismo con Valentina. La miraba y la miraba sin cansarse. Pese a que estudiaba sus rasgos cada día, nada se comparaba. Conforme más tiempo pasaban juntos, más se cercioraba de que le era imposible dejar de admirarla.

—¿Te imaginas que realmente sean las puertas del paraíso? —preguntó Valentina, girándose hacia él con los ojos brillantes, emocionada por la descabellada idea.

Lucca le acarició el dorso de la mano con los dedos, ella se estremeció.

—Así las bautizó Miguel Ángel, dijo que eran tan bellas que solo podrían llevar a ese destino.

—Lo he dicho de verdad —insistió. Esta vez, no hubo rastro de palidez en sus iris oscuros. Lucca tragó saliva acercándose un paso a ella—. Imagínate; solo tendríamos que traspasarlas… —caviló en voz alta.

—Si fuera verdad tu suposición, ¿vivirías más tranquila?

Ella se encogió de hombros antes de chasquear la lengua.

—La verdad es que no, viviría consternada. Si tras las puertas del baptisterio está el cielo, ¿dónde está la entrada al infierno? Qué va —negó con seriedad—, me volvería loca buscándolo.

Lucca rio. Le rodeó la cintura con un brazo para llevarla hasta el puesto de helado más cercano.

—Eres todo un espectáculo, *girasole*. Si tienes las puertas del paraíso a tu alcance, ¿para qué molestarte en encontrar las del infierno? ¿Es que quieres ir allí?

—Buena pregunta —apuntó ella. Guardó silencio mientras Lucca compró los helados, sin dejar de mirar el lado del baptisterio, a cincuenta metros de ellos—. ¿Es que nunca te has preguntado si irías al cielo o al infierno? Quiero decir, cuando de pequeños descubrimos que existe la muerte y nos explican que solo hay dos caminos después…

—Sé por dónde vas —la cortó, para tenderle una de las tarrinas de *stracciatella*—. No pude dormir durante semanas porque pensé que no despertaría, que podría morir durmiendo y no estaba preparado para ir al infierno.

—¿Pensabas que irías al infierno? —preguntó Valentina, tratando de no atragantarse con el helado. Le sonrió a la espera de la respuesta.

—De cabeza. —Ambos rieron. Cuando Lucca se llevó a la boca una cucharada de helado, puso los ojos en blanco imitándola. Soltó un jadeo de placer—. El mejor helado del mundo, Valentina. ¡Joder! —exclamó en alto, atrayendo todas las miradas de su alrededor.

Pese a que solo una le importaba.

—A ti también te amenazaron con el castigo eterno, ¿no?

—Tenía cinco años y era una especie de demonio de Tasmania en versión humana. En serio, creo que tenía una especie de hiperactividad que agotaba a todo el mundo. Me regañaban tantas veces al día que, en mi mente infantil, no era posible tener una oportunidad en el cielo, entre nubes esponjosas y todo ese rollo.

—No es raro, Lucca. La mayoría de los niños pequeños son así, revoltosos y con ganas de gresca.

—Aprendí de Andrea, supongo. Se me fue pasado cuando nació Alda. Tener una hermana pequeña hizo que me cambiara el chip. Era tan… Era más mala que yo. —Rio con fuerza, recordando las trastadas de su hermana—. Supongo que verla con sus líos y castigos, me hizo dar un paso en falso que me ayudó a madurar. Tenía que andar tras ella para esconder los cuchillos, alejarla de los enchufes y de los botes de limpieza. No te imaginas la de peligros que le evité en la cocina de la pizzería.

Valentina asintió a aquellas palabras; le encantaba escucharlo hablar de sus hermanos, aunque las conversaciones sobre Andrea siempre terminaban mal. Ladeó la cabeza hacia ambos lados, rascando la superficie del helado con la cuchara de madera de manera distraída. Lucca se dio cuenta de que se alejaba de él en sus pensamientos.

—¿Qué es, Vale? —la llamó, tratando de hacerla volver.

Los ojos de Valentina le pararon el corazón. Las pupilas negras de la chica se afilaron bajo la luz del sol, llevando a la mente de Lucca recuerdos pasados que llevaban demasiados años enterrados en el fondo de su memoria, en lo más hondo de su ser. Los enterró tan profundo que, cada vez que alguno afloraba a la superficie, le costaba distinguirlo y encajarlo con la realidad. Porque, pese a ser solo recuerdos, no podía explicar cómo habían llegado hasta él. Pero eran suyos, eran sus recuerdos. Lo sabía.

Aunque no pudiera explicarlo de manera lógica.

Dio un paso hacia atrás de manera involuntaria, necesitaba tomar perspectiva.

La vio y lo supo.

Era ella. Valentina y María. María y Valentina. Eran la misma persona.

Lo supo después del último dibujo, incluso tras encontrar la estatua de mármol en la villa del Sol en la campiña. Cuando la llevó a Santa María Novella y a su lugar mágico en el Arno. En

el Ponte Vecchio ya lo supo mucho antes de besarla; el compás de los labios de Valentina con los suyos terminó de darle la razón. Sintió como si ese beso ya se hubiera dado antes, justo en ese mismo lugar. Como si sus labios se conocieran de antes; de mucho antes…

Lo que él había descrito como un *déjà vu*, que se había ido repitiendo a lo largo del verano, con Valentina a su lado.

Giró sobre sí mismo en la concurrida plaza. Vio los puestos con membretes de piel y toldos de tela remendados sobre las casetas de madera. Había algunos puestos compuestos solo por valijas y cubiletes hasta arriba de verduras y patatas. Puestos de pan, de baratijas brillantes y otros con botes untuosos que prometían reparar la piel de los zapatos. Después de pestañear, desaparecieron. Lucca volvió a verse rodeado por los enjambres de abejas furiosas que iban de un lado a otro de la plaza. Recibió un codazo de alguien que tenía prisa.

Valentina siguió clavada en su sitio, pese a que él necesitó alejarse de ella unos metros más. Lo vio coger aire de manera acelerada, observando hasta el último rincón de la plaza como si fuese la primera vez que la veía. Hasta que sus ojos se encontraron de nuevo y hasta el más mínimo sonido se esfumó de las ruidosas calles de Florencia, para dejarlos solo a ellos, el uno frente al otro.

—Valentina —la llamó. No le dijo Vale, como siempre trataba de hacer, como a ella le gustaba. La llamó con un deje de angustia arrastrando las letras de su nombre, como si le doliera pronunciarlo al completo—, cuando me hablaste de otras épocas, de otras vidas… ¿Lo recuerdas? —Ella asintió, recorriendo el espacio que los separaba. Lucca la tomó de las manos, agachando la cabeza—. En otra vida, ¿habrías elegido este sitio?

—¿Florencia?

—Sí.

—Supongo que sí —admitió ella—. Pero quién sabe, si realmente somos infinitos y pasamos por numerosas vidas, es probable que nunca antes haya estado aquí, que esta sea mi primera vez en Italia.

Tratando de no perder el hilo de sus pensamientos, Lucca lo intentó de nuevo:

—Vale, y si hubiera vivido aquí… —Levantó la cabeza—. ¿Me hubieras elegido?

Valentina notó cómo las palmas de sus manos comenzaron a sudar, abrazadas entre las de él, que le acarició la piel con los pulgares. No supo qué responder. Se agobió un instante antes de hablar.

—¿Por qué lo dices?

—No importa, *girasole*. Da igual. Ha sido una pregunta disparatada, perdona. —La soltó.

—Es que…

—No le des más vueltas —le pidió entonces, andando en otra dirección.

Valentina se precipitó a agarrarlo del brazo.

—Mi madre me contó que la primera vez que me trajo a Florencia me eché a llorar. Le dije que había visto un fantasma al lado de la torre —le confesó, tirando de él para que volviera a su lado. Ladeó la cabeza esbozando media sonrisa, tratando de que Lucca se animara. No funcionó, pero al menos captó su atención—. Por eso pienso que no, que si las vidas pasadas existen, nunca estuve antes aquí. Tampoco me imagino siendo algo que no soy… ahora.

—A mí me dijiste que me veías dibujando para ricachones —recordó Lucca. Las mejillas de Valentina recobraron su tono sonrosado, que tanto le gustaba.

—Porque dibujas tan bien que ese talento ha tenido que traspasar siglos —soltó ella en una rápida exhalación, como si llevara las palabras preparadas desde hacía tiempo.

—¿De verdad lo piensas? —Se acercaron a la sombra de la catedral para darse cobijo del calor y de la gente.

Valentina asintió.

—Tú, un gran artista aclamado por tus obras, y yo… No tengo ni idea de lo que podría haber sido —dijo tras pensarlo.

—Mi musa —contestó Lucca, levantándole la barbilla para que lo mirara directamente a los ojos. Valentina tragó saliva mientras la inmensidad del cielo y del mar la absorbieron, dejándola sin palabras. Solo con la presión de su corazón disparándose, a punto de hacerla saltar—. Sin duda, habrías sido mi musa en otra vida, de haber coincidido.

De manera inexplicable, Lucca sintió un dolor en el pecho que lo inundó de pena. Valentina se dio cuenta de cómo su expresión cambió en cuestión de segundos. Tuvo que sostenerle el rostro entre las manos antes de preguntarle qué le pasaba.

—No me hace falta encontrar las puertas del infierno para saber que voy a ir a él —lo escuchó murmurar—. Voy a ir al infierno, Valentina. Y necesito que me perdones.

—¿Por qué dices eso?

Lucca negó. Los mechones con reflejos dorados de su cabeza le cayeron por la frente y las sienes.

—Porque no quiero perderte.

—Lucca, deja de hablarme en código, por favor —le pidió ella, alarmada—. ¿Has hecho algo?

—No quiero meterte por medio, solo necesito que me asegures que no voy a perderte, por favor. —Le rogó con la mirada—. Si te pierdo a ti también, justo ahora… Voy a terminar de romperme, Vale. Y no quiero romperme más. No contigo.

La vio apartarse el pelo de la cara ladeando la cabeza hacia el hombro derecho. Aquellos ojos negros relucieron llenos de preocupación y alarma. Paseó la vista por la fachada de la catedral contando las líneas de color verde, saltándose los colores blanco y Siena, como siempre hacía. Trató de ordenar sus pensamientos antes de hablar.

Lucca vio a María rodear el Campanario de Giotto bajo el repiqueteo de unos tacones contra el empedrado. Cuando el tobillo de Valentina la hizo tambalearse sobre uno de los huecos del suelo, él recogió a María. La muchacha llevaba el cabello sujeto en un recogido del que se desprendían mechones que le caían sobre las mejillas sonrojadas. Al mirarlo, el muchacho reconoció los ojos oscuros, brillantes y serios. Los labios finos, curvados solo cuando la hacía sonreír.

Aunque Valentina no lo recordaba, ya lo había elegido antes.

Y él a ella.

Porque habían sido el mejor de sus errores.

26

Las dos parecían más valientes de lo que eran



La luz se coló por las rendijas de la mallorquina de madera de la ventana, haciéndole pestañear de buena mañana. Hundiendo la mejilla en la palma de su mano, Lucca se incorporó más en la cama sin dejar de mirarla. Había pasado toda la noche estudiando los rasgos de Valentina, pegado a ella en la diminuta cama de noventa centímetros.

Esa noche de mediados de agosto, las temperaturas comenzaron a bajar y no resultó tan asfixiante dormir pegados. Hubo un momento en el que sintió la imperiosa necesidad de abrazarse a ella, como si fuese a abandonarlo de un momento a otro. Valentina no se inmutó, perdida en sus sueños, y lo dejó hacer sin darse cuenta.

Tratando de no hacer ruido, Lucca se apartó de la cama y buscó sus zapatillas ayudado por la claridad que se colaba por la ventana. El cuerpo de la chica terminó de ocupar toda la cama, con un brazo sobre los ojos.

La miró un par de minutos más desde el marco de la puerta antes de salir fuera de la habitación.

En la cocina, Martina lo interceptó. Levantó una ceja, escrutándolo en silencio tras su taza de café con hielo.

—Buenos días —susurró Lucca, a modo de respuesta. Vio cómo la hermana de Valentina asentía en su dirección.

—¿Has dormido bien pegadito a mi hermana? —la escuchó preguntar, cuando tuvo que darle la espalda para abrir el congelador en busca de la fruta helada que Valentina usaba para sus tés.

—La verdad es que sí —consiguió rumiar él en respuesta, notando como aún su voz estaba recomponiéndose del sueño—. ¿Y tú, pegadita a mi hermano?

Martina guardó silencio, sabiéndose descubierta. Decidió terminar el café mientras el chico preparaba el té helado. Estuvieron en silencio demasiado tiempo.

—Andrea está muy raro —dijo ella al fin, mirándolo de lado. Lucca asintió, sintiendo los ojos de Martina clavados en su nuca—. Anoche hablamos y sentí como si se estuviera despidiendo de mí —confesó, algo desconcertada, como si él pudiera darle una explicación.

El muchacho no pudo evitar reprimir un escalofrío ante aquellas palabras.

—También ha hablado conmigo —dijo, sentándose frente a ella en la mesa. Tuvo que apartarse el pelo de los ojos y colocarse la camiseta, que olía a vainilla y a la piel de Valentina. Al menos, ese detalle le hizo sonreír, infundiéndole ánimos para enfrentarse también a Martina —. Está muy asustado, Mar… —Así era como la llamaba su hermano. No supo por qué la llamó de aquella manera—. Y yo también.

En las últimas semanas sentía que había tantas cosas que se le escapaban…

Martina se tapó la cara con ambas manos, inhalando con fuerza. No quiso que Lucca viera su expresión de angustia. Trató de recomponerse antes de mirarlo de nuevo.

—No sé cómo ayudarle, de verdad que no —sollozó en un susurro.

—Denunciando a quien tú y yo sabemos. —Lucca se irguió en la silla, acercándose uno de los vasos de té. Agitó el contenido de la bebida de manera que los trozos helados de fruta chocaron entre sí—. Así podríamos quitarnos a uno de en medio.

—No funciona así, Lucca. Ya lo sabes.

—¿Y cómo funciona?, ¿eh? A Valentina le dijiste que lo habías denunciado, pero la realidad es que ese malnacido sigue por ahí, moviendo mierda y dando vueltas por un barrio por el que tu hermana pequeña y la mía pasean. —Apretó la mano derecha sobre el vaso, tomando aliento—. Se sobrepasó con Valentina. —Su voz sonó grave, con tintes de un peligroso resquemor. No quiso que la conversación siguiera por ese camino.

La mandíbula de Martina se tensó al escucharlo. Dejó la taza de café en el centro de la mesa, sin soltarla.

—Yo no soy la mala aquí, hago lo que creo que es mejor para todos.

Tratando de contenerse, Lucca controló las subidas y bajadas de su mano izquierda contra la superficie de la mesa, dando palmetazos suaves. Una tontería más y perdería los nervios.

—Puedo entender que mi hermano ya no te importe…

—¡No sigas por ahí! —lo cortó ella, siseando con rabia. Sus ojos se convirtieron en dos líneas afiladas sobre su rostro—. Ni se te ocurra.

—Pero hazlo por Valentina —concluyó Lucca, terminando la frase que había empezado.

Martina se alejó de la mesa, temblando de furia.

—Aguanto por ella, lo hago precisamente por ella. Para que no sea el flanco de nadie. —Se cruzó de brazos, recostándose sobre la silla—. ¿O es que acaso Alda se siente segura siendo escoltada por esa escoria de la que la quieres proteger? —Sus ojos brillaron en señal de advertencia.

Lucca terminó por perder los nervios y dejó que su mano palmeara la mesa con demasiada fuerza.

Martina no se estremeció lo más mínimo. Lo conocía bien, sabía cómo atacar.

—No estaba hablando de Alda.

—Pero sí de mi hermana y de cómo tengo que actuar para protegerla, ¿no? Yo no me he metido en vuestros asuntos, pero tú sí tienes que meterte en los míos. ¿Y por qué ahora, Lucca? ¿Porque os habéis enamorado? —Martina forzó una risa profunda—. No me lo creo. Valentina es la que te ha tocado este verano mientras te olvidas de Vita unos meses para recomponerte y volver a ella como siempre. No me vaciles. Solo la estás usando.

—¿Qué problema tienes, Martina?

—Tengo muchos problemas, pero lidio yo sola con ellos.

Lucca dio un trago a la bebida para paliar el sofoco que le devoraba los pulmones por la angustia. Hablar con Martina era como tratar de escapar de una habitación blindada usando solo las manos. Le agotaba la vida entera, además de la paciencia.

—Mira, Mar —comenzó—. Me da igual lo que opines de mi hermano. Sé que lo diste por perdido hace mucho tiempo, y no te voy a juzgar por ello, porque creo que hiciste lo correcto. —La vio asentir, con la mirada perdida en algún punto de la mesa—. Pero, si tú no puedes ayudarme con esto, solo me queda hacerlo por mi cuenta.

Lucca se cruzó de brazos despacio, estudiando la reacción de la hermana de Valentina tras escuchar su confesión. Los labios de la joven se abrieron de manera escandalosa al escucharlo, tratando de articular palabra.

—No te atrevas a actuar como un niñato, Serra —le soltó, horrorizada. Se acercó a él para que la escuchara sin problema tras bajar la voz—. Tus gilipolleces también afectarán a Valentina, ¿no lo has pensado?

—¡Claro que lo he pensado! Por eso he acudido a ti primero, para pedirte ayuda. Para hacer las cosas lo mejor que se pueda.

—Y, si yo no accedo a ayudarte con la denuncia, ¿cuál es tu plan? —Lucca guardó silencio, aguantándole la mirada a la chica todo lo firme que pudo—. Genial, Lucky, eres un tío de diez. Y esta vez solo te costará la cárcel. —Martina se puso en pie, apoyándose en el fregadero para no tener que seguir aguantándole la mirada—. ¿Y qué le dirás a Valentina?

—Si no vas a ayudarme, no es asunto tuyo.

—Es asunto mío lo que haces con mi hermana, decida o no ayudarte.

No se dieron cuenta, pero ambos terminaron alzando la voz. Dejó de importarles el hacer ruido para no despertar a Valentina, que seguía dormida en la habitación. Al escuchar las voces, no tardó en salir, pero ninguno de los dos se cercioró.

—Valentina será parte de tu familia, pero no es tu hermana. No la haces sentir como tal.

Martina se giró, conteniéndose. Le apuntó con un dedo sobre el pecho. Él se mantuvo firme frente a ella.

—Eres un cabronazo. ¿Lo sabías?

—Lo sé. Pero eso no quita que los dos queramos lo mismo. —Trató de apartarla con suavidad, pero el dedo de Martina le presionó el pecho con más fuerza.

—Pues yo no puedo hacer lo que me pides. El tema ya está zanjado. Y, si eso significa que se te vaya la cabeza, ya puedes estar alejándote de Valentina, porque paso de recoger los pedacitos que dejes de ella.

—Claro, tú no estás para recoger los pedacitos de nadie, ¿verdad? Ya es bastante duro lidiar contigo misma.

—Eres un gilipollas —soltó Martina entre dientes, poseída por un nuevo sollozo.

—Sí, igualito que mi hermano, ¿no?

Los ojos de Martina se anegaron a una velocidad imprevisible, haciéndola temblar de una manera que asustó tanto a Luca como a Valentina, que salió de la habitación apartándose el cabello de la cara. Primero miró al chico, tratando de ubicarlo en la escena. Después corrió a abrazar a su hermana, que se dejó rodear tan solo unos segundos.

—¿Qué pasa? Estáis pegando voces a las ocho de la mañana —protestó encarándolos. Volvió a mirarlos a ambos, pero ninguno quiso enfrentarse a ella. Martina y Lucca se distrajeron echando un vistazo al suelo.

—Para empezar, te has saltado a la torera las normas trayéndolo a casa sin decírmelo. —Martina se apartó de ella, secándose los párpados con la tela de su camiseta rosa del pijama. Se hizo con la taza vacía para lavarla y tratar de distraerse de alguna forma.

—Te dejé un mensaje —contestó su hermana, cruzándose de hombros—. Te dije que nos quedaríamos en casa, se nos hizo tarde.

—Yo le dije de pasar la noche aquí —la encaró Lucca, acercándose a ellas—. ¿También lo ves mal?

La mayor negó apretando con fuerza la taza hasta que esta resbaló de sus manos, llenas de espuma. Los tres dieron un respingo, sin soltar palabra alguna. Solo escucharon sus respiraciones y los restos de jabón que se desintegraba en las paredes del fregadero.

—Lucca —la escucharon suspirar—, por favor. —De nuevo, la voz de Martina sonó como

si se rompiera—. No pude hacer que tu hermano entrara en razón. Demuéstrame que no eres como él y que no se te ocurrirá meter las narices donde no debes. Por el bien de todos —lo encaró con las mejillas llenas de lágrimas.

Valentina los miraba de hito en hito, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Lucca la miró, sintiendo cómo su corazón se encogía bajo su pecho, impidiéndole respirar con normalidad. Lo último que pretendía era hacerle daño a alguien más. Ya había tenido suficiente con Andrea. Con Leone…

Con los brazos a media altura, Valentina se posicionó frente a él, acaparando todo su campo de visión. Sus ojos pálidos hicieron que el corazón de Lucca no dejara de saltarse latidos.

María cabreada apretaba los labios como Valentina.

Valentina sofocada cogía aire como María.

Las dos parecían más valientes de lo que eran.

Solo Valentina ponía los ojos en blanco.

Solo María enseñaba los dientes antes de protestar.

Los ojos de ambas palidecían…

—¿Qué le has dicho? —le preguntó, negando con cansancio. Todavía tenía los párpados hinchados por el sueño—. Estabais hablando de tu hermano. Y de mí.

—No te preocupes, *girasole*…

—Os he escuchado. —Valentina negó, apartándolo cuando Lucca trató de acercarse a ella.

—No pretendíamos despertarte, perdona —se disculpó Martina, tratando de intervenir.

—Os ha faltado poco para empezar una batalla campal —protestó, encarándolos de nuevo —. ¿De qué hablabais? —Miró a Lucca, pues sabía que era con quien tenía más probabilidad de obtener una respuesta.

El muchacho intentó acercarse de nuevo a ella. Esta vez, Valentina dejó que le acariciara los brazos.

—Vale, no tiene sentido que te cabrees. De verdad, no queríamos meterte en esto.

—Pues tarde, contadme qué es lo que pasa. No soy una cría, dejad de ocultarme cosas. ¿Es que no confiáis en mí? —Retrocedió dos pasos hasta que la encimera la detuvo—. Sé lo que le pasa a Andrea, Lucca me lo contó —dijo mirando a su hermana, que dejó de temblar—. Sé por qué lo dejaste.

—Valentina, es más complicado que eso.

—Pues explícamelo.

—No voy a hablarte de mi vida personal, por mucho que me pidas que sea tu hermana. Las hermanas también tienen secretos. Porque no te cuento mi vida privada no soy menos.

Lucca observó cómo los puños de Valentina se cerraron agarrando aire hasta que la piel de sus nudillos se tornó blanca.

—Pero tú sí me pides que te hable de mi vida personal.

—Tu vida no es tan complicada.

—No tienes ni idea de cómo es mi vida.

Martina rio con descaro.

—Por el amor de Dios, tienes diecinueve años y has vivido en una burbuja en la que mamá y papá te han mantenido protegida del mundo de verdad. No has tenido que enfrentarte a un maldito problema, ¡a ninguno de verdad! —exclamó, terminando de perder los nervios—. ¿El divorcio de tus padres te parece grave? La mayoría de los matrimonios acaban así, Valentina. No es tan dramático. Al menos tus padres se llevan bien. Por lo menos tu padre tiene la decencia de

hacerse cargo de ti y no te dejó tirada en casa de tu abuela con ocho años, después de que tu madre tuviera que atravesar el país en busca de trabajo.

»¿Te has quedado sola alguna vez, Valentina?, ¿sabes lo que duele eso?

—Ya vale, Mar. —Lucca trató de frenarla, pero ya nada pudo callarla. Martina terminó de deshacerse, explotando como las pompas de jabón que quedaban en sus manos.

—Pobrecita, la frágil florecilla a la que su primer amor dejó de la noche a la mañana. ¡Qué drama! Estoy segura de que no tienes ni idea de lo que es querer, Valentina. Querer de verdad. Querer de una manera que te queme el pecho porque esa persona por la que te desvives se aleja de ti cada día que pasa, sin importar que lo des todo por ella.

Lucca se posicionó tras su *girasole*, agarrándola por los hombros. Pero fue incapaz de moverla del sitio. Ambos terminaron de presenciar cómo Martina se abría al mundo por primera vez en demasiado tiempo. Probablemente, por primera vez en su vida.

—No, Martina —dijo entonces su hermana, sintiéndose segura bajo el tacto de Lucca—. Perdóname por no saber lo que es estar sola. Perdóname por haber tenido un padre y por haberme quedado con tu madre. —Soltó un hipido que hizo temblar al chico, que previó dos llantos inconsolables con los que lidiar—. Perdóname por todo. Porque no sé querer como tú, pero quiero hacerlo. —La miró a los ojos, dando un paso hacia ella.

Martina levantó la barbilla hacia ella. Ambas temblaron al observarse.

—Tú no tienes la culpa de que mi madre se marchara, no digas tonterías. —La abrazó, arrancándola de los brazos de Lucca —. Y, joder, que ningún gilipollas te parta el corazón como me lo partieron a mí —sollozó, mirando al chico de reojo.

Él supo que hablaba de Andrea. Y pilló la advertencia.



El sol ya no quemaba a media tarde, y un refresco a la sombra en la Piazza della Passera era todavía más agradable que a principios de verano. Por eso Lucca la llevó allí. Sin esperarse que la confianza que Valentina tenía puesta en él se rompería poco después.

No era la primera vez que quedaban en un sitio que no fuera el trabajo de los Serra, pero sí la primera vez que Valentina notó los ojos de demasiadas personas puestos en ella. Se revolvió incómoda en la silla de forja en la que estaba sentada. Al aire libre, la gente era más aventurada. Esa lección le quedó clara aquella tarde, en la que esquivar miradas incómodas se volvió todo un reto. ¿La conocían?

También aprendió de su hermana, pues recordó sus palabras quemarle por dentro, repitiéndose en su cabeza como un mantra sagrado. Que no la rompieran como a ella, que no la rompieran, que no la rompieran…

—Me dijiste que no te rompiera —le dijo a Lucca, tratando de escoger las palabras correctas con cuidado. Él la siguió con cautela, esperando a que terminara de explicarse—, pero ¿te has parado a pensar que puede suceder al contrario?

—Hablas de que yo te rompa a ti. —Hizo un canuto con el sobre vacío del azúcar que había usado en su batido. Esperó hasta obtener la confirmación de la chica—. Me destrozaría más a mí que a ti, créeme —dijo con la vista fija en sus dedos temblorosos. Pensar en hacerle daño a Valentina era demasiado que procesar. No se lo imaginaba; no quería hacerlo.

Ella tomó aire después de escucharlo; se le había roto la voz, incapaz de enfrentarla. Tratando de mantenerse concentrada, se acarició las piernas con nerviosismo, que al sentarse habían quedado descubiertas por el vestido de girasoles.

—Lucca —lo llamó a los pocos minutos—, no quiero ser ese tipo de chica que trata de poner límites, pero, si vas a seguir con esto, no creo que…

—No crees que merezca la pena seguir conmigo, ¿no? —la cortó, impaciente. No quería escucharla terminar la frase—. Porque no pienso las cosas, porque soy un crío inmaduro, como dice tu hermana.

—No creo que seas un crío inmaduro, por eso sigo aquí, contigo —contestó con decisión.

No sabía si alegrarse o deprimirse porque Lucca hubiera decidido contarle sus planes y todo lo que le rondaba la cabeza, sin dejarlo dormir. O al menos, la mayoría de las cosas que le perturbaban, empezando por el ultimátum que su hermano había recibido y la noticia de que Leone estaba involucrado en el tema.

—No, Valentina. Sigues aquí porque intentas disuadirme. Pero te has horrorizado. Te he horrorizado. —Agachó la cabeza con las manos tras la nuca, señal de que estaba avergonzado.

—No quiero que te pase nada. —Valentina negó apretando los puños sobre las rodillas—. ¿Es tan difícil de comprender?

—Puedo llegar a entender que te mantengas neutra en esto, por tu hermana. Pero te atacó a ti —expuso con voz profunda—. Leone te… —Lucca guardó silencio, concentrándose de nuevo en su batido.

—Si voy a la policía, Martina y yo ya estaremos en el punto de mira. Mi hermana tiene razón. —Mostró de nuevo su postura.

—Vale, por favor. —Le rogó con la mirada—. Tengo que hacer algo, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Por mí no tienes que preocuparte.

—Claro que me preocupo por ti, es una gilipollez que me digas eso. —Se recostó con los brazos sobre la mesa—. Me mantuve al margen después de lo que te hizo. —Apretó los puños, guardando silencio para tratar de permanecer lo más calmado posible.

—¿Y qué querías?

—Ya sabes lo que quería, Vale. ¿Lo dices para escucharlo de mi boca? —La encaró. Sus ojos azules se llenaron de sombras, como un cielo tras sus nubes—. ¿Eso es lo que quieres? —La piel bajo sus ojos se llenó de surcos oscuros—. No tengo problema en decirlo. Quería y quiero partirle los dedos, para que no intente volver a ponerte la mano encima. —Su pecho comenzó a subir y a bajar con violencia.

Valentina decidió frenarlo antes de que su cabreo creciera todavía más. Lo cogió de la mano, sintiendo las pieles pegajosas de ambos.

—¿En qué punto estamos, Lucca? —preguntó, dejando de darle vueltas. Era algo a lo que no paraba de aferrarse en los últimos días—. ¿Qué estamos haciendo? —Ladeó la cabeza hacia la gente que los miraba como si estuvieran representando una función en un escenario lleno de focos.

Él se encogió de hombros.

—Creo que es más que evidente que me gustas, Valentina. —Como ella, bajó la voz al sentirse observado por la gente que los rodeaba en la terraza—. Me has vuelto loco —dijo, abriéndose en canal.

La escuchó reír, pero su expresión continuó seria.

En ese momento, Lucca quiso hablarle de María, pero no encontró la fuerza ni las palabras. ¿Cómo decirlo?, ¿qué pensaría Valentina de él si se exponía de esa manera?

Que estaba loco. Que tenía que alejarse de él.

Otra vez.

Otra maldita vez.

Como María había hecho.

Negó para sí mismo, tratando de controlar la respiración como le habían enseñado en terapia, cuando acudió con su hermano. Se tapó la cara con las manos tratando de abstraerse, aun después de que Valentina le acariciara la espalda.

—No voy a hacer nada que tú no quieras —soltó al fin, buscando sus ojos negros. Después desvió la mirada hacia la placa blanca y azul de la plaza, tratando de leer el nombre del lugar. Se veía borroso desde su sitio—. No le tocaré un pelo —dijo refiriéndose a Leone—. Te lo prometo.

—Ya te lo he dicho…

—Te doy mi palabra —insistió él, con seriedad—. Y ya sabes que yo no miento.

Valentina escuchó esas palabras con la voz de Vita, reprimiendo un escalofrío.

—No hace falta que me des tu palabra, solo necesito que me digas que harás lo correcto.

—Pero está claro que el concepto de hacer lo correcto no significa lo mismo para los dos.

—Eso lo tienes que decidir tú, Lucca.

—Qué difícil me lo pones, *girasole*. —Se acercó a ella de manera que sus rostros quedaron alineados. Estaban sentados el uno al lado del otro—. Quiero darte un beso, pero te vas a poner coloradísima. No para de mirarnos la gente.

—Porque te conocen.

—Sí, la mayoría.

—No te he visto saludar a nadie.

—No suelo saludar a nadie, soy así de maleducado, Vale.

—Conmigo no pareces un maleducado.

—Porque solo me preocupa agradarte a ti. —Se cruzó de brazos, volviendo a tomar distancia entre ellos. Caviló unos segundos antes de proseguir—. ¿Puedo pedirte una cosa? Algo importante.

—No tengo dinero —vaciló ella.

Lucca negó, luchando por no sonreír.

—No, Vale, no es eso.

—¿Es más serio todavía?

De nuevo, el azul le atravesó el corazón. Las mariposas enloquecieron en el estómago de Valentina, ascendiendo en su vuelo hasta sus pulmones. Cuando Lucca se ponía tan serio, parecía que el mar había iniciado una batalla en sus ojos, volviéndolo alarmantemente atractivo, de una forma que ella no podía describir. Se le marcó el mentón al chasquear la lengua. Tuvo que apartarse el pelo de la frente para seguir mirándola.

—Necesito que me prometas que me dejarás explicarme —comenzó, no muy convencido —. Si te hago daño, seré el primero en no perdonármelo. Pero, Valentina, por favor… Prométeme que, pase lo que pase, vas a dejar que te lo explique.

—Para. —Valentina lo detuvo con una mano en alto.

—No, Vale. Prométemelo. Necesito que lo digas. Tengo que escuchártelo decir.

«Me lo debes —quiso decirle—. María, me lo debes».

—¿Te quedarás tranquilo si lo hago?

Él asintió. La tensión de su mandíbula se disipó un poco, haciendo que sus mejillas y la piel de su rostro no pareciera tirante. Se pasó la punta de la lengua por los labios, esperando a oírla.

—Te lo prometo, Lucca. Si la cagas, prometo escuchar lo que tengas que decirme. —Al escucharla, pareció realmente aliviado—. ¿Algo más?

—Sí. —Lucca asintió—. Quiero dibujarte.

27

Se besaron como si la calle fuese suya



La dibujó a lápiz y después la pasó al lienzo. Pero Valentina solo estuvo a su lado en la primera parte de la tarea. Al fondo blanco del caballete tuvo que enfrentarse solo. Y lo hizo.

Lucca cogió el pincel por cuarta vez, tratando de controlar el temblor de su mano. Pero este volvió a caer al suelo. Lo escuchó rodar hasta detenerse bajo la cama.

Miró el fondo sobre el caballete donde la Valentina de carboncillo le devolvía una mirada alegre, tranquila y chispeante, todo lo contrario a como la había dejado: triste, vacía y rota.

No atendía a sus llamadas, y había cambiado la ruta al salir del edificio, pese a que le había rogado una y otra vez que no se perdiera por el barrio ni de día. Por su culpa, porque no era capaz de mantener una promesa, la había puesto en peligro. Y a Alda. Ya no era solo su hermano el que había recibido un aviso de parte de la camorra.

Cerró los ojos recostándose sobre la pared. Le ardía el cuerpo entero de la preocupación y sentía que la cabeza podría explotarle de un momento a otro.

Necesitaba verla, estar con ella. Ni el agua podía consolarlo. No había nada que pudiera calmarlo.

Habían pasado dos semanas desde que, como Valentina había predicho entre bromas, Lucca la había cagado.

—Vale, por favor… Cógeme el teléfono. Solo una vez, como me prometiste.

Borró el mensaje de voz antes de enviarlo.

Y recordó la tarde en la que hablaron, la misma en la que todo se terminó. Los recuerdos que no lo dejaban dormir se sucedieron uno tras otro, como cada día cuando dejaba que su mente tomara el control para destrozarlo. Él nunca lloraba, solo lo hizo con seis años cuando se cayó en el Ponte Vecchio, jugando con su hermano. Pero solo como estaba, recluido en la quietud de su habitación, recordó cómo las lágrimas le llenaron el cuello cuando Valentina lo hizo pedazos.

En la pared sobre la que se apoyaba, Lucca había creado una especie de mural improvisado con los dibujos de María, para tenerla presente mientras la dibujaba siendo Valentina. Los ojeó antes de darse cuenta de que el móvil viejo de Andrea vibraba sobre la cama.

—Martina, ¿estás con ella? —Escuchar su propia voz terminó de perturbarlo; no se reconocía al hablar.

—No, por eso te he llamado. —La escuchó suspirar al otro lado de la línea—. ¿Cómo vas?

Lucca sintió que se hundía más en su propio abismo.

—Hecho una mierda —confesó. Su voz sonó a una cascada de piedras. Tragó saliva, carraspeando. ¿Cuánto tiempo hacía que no mantenía una conversación con alguien?—. Me estoy volviendo loco, Mar.

—Imagino.

—No me digas que me lo advertiste.

—No, Lucky, no te llamaba para eso. Me gusta recochinearme, pero no es el caso.

—¿Los sigues viendo por la ventana?

—Sí —contestó Martina en un tono cortante; no quería hablar del tema de que la gente que iba tras Andrea también había comenzado a seguirlas a ella y a su hermana—. Pero Vale te está haciendo caso, no sale de su habitación.

Lucca cerró los ojos de alivio, imaginándose a su *girasole* enfurruñada en su cuarto sin poder salir, vestida con su camiseta extragrande de Vito Corleone. La misma que tenía una quemadura de cigarrillo y que su ex le regaló cuando estaban juntos.

—Dile que la echo de menos.

—Ya lo sabe, Lucca. —Martina suspiró—. Está muy enfadada. Y triste. Y, cuando se le junta todo, me cuesta soportarla. Nos cuesta aguantarnos. —Trató de que su débil risa le llegara al chico.

—Tú sabes que en ese momento solo la tenía a ella en la cabeza, y a Andrea —añadió, llevándose una mano al pecho. Le quemaba al recordarlo—. Me cegué, y no pude quitármelos de la cabeza.

—Sé que te cegaste, Lucky. ¡Joder que si lo sé! Tienes un maldito juicio pendiente.

—Eso no es lo que me preocupa.

—A mí tampoco —añadió Martina, bajando la voz—. Perdona por no haber hecho lo correcto, Lucky. Perdóname por no saber con qué clase de gilipollas me juntaba. Andrea no te merece.

—Eso ya lo sé, Mar. —Rio—. Y no tienes nada que perdonar.

—¿Has vuelto a verla? —preguntó con voz curiosa, desviando la conversación a un tema que le inquietaba.

—Claro, tengo que saber.

—¿Y qué tal? ¿Has descubierto algo más?

—Me da miedo seguir —le confesó en el mismo tono de voz—. Valeria consigue que recuerde demasiado. —La voz de Lucca se extinguió con su aliento, al tiempo que recordó la última de sus sesiones con la terapeuta que Martina le había recomendado.

—Valentina tiene una cita con ella la semana que viene. Y tengo una corazonada, Lucca. Las cartas no mienten —comentó con calma.

—Tú lo sabes todo, ¿verdad?

—Yo sé muchas cosas.

—Sabes lo de María, pero ya lo sabías antes de que te lo dijera. ¿Lo supiste antes de que tu hermana viniera a Florencia?

Tras un minuto de silencio, Martina se decidió a responder:

—Lo supe poco después de conocer a Valeria, y de eso hace ya ocho años, Lucky. Pero no lo recordé hasta que Valentina vino a Florencia. Hasta hace poco, cuando volví a hablar con Valeria y pude regresar a esos recuerdos pasados. Es una locura lo de las vidas pasadas —aulló en voz baja.

Sorprendido, Lucca se puso en pie para admirar su pared de dibujos. Se dejó caer en la cama, notando los ojos ardientes.

—¿Tú has podido reconocerla también? ¿La has visto en tus recuerdos pasados?

—Sí, la pude reconocer —afirmó con la voz compungida—. María me dejó siendo una niña. Fue lo que más me dolió en esa vida —contó despacio, dándole tiempo para asimilar lo que le decía.

—¿Qué le pasó?

—Murió, Lucca. María murió.

—No lo recuerdo. Pero la quería tanto…

—Tienes que ser valiente y descubrirlo. Hazle caso a Valeria, tienes que enfrentarte a tus recuerdos para poder perdonar y perdonarte. Y acabarán tus ataques de ira y tus inseguridades. Cuando descubras lo que os pasó a María y a ti…

—¿No sabes cómo murió? —insistió él, cortándola. De pronto, se encontró desesperado.

—No, en mi hipnosis solo conseguí el dato por parte de la gente que me rodeaba. Recuerdo ver a mi padre desolado, nada más.

—Tu padre —rumió Lucca. El estómago se le llenó de pinchazos de angustia sin poder explicárselo.

—El marido de María —afirmó Martina.

—Es de locos. Todo esto es de locos. ¿Y si Valeria nos está tomando el pelo? ¿Y si lo que creemos ver no es más que lo que ella nos induce a creer?

—Puede ser. Te mantengo informado con lo que le diga a Valentina.

—Por favor.



Como las dos veces anteriores, Lucca dejó que su cuerpo se relajara en el diván del despacho de la psicoterapeuta. Valeria le pidió que se centrara primero en su respiración para seguir con el control de los músculos. Siguiendo las instrucciones de la mujer, Lucca se sintió cada vez más y más lejos de allí, hasta que la voz dulce de Valeria sonó en la lejanía. La escuchó contar, y conforme los números se materializaban en su mente, él más se hundía en su asiento. Hasta que no sintió su cuerpo.

La voz le pidió que viajara a donde quisiera, esperando a que regresara a su vida pasada con María. Pero no fue el caso. Lucca regresó a finales de agosto de ese mismo año, a la noche en la que Valentina se convirtió en una dolorosa marca en su presente.

La dejó en el portal. Se besaron como si la calle fuese suya, como si sus sombras fuesen las únicas en reflejarse en las paredes de los edificios. Se quemaron como dos cigarrillos a punto de consumirse. Quería quedarse a dormir como otras veces, pero ella no le dejó.

Los labios de Valentina eran enloquecedores, como sus piernas suaves y sus ojos oscuros. Su pelo negro se enredó en los dedos de Lucca, que recordó el tacto del mismo, aun tumbado en el diván.

Y entonces la vio alejarse bajo la luz del corredor. Lo despidió con la mano hasta perderse en las escaleras, rumbo al apartamento de su hermana. Él se aseguró de que la puerta del portal estuviera bien cerrada y de que no hubiera nadie alrededor. Pero lo hubo. Lo encontró en la plaza, bajo la habitación de Valentina, mirando hacia la ventana. Distinguió la luz encendida y la mallorquina de madera entreabierta. No había cortinas en la habitación de la chica.

Un furioso cosquilleo le invadió el cuerpo.

Vio a Leone desde la entrada de la plaza, el muy cerdo esperaba a verla aparecer. Afortunadamente, Valentina no se acercó a la ventana esa noche, y Lucca se preguntó si la chica pudo intuir lo que pasaba. No pudo llegar a preguntarle porque arremetió contra Leone sin ser capaz de procesar lo que hacía. El primer golpe los sorprendió a ambos, pero el muchacho solo

tardó unos segundos en reconocerlo y en lanzarse contra él. Le partió un labio y le provocó una luxación en dos costillas.

Y le dijo que él también había mirado debajo del bañador de Valentina.

Lucca dejó de pensar después de aquello. Entró en cólera. La angustia le llenó los pulmones, aún con el dolor agudo taladrándole la mandíbula y el pecho. La adrenalina, que le borró el dolor del cuerpo, le tensionó hasta los músculos de la barbilla. Apretó los puños con tanta fuerza que se hizo daño.

Agarró a Leone del cuello, lo empujó contra un árbol y golpeó con todas sus fuerzas. Pensó en Valentina, en su hermano y en Martina. Otra vez, con más fuerza.

La cabeza de Leone hizo un ruido horrible al chocar contra la corteza del árbol, pero consiguió defenderse. Cuando dobló la muñeca derecha de Lucca y este gritó de dolor, Leone le habló de Andrea y de lo jodido que estaba. De lo poco que tardarían en borrarlo del mapa. Él y los suyos.

—Lucca —dijo la voz de Valeria, irrumpiendo en la escena que Lucca visionaba entre jadeos y temblores—, ¿qué pasó ese día? ¿Puedes ir al final del recuerdo?

El muchacho negó apretando la mandíbula.

—Valentina lo vio todo. —Lucca escuchó su voz contestar en la lejanía. No la reconocía—. Bajó corriendo a la plaza y me pidió que parara. Que parara de pegarle… Pero no lo hice, no paré. Y después vi las luces. Leone no se movía.

—¿El muchacho respiraba?

—Sí, lo recogieron los servicios de emergencia. No tardaron en estabilizarlo. Quise volver a pegarle. Valentina me sujetó y la tiré al suelo sin querer. No me di cuenta. —Notó un sollozo nacerle desde lo más profundo de la garganta—. La tiré al suelo…

—¿Está bien ahora?

—Sí. No quiere verme porque le dije que tenía que haberme dejado terminar. Se metió por medio. Le grité encolerizado. Creo que se asustó de mí.

—Se metió por medio para protegerte, ¿no? Estoy segura de que no quiere que te pase nada malo.

—Me miró como ella…

—¿Como lo hacía María?

—Sí —asintió Lucca, sintiendo un dolor rasposo salir de su garganta—. Puedo ver sus ojos pálidos bajo las luces de las sirenas. Después llegó la policía. Y los amigos de Leone. Todo se llenó de gente. Los de la camorra nos amenazaron. Traté de protegerla, pero la policía me tiró al suelo y dejé de verla. Me pusieron unas esposas, empujándome contra el furgón. Valentina no paraba de llorar, la escuchaba de cerca, pero no podía verla. Me dijo que no iba a poder cumplir su palabra.

—¿Qué palabra?

—Le hice prometerme que, pasara lo que pasase, me dejaría explicarme. Pero no quiso escucharme. Tenía sangre por todas partes.

—¿Por qué?

—Porque traté de abrazarla, de hablar con ella… La agarré por las muñecas, como siempre hago. La llamé *girasole*, porque le cabrea que la llame por su nombre completo. La manché con la sangre de Leone… Le grité. Y ella a mí. Creo que nos rompimos.

—¿Se la llevó la policía? —La voz de Valeria trató de dispersar sus pensamientos, alejándolo del dolor que le provocaba aquel recuerdo.

—Sí, la apartaron de mí.

—¿Y qué hicieron contigo?

—Me metieron en el furgón. Estuve en el calabozo hasta que vinieron a por mí, al día siguiente.

—¿Y quién fue a por ti?

—Vita pagó la fianza. Su padre me sacó de allí.

—¿Te arrepientes de haber pegado a Leone?

—No.

—¿Te arrepientes de algo de aquella noche?

—De que Valentina me viera así. De haberla perdido. La puse en peligro y le hice daño.

—Lucca, ¿puedes, ahora que me has contado esto, buscar de nuevo a María?

—La veo en el puente, donde siempre. —Fue fácil dar con ella, ese había sido su punto de encuentro—. Sus ojos pálidos me dicen algo que no me gusta. Es algo malo. —Hizo una pausa para tomar aire de manera profunda—. Es horrible. Me duele mucho el pecho. Quiero llorar, pero me aguanto. No quiero que me vea derrumbarme, tampoco se lo merece.

—¿Qué te dice?

—Que no la siga; está casada. Pero eso ya lo sé. Lo he sabido siempre. Lo hemos discutido antes.

—¿Y qué hace María?

—Se va. Me mira por el camino, pero yo no puedo girarme hacia ella porque quiero caerme al río. Quiero que pare el dolor que siento. Me ahogo —gimoteó Lucca, agarrándose el pecho. Pataleó.

—Lucca —Valeria lo llamó de nuevo para que se centrara en su voz—, no te ahogas —le recordó—. Lo que ves es solo un recuerdo pasado. Estás bien, estás tumbado y a salvo en mi despacho.

Lucca asintió con los ojos cerrados, perdido en su fantasía. Todavía mantenía los puños apretados, temblando ligeramente con el cuerpo entero.

—Es la última vez que la veo. Es la última vez que veo a mi María —balbuceó con la voz rota y las manos encogidas sobre el pecho—. No sabía que iba a ser la última vez.

—¿Puedes ir al final, Lucca?, ¿quieres ir al final?

—La veo en la escultura. Mis manos están horribles, pero por fin está terminada después de tres años. Mi maestro me aprieta el hombro, felicitándome. Él también está triste, no soporta verme mal. Sabe que María ha sido mi maldición. Los dos admiramos la estatua. —Hizo una larga pausa, en la que permaneció en silencio una eternidad.

Valeria lo respetó sin intervenir.

—Estoy llorando como nunca —sollozó cuando logró hablar de nuevo—. Lo he conseguido, he conseguido esculpirla. Pero María no se levanta, no me mira. No puede, no es real. Es solo una estatua.

—¿Quién es tu maestro? ¿Sigue siendo Filippo?

—Sí. Vuelve a felicitarme. Él me dice: «Es tu bella Simonetta, y ahora, como ella, vivirá siempre en tu arte, muchacho». Pero yo no quiero que María viva en mi arte, quiero que vuelva conmigo.

—¿Sabes lo que le pasó a María?

—Murió.

—¿No sabes cómo murió?

—Su marido me dijo que por mi culpa. Yo la corrompí. Yo corrompí a mi musa. Mi bella Simonetta…

—¿Qué aprendiste?

—Nunca dejé de quererla. La convertí en arte: estuvo en todas mis obras.

—Ve al final de esa vida, Lucca. ¿Qué puedes ver?

—Santa María Novella. Estoy admirando la cruz, la dibujo. Vengo aquí a menudo para hablar con ella.

—¿Hablas con la cruz?

—No, con María. Está aquí —contestó Lucca, con un hilo de voz. Había pasado de la angustia más profunda a la serenidad y la calma más desconcertante—. La enterraron aquí, en el jardín de mármol —explicó—. Filippo me dejó hace mucho —suspiró con pena—. Pero su hija, Concetta, me cuida.

—¿Estás enamorado de Concetta?

Lucca negó, apretando los labios. Su frente se llenó de arrugas de expresión.

—Concetta está casada y tiene una familia preciosa. Pero se siente en deuda conmigo porque nunca me separé de su padre. Cuidé de Filippo hasta el final. Se lo debía. Filippo me dio la oportunidad de mi vida.

—Entonces, Concetta es tu amiga —comprendió Valeria.

—Sí. Me hizo padrino de su segundo hijo. Era de su familia. A Concetta le hablaba de María y ella escuchaba la misma historia una y otra vez. Me ayudó mucho. Pero nunca la superé, nunca superé a María. No hubo nadie más. —Hizo una pausa. Su pecho se agitaba cada vez más, como si le costase respirar.

—Lucca, ¿qué te pasa?

—Me cuesta respirar.

—¿Por qué? —preguntó Valeria, examinando sus movimientos mientras anotaba toda la conversación.

—Soy mayor, y cada nuevo invierno es un infierno. Pero este es el último —asintió con calma—, lo sé, porque María viene a por mí. Escucho su voz llamándome, me dice que vaya al patio de mármol. La veo como en su escultura. Sobre la losa blanca sigue el girasol que le llevé en verano. Está consumido y seco, como yo. Pero son sus flores favoritas, le recuerdan a su hogar. No puede estar lejos de su hogar. Y todos los veranos le llevo uno. No tuvimos tiempo de verlos florecer…

—¿Te sigue doliendo el pecho?

—Sí, porque la veo. Puedo ver a mi María. —Se deshizo en lágrimas. Lucca escuchó sus propios jadeos sin reconocerlos. En su mente, su voz era tan distinta… Pero era suya. Era él quien lloraba.

—Mírala a los ojos y dime si la reconoces.

—Valentina —respondió, tratando de coger aire. Se ahogaba. Sintió fuego dentro del pecho abrasándole hasta las extremidades—. Ya no puedo más, tengo que ir con ella.

28

Era la segunda vez que la perdía



Fue a buscarlo después de todo.

Le había hecho una promesa.

Pero Lucca había dejado de ser él para mutar en una versión agresiva y descontrolada que no la escuchaba. No fue miedo lo que sintió Valentina a su lado, cuando fue incapaz de hacerse escuchar. Fue impotencia, porque se sintió invisible cuando a los ojos de Lucca había pasado a ser el foco de luz más grande. Era como, si de pronto, su luz se hubiera apagado para él.

Ese fue uno de los motivos por los que entró en pánico.

El otro fue toda la sangre y el descontrol.

Trató de agarrarlo para que parara, para tratar de detenerlo. Estaba segura de que podía llegar a matar a Leone si no le hubiera chillado como lo hizo. Por los gritos y los jadeos furiosos, la plaza no tardó en iluminarse. Se llenó de luces de las casas, los vecinos se asomaron a los balcones y a sus terrazas para descubrir el origen de las voces. Las luces rojas y azules inundaron la calle. Si cerraba los ojos, Valentina podía verlas dando vueltas dentro de su cabeza.

Mucho antes, ya había tratado de separarlos. Se agarró del brazo de Lucca, pero él ni siquiera se dio cuenta. La empujó sin darse cuenta, y Valentina cayó. No le gustó la forma en la que su cuerpo crujió al impactar contra la tierra.

Lucca no tardó en recogerla del suelo, poco antes de que los separara la policía. Valentina vio el pánico en sus ojos; lo sintió un poco más cerca de ella. Le pidió perdón, tan arrepentido que sintió su dolor.

—¡Vale, perdóname! No me he dado cuenta, joder. Valentina, perdóname. ¿Estás bien? —La examinó de arriba abajo. Limpiándole las lágrimas de la cara, se dio cuenta de que le temblaban las manos por la adrenalina y la furia que lo había dominado hasta consumirlo.

Bajó las manos a su regazo, contemplando la sangre y las heridas abiertas. La vio retroceder espantada, secándose la cara con la camiseta. Sollozó al verlo tan impasible ante tal estampa.

Jadeó sin encontrar las palabras. ¿Qué podía decirle?

—No sabes lo que ha dicho, Vale. —Lucca avanzó hacia ella con los ojos brillantes, tratando de controlarse, pero Valentina retrocedió al mismo tiempo—. Ha dicho cosas horribles… —La agarró de las muñecas.

Valentina chilló, revolviéndose hasta que se soltó de él. Le hizo daño al tratar de agarrarla de nuevo.

—¡No se mueve, Lucca! ¿Qué has hecho? ¡Se te ha ido la cabeza!

—¡Nos estaba esperando! Os vigila a Martina y a ti, ¡el muy cerdo! Después de lo que hizo…

—No puedes… Esto no funciona así, Lucca. —Dio otro paso para alejarse de él. Se acarició las muñecas doloridas.

Los ojos de Lucca se llenaron de estrellas. Valentina sabía que reprimió las lágrimas

mientras lo encaró. Pero siguió alejándose de él hasta que alguien los sujetó por la espalda, separándolos de verdad.

—¡Valentina! —la llamó cuando lo tiraron al suelo—. Vale, por favor, tienes que escucharme…

No tardaron en llevárselo. Fue más rápido de lo esperado.

Martina llegó como una exhalación. Rodeó a su hermana por la espalda después de comprobar que la sangre de su ropa no era suya, sino de Leone. Cuando vio a Lucca revolviéndose para entrar en el furgón de policía, suspiró tragándose un sollozo.

—Maldito Serra, le dije que se estuviera quieto. —Miró a su hermana antes de abrazarla—. Se lo dije, Vale —le aseguró con la voz rota.

—Lo sé —jadeó su hermana en respuesta. Sintió los ojos desorbitados cuando Lucca golpeó el cristal del coche con la cabeza. La buscaba porque no podía verla tras los cristales tintados. No dejó de gritar su nombre.

Valentina, Vale, Valentina, Vale.

No estaba segura de si se podría nadar llorando. Con las gafas de natación bien fijas, notó sus ojos húmedos y empañados largo tras largo. El pecho le ardía, demandando cada vez más oxígeno. No paró. Necesitaba sentirse exhausta, cansarse para poder dormir algo.

Le iba a explotar la cabeza.

Todo había cambiado tan rápido que el mareo había podido con ella. Y el tornado que la había engullido no quería soltarla. Se sintió como Dorothy en *El Mago de Oz*: desorientada, perdida y desolada, volando sin parar de dar vueltas, cada vez más y más lejos del mundo.

—¿Y tú llevas meses sin entrenar?

Valentina no quería mirarlo, porque la familiaridad que representaba era peligrosa. Se quitó las gafas para limpiarse los ojos y ya no pudo parar. Lo echaba tanto de menos que le dolía todo. Ni el agua podía hacer que el cuerpo le doliera más que lo que le dolía el pecho por culpa de Lucca.

—No me toques, Matteo. —Se apartó del chico dando un respingo. Se quitó el gorro y se soltó el pelo—. Te lo he dicho varias veces ya —dijo, angustiada, susurrando para que la gente no los mirara.

—Perdona, es que no quiero que estés mal.

—Eso no te importó cuando me dejaste, ¿qué ha cambiado ahora? —Rio cínica. Se apartó todo lo que pudo de él para hacer sus estiramientos. Dejó que las lágrimas salieran en silencio mientras arrastraba la mirada por el suelo color teja de juntas blancas.

La piscina climatizada olía a cloro, como Lucca.

—Yo he cambiado, Vale.

—No me llames así. —Solo Lucca la llamaba Vale.

Matteo agachó la cabeza al pecho, sin saber cómo continuar la conversación.

—¿Por qué has dejado que venga contigo si no quieres ni mirarme? —dijo al cabo de un rato en la que ella siguió sin dirigirle la palabra, tragándose sollozos y temblores—. Y no paras de llorar.

—No lloro por ti —contestó ella con frialdad.

—Valentina, joder…

—Mira, ya somos mayores para hacer el tonto, ¿no crees? —Valentina lo encaró, cansada de seguir a su lado—. No sé por qué has venido, solo te he dejado acompañarme porque por culpa de un gilipollas que me ha vuelto loca unos mamones me vigilan —soltó sin respirar. Se

sintió tan aliviada al soltarlo que su llanto se cortó al momento.

Los ojos castaños de Matteo la analizaron. Se le marcó la arruga de la frente, en señal de máxima concentración.

—¿Un gilipollas? —preguntó, obviando el resto de la frase. Se le tensaron los músculos de la mandíbula.

—Sí, eso he dicho. —Valentina se cruzó de brazos. Notó cómo el agua continuó resbalando por su piel hasta ser atrapada por la tela del bañador.

—¿Por eso no me respondías a los mensajes?

—Matteo, por favor… Me dejaste tirada después de dos malditos años. Tomando un café.

—Podíamos haberlo hablado más, pero eres demasiado tajante.

—¿Tajante yo? —exclamó ella en respuesta, apretando los dientes—. ¿Te expongo de nuevo la historia?

—No, Valentina. Sé que lo hice mal. —Asintió él arrepentido. Valentina lo conocía demasiado bien como para saber que estaba afectado de verdad. Pero no era suficiente—. ¿Es que de verdad has dejado de sentir algo por mí?

—Matteo, déjalo.

—No, Valentina. Quiero que me mires a la cara y me digas que ya no sientes nada por mí —le rogó.

—Ya no importa.

—¿Es por ese gilipollas que dices? —Matteo desvió la mirada, mordiéndose un labio para calmarse—. ¿Te has liado con él?

—Oh, claro que sí.

—Valentina, joder…

—Ni se te ocurra opinar al respecto —lo amenazó.

—Has tardado poco en olvidarte de mí.

Valentina le dio la espalda. Recogió su toalla, hecha una furia. Le ardía la piel, el pecho, la garganta, los ojos y el corazón. Se giró tan rápido que no lo vio venir. La mochila del muchacho cayó al suelo al chocar contra ella. La hinchazón del labio casi había desaparecido, pero no el morado de las costillas. Aquella fue la primera vez que lo vio. Se le encogió el pecho de la impresión.

—¿Qué haces aquí? —Fue lo único que consiguió balbucear al reconocerlo. La toalla le resbaló de las manos—. Tú no nadas en esta piscina. —Cogió aire, tratando de no fijarse en el torso desnudo de Lucca. Se había asegurado de buscar la piscina más alejada del barrio para no coincidir con él.

Él se agachó a recoger la toalla y se la tendió de vuelta sin mirarla. No se atrevió a enfrentarse a los ojos negros que más miedo le daban. Porque mirarlos significaba sentirse vacío.

—No me dejan entrenar con el equipo —contestó con voz ronca—. Van a echarme, por lo del juicio. —Agachó más la cabeza, tan derrotado que le costó rodearla para pasar por su lado. Había echado tanto de menos el olor dulzón de la vainilla sobre la piel de Valentina que tuvo que dar una rápida zancada para poder alejarse de ella. Corrió para no abrazarla.

Corrió para no suplicarle que tenían que hablar.

Ya lo había intentado. Y ella no quería verlo. Había terminado haciéndolo añicos, como un simple plato de porcelana.

No podía cumplir con su palabra, y él tardó dos semanas en hacerse a la idea. Dos semanas sin Valentina, sin su piel suave, su olor dulce, sus ojos negros y los gorjeos de sus risas. Sin sus

explosiones de alegría y sus besos chispeantes, que le disparaban el corazón.

Dos semanas sin Valentina habían dolido como toda una vida sin María.

Era la segunda vez que la perdía. Y también había sido culpa suya.

—¿Lucca? —Se detuvo al escucharla llamarlo. Pero no se volvió hacia ella. En su lugar, cerró los ojos con fuerza esperando a que la chica lo dejara avanzar. Necesitaba salir de allí—. ¿Quién te ha hecho eso?

La que había sido una voz alegre sonó aguda y distorsionada, preocupada. Le puso una mano sobre el hombro y él no pudo evitar echarse a un lado para que no lo notara temblar. No podía sentir aquel roce sin sentirse mal.

—Nadie.

—Lucca, ¿han sido ellos?

Siguieron de espaldas, incapaces de dar un paso en la dirección del otro.

—No sé de qué me hablas, Valentina.

De nuevo era Valentina y no Vale. Le dolió en el alma.

—No me vaciles, Serra. ¿Quién te ha hecho eso en la cara? —Avanzó hasta él, posicionándose de cara a él para enfrentarlo. Con cuidado, le hizo subir la cabeza cogiéndolo de la barbilla para examinarle la cara. Una de sus mejillas lucía un profundo corte que le recorría la piel por debajo de la sien hasta la barbilla. Lucca se negó a mirarla.

—Me lo he ganado —dijo asintiendo. Le apartó la mano con suavidad. Trató de sonreír, pero no encontró fuerza. ¿Para qué? Había acabado con todo: con Valentina, con la seguridad de su familia, con la natación… Si lo echaban del club, perdería también los nacionales—. Ah, perdona. —Parpadeó de manera cómica tendiéndole una mano a Matteo, que la aceptó desconcertado—. No me he presentado, yo soy el gilipollas. Encantado.

Inmediatamente después, Matteo lo soltó, desconcertado. Miró a Valentina y a Lucca con los ojos entornados. Ella, abrazada a su propio cuerpo, observando al muchacho rubio con los ojos chispeantes, a punto de echarse a llorar de nuevo. Él, hundido. Tenía las manos destrozadas, llenas de heridas y cortes por los antebrazos. Junto con el corte de la cara, las heridas le daban un aspecto peligroso y deplorable. ¿Cómo había podido Valentina fijarse en un chico como aquel?

—¿Qué le has hecho? —preguntó entonces Matteo, mirando de reojo al tercero en discordia —. Vale, ¿te ha hecho daño?

—Que no me llames así —respondió ella, apretando los dientes.

De manera inconsciente, Lucca sonrió. Solo él la llamaba así. Le gustó que, a pesar de todo, eso no hubiera cambiado.

—¿Te ha hecho él esos moratones? —Se acercó a ella, señalándole los cardenales de sus piernas.

Valentina se tapó con la toalla, escandalizada. Se le encendieron las mejillas y notó el calor bajarle por los brazos.

—¿Qué dices, Matteo?

Pero entonces Lucca se metió por medio de los dos. Era más alto que Matteo. No lo tocó, solo le bastó con señalarle con el dedo.

—Sí, fui yo. Por eso te ha dicho que soy un gilipollas.

—Eso me queda claro. —Matteo se irguió para encararlo—. ¿Y qué cojones haces cerca de ella, entonces?

—Ya me iba, solo quería ser educado.

Matteo se carcajeó cuando Lucca le dio la espalda, volviéndose hacia Valentina.

—Está más bueno que yo, pero yo soy más guapo —le dijo al compararse con el tercero en discordia. Ladeó una sonrisa cansada. Sus ojos azules estaban apagados, llenos de una oscuridad que Valentina no pudo obviar—. Y más alto —añadió, alargando una mano. Tuvo que apartarse de ella antes de tocarla. Lucca se moría de ganas de que su piel entrara en contacto con la de Valentina.

Valentina permaneció petrificada frente a Matteo, que la miraba sin entender. Quiso correr detrás de Lucca. Quería abrazarlo, hundir la cabeza en su cuello y sentir los dedos del chico enredados en su pelo. Quería caminar con él bordeando el Arno y llegar al Ponte Vecchio para hablar sobre estrellas y vidas pasadas. Necesitaba que la besara, que la llamara Vale y que la comparara con Simonetta.

Que la dibujara. Y la llevara a otro de sus lugares mágicos de la ciudad.

Pero eso se había acabado.

Valentina ya no quería encontrar soles por Florencia, porque su simbolismo no había acertado con Lucca. Encontrarlos por las fachadas de los edificios no había sido una buena señal, estaba equivocada.

Había tirado el vestido de girasoles. Fue lo que llevaba puesto cuando su mundo volvió a paralizarse, dos semanas atrás. Martina se ofreció a lavarlo, pero ella lo tiró al cubo de la basura. Pensó en lo que le diría Lucca al descubrirlo, en cómo arrugaría los labios de desaprobación.

Lo vio al salir del edificio, buscando a Matteo una vez ya en la calle. Pero Lucca cometió el error de mirarla a los ojos, y ella fue consciente de que sus iris palidecieron al verlo. Estaba apoyado en la baranda de la rampa para minusválidos, con el pelo dorado peinado hacia atrás y sus ojos azules entrecerrados por el sol. Vestía de blanco, con unas bermudas de rayas negras.

Maldito sol.

—Cuídate, *girasole*. Por favor —se despidió de ella.

El corazón de Valentina terminó de deshacerse cuando lo vio bajar la rampa arrastrando las chanclas Speedo como si pesaran una tonelada.

No quería volver a ver un maldito girasol en su vida. Esas flores siempre le recordarían a él.



La sala olía a salvia, eso ya podía reconocerlo.

Después de que Valeria le cediera el paso, le pidió que se tumbara en su diván morado. Era de terciopelo suave. La mujer tendió una toalla sobre el cojín antes de que ella apoyara la cabeza.

Valentina tomó aire antes de hablar.

—Mi hermana dice que ya ha hablado contigo por mi sesión.

—Sí, no te preocupes, me ha puesto en situación.

La amiga de su hermana era una mujer que se acercaba a la frontera de los cuarenta años. Tenía una voz tan dulce que Valentina se sintió flotar con solo escucharla. Reconoció los mismos gustos que su hermana en la ropa y los complementos de la mujer. Valeria llevaba el pelo rizado en grandes bucles oscuros y la miraba tras unas gafas enormes de pasta carey.

—Aparte de eso… —prosiguió Valentina, palmeándose las rodillas mientras trataba de fijar la mirada en algún punto del techo. Era altísimo, como todos los techos de Florencia.

—Dime lo que necesites.

—No contaba con enamorarme este verano —dijo con un hilo de voz.

Curiosa, Valeria se acercó a ella, moviendo la silla hacia su posición.

—Vaya, Martina no me ha comentado eso.

—Porque se ha acabado.

—¿Quieres hablar del tema?

—No sé cómo hacerlo —confesó Valentina. Esta vez, sus manos se entrelazaron sobre su abdomen. Notó los nervios atenazar los músculos de todo su cuerpo, haciendo que pareciera una estatua rígida a ojos de la psicoterapeuta.

—Déjamelo a mí, entonces. Voy a intentar ayudarte.

Valentina asintió a aquella dulce voz que consiguió que olvidara el peso de su cuerpo en cuestión de veinte minutos, después de pedirle que cerrara los ojos y se centrara en sus palabras. La mujer no dejó de hablarle en todo el tiempo y ella trató de hacer lo que le fue indicando. Se centró en su respiración, en las subidas y bajadas de su pecho, y en cómo el aire entraba en su cuerpo para llenarlo de oxígeno. En cómo este la recorría entera, de pies a cabeza.

Valeria contó despacio, y a cada nuevo número, Valentina se sintió cada vez más lejos de aquella sala de techos inmensos y olor a hierba quemada.

—¿Ves las escaleras, Valentina?

—Sí.

—Bien, baja por ellas. Al final encontrarás una puerta —la guio la mujer—. No tengas prisa por llegar, fíjate bien en todo lo que ves —le pidió.

—Ya estoy —anunció al cabo de unos minutos.

—¿Puedes mirarte? Dime qué puedes ver.

A Valentina le resultó muy fácil conseguir aquella información.

—Llevo un anillo en la mano derecha. Es una alianza fina y brillante —explicó, tras observar sus manos en la visión que estaba viviendo.

—¿Qué llevas puesto?

—Un vestido precioso. Pesa mucho más que mi vestido de girasoles. —Escuchó su risa extinguirse conforme continuó observándose—. Es del color de las uvas. Tiene volantes a medias mangas. Llevo unos zapatos oscuros que resuenan con fuerza cuando ando. El sonido me pone… nerviosa. Me hacen tambalearme. Parezco torpe con ellos.

—¿Y dónde estás? Puedes salir a explorar. Dime qué ves.

—No veo nada.

—¿Es de noche?

Negó con la cabeza antes de volver a hablar.

—Hay gente en la plaza. Un hombre mira hacia arriba, hacia las ventanas de los edificios —dijo, nerviosa. Valeria anotó a prisa todo lo que ella decía—. Yo lo imito, pero no entiendo nada.

—¿Qué hay en las ventanas?

—No lo sé.

Valeria se recostó en la silla, apartándose un mechón de pelo tras la oreja. Volvió a intentarlo:

—¿Eres Valentina?

—No, soy Ginevra —respondió con voz decidida.

—¿Y en qué año estás, Ginevra?

—En el 1704.

—¿Cómo lo sabes?, ¿has podido verlo en algún sitio? ¿Algún documento, quizá?

—Lo sé porque me casé en noviembre de 1703 —explicó con voz neutra. Dejó escapar un sollozo desgarrador a los pocos segundos. Sus manos se hundieron en el asiento, del que se sentía cada vez más alejada.

—¿Ginevra?

—He hecho algo horrible. Estoy casada, estoy casada… —jadeó.

Valeria le pidió que mantuviera la calma y que recorriera el lugar en busca de alguien conocido. No tardaron mucho en descubrir que tenía veintitrés años y que seguía en Florencia.

—Muy bien, Ginevra. Llévame a donde quieras de la Florencia del siglo dieciocho.

Contigo hay que empezar de cero.
Hay que empezar de nuevo para volver atrás.
Y conmigo, tú no llegas al cielo.
Yo estoy rozando el suelo, intentando despegar (…)
Y tú te vas, dejándolo todo a medias. Y me dices que algún día regresarás…
Tú me dejaste ir, yo te dejé volver… una y mil veces, por verte amanecer.
Tú me dejaste ir, y yo te perdoné…
Y ahora parece que buscas mi querer.

Por si apareces
Alice Wonder

SEGUNDA PARTE

Florencia, 1704

El hogar de la musa

Santa María del Fiore

La primera vez que Ginevra puso un pie en la capital, no pudo admirar la cúpula de Santa María del Fiore como hubiera deseado. Pero sí tuvo tiempo suficiente para tomar conciencia de que era insignificante al lado de la imponente catedral. Nada podía eclipsar más que la construcción florentina que admiró caminando al lado de Baldassare, de camino al que sería su nuevo hogar.

Por mucho que él le dijera lo contrario, Ginevra siguió pensando que su belleza no era suficiente en un sitio que guardaba tantos tesoros en piedra y lienzo como Florencia. No había comparación. Quizá en la campiña la belleza de Ginevra había logrado destacar por encima del paisaje toscano, pero en el corazón de la ciudad no tenía posibilidad.

Pese a la diferencia de edad con su cónyuge, Ginevra y Baldassare fueron recibidos en la comunidad florentina con los brazos abiertos, e incluso los más altos nobles se atrevieron a abrirles las puertas de sus casas. Pero la muchacha era más sencilla. No quería halagos de desconocidos ni nuevas amistades, se contentaba escuchando las historias que su marido le leía compartiendo una copa de vino en su despacho, todas las noches antes de ir a dormir. Y Gionna, la hija de Baldassare, le alegraba los días cuando los ratos de estudio se volvían tediosos.

Ginevra no había aceptado un matrimonio como aquel para ser la institutriz de una niña de ocho años, pero disfrutaba ayudándola y aprendiendo con ella. Por eso, su marido le daba libertad. Tanta libertad que, pronto, se atrevió a pasear sola. Comenzó yendo al mercado, aunque de eso se encargasen otros. Le encantaba ir a por el pan.

Ella quería ser útil.

Después, sus paseos se volvieron necesidad.

La segunda vez que Ginevra se enfrentó a Santa María del Fiore, se dio cuenta de que, como Baldassare le había dicho, no era un monumento completo: la fachada no estaba terminada. Pero, de nuevo, no tuvo tiempo de examinarla, porque sus ojos se fijaron en un punto en movimiento: un hombre que vociferaba a un joven —quizá aprendiz— que cargaba en brazos lienzos, trapos y un cubículo lleno de pinceles y cacharros, que tintinearon con furia mientras seguía al hombre al interior de la catedral.

Ginevra se acercó a las escaleras de la iglesia sintiendo el repiqueteo de sus zapatos sobre el empedrado. El tacón entre las piedras la hizo tambalearse. En el campo, caminar era más fácil que en la ciudad. Entre la hierba podía ir descalza; allí, sin embargo, no estaba bien visto. ¿Qué podrían pensar los amigos de Baldassare al verla corriendo descalza por la plaza del Duomo?

En su despiste, se tambaleó, cayendo hacia un lado. Fue cuando el tintineo se detuvo y ella tuvo que frenar su caída con las manos. La ayudaron a levantarse y a sacudirse el polvo del suelo. Y aquella vez, desde que vivía en el corazón de la ciudad, Ginevra se sintió en casa. Por eso luchó contra ese sentimiento todo lo que pudo. Pero no fue suficiente.

—¿Estás bien? —le preguntó el aprendiz, examinando su pie sin llegar a tocarlo.

—Sí, no ha sido nada. Son estos zapatos elegantes, que me hacen tropezar cada dos pasos.

El joven rio y Ginevra se encogió. No había conocido a muchos hombres que se rieran abiertamente delante de ella.

—Ten cuidado —le dijo el muchacho—. Yo que tú pediría unos nuevos.

Ginevra arrugó los labios en actitud desaprobadora. Antes de casarse solo había tenido dos

pares de zapatos, y por mucho que ahora su ropa gritase que podía permitirse cuantos pares de zapatos quisiera, no se iba a dar el caso. Ella no era así. Se miró los pies antes de hablar de nuevo.

—Aprenderé a manejarlos —aseguró, antes de despedirse.

Marchó rumbo a casa, dando un rodeo antes a la plaza.

No se dio cuenta de que el hombre no se apartó de la escalinata hasta después de perderla de vista, con la mirada perdida en sus andares torpes pero seguros. Tampoco se percató de cómo el maestro de este salió de la iglesia maldiciendo mientras lo llamaba.

No escuchó su nombre.

Y no volvieron a verse hasta la fiesta privada que dieron Ana María Luisa de Médici y su marido en su residencia, donde los invitados podrían ver la Galería Palatina.

Pensando aquello último, la emocionada Ginevra ya lo había olvidado todo: su tropiezo, el muchacho de la catedral con sus harapos y útiles de pintura, y ese extraño sentimiento de hogar. Hasta que lo vio en la sala colindante y el recuerdo regresó a ella como un chispazo, prendiéndole el pecho. Baldassare le había presentado a toda la sala, menos al capataz de obra que estaba restaurando una de las alas privadas más grandes del Palacio Pitti.

Y junto a este, el muchacho de la catedral.

Cuando sus miradas se cruzaron, él asintió con gracia y los labios apretados. Retiró la mirada con premura, desapareciendo entre la gente. Solo le dedicó una mirada etérea, como si ella estuviera hecha de humo y sus miradas apenas pudieran conectar.

Ginevra se distrajo con las historias de Baldassare todo lo que pudo hasta que volvió a verlo, por el rabillo del ojo, un poco más tarde. Y tuvo que ausentarse para tomar el aire.

Por mucho que tratara de olvidarse de él, el destino parecía querer que se encontraran. Y por fin coincidieron de nuevo cuando ella se perdió de regreso a la fiesta, entre tantas salas llenas de lujosa ostentosidad. Se encontró en lo que, supuso, era una estancia dedicada al estudio: un par de mesas labradas con filos dorados, estanterías llenas de libros, mapas amarillentos y plumas secas para escribir. Ginevra se acercó a uno de los cuadros, donde reconoció un precioso campo de girasoles en floración.

—Es el valle de Casentino —dijo una voz tras ella, que ubicó antes de girarse.

Ginevra reconoció aquellos ojos verdes que la escrutaron con precaución desde la puerta, tímidos de contemplarla más de lo debido. No había sido la primera vez que se habían atrevido a mirarla con esa intensa curiosidad.

—Ya lo sabía —contestó ella, manteniéndose erguida con las manos juntas por delante de la falda de su vestido—. He estado allí. Por los girasoles —explicó.

—Unas flores curiosas —apreció él.

—Sí que lo son —afirmó Ginevra, tratando de mantenerse serena.

Cuando el joven se situó a su lado en la habitación sintió los nervios a flor de piel. Rezó para que no se acercara más a ella. Se fijó entonces en su cabello castaño con destellos rubios, acaracolado.

—No encuentras la sala de la fiesta, ¿verdad?

—Este sitio es demasiado grande… —Ginevra se encogió de hombros—. Pero tengo que volver… con mi marido.

Los ojos verdes del chico emitieron un destello.

—Sígueme y te indico —le propuso. Vestía mucho más apuesto que cuando se encontraron en el Duomo.

Ginevra se apartó un mechón de cabello del rostro y lo sujetó tras su oreja. Antes de abandonar la sala, el mechón volvió a resbalar sobre su mejilla. El joven la contempló en silencio unos segundos antes de poner rumbo de vuelta a la celebración. Sin ser consciente, memorizó aquel rizo sobre esa piel pálida vestida de vergüenza.

Esa fue la segunda vez en Florencia que Ginevra se sintió en casa.

Y por la noche, cuando se sentó a los pies del sillón de Baldassare con su copa de vino para escucharlo hablar, le pidió que le contara historias sobre Casentino y sus girasoles. Su marido, que ya había asumido que su esposa no era como las demás, no le pidió que abandonara el suelo y tomara asiento en el otro sillón de la estancia. Esa guerra la daba por perdida. Le acarició una de sus mejillas eternamente acaloradas, asintiendo.

Baldassare haría cualquier cosa por su bella Ginevra. Lo que fuese necesario para mantenerla a salvo.

Las dos Marías

Palazzo Pitti

Ana María Luisa de Médici había encontrado en la joven Ginevra una diversión pasajera, que decidió aprovechar mientras la pequeña flor durara sin marchitarse. La primera vez que la vio del brazo de Baldassare, pensó que no parecía una muchacha frágil, sino todo lo contrario. María Ginevra, como así la presentó su marido, era reservada, pero dentro de ella se notaba que guardaba la fuerza de una mujer lista y rebelde. Por eso, Ana se prendó de ella lo suficiente como para ofrecerle cobijo, compañía y diversión en su palacio.

Ginevra accedió a visitarla algunas tardes, cuando Gionna tenía lecciones más tediosas o los maestros de la niña acaparaban toda su atención. La semana después de la fiesta, Baldassare marchó de viaje a cerrar algunos de sus negocios fuera del territorio toscano, dejándolas a ella y a la niña en Florencia a cargo de la casa y el servicio. La joven esposa no comió el primer día que estuvieron separados; se preocupó por el mal tiempo que hacía y durante toda la mañana estuvo pensando en qué haría si a Baldassare le ocurría algo en su viaje. ¿Cómo llevaría la casa? ¿Seguirían las cosas igual entre Gionna y ella?

Fue de esa manera que resolvió acudir a la invitación de Ana María Luisa de Médici para distraerse y no pensar en escenarios escabrosos.

Y esa fue la tercera vez que Ginevra lo vio.

Ana la llevó por la Galería Palatina para que la muchacha pudiera admirar con calma las obras, sin nadie a su alrededor. La llamaba María. Y, pese a que se le hizo raro, Ginevra se contentó con ello. Al fin y al cabo, era su primer nombre. Y a Ana le hacía gracia que uno de sus nombres coincidiera.

Mientras Ana le contaba que a sus treinta y siete años aún no había logrado ser madre, los pensamientos de Ginevra se alejaron de ella para viajar hasta la sala de las obras, por la que no tardaron en pasar. Fue entonces cuando los ojos verdes del joven Tiziano parecieron despertarse al verla.

Ginevra notó que su cuerpo se irguió cuando escuchó a la consorte pronunciar aquel nombre.

—Los frescos son más difíciles en esta zona, señora —contestó el muchacho sin apartar la mirada de Ginevra, que había puesto un pie en la estancia—. La pintura se cae en escamas, la pared es demasiado porosa…

—Hacemos lo que podemos, lo más rápido que nos permite el lugar —aseguró el maestro de Tiziano, palmeando el hombro del muchacho al dirigirse a la consorte.

Esta asintió, complacida.

Ana le enseñó las vistas desde aquella ala del inmenso palacio y le aseguró que tanto Gionna como ella podían acudir cuando quisieran. Baldassare era un amigo querido que buscaba siempre el bien para su ciudad, y tanto él como sus contactos conseguían las mejores joyas y las telas más bonitas y brillantes de Italia. Cuanto menos, su nueva esposa y su hija merecían un trato especial por parte de los Médici, a los que servía.

Los jardines de Boboli robaban el aliento de cualquiera; Ginevra no fue menos. Y, como era de esperar, también se sintió pequeña e insignificante en comparación. Sonrió perdida en sus pensamientos, abarcando con la vista el máximo nivel de verdor que el horizonte le permitió

captar. Echaba de menos la campiña, la hierba, andar entre las flores y sus queridos girasoles.

No se dio cuenta de que Ana abandonó la terraza sin llamarla. La dejó perdida en los campos, con la mente, supuso, en las nubes. Por lo que Ginevra no fue consciente de cómo la observaron el par de ojos verdes que ya se habían cruzado con los suyos en varias ocasiones. Pese a estar de espaldas a él, Tiziano estudió la silueta de la invitada tras las puertas de madera y cristal: la forma de sus hombros relajados, sus manos de piel blanca apoyadas sobre la baranda de piedra, la curva interior de su cadera e incluso la forma de la tela de su vestido al caer por sus piernas. Porque, después de tanto tiempo buscando inspiración para su pintura, ya la había encontrado.

Cuando desvío por fin la vista de María, como así la había llamado la Médici, no le gustó la expresión que reconoció en el rostro de Filippo. El hombre le reprendió con la mirada y un gesto silencioso de su mano. Chasqueó la lengua con desaprobación, pero no dijo ni una palabra. Por ese motivo, Tiziano se contuvo. Ocupó la mente de nuevo con la pesadilla que vivían tratando de revivir uno de los frescos destartalados y continuó raspando pintura mientras su maestro terminaba los bocetos y conseguía la mezcla perfecta de color.

—Eso debería hacerlo yo —protestó al cabo de un rato, con el brazo ya cansado.

Filippo graznó un comentario obsceno que le obligó a seguir raspando la pared. El hombre, de pelo blanco y rostro envejecido, era todo un esperpento. Pero cuidaba de Tiziano como a uno de sus propios hijos. Nunca dudaba en proponerlo para los grandes trabajos y le encantaba retarlo para que se superase. Pese a la dedicación de su maestro, Tiziano no tenía tan claro su futuro como artista: Florencia era, sin duda alguna, la cuna del arte, la ciudad donde los genios y los artistas nacían a puñados; pero él no era uno de ellos. Ni siquiera había logrado un triste mecenazgo. Era demasiada la competencia, y demasiado fieros los competidores. Además, a Tiziano no le gustaban los roces con los de su gremio. Él solo quería pintar en paz.

Si conseguía que su arte viviera por él, aunque fuese en un pequeño rincón de su amada ciudad, ya se daba por satisfecho.

El muchacho continuó raspando la pared. Los músculos de los brazos le ardían cuando Filipo se ausentó un momento de la sala. Entonces, distraído, hundió más de lo debido la herramienta en la superficie de la pared, astillando demasiado la pintura, que saltó hacia sus ojos en diminutas chispas.

Tiziano notó que el ojo derecho comenzó a quemarle como si de él naciera fuego. Esa fue la segunda advertencia que recibió, pero no quiso hacer caso a la vida, el destino o lo que fuera. En lugar de apartar a María de su lado cuando esta acudió ante las maldiciones que soltó por el dolor y el escozor que sintió, dejó que la joven le ayudara.

—Ha sido la pintura, me ha saltado en el ojo. Pero no es nada, sucede constantemente. Es mejor esto que la pintura fresca —trató de bromear, pero María no movió ni un músculo mientras le examinaba el ojo.

Con el ojo bueno, Tiziano la distinguió tras las lágrimas.

—No tienes nada —dijo ella, al cabo de unos minutos.

Las manos de María abandonaron el rostro de Tiziano, y él pestañeó con fuerza para apartar las lágrimas y así poder contemplarla antes de que se alejara de él. Pero ella no se apartó. Ladeó la cabeza, curiosa, como un animalillo inquieto y asustadizo, esperando a que Tiziano le hiciera una señal para marcharse. Pero él tampoco hizo nada; aquella mujer, vestida en tonos marrones, con sus bonitos zapatos que la hacían tambalearse cada pocos pasos, le había robado el aliento incontables veces desde que habían coincidido.

Al escuchar los pasos precipitados de Filipo aproximándose, ambos parecieron salir del trance en el que se encontraban. María se frotó las manos rodeando la posición de Tiziano con cuidado de no tropezar con las herramientas de restauración. Por su parte, Tiziano le tendió la mano para ayudarla a pasar sin que resbalara sobre los trapos.

Y volver a tocarse fue el primer error que cometieron. Ambos lo sintieron cuando el calor de sus pieles en contacto les aceleró el corazón de una manera salvaje.

Tiziano quedó prendado de la manera en la que los ojos de María se llenaron de palidez al mirarlo.

El fantasma de Ginevra

Palazzo Pitti

Esa misma noche, después de volver a casa, Ginevra no consiguió quitarse la sensación de emoción que tenía apresada bajo el pecho. Caminó por toda la habitación respirando con fuerza. Primero se llevó una mano a la frente, pues se sintió acalorada. Después, se apoyó en sus caderas para coger aire.

—Gin —la llamó Gionna. Que la llamara así era su señal de confianza—. ¿Te has puesto enferma? Respiras muy fuerte.

Ginevra se acercó a la niña, negando con la cabeza. La besó en la frente para tranquilizarla. Estaba como una rosa. Lo que pasaba era que había mirado a los ojos a otro hombre que no era Baldassare y había… sentido. Por eso dejó que Gionna se colara en su cama de madrugada, para no pensar. Le prometió a la niña no decírselo a su padre y, juntas, pasaron la noche hablando de historias y cuentos. Así fue como la joven descubrió la leyenda del famoso fantasma florentino que llevaba su nombre.

Pero, en lugar de miedo, la Ginevra de la historia le llenó el corazón de dolor. Aquella muchacha que, como se contaba, vagaba en espíritu por la Torre del Duomo había tenido que enfrentarse a un matrimonio de conveniencia aun estando enamorada de su amor de juventud.

Ginevra pensó entonces en Baldassare y en lo mucho que lo quería. Y en lo que de verdad había significado su matrimonio. Ambos sabían que había sido beneficioso: él, viudo desde hacía cinco años, necesitaba una esposa y una madre para Gionna. Ella ansiaba libertad, amor y confianza, y Baldassare podía darle mucho más que eso.

Además de que, con sus veintitrés años, había conseguido una hija sin necesidad de llevarla en sus entrañas. Mentiría si decía no sentirse aliviada por aquello.

Pero no estaban enamorados. Al menos, ella no se sentía levitar cuando estaba con él. Ni tampoco moría por que la tocara. Es más, la primera vez que Baldassare se atrevió a cogerle la mano, Ginevra no sintió nada. Ni cosquilleo ni mariposas en el estómago…

La muchacha no le dio importancia hasta aquella noche en la que recordó la sensación eléctrica que le dejó el tacto de Tiziano en la piel, cuando este le cogió la mano, con los dedos acariciando su muñeca derecha.

Se encogió bajo las mantas al revivir el recuerdo, dedicándole una mirada agitada a Gionna, que ya dormía plácidamente.

¿Cómo había podido casarse con Baldassare sin sentir cosquilleo ante su tacto? ¿Por qué nadie le había avisado de que eso podía pasar?

Su tía le dijo que, con el tiempo, el amor nacía. Y el cariño. Pero Ginevra empezó a dudarlo en ese momento al notar una sensación de pánico atenazándole el corazón.

Su marido regresó a los cuatro días. Les trajo regalos y encargó vestidos con las nuevas telas que ellas eligieron. El nuevo vestido de Ginevra tenía que ser de un elegante tono morado como el color de la uva. Y Baldassare encargó como extra los bordados de la falda hasta la cadera, la sobrefalda y las medias mangas con un discreto volante. La imaginó luciendo la nueva pieza caminando de su brazo, por la majestuosa plaza de Santa Croce o Santa María Novella, y la tez se le iluminó de la expectación. Todo el mundo la miraría sabiendo que era suya, de Baldassare Caracciolo.

Pero lo que el afamado comerciante no se imaginó fue que ese mismo vestido no sería más que un castigo y un eterno recordatorio de la decisión que se vería obligado a tomar.



Ana María Luisa y su marido regresaron a Alemania una semana más tarde, cuando la restauración en el Palacio Pitti llegó a su fin. Para despedirse, los amigos del matrimonio acudieron a ver la representación de *La habitación de Giovanni*. Pero lo cierto fue que Ginevra esperaba encontrarse con el ayudante de Filippo y no admiró la nueva cara que lucía el fresco que databa del año 1635.

No logró concentrarse. Le dio igual el simbolismo del ganso o la oca que sostenía con el pico una pieza en oro. Tampoco escuchó las palabras del marido de Ana, Juan Guillermo del Palatinado, ni reaccionó cuando este le cedió el turno de la palabra. Baldassare tuvo que responder por ella porque no encontró su voz. Y Ginevra no volvió en sí hasta que su marido la miró a los ojos, sosteniéndole la barbilla, una vez alejados del resto. Estaban en el mismo balcón desde el que ella, hacía dos semanas, había admirado los jardines de Boboli bajo la mirada curiosa de Tiziano.

Sin saber cómo devolverla a la tierra, Baldassare suspiró, observando hasta el más mínimo detalle de su rostro. Le encantaba la forma en la que su mujer arrugaba la frente cuando pensaba o cómo sus labios se desviaban hacia un lado, provocando un hoyuelo en su mejilla. Tenía los ojos oscuros, serios y profundos, y por mucho que mirara en ellos nunca conseguía llegar hasta su interior: Ginevra era inexpugnable.

—No estás conmigo, Ginevra. ¿Qué te ocurre?

Ella ladeó la cabeza hacia la mano de su esposo, que le acunó el rostro con dulzura. Después, admiró de nuevo los jardines.

—Baldassare, ¿qué sientes cuando me miras? —Se agarró de su mano mientras esperaba la respuesta.

—Me siento enloquecido —contestó él.

—Y, cuando me tocas, ¿qué sientes?

—Que tu piel quema a la mía.

El corazón de Ginevra se encogió entonces de pena y angustia. Ella no sentía nada de eso cuando Baldassare le acariciaba.

—¿Y tú, mi vida? —le preguntó bajando la voz, acercándose a ella. Sus mejillas se rozaron.

—Me pasa lo mismo —mintió Ginevra, sin poder devolverle la mirada.

Su marido la abrazó por la espalda para poder seguir contemplando los jardines mientras el resto de los invitados discutía la escena del fresco, en la galería. Le dijo que no tenían por qué volver a entrar si ella no quería, les diría que estaba indispuesta y entenderían la ausencia de ambos.

No iba desencaminado.

Ginevra, entre sus brazos, se sentía segura. Como si nunca pudiera pasarle nada malo estando con él. Pese a que Baldassare ya había cumplido cuarenta años, no aparentaba su edad salvo por el tono ceniciento que había empezado a decorar su cabello. Sus ojos duros y sabios le daban un aspecto más joven a su rostro. Era muy estricto con el corte de su barba. Ginevra debía

tener cuidado con eso.

Pero era un buen hombre con un corazón enorme. Y no solo lo demostraba con su mujer; amaba a su hija y la malcriaba cuanto podía. Para él, era una tortura separarse de Gionna cuando debía ausentarse de Florencia por negocios. Por eso, desde que Ginevra estaba en su vida, sentía que el orden había vuelto a establecerse en casa. Y tanto él como la niña la adoraban.

Le dio un beso en la frente y ella cerró los ojos, agradecida.

En ese preciso instante, ambos recordaron el día que se conocieron por casualidad, perdidos en un campo de girasoles aún sin florecer.

La primera piedra

Basilica di Santa Croce

Ni Filippo ni Tiziano acudieron esa tarde al palacio, pues su trabajo había concluido. Tampoco fueron informados de la nueva inauguración privada de la Galería Palatina para personajes ilustres de la comunidad florentina. Ellos no eran más que mano de obra. Para trabajos delicados, pero mano de obra, al fin y al cabo.

Cuando el aprendiz se encontró con su maestro en la plaza de la Santa Cruz, por la expresión de su rostro supo que el día no había empezado bien para ninguno de los dos.

—¡Muchacho! —exclamó el hombre, al verlo llegar cargando las herramientas—. Llegas tarde —protestó.

—Para ti siempre es tarde.

—Deberías salir al alba, así aprovecharías más el tiempo y tu arte tendría la oportunidad de renacer. —Le dio un codazo en las costillas que hizo que Tiziano se tambaleara. Dos cinceles de diferentes tamaños cayeron contra el empedrado.

—Mi arte —masculló el muchacho, negando con la cabeza—, ¿es que tengo alguna oportunidad?

Filippo le dio una colleja.

—Eres peor que mi dulce Concetta —renegó, tirando de él hacia la catedral—. Siempre menospreciándote. ¡Pero no quieres hacer nada para remediarlo! Como ella.

—Filippo, tu hija tiene diez años y tres hermanos mayores. ¿Me comparas? Nuestras quejas son por motivos distintos. Ella quiere ser escuchada, yo quiero tener una oportunidad…

—Protestas lo mismo que ella. ¡O más! Y no sabes la suerte que has tenido conmigo. Otro no te hubiera aguantado las tonterías y estarías pasando hambre en la calle.

—Eso es cierto —asintió Tiziano, riendo.

Su maestro rio con él.

Se detuvieron frente a la fachada lisa de la catedral.

—¿Cuándo, señor, se dignarán a poner la primera piedra? Dios sabe que algún día nuestra Santa Croce será un lugar de culto, pero de esta manera… Es una desolación para los florentinos. Sin nada que la vista. ¡Lleva consagrada trescientos años! Y todavía está desnuda.

—Hablas como si fuera una mujer —apreció Tiziano.

El hombre volvió a lanzarle una de sus miradas más duras.

—Me inspiran las mujeres. Si te fijaras un poco en su belleza, a lo mejor conseguirías despertarte un poco. Encuentra una musa.

—¿Por qué tiene que ser una mujer? ¿Te dedicas a mirarlas a todas? Eso da miedo, Filippo.

El hombre se cruzó de brazos, negando con la cabeza.

—Me fijé en todas hasta que di con la mía y ya no volví a ver al resto. Lo sabes de sobra —contestó, volviendo a darle la espalda—. Yo adoro a mi Chiara.

Tiziano rio en silencio; le encantaba meterse con él.

—Lo sé.

—Ojalá encuentres a tu Chiara, muchacho. Rezo para que así sea y no acabes enamorado de la musa equivocada. Los artistas jóvenes os dejáis llevar por la pasión; no escucháis, solo os cegáis. Y la mayoría acaba en el vicio del alcohol o en compañías indecentes.

—Filippo, yo no paseo por la Via Giovanni da Verrazzano en busca de meretrices. —Tiziano rio a carcajadas mientras su maestro enrojecía ante sus palabras.

—¡No nombres ese sitio! —exclamó el hombre, encolerizado.

—Si no hay nadie que pueda oírnos, Filippo. Relájate.

—Un día de estos me matas de un disgusto, te lo digo —dijo el hombre, apuntándole con el dedo índice—. Como yo me entere…

—Si alguna vez me paso por allí, jamás lo sabrás, Filippo.

El maestro se llevó las manos a la cabeza, cogiendo aire con fuerza.

—Dios, no lo escuches —dijo ignorándolo, desviando la mirada a las alturas de la catedral —, pero puedes castigarlo para que aprenda de esta vida que tiene y no aprovecha.

Tiziano lo dejó hablando solo con el cielo sin que las palabras de su maestro calaran realmente en él. No sería hasta meses más tarde cuando las recordaría.

A lo mejor Filippo pronunció una especie de profecía sin saberlo, y él no estuvo lo suficientemente avispado como para escucharlo y poder así prevenir el desastre. Porque la vida de Tiziano cambiaría demasiado rápido, propulsándolo hacia las alturas, muy por encima del Campanario de Giotto. Y después se encontraría con la caída que, a esa altura, sería nefasta.

—¿Qué tenemos que hacer, Filippo? —preguntó, distraído.

—Remodelaciones. Y arreglar una tumba, creo —contestó su maestro, pasando por su lado.

Tiziano dio un respingo y lo miró resignado.

—¿Otra? —preguntó, agachando la cabeza.

—Es lo que da de comer, Tiziano. Nos debemos a eso.

—Pensaré en mi musa mientras tanto —dijo, tratando de bromear. Pero, aun años después, Tiziano se arrepintió de haberse girado en ese momento para mirar a su maestro y de haber pronunciado aquella frase. Porque fue cuando alcanzó con la mirada la figura lejana de una joven que se tambaleaba en sus zapatos por el empedrado.

La encontró. Encontró a su musa.

Tiziano sintió el corazón desbocado bajo el pecho y no pudo más que tomarlo como una señal.

Era tan temprano que la gente todavía no había salido de sus casas, y el sol hacía muy poco que se había puesto. Y sin embargo, ahí estaba ella, en mitad de la plaza de la Santa Cruz, con los ojos abiertos como platos, girando en derredor. Hasta que lo vio.

Y se detuvo.

Tiziano sintió que él también se detenía. El aire en sus pulmones y el tiempo. La sangre en sus venas. Lo sintió por todas partes, como la marea furiosa del Arno contra las paredes de piedra que contenían el río. De los brazos, se le resbaló uno de los rollos de tela de Filippo y, con él, le siguió una sucesión de pinceles en un tarro. Ante el estruendo, María agarró la falda de su vestido, dándose la vuelta. Dándole la espalda al joven, en la lejanía.

Pero Tiziano, en lugar de dejarlo estar, fue tras ella. Arrojándolo antes todo en el suelo; liberándose para poder alcanzarla a tiempo. María solo miró una vez hacia atrás, antes de que el zapato derecho la hiciera tropezar, como ya era costumbre. Tiziano no llegó a tiempo y ella ahogó un grito cuando cayó de lado. Lanzó una maldición que sonó estridente y vulgar hasta para el joven artista, que se detuvo a los pies de María, observándola sin saber cómo reaccionar.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó al final, en vista de que ella no reaccionaba a su presencia. Trató de ignorarlo.

Ginevra se echó a temblar al pensar en sus pieles volviendo a hacer contacto. Decidió evitar

los ojos verdes de Tiziano todo lo que pudiera. Y por supuesto, que no la tocara bajo ningún concepto.

—¿María? —insistió él.

Y Ginevra tuvo que mirarlo, mandando al traste su plan. Se desmoronó al instante, porque el cosquilleo apareció en su estómago y las manos le temblaron.

Para él era María. Como para Ana. Fuera de casa era María, no era Ginevra.

¿Podía ser dos personas en una? ¿Explicaba eso la confusión de sentimientos que tenía dentro?

En vista de que la muchacha no le respondía, Tiziano se agachó junto a ella y, rodeándola por la cintura, la levantó al momento. Ginevra tuvo que agarrarse a él con fuerza para no caer hacia atrás. Fueron solo unos segundos los que estuvieron pegados. Una vez los pies de la joven tocaron el suelo, se separaron.

Ella se apartó del rostro los mechones de pelo que siempre se escapaban de su recogido. Sus mejillas acaloradas y sus profundos ojos oscuros apuntaron al joven aprendiz, que yacía petrificado junto a ella.

—Podía haber gritado —dijo entonces, tratando de recuperar la compostura.

—Lo has hecho —apuntó Tiziano, sin entender—, cuando te has caído.

—Por tu culpa, me has asustado.

—¿Perdona? No he sido yo el que ha aparecido en mitad de la plaza. El sol está saliendo ahora. ¿Qué haces… sola aquí?

Temblando, Ginevra se llevó los brazos al cuerpo a modo de abrazo. La temperatura no era agradable y la humedad del río había dejado rocío hasta en la última piedra de los alrededores. A través de los labios de la joven, Tiziano podía ver el vaho haciendo volutas en el aire, a su alrededor. Fue así como se aprendió sus rasgos, en los minutos que pasaron hablando sobre banalidades, como si estuvieran solos en un lugar perdido del mundo. O al menos así se sintió él hasta que escuchó la voz de Filippo siseando hacia ellos.

—Señora Caracciolo —exclamó, cogiendo a María del brazo y tirando de ella—, hace un frío terrible para que esté a estas horas en la calle. ¿Qué hace sola? ¿Y su marido?

Ginevra trató de zafarse del hombre, que se negó a soltarla. Tiziano los siguió hacia la catedral.

—Creo que me he perdido —masculló, avergonzada, a modo de respuesta. Siguió con la mirada al aprendiz, pero este no logró descifrar lo que quiso decirle—. ¿Va a llamar a mi marido?

—Claro, lo mandamos llamar. Pero usted tiene que entrar en la iglesia para entrar en calor.

Ginevra estaba confundida; tanto que no se percató de que Tiziano tomó el relevo de su maestro para guiarla hasta un lugar especial en el interior de la catedral. No se fijó en los detalles, pues pasaron por galerías hechas con muros de madera y llegaron hasta el interior de una cámara improvisada donde los restauradores trabajaban. Tomó asiento en un tocón de tres patas antes de mirar alrededor.

¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí?

A los pocos segundos, Tiziano se arrodilló junto a ella, dejándole cierta distancia. Parecía conmocionada y en trance. Cuando los ojos de Ginevra y los suyos volvieron a coincidir, la mujer se echó a llorar. Se cubrió el rostro con las manos, dejando a Tiziano más desconcertado que antes, sin saber qué hacer.

—¿Es por el tobillo? —preguntó, recordando la caída de María en la plaza—. ¿Te duele?

Ginevra negó. En un impulso se quitó los zapatos para lanzarlos contra la pared de enfrente. Los tacones resonaron con fuerza entre las paredes de la catedral. El eco se volvió estridente, provocando el rechinar de sus dientes.

—Estúpidos zapatos —jadeó, con los ojos anegados y el cabello otra vez revuelto sobre las mejillas. Las lágrimas le habían enturbiado los ojos de tal manera que se veían más claros y enrojecidos.

Tiziano suspiró, sobrecogido. Nunca había visto unos ojos tan oscuros ni unas mejillas tan rojas como las de aquella muchacha que maldecía y lloraba acariciándose los pies en terreno santo. Se apartó de ella, dejándole espacio hasta que María dejó de maldecir por los zapatos y guardó silencio. Las lágrimas por fin se le secaron en los párpados y sobre la piel de la cara, dejando de caerle por las mejillas.

El muchacho imaginó aquel rostro sobre el papel, dibujado a carboncillo. No sería fácil captar el brillo de esos ojos con facilidad, pero todo quedaba en intentarlo. Los dibujaría en grande; solo a sus ojos negros, protagonistas de su arte.

En ese momento, la resignada muchacha apoyó los codos en sus rodillas y su barbilla sobre sus manos entrelazadas para admirar el techo de la catedral. Se quedó petrificada observando los cuatro frescos que parecían mirarla desde arriba. Los santos parecían vivos en la pintura de la cúpula bajo la que estaban. Se echó a temblar. Después volvió a mirar a Tiziano, que sintió su corazón volver a latir desbocado.

—No debería estar aquí —dijo ella, encogiéndose de hombros al escuchar su propia voz alzarse—. Baldassare tiene razón: lo único que voy a conseguir es llevar la vergüenza a su casa. —Aguantó el aliento unos segundos, en los que trató de contener las lágrimas.

Despacio, Tiziano recorrió la distancia que los separaba. Clavó una rodilla en el suelo para estar a la altura de María, que ladeó la cabeza para poder mirarlo. Y él, además de una belleza que le robó la respiración, encontró una profunda pena que hacía palidecer la mirada de la muchacha.

Necesitó dibujar.

—No sé si Baldassare tiene o no razón, pero no deberías llorar. Seguro que tiene solución…

María negó, aguantando de nuevo las lágrimas.

—No quiero vivir encerrada; no quiero esperar a que vuelva de sus viajes para poder salir a pasear. No quiero que Gionna se críe entre muros de piedra sin que los rayos de sol le acaricien la piel. No es justo, no es justo…

La mano de Tiziano se deslizó por encima de las de María. Cuando se percataron de que sus dedos estaban entrelazados, fue demasiado tarde para retirarse. Sus pieles ardieron ante el contacto.

—Dice que la gente… habla. Que suponen cosas que no son ciertas —prosiguió Ginevra, notando su pecho reverberar mientras hablaba—. Y por eso debo quedarme en casa mientras él esté fuera. Solo salgo a por el pan, ¡por el amor de Dios!

Los ojos de Tiziano se desorbitaron ante el incumplimiento del segundo mandamiento. María no tardó en cerrar los ojos, arrepentida, y pidió perdón con un susurro. Al joven le dieron ganas de abrazarla, pero no podía acercarse más a ella. Estaba casada, y si alguien los veía juntos, como estaban, su marido no se lo tomaría bien precisamente. Por lo que Tiziano la soltó antes de volver a su posición erguida en una de las esquinas de la cámara.

—Si has conseguido salir de casa a estas horas, es que tu marido no es como los demás.

—No, no es como los demás —suspiró Ginevra, con la mano que Tiziano había soltado

sobre el pecho, como si le doliera—. Por eso me duele que trate de seguir al resto. Porque no estoy acostumbrada. Y no es como me demostró ser cuando le conocí, cuando nos prometimos…

—La gente cambia, no es culpa suya.

—No debería dejarse influenciar por la mala gente —dijo Ginevra en tono serio. Sus ojos, de nuevo oscuros y duros.

Tiziano suspiró sosteniendo la sonrisa de sus labios. Era curioso que María, que venía de un hogar pudiente y no parecía haber pasado penurias, citara a la mala gente.

—La gente siempre va a buscar sus propios intereses, María. No puedes dejar que la opinión de todo el mundo pueda contigo.

La muchacha lo contempló como si hubiera nombrado a Dios o algún santo. Y Tiziano nunca lo supo, pero aquella expresión fue porque volvió a llamarla María.

Ginevra sintió en ese momento que su alma se dividió en dos. Dejó de ser María Ginevra para ser María allí, con él. Y Ginevra con Baldassare, Gionna y el resto.

Y así fue como pudo sobrellevar el dolor de la discusión con su marido, pensando que allí era otra persona; solo María, y no Ginevra Caracciolo.

La musa incorrecta

Piazza della Signoria

Los carboncillos se agotaron pese a las advertencias de Filippo. Eran caros, y no podían andar malgastándolos. Por eso Tiziano se vio obligado a robar algunos, jugándose el cuello, el trabajo y su dignidad. Pero tenía que seguir dibujándola.

Le hizo caso a su maestro: se levantó al alba el primer día, se sentó en su mesa y encendió una vela antes de comenzar. El resto fue historia. Pasó toda la mañana enfrascado en el rostro que no le había dejado dormir; y en los ojos que seguían mirándolo incluso después de haberse ido la luz. No acudió a su cita con Filippo hasta pasado el mediodía, pero, al verle el rostro lleno de vida y emoción, Filippo se abstuvo de regañarle.

—Ten cuidado, Tiziano. Escucha lo que te digo, hijo. No escojas a la musa incorrecta.

—Filippo, las musas te escogen a ti. No puedes elegirlas.

Filippo asintió suspirando. Posó su mano en el hombro del joven, que irradiaba felicidad por toda la plaza de la Señoría. Tenía que pararlo, por el bien del muchacho. Era frágil, maleable, aunque lleno de talento.

Algunos artistas encontraban la inspiración en las cosas bellas, frágiles, pasajeras… Otros renacían desde el dolor más agónico y real. No quería que Tiziano escogiera el segundo camino para florecer.

—¿Has sido productivo?

—No sabes cuánto, Filippo. Ha sido tan fácil volver a dibujar… Me siento capaz de todo, ¿sabes?

—Menos de coger un cincel —protestó el hombre, ahogando una risa—. Eso nunca llegará.

—Filippo, no quiero ser escultor.

—Te recogí de una alfarería, he visto lo que sabes hacer.

—Eso no tiene nada que ver… —negó el muchacho con seriedad.

—Bueno, Tiziano, será cuando tenga que ser. Yo tengo fe. Déjame vivir con ella.

—¿Quieres verlos? —lo interrumpió el aprendiz, tendiéndole uno de sus bocetos—. ¿Qué te parece?

Tras mostrarle los dibujos, su maestro palideció como si hubiera visto al mismísimo diablo.

—¡Lo sabía! —gritó, llevándose el dibujo al pecho—. ¿En qué piensas, niño?

El muchacho lo persiguió por la plaza mientras el hombre negaba encolerizado. Era demasiado dramático y lo vivía todo con una intensidad insuperable.

—Pienso que la he encontrado, ¡he vuelto, Filippo! Llevaba sin poder hacer un trazo tanto tiempo…

—Vas a enterrarme, muchacho. Vas a acabar conmigo. ¿Es que no te das cuenta de lo que has hecho? —Le apuntó el centro del cuerpo con el índice libre, aún con el dibujo sobre el pecho para que nadie pudiera verlo. La plaza estaba abarrotada y la gente se agolpaba alrededor de ellos, por todas partes—. ¡Es una mujer casada! —dijo con voz ahogada, de manera que solo él pudiera escucharlo. Se apoyó en la fuente de Neptuno para recuperar el aliento por la carrera.

Tiziano se sentó a su lado.

Algunos los miraron indignados por haberse sentado en el monumento al dios tallado en mármol blanco.

—Nadie va a enterrar a nadie, Filippo. Es solo… inspiración —explicó.

—No es solo inspiración si lo sientes aquí —prosiguió Filippo, señalándole el lado izquierdo del pecho. Tiziano bajó la mirada a donde apuntaba su maestro. Sintió un calor indescriptible inundarle el cuerpo—. Si lo sientes ahí, Tiziano… Es malo. Es malo, muchacho.

—Pero…

—Si no estuviera casada… Pero, Tiziano, no puede ser. Tienes que buscar otra musa.

—Yo no la he buscado, ¡es lo que trato de decirte! Se coló aquí. —Señaló una de sus sienes, poniéndose en pie de un salto—. Te prometo que no he hecho nada malo.

—Te creo —asintió el maestro.

—¿Entonces? ¿Dejo de pintar?

—Tienes que dejar de verla.

—Solo hemos coincidido…

—Pues deja las coincidencias, muchacho, por favor. Sé cómo terminan estos asuntos, y no me gustan. No toleraré que mi aprendiz meta las narices en algo tan serio. ¿De acuerdo? Párate aquí, Tiziano. O la bola seguirá creciendo hasta aplastarte, porque llegará el día en que sea tan grande que no puedas levantarla más. Y acabará contigo. ¿Sabes lo que me tocará hacer a mí entonces? Reconstruirte. Recoger todos los pedacitos que dejes por ahí. ¡Tendré que patearme Florencia en busca de tus pedazos, hijo!

»Eso, si sigue quedando algo de ti.

Tiziano ignoró las palabras de su maestro. No dejó que lo rozaran siquiera. Resbalaron sobre él como el agua de las balaustradas y los tejados cuando llovía. Había vuelto a dibujar, el siguiente paso era coger el pincel. Con el carboncillo se sentía poderoso; con el pincel, invencible.

Fue ese sentimiento el que le recorrió el cuerpo cuando comenzó a dar color sobre el lienzo. Sin Filippo rondando, alumbrado con unas pocas velas después de que cayera la noche. Justo una semana después de que Filippo le hubiera advertido. Pero, como le explicó al hombre, él no había buscado a María; ella había acudido a Santa Croce ese mismo día en su búsqueda.

Cuando Tiziano se dispuso a limpiar sus herramientas en la cuba dispuesta en el rincón de la cámara improvisada para arreglar la tumba que les habían encargado, sus manos temblaron dejando caer todo en el barreño. Se incorporó como electrificado.

De nuevo esos ojos oscuros, mirándolo con curiosidad. Estaba sentada en el mismo tocón que había ocupado el día anterior.

Tiziano se pensó si retroceder o avanzar hacia ella. Cuanto más la miraba, más ágil se volvían sus ojos para absorber cada detalle de su rostro, las casi imperceptibles pecas salpicando su nariz y mejillas, las largas pestañas coronando aquellos hipnóticos ojos. Notó sus dedos agitarse en el aire, buscando el papel y el carboncillo. Necesitaba volver a dibujarla.

—Quiero un cuadro —dijo María, y esperó a que él reaccionara.

—¿Cómo has entrado? —preguntó el joven, desconcertado, sin hacer caso de lo que la muchacha le había dicho—. Este lugar es solo para los restauradores.

Ginevra se aclaró la voz y lo intentó de nuevo. Esta vez, se aseguró de hacerse oír.

—Necesito que me retraten —aclaró con voz segura, erguida como si su posición recta pudiera ocultar que temblaba como un flan.

Tiziano asintió.

—¿Quieres que te recomiende a alguien?

Ella negó. María se acercó a él. Ginevra desapareció al hablar.

—Quiero… que me retrates. Es para un regalo.

Tiziano sintió que sus rodillas perdían la fuerza para sujetarlo. Se quitó el pañuelo de la cabeza, que usaba para que las astillas de mármol no se le enredaran en el pelo, y lo tiró a los pies de María.

—Yo no retrato. No pinto.

—Yo he pensado… Quiero darle una sorpresa a Baldassare —procedió a explicar—. No tiene que ser muy grande, sería solo un lienzo que pudiera doblarse. Para que pueda tenerlo en sus viajes. Acaba de irse, otra vez.

Enredó los dedos en la falda de su vestido *beige*, de tela suave y poco cubriente para el frío y la humedad de la ciudad. Esta vez había escogido una de sus prendas favoritas que usaba para correr en los campos, huyendo de las responsabilidades en el caserón de su familia. Los zapatos tuvo que ponérselos, pese a que en la campiña solía prescindir de ellos. Iba oculta bajo una capa marrón con capucha para detener el viento cortante.

—Entiendo —asintió Tiziano. De su cabeza no escapó el hecho de que el marido de María había abandonado la ciudad—. Pero insisto: yo no hago retratos. Ahora mismo estoy ocupado con una restauración y después…

—Te pagaré bien.

El aprendiz cerró los ojos, resignado. Las musas siempre acudían en el momento más inoportuno. Y su musa, estaba claro, no quería entender las negativas. Por más resistencia que él mostrara…

El escenario que se presentaba era peligroso, pero él terminó cediendo. No sin pensar en el infarto que le provocaría a Filippo aquella situación. Aun así, trató por todos los medios de que María no se percatara de la emoción que le recorría el cuerpo al aceptar la propuesta.

—¿Lo has hablado con tu marido?

—Es una sorpresa. —Ella se encogió de hombros. Le tendió la mano para sellar el trato.

Tiziano la aceptó, pero antes, de manera torpe, su mano acarició la muñeca de la joven. Ambos se estremecieron ante el inesperado contacto.

Y cometieron un nuevo error: verse a diario.

La palidez del sol

Ponte Vecchio

La intención era verse en un sitio público; no tenían que esconderse por un encargo. Pero, discutiendo los detalles del trabajo, María se dio cuenta de que la gente la reconocía, y no le gustó la sensación de sentirse observada, pues no reconocía a los curiosos que la recorrían con la mirada como si lo supieran todo de ella. Tiziano también se percató de ello y le propuso quedar solo en el puente en las horas en las que menos tránsito había, tomando distancia entre ambos.

Y que ese fuese el único sitio donde se vieran.

María asintió, pero Ginevra no estaba muy convencida, pues en los puestos del Ponte Vecchio, Baldassare era un personaje ilustre y proveedor de la mayoría de los establecimientos. Así que solo debían verse cuando cerraran las joyerías, después de comer.

El tercer día que María esperó a Tiziano en el puente, los nervios la devoraron. Lo vio aparecer a lo lejos, con el cabello castaño revuelto, las mejillas coloradas de ir corriendo y los ojos verdes brillando de emoción. Se detuvo a cinco metros de ella. María se apartó del mirador hacia el Arno y saludó con un asentimiento de cabeza. Él la imitó.

A esas horas, las tiendas estaban cerradas, por lo que Ginevra siguió los pasos de Tiziano hacia el corazón de la ciudad. Las calles descansaban tranquilas, sin bullicio y con poca gente. Ese día no notaron las miradas del resto, solo las suyas: los ojos de María iban de los hombros a la frente de Tiziano, y él la miraba de manera discreta de reojo, a la vez que fingía observar las calles que atravesaban.

Cuando Tiziano la miraba, María sentía que no podía hacer nada para parar el ritmo acelerado que invadía su corazón. Cada vez más *in crescendo*, hasta tener que hacer una pausa en la que poder respirar.

Esa tarde, al levantarse de golpe del taburete del estudio de Filippo, Tiziano se asustó. El pincel resbaló por la mejilla de María sobre el lienzo, haciendo que los colores se mezclaran, estropeando la pintura.

—¡Perdona! Ha sido culpa mía —se disculpó ella, acercándose al muchacho.

Por el rostro sorprendido del joven artista, el error en el dibujo había sido grave.

Cuando ella vio la pintura, terminó de quedarse sin respiración.

—No te preocupes, tiene arreglo. Solo que tardaré unos días más. Pero puedo arreglarlo.

Con las manos sobre el pecho, ella asintió. Notó sus labios entreabiertos por la emoción. La electricidad recorriendo su cuerpo y un sentimiento parecido a la felicidad le hizo temblar las piernas.

—¿Cómo has podido…? Tiziano, es increíble. El cuadro… ¡Es increíble!

Sin saber cómo reaccionar, él agachó la cabeza, azorado. La miró de soslayo apretando los labios para que la muchacha no viera su sonrisa embobada.

—Tú lo haces increíble —contestó. Enseguida notó que el fuego que vivía en las mejillas de María quería devorarlo a él también.

La muchacha siguió petrificada frente a la obra a medio hacer sin mover ni un músculo. Después, soltando el aire, se acercó más a él.

—¿Cómo lo haces? Quiero decir —negó, buscando las palabras exactas—, ¿cómo eres capaz de saber juntar los trazos y mezclar los colores para hacer esto? —Volvió a señalar el

lienzo.

—Está todo en mi cabeza. —Tiziano se encogió de hombros—. Yo solo tengo que hacer lo que me dice mi cabeza.

María alargó la mano derecha hacia la superficie de la tela que aún mantenía la mezcla de pintura fresca. No la tocó, pero quiso sentir el frío en la yema de los dedos. Tenía tanto calor que temía desmayarse delante de él. No entendía cómo Baldassare le había advertido de que aquel invierno estaba siendo el más frío desde hacía tiempo. Cuando se percató de que la distancia que la separaba del joven se había acortado considerablemente, fue tarde para ambos. Porque sintieron como si una fuerza ajena a ellos los empujara hasta juntarse. María lo sentía en los labios, donde parecía vivir una quemazón horrible, y en la piel. Por todo su cuerpo. Tiziano, justo en el centro del pecho.

María cerró los ojos cuando sintió la fragancia del artista rodearla: olía a pintura, a incienso y a jabón de Marsella. Y a frío. Tiziano le recordaba a las piezas de mármol que elegían los escultores para tallar sus obras. Pensó en Miguel Ángel y en el flechazo que tuvo que sentir ante la pieza de mármol de Carrara que nadie quiso, pero que él consiguió transformar en su *David*.

Cuando abrió los ojos, María vio al pintor de otra manera, como su pieza de mármol por esculpir: fría para equilibrar su calor, única y extraordinaria. Una pieza hecha para ella.

Sintió la mano de Tiziano enredada en su cadera, pero no dijo nada. Solo suspiró. Porque iba a desplomarse. Sus rostros se acercaron tanto que dejó de escuchar lo que él le decía, algo sobre sus pestañas y sus mejillas rojas. O algo sobre su respiración y sus labios, que parecían cabreados.

El rostro de Tiziano se acercó tanto al suyo que María tuvo que volver a cerrar los ojos para no verlo difuminado. El corazón iba a salir de su pecho. Sintió el brazo cálido de Tiziano envolviéndola por completo. Se apoyó en sus hombros. La piel del joven irradiaba tanto calor como la suya.

Las bisagras de la puerta emitieron un crujido segundos antes de que sus labios pudieran juntarse, y aunque trataron de separarse, no fueron lo suficientemente rápidos, pues se sintieron aletargados, como si los hubieran cambiado de año y época, y no lograran ubicarse.

El grito de Filippo obligó a María a dar dos pasos hacia atrás, acercándose a la pared; Tiziano se puso en pie con brusquedad, tirando el taburete sobre el que se sentaba al suelo. El caballete tembló con fuerza, balanceando el lienzo en el aire.

—*A chi dai il dito si prende anche il braccio!*[2] —exclamó Filippo. En su rostro apreciaron un rictus horrorizado. Su mirada cansada viajó del uno al otro. Se quitó el gorro de tela de la cabeza y lo arrojó sobre Tiziano—. ¡Tú! —Le apuntó con fiereza con el dedo—. ¿Es que no fue suficiente todo lo que hablamos? ¿Crees que es justo para ella? —Esta vez señaló a María, que se encogió contra la pared agachando la cabeza como si hubiera roto algo muy valioso.

Quizá la confianza de Filippo en Tiziano.

El maestro le dio una colleja a su aprendiz, que la aceptó sin rechistar. Se llevó una mano a la cabeza donde había recibido el golpe y desvió la mirada a la ventana del estudio, incapaz de sostenerle la mirada al hombre. Estaba tan avergonzado o más que la chica.

—Lo sé, Filippo. No lo he pensado. No es justo para nadie —asintió el muchacho, dándole la razón.

—He sido yo, la culpa es mía… —María levantó la mirada al intervenir.

Filippo se acercó a ella negando.

—La culpa es de Tiziano. Siempre será de Tiziano. Hagáis lo que hagáis. Y no puedo

permitirlo. ¡Tienes que tener mucho cuidado, muchacha! Y aclararte la cabeza, pero no con mi muchacho. Ándate con pies de plomo, tu marido no es moco de pavo para andar con chiquilladas.

—Filippo… —lo interrumpió Tiziano—, no ha pasado nada. Solo se ha acercado a ver la pintura y…

—¡Y si no llego a entrar, os habríais reído de mí en mi propia casa! Esto es demasiado. María, tienes que irte —le pidió, agarrándose los antebrazos para calmarse, sin poder mirarla.

Ella asintió, lo rodeó todo lo rápido que pudo y se marchó de la sala haciendo sonar sus tacones endiablados, apretando los labios todo lo que pudo. Tiziano escuchó un principio de sollozo, sintió que algo se le rompía por dentro.

—María… ¡María! —la llamó con un hilo de voz.

—Déjala. Sabéis que esto no ha estado bien. ¡No ha estado bien desde el principio!

—¡No ha hecho nada! Solo me encargó un trabajo.

—Tú ya tienes un trabajo, ¿es que no te das cuenta de que toda esta pantomima no es más que una excusa para acercarse a ti y seducirte? ¿Es que acaso no sabes lo que puede hacerte su marido como se entere?

—¿Como se entere de qué, Filippo?

—De que estás enamorándote de su esposa. Esa gente observa Florencia desde las torres más altas de la ciudad, lo inspeccionan todo. No hay ningún rincón en el que podáis estar seguros. Y, como no te controles, terminarán arrojándote por una de esas torres. Y después tirarán tu cadáver al río. ¿Eso es lo que quieres, niño? ¿Quieres que te tiren por una ventana hacia la plaza de la Señoría y después descomponerte en el agua helada del río?

—Filippo, por Dios.

—¡No blasfemes! Dios te va a castigar, muchacho.

—No, Filippo… Parece que Dios se está riendo de mí. ¡Me da lo que le pido! Pero no me corresponde.

—¿A qué te refieres?

—Le pido a mi musa y me da a María. ¿Es así como juega Dios? ¿Te parece justo?

—Es una prueba, muchacho. Y tienes que superarla.

Tiziano negó, exasperado.

—Que me la quite; no quiero esta estúpida prueba. ¡Que se la lleve!

Abandonó la estancia dando un portazo, dejando a Filippo mudo, temblando ante lo que acababa de decir. El hombre entonó una oración, llevado por los nervios. Se acercó a la ventana con la mirada en el cielo. Buscando aire, terminó sacando la mitad del torso por la abertura.

—No lo decía en serio, no lo decía en serio, no lo decía en serio… —masculló temblando —. No te la lleves…

Oggi a te, domani a me[3]

Basilica della Santissima Annunziata

Como Baldassare le había dicho, sí que estaba siendo un invierno frío en Florencia. En el interior de la iglesia, María se llevó los brazos al torso, abrazándose el cuerpo para entrar en calor. Pero fue inútil: entre las paredes de la basílica, el frío se había quedado a vivir entre la piedra de los muros y el mármol de las columnas.

Desvió la vista hacia el brillo dorado sobre su cabeza para contemplar el decorado del techo, tallado en un enrevesado intrincado de oro. María se acercó al altar notando los ojos ardientes. Estaba tan confundida que llevaba dos días sin dormir. Se sentía culpable por haber puesto un muro entre Baldassare y ella. Y por haber dejado que Tiziano se colara en sus pensamientos como lo había hecho.

Le dolió haberse alejado. Pero también sintió alivió. De vuelta a casa, después del fatídico día en el que estuvo a punto de destruir su matrimonio, volvió corriendo a casa, con las lágrimas quemándole en los ojos. Por el camino se cruzó con gente conocida que la miró desconcertada, pero en ese momento a María no le importó. Atravesó el Ponte Vecchio como alma que lleva el diablo y se perdió entre las ya conocidas callejuelas colindantes al Palacio Pitti antes de llegar a casa, dando un buen rodeo para calmarse.

Y, cuando llegó a la imponente morada Caracciolo, se desplomó, dejándose caer hacia el suelo con las manos en el pecho. Porque le dolía tanto que no podía explicarlo.

¿Por qué le dolía tanto respirar?

Gionna la vio en el suelo y corrió hacia ella para abrazarla.

—Pero ¿qué te ha pasado, María?

—Son estos zapatos, Gio. Me duele…

La niña la contempló, asintiendo.

—Dile a padre que te compre unos nuevos, esos nunca te han gustado.

Los ojos de María volvieron a anegarse. La niña la abrazó con fuerza.

—Sí, se lo tengo que decir —asintió María, devolviéndole el abrazo.

Con el altar frente a ella y la reluciente cruz dorada vigilándola, María se arrodilló sobre el frío mármol del suelo, sintiendo el dolor y el helor calándose en su piel y huesos. Llevó sus manos hacia su frente en un rezo silencioso. Y rezó tanto, durante tanto tiempo, que perdió el hilo de sus propios pensamientos. Dejó de sentir el dolor y el frío en las rodillas hasta sentir solo hormigas trepando por sus piernas. Pidió perdón, pero no se sintió escuchada.

Exasperada, se dejó caer en la escalinata. No pudo ponerse en pie. Y alguien le tendió la mano.

Sus ojos se encontraron con los de Filippo, que le ofreció una mirada dura pero compasiva, y así la ayudó a ponerse en pie.

Ambos contemplaron el altar en silencio, uno al lado del otro, sin emitir palabra alguna. Hasta que María pudo mantener las lágrimas a raya y respirar por fin en paz. No podía luchar contra lo que sentía por dentro, pero tenía que aprender a vivir con ello. Filippo se sentó en uno de los bancos para seguir contemplando la majestuosidad de la Santísima Anunciación. Antes, la invitó a que lo acompañara.

Una vez sentados, le tendió un paquete envuelto en tela oscura. Ella lo abrió con un cuidado

reverencial, imaginando lo que podía contener. El fardo había sido envuelto con reverencia.

—Lo ha terminado para ti —señaló el hombre—. Le pedí que lo hiciera, pero porque sé que para cerrar este capítulo era necesario que se terminara este encargo dichoso. Ya lo tienes, niña. Por favor, no le hagas daño.

—Yo no quiero hacerle daño a nadie… —masculló Ginevra, sintiendo cómo su voz se hacía añicos.

—Lo sé, muchacha. Lo sé.

—¿Cómo me has encontrado?

Filippo agachó la cabeza a su pecho, suspirando.

—Aquí todo se sabe, Ginevra. Todo —aclaró, bajando la voz todo lo que pudo. La muchacha se estremeció al escuchar su segundo nombre—. Al final, tirando del hilo, hasta el secreto mejor guardado puede destaparse.

Ginevra miró al frente con la cabeza erguida, sintiendo las palabras del maestro de Tiziano resonando con eco en su cabeza, como si su mente estuviera estructurada exactamente igual a la basílica en la que estaban y cualquier pensamiento pudiera reverberar entre las sombras de las esquinas.

—Gracias por traerlo. —Se llevó el pliego al pecho—. Y gracias por pedirle que lo terminara.

—De nada —asintió el hombre, complacido—. Al menos ha vuelto a dibujar. Le ha servido de algo —comentó, distraído. Al instante, se arrepintió de haber dado aquellos datos.

Ya en pie, Ginevra se agachó para quedar a su altura.

—¿Me ha dibujado?

—Yo no he dicho eso. —La apartó para salir de la basílica. Ella lo siguió de cerca. Sus zapatos resonaron como si lanzaran una advertencia—. Sigue rezando, te hará bien.

—Filippo —lo llamó Ginevra, pero el hombre no se giró hacia ella. Abrió la puerta pequeña de la iglesia para salir al exterior con la esperanza de que la muchacha no lo siguiera.

Pero, pese a que Ginevra sabía que estaría mejor en las sombras de la basílica, María salió al exterior. No esperó encontrarlo, mucho menos, escuchar su voz.

—María —suspiró Tiziano, que esperaba a su maestro a cinco metros de la entrada. Permaneció regio mientras su musa rodeaba una de las columnas del edificio, sin saber si esconderse tras ella o rodearla para llegar hasta él. Bajo la atenta mirada de Filippo, no movieron un músculo.

—Te he dicho que volvieras al trabajo, que no me siguieras —le reprendió el hombre, cansado de la situación.

Pero su aprendiz no lo escuchó.

—¿Te gusta? —le preguntó a María, señalando con un movimiento de cabeza el paquete que la joven llevaba en el regazo. La vio asentir con la mirada iluminada y una sonrisa de oreja a oreja llenando de vida su rostro de ojos negros. Aquella sonrisa le devolvió a Tiziano las ganas de coger otro carboncillo. Se maldijo por ser tan impresionable—. Espero que a Baldassare también.

—Le va a encantar —aseguró María, acunando en sus brazos el lienzo enrollado en la tela en la que Filippo se lo había entregado. Se apartó un mechón de la cara.

Tiziano se maldijo por no haberlo podido recoger él mismo, aprovechando para poder acariciar el rostro de María. Estaba demasiado lejos de ella. La gente los rodeaba por todas partes. Y la casa de Dios detrás de ella, erigida como una gran advertencia.

—Házmelo saber. —Se acercó lo mínimo para poder susurrarle. Ella lo miró sin comprender—. En el puente.

La vio negar mientras se alejaba de ella. María se agarró de la columna, volcando todo su peso en ella.

El Ponte Vecchio no era seguro. Pero no fue impedimento para que esa noche Ginevra diera un paseo por los alrededores. Le acompañaba una de sus damas de compañía, pues sabía que era sospechoso salir sola, y más cuando el sol estaba a nada de ponerse. Cuando por fin puso un pie en el empedrado que recorría las joyerías más exclusivas de Florencia, se aseguró de que sus tacones se escucharan por encima del gentío. Por si acaso él lo escuchaba.

Por si acaso Tiziano estaba allí.

A la mitad del camino, con la visión del río a la derecha, pudo verlo de reojo. Estaba apoyado con los codos en el muro de piedra del puente. Parecía distraído en el cielo oscurecido, que empezaba a salpicarse de puntos brillantes, esperándola. Lo vio erguirse cuando se detuvo detrás de él, pero a una distancia prudente. Entonces Tiziano se dio la vuelta. No se miraron.

En su lugar, señaló un hueco en la piedra, el trozo más poroso de todos. Con fortuna, Ginevra fue rápida y distrajo a la muchacha que tiraba de ella por todos los escaparates de las tiendas en busca de las piezas más brillantes. La esposa del señor Caracciolo improvisó un baile hacia el lugar que Tiziano le había señalado con cuidado. La joven acompañante, entre risas, decidió seguirla. María se detuvo de espaldas a la piedra, tapando sus manos con el cuerpo, de manera que nadie, salvo Tiziano —que esperaba oculto en una esquina—, pudiera verla.

Tiziano pensó cómo era posible que unos ojos tan profundos y tan oscuros pudieran palidecer de felicidad o de emoción. Cuando una sensación poderosa se hacía con María, se le reflejaba en las mejillas encendidas y en el cambio de color de sus ojos. Era tan idílico como maravilloso.

Era preciosa.

La vio encajar una sonrisa cuando alcanzó el pliego del pergamino, que guardó primero en sus manos hasta lograr esconderlo en su falda. La aplaudió internamente por ser una maestra de la distracción. Y marchó a casa con la cabeza en las nubes, deseando dibujarla hasta que la luz de las velas dejara de alumbrarlo en la noche. Hasta que la cera se derritiera sobre la madera.



La trenza le cayó por encima del hombro derecho cuando se armó de valor para desplegar el pergamino. Con dedos temblorosos, alisó la hoja con cuidado hasta que el papel quedó extendido sobre la mesa del tocador. Al analizar lo que encontró, ahogó un gemido de sorpresa, tapándose la boca con el dorso de la mano. Levantó el dibujo para que la luz de la vela le mostrara todos los detalles de aquel rostro que debía de conocer, pero encontró rasgos de ella misma en los que nunca antes se había detenido al mirarse en un espejo. Tiziano, por el contrario, sí lo había hecho. Para conseguir semejante nivel de detalle había tenido que observarla durante horas. Y claro que lo había hecho, mientras la estudiaba para realizar el encargo que ella misma le había pedido para su marido.

Ginevra acarició los pómulos y el mentón del dibujo; nunca se había parado a pensar en lo seria que parecía verse desde el exterior. La chica de carboncillo, con la mirada austera y

perdida, parecía vivir en un estado de melancolía perpetuo. Pese a ello, desprendía un aura mágica, especial…, con las mejillas sombreadas a modo de color. Largas pestañas y el eterno mechón que siempre se escapaba de su recogido.

Se sintió dividida, como si un rayo se hubiera colado en su cuerpo partiéndola en dos. Sus dos mitades lucharon en duelo esa noche, en la que fue incapaz de pegar ojo en la cama que compartía con Baldassare, aún ausente por su viaje.

En la oscuridad de la noche, guiada bajo la luz de la luna que se filtraba en el corredor de la planta de arriba de la casa, la muchacha atravesó la estancia con pies de plomo para no despertar a nadie. Con cuidado de no hacer ruido, agarró el pomo de bronce con ambas manos y abrió la puerta de la habitación con parsimonia para que las bisagras no la delataran.

La habitación de Gionna estaba bañada por la luz de la luna y la paz que Ginevra encontró allí fue indescriptible. Se metió en la cama de la niña intentando no despertarla y la contempló durante horas para no pensar en el dilema que le mantenía el corazón apretado en un puño. Morfeo se la llevó bien entrada la madrugada, regalándole un sueño que la hizo despertar acelerada, con el corazón desbocado.

Un sueño en el que Tiziano estuvo a punto de besarla.

Y María maldijo que no hubiera llegado a hacerlo antes de despertar.

Porque, en sus sueños, nadie podía verlos.

Linaje

Casa Caracciolo

Ginevra comprendió que su parte apegada a Baldassare aún no estaba muerta cuando vio a su marido cruzar el umbral de la casa, después de todo el tiempo que habían pasado separados. Corrió a sus brazos, invadida por una felicidad y una paz que no pudo describir. Este la acunó entre sus brazos, donde ella más segura se sentía, llenándole el rostro y la frente de besos. Los dos se abrazaron a la niña, que gritó de felicidad al ver por fin a su padre.

El júbilo y la alegría en la casa del comerciante y su familia solo duró un par de días. Todo se desvaneció cuando le propuso a su esposa ampliar la familia.

—Ya tienes una hija.

—Pero Gionna ya es mayor, ¿tú no quieres un hijo de tu sangre?

—Considero a Gionna como mi propia hija. —Ginevra tuvo que darle la espalda a su marido. Cuando se lo proponía, su mirada daba miedo, y podía con ella—. Por el momento, no me siento preparada para tener un hijo biológico.

Baldassare le acarició los hombros, tratando de hacerla entrar en razón.

—Pero, mi vida, yo ya soy mayor.

—No eres mayor… No digas tonterías.

—Sabes que no son tonterías —lo escuchó rumiar por lo bajo—. Y piensa en lo entretenida que estarás cuando yo tenga que marcharme.

—¿Entretenida, dices? —Soltó una risa sarcástica que le nació de lo más profundo—. Ocupándome de una criatura yo sola.

—No, Ginevra, tendrás ayuda. Toda la que necesites. Sabes que eso no es problema.

—Así te cerciorarás de que no me muevo de esta casa, de que no pisaré la calle. Claro, con un chiquillo al que amamantar todo el día, ¿cómo podré salir a dar paseos?

—No he dicho eso, Ginevra. No veo el problema de salir a la calle con un bebé.

—Lloran, desconsoladamente. —Lo encaró—. Sé cómo son los niños, ayudé a mis tíos con mis seis primos. Enferman, necesitan atención todo el día. No estoy preparada para eso —negó —. Gionna es lista, puedo hablar con ella, nos entendemos. Es perfecta. Me quiere y me respeta.

—No dudo del vínculo que Gionna y tú habéis forjado en estos meses, pero algún día…

—Todavía no es el momento. —Lo apartó de un manotazo cuando Baldassare trató de besarla.

Ante aquel gesto, ambos se miraron a los ojos. Ginevra se sintió atrapada y Baldassare, insultado. Apretó el puño, furioso, y golpeando lo primero que encontró en la estancia, abandonó la habitación, dejándola sola y desconcertada. Tardó pocos segundos en reaccionar, tras los que corrió al tocador, sobre el que se había derramado la jarra de agua que usaba para asearse el rostro. Con su manotazo furioso, Baldassare había volcado el cuenco de porcelana, arrastrando la jarra también. El agua se filtró por las grietas de la madera alcanzando todo, hasta el dibujo a carboncillo de Tiziano, que yacía escondido entre los botes de perfume.

Desesperada, Ginevra recogió los pedazos empapados del pergamino, que terminó de deshacerse entre sus dedos. En ese momento, comprendió que la muerte de Ginevra estaba más cerca de lo que habría deseado. Se sintió a un triste paso de ser solo María, la muchacha libre, sin apellido. La que quería investigar sobre el cosquilleo que sentía en el estómago y en la piel

cuando veía a Tiziano. La que soñaba con él sin sentirse culpable.

Con el paso de los días, el ambiente volvió a calmarse; Baldassare le pidió perdón hasta hacer las paces. Era cierto que sus cuerpos se habían echado de menos, ya no tanto sus almas, como dudaba Ginevra. Pero pudieron volver a dormir acurrucados sin que ella diera vueltas en la cama sin poder pegar ojo. Baldasarre la abrazó esa noche como si aun dormido pudiera notar que su esposa había comenzado a alejarse de él. Ginevra solo pensó en su marido y en cuánto la quería. A sus oídos habían llegado historias horribles de maltrato y sumisión, de deshonras y exilios, y todo ello hacía que su cariño hacia Baldassare aumentara. Pero solo era cariño. Y ella, ingenua de veintitrés años, lo había confundido con amor.

—María Ginevra Caracciolo… —A Baldassare le encantaba llamarla por su propio apellido, como si siempre lo hubiera llevado. Como si le hubiera pertenecido desde antes de casarse con él—. Es el mejor regalo que hayan podido hacerme nunca.

Ginevra se dejó besar en la frente. Se sentó en la oreja del sillón en el que su marido yacía sentado, observando el lienzo sobre su regazo. El mismo que Tiziano había pintado.

—Vamos, Gionna es el mejor regalo que te han hecho.

Baldassare la miró con adoración, acariciándole la barbilla.

—Eres tan afable que ni siquiera aceptas un mínimo de protagonismo —apuntó—. Ni tratándose de tu propio retrato. —Lo examinó más de cerca—. No sé si estar más impresionado por tu belleza o por lo bien plasmada que está. El artista se ha esmerado —apreció. Miró el cuadro a contraluz.

Ginevra tragó saliva, notando que enrojecía. Decidió abrazarlo para que no la viera dudar.

—Es para que lo lleves a tus viajes, para que te acuerdes de mí —dijo con en el tono más meloso y emocionado que pudo.

—¡Gran idea! Pensaba enmarcarlo para ponerlo en mi estudio junto al retrato de Gionna. Pero tiene el tamaño perfecto para llevarlo de viaje. —Dejó que ella lo besara en la mejilla. Después, Ginevra depositó un suave beso en sus labios. La sentó en su regazo.

»Quiero conocer al artista —le dijo, sosteniéndole la barbilla para mirarla a los ojos. Ginevra los cerró, y él aprovechó para besarle los párpados temblorosos—. Tengo un encargo perfecto para él.

—Creo que ya no está en la ciudad —comentó ella con un hilo de voz.

La mano de Baldassare se escurrió por debajo de la tela de su vestido, robándole un suspiro en el camino por entre sus piernas.

—Bueno, ya me las apañaré.

Ginevra asintió antes de besarlo.

Tenía claro que Baldassare se las apañaría. Siempre lo hacía.

Por esa razón, su marido quiso asegurarse de que conocía a la persona que había dado vida a su preciosa Ginevra en aquella obra. Con el lienzo oculto bajo el abrigo, Baldassare recorrió los estudios florentinos guiado por los consejos de sus sabias amistades, y solo en una de las joyerías del Ponte Vecchio le dieron la información que necesitaba.

Se presentó en el estudio de Filippo Vitale una semana más tarde. Cuando el dueño lo vio aparecer, sintió que la vida estaba llevándole una advertencia; para más inri, de carne y hueso. Baldassare se abrió paso, agradecido por su cálida bienvenida. Pero Filippo rezó durante toda la visita para que el comerciante no le diera malas noticias. Que no le preguntara por María. Y que dejara en paz a su muchacho.

No supo si respirar de alivio después de la propuesta de trabajo que recibió aquella mañana

o echarse a llorar por la presión que le recorrió el interior del pecho. Además de todo lo que supondría.

—Me han dicho que haces cosas grandiosas con las restauraciones, y Filippo —dijo el hombre de corto pelo cobrizo, enseñándole el pliego de tela con el rostro de su mujer, que el hombre tan bien conocía—, este retrato me ha dejado sin palabras.

Filippo se estremeció antes de hablar.

—En realidad, lo ha hecho mi muchacho, yo se lo encargué —mintió, cabizbajo.

Baldassare no podía retirar la vista de la Ginevra al óleo.

—Pues dile a tu muchacho que tengo un trabajo para él, con la condición de que no le hagas saber que el encargo viene de mi parte. Quiero hacer un mural para mi esposa —le confesó.

Lleno de ilusión, Baldassare le contó sus planes al maestro de Tiziano, y junto a él, Filippo fue tomando notas del nuevo encargo que recibiría su aprendiz. Pactaron una supervisión por parte del maestro y la fecha en la que el trabajo debía estar finalizado.

—Tendrá que permanecer allí, es mucho tiempo de desplazamiento de aquí a la villa —intervino Filippo, incapaz de cuadrar las fechas para que le salieran las cuentas. Negó varias veces seguidas con la cabeza.

—El caserón está terminando de ser reformado. En un par de días puede instalarse —resolvió Baldassare—. Estaré fuera tres semanas, y después espero no tener que volver a marcharme en mucho tiempo. Para entonces, quiero sorprenderla —dijo, refiriéndose a Ginevra —. Sería perfecto contar con la obra de tu muchacho para entonces. Háblalo con él y dime algo estos días, para que pueda disponerlo todo. Por favor, Filippo… Sabes que puedo pagar bien.

Filippo lo sabía. Asintió después de sopesarlo. Invadido por la alegría, Baldassare le estrechó las manos con efusividad.

—Lo hablaré con él.

—¡Gracias, amigo!

Pese a que Filippo se negó a cerrar el trato con un apretón de manos, Baldassare insistió.

—Mi Ginevra todo lo vale —le dijo antes de salir del estudio, de vuelta a las calles de Florencia.

El hombre se dejó caer con pesadez en su butaca, frente a la mesa de trabajo donde había estado revisando los planos de una nueva obra en una pequeña catedral, a la espera de otro mecenas que apoyara el trabajo de reconstrucción. Filippo plegó los dibujos técnicos, haciéndolos a un lado. Al cabo de un rato, resolvió que no se lo diría a Tiziano. Porque le costaría horrores ocultarle que quien pagaría su obra era el marido de María. Y, por mucho que lo hubieran hablado, sabía que Tiziano era joven y muy testarudo. Cuando la muchacha volviera a cruzarse en su camino, todo se iría al traste.

Lo sabía porque él también había sido joven; y se enamoró de la musa incorrecta antes de encontrar a su querida Chiara, que le puso los pies en la tierra y lo ancló al suelo.

No fue consciente de que el reloj, poco más tarde, marcó la una de la tarde. En todo ese tiempo no se había levantado del asiento, enfrascado en sus cavilaciones. Fue cuando Tiziano entró en el taller, cabizbajo, con el pelo cubierto de ceniza, un arañazo en la mejilla derecha y manchas de pintura por todas partes. Días atrás le confesó que no quería volver a pintar si no podía inspirarse en María, por lo que, al verlo llegar arrastrando los pies como si el alma y la vida se le escapara al exhalar, Filippo cerró los ojos antes de hablar. Lo que diría iba a dolerle en el alma. No tenía una buena sensación.

—¿Qué te ha pasado?

Tiziano suspiró con agónica pesadez antes de dejar las herramientas de trabajo en las baldas del fondo. Su maestro lo siguió hasta la paila para asearse.

—Qué no ha pasado, Filippo. Esa gente es odiosa, bien lo sabes. Y los obreros, peores. Se piensan que pulir y barnizar un banco es coser y cantar —protestó, frotando sus manos con fuerza para sacarse el barniz marrón. Hablaba sobre la nueva obra en una de las capillas de Santa María Novella, donde, al llevar nuevas estatuas para el jardín de mármol blanco, habían golpeado varios de los bancos de madera de la iglesia. Tiziano y él habían comenzado a restaurarlos.

—¿Ellos te han hecho eso en la cara?

—No, eso ha sido después de que, accidentalmente, el incensario acabase sobre mi cabeza —explicó, desganado.

—¡Muchacho! —exclamó Filippo, tratando de examinarle la cabeza en busca de alguna herida visible.

—Pero estoy bien. Solo necesito agua y descansar. Y quitarme esa peste a incienso, por favor.

Angustiado por la experiencia de su aprendiz, Filippo se arremangó los brazos e introdujo las manos en la palangana para ayudarlo. Tras minutos frotando en silencio, finalmente se armó de valor para darle la noticia. Las manchas de barniz marrón no salían de la piel de Tiziano.

—Tiziano —comenzó dudando, hasta que este lo miró apenado. El hombre maldijo su facilidad para dejarse llevar por los sentimientos de los demás—, me han ofrecido algo. Es para hacer un mural en una villa de la campiña. Está lejos, pero tendremos la posibilidad de alojarnos allí durante el tiempo que dure el trabajo.

—¿Qué clase de trabajo, Filippo? —Con los ojos irisados, el muchacho acercó el rostro al de su maestro, que a prisa sacó las manos del agua y las sacudió con fiereza, dándole la espalda —. No quiero picar más mármol ni rascar más capas de pintura —dijo, cauteloso. Al fin y al cabo, el trabajo era trabajo, y no estaban para ser muy exquisitos.

—Un mural.

—¿Cómo?

—Será en una de las habitaciones principales, quieren un mural que represente los campos de girasoles. Es para una mujer…, principalmente. Un matrimonio.

—¿Quién te lo ha pedido?

—Alguien con poder y dinero. Nos ofrece su finca con el fin de no tener que desplazarnos y acabar el trabajo en el plazo establecido.

—¿Solo tendré que rascar una pared?

—No, Tiziano, tú te encargarás de la pintura. Si aceptas, claro.

Los ojos del muchacho se abrieron hasta su tope. Filippo apoyó la mano en su hombro, esperando la respuesta.

—¿Yo? —preguntó el joven, sorprendido—. ¿Por qué yo?

—Porque es tu momento, hijo. Te toca a ti.

La tregua del invierno

Santa María del Fiore

Desde la azotea de la casa Caracciolo, Florencia se veía magnífica. La altura de la construcción superaba a la mayoría de las casas de alrededor, y la especie de mirador se alzaba representando el poder y el legado de la familia que allí había vivido por generaciones. Ginevra sabía que portar el apellido de su marido la había convertido en alguien importante con solo pronunciar unos votos. Al principio creyó haberlos sentido dentro al pronunciarlos en la iglesia, oculta tras su velo de pureza. Tímida de mirar a los ojos a Baldassare, que representaba su futuro. Bajo la atenta mirada de Dios, cómo olvidar aquel detalle.

Con la vista sobre las tejas de los edificios, la muchacha se preguntó si Dios seguía con la mirada puesta en ella, en sus acciones. Y se preguntó si podía escuchar sus pensamientos.

El agua que portaba el río relucía reflejando los destellos del sol, que esa mañana se aventuró a salir tras el escondite de las nubes. La ciudad amaneció como tras una armoniosa tormenta de verano, con la diferencia de que el invierno florentino estaba robándoles la luz y la alegría, porque cada vez era más locura salir a la calle.

Y ella lo echaba de menos. Pero era mejor permanecer en casa para complacer a Baldassare y poder pasar tiempo con él. Ginevra recordó así el mantra de su tía, al que recurría varias veces al día para mantenerse enfocada: «Debes trabajar el amor, el sentimiento no te golpea de la nada».

Ginevra lo trabajaba con Baldassare y, aunque vivir con él era agradable y fácil, seguía sin sentir las palpitaciones en el corazón ni la electricidad cuando la besaba. Y, aunque sabía que estaba mal, no dejaba de pensar cómo se sentiría si besaba a Tiziano.

Sabía que esa circunstancia solo tenía cabida en sus pensamientos más profundos, más inconscientes. Los alejaba tanto de su mente que, algunas noches, durante aquella estancia de Baldassare junto a ella en casa, afloraron en sus sueños, haciéndola revolverse entre las sábanas al lado de su marido.

Como aquella mañana las nubes se disiparon unas horas, Ginevra vio su oportunidad de volver a las calles mágicas de Florencia. Necesitaba sentir los rayos de sol en el rostro, aunque fuesen débiles. Rodearse de la buena gente del mercado, contemplar el río desde el lado de la ciudad más cercano a la bella Galería Uffizi. Poco le costó convencer a Gionna de que la acompañara a dar una vuelta y Baldassare decidió unirse a ellas. Les vendría genial dar un paseo en familia y compartir tiempo juntos antes de que tuviera que volver a marcharse.

El secreto del comerciante siguió a salvo: al día siguiente de presentarse en el estudio de Vitale, recibió por carta la noticia de que el aprendiz del artista había aceptado el trabajo. Si le facilitaba la estancia para el mismo, marcharía en cuanto le indicaran. En el tiempo que pasaron sin poder salir por culpa del frío, Baldassare terminó de disponer todo lo necesario para el traslado del muchacho y su maestro. Se aseguró también de que dispusieran de todo lo que necesitaran, así como desplazamiento.

En la entrada del Palacio Pitti encontraron un carro que estaba siendo descargado. Gionna lo observó sin poder apartar la mirada de los pesados baúles, que se cargaban entre tres personas.

—Padre, ¿ha regresado Ana María? —preguntó la niña, extrañada por aquel movimiento en la entrada del palacio.

—No creo —masculló el hombre, guiándola con una mano sobre su espalda para que aligerara el paso—, sigue en Alemania, junto a su marido. Quizá ha llegado algún invitado especial a su palacio.

La niña asintió complacida. De la mano de Ginevra, se decidió a sonreír a quienes la miraban al pasar. Además de curiosa, le encantaba ser vista. Le habían dejado vestirse con su vestido nuevo, el que ella había ayudado a diseñar. Era del mismo color que la capa que Ginevra escondía en su baúl, la misma que trajo de casa de sus tíos en la campiña y que a ella tanto le gustaba. A Gionna le encantaba su nuevo vestido, tenía una especie de tul marrón en la falda, un lazo precioso que le rodeaba la cintura hasta atarse en la espalda, botones elegantes con los que Ginevra le había ayudado y unas mangas increíbles hasta las muñecas. Le quiso rajar las mangas hasta media altura, como Ginevra le indicó a la modista para su vestido del color de las uvas, pero su padre se negó. Le dijo que era muy pequeña todavía para querer vestir como una señorita.

Pasearon colindando el río. A Ginevra le encantaba escuchar el torrente de agua deslizarse junto a ellos y el chapoteo de la corriente a las orillas del Arno. La maleza había crecido mucho, pero, por más que Gionna se estirara para alcanzarla, nunca llegaba a tocar ninguna mata. Su padre la sujetó de la cadera para que no cayera al río y Ginevra, algo escandalizada al principio por aquel acto, terminó imitándola. Las dos se sonrieron con las manos estiradas por encima del agua, a bastantes metros de altura. Baldassare no pudo con las dos, así que tuvieron que marchar de nuevo y reanudar así su paseo.

Al poco, Gionna se soltó de ellos para caminar unos metros por delante, dio saltitos llena de emoción, admirando los volantes de su vestido y cómo estos se movían mientras ella giraba.

Fue cuando Baldassare atrajo a Ginevra aún más junto a él.

—Está más feliz que nunca, ¿cómo lo haces? Desde que estás con ella, es otra niña diferente.

Ginevra se encogió de hombros; no había hecho nada especial, solo entregarse a la niña con todo el amor del que disponía. Realmente la quería.

—Gionna está hecha de luz —respondió mirándolo. Y entonces, por la mirada de su marido, supo que algo no andaba bien.

—Lo sé —asintió Baldassare, desviando la mirada de nuevo a la niña, que seguía danzando por delante de ellos—, por eso quiero que t enga la mejor educación posible. Para que su luz nunca se apague.

—¿A qué te refieres? —Ginevra le tiró del brazo para que la enfrentara.

—He encontrado una escuela maravillosa… —comenzó.

—¿Fuera? ¿Quieres llevártela fuera de Florencia? ¡Baldassare! —exclamó Ginevra por lo bajo cuando el rostro del hombre se volvió serio y analítico—. ¿Quieres separarla de mí?

—¡No! Para nada es así —le confesó, mirándola a los ojos para que leyera la verdad en ellos—. Es solo que yo no tuve la oportunidad de vivir una educación como la que ahora mismo puedo brindarle, y me gustaría que Gionna pueda aprovechar todos los recursos que tiene al alcance y que sea una mujer de provecho. Porque estoy seguro de que puede llegar todo lo lejos que quiera. Con nuestra ayuda —añadió. Ginevra enmudeció.

»Quiero que aprenda más idiomas, que conozca el mundo, Ginevra. Cuando yo falte, quiero que pueda confiar en sí misma. —Hizo una pausa para cogerla de la mano—. Quiero que no le dé miedo ser independiente, como tú.

Hacía ya rato que Ginevra no encontraba el latido de su corazón, era probable que la pena lo

hubiera derretido. Miró a su marido sintiendo que las lágrimas le escocían en el borde de los ojos. Él la abrazó en silencio.

Si tenía que renunciar a Gionna y Baldassare debía marcharse de la ciudad cada pocas semanas, ¿cómo sobreviviría? Tampoco estaba bien visto que paseara sola por la ciudad. ¿Qué se esperaba entonces de ella?

—Me la llevaré en este viaje para que la entrevisten y, si todo sale bien, en dos años podrá empezar sus estudios fuera. Vendrá a visitarnos y nosotros iremos a verla cada vez que podamos.

—¿Me lo prometes? No quiero separarme de ella —gimoteó la mujer, agarrada al brazo de Baldassare como si fuera a caerse de un momento a otro.

Su marido asintió después de besarla en la frente.

—Serán solo unos años… Te lo prometo.

Ginevra sintió un vacío inexplicable aquella mañana que para nada pensó que se tornaría de esa manera. Pensar en una posible marcha de la niña unos años adelante le provocaba ganas de llorar. De esa manera, cuando Gionna entró con su padre en una de las joyerías del Ponte Vecchio, y ella pudo aprovechar para recostarse contra el muro de piedra para pensar en lo ocurrido, llegó a la determinación de que nunca podría tener hijos de sangre. Si pensar en separarse de Gionna ya le suponía un dolor inconfesable, ¿qué pasaría cuando Baldassare quisiera hacer lo mismo con sus propios hijos?

Negó en su soledad, tomando la determinación de que no podría darle a su marido un solo descendiente. Y no estaba enfadada con Baldassare por querer la mejor educación para su hija, eso lo admiraba. Pero ella sabía que en su naturaleza no estaba el ser madre. Así lo decretó en su propio silencio, antes de encontrar un tesoro que cambiaría el transcurso de la mañana, que se había tornado fatídica.

Y de su vida entera.

Sus dedos, danzantes, distraídos sobre la superficie rugosa y porosa de piedra, alcanzaron algo liso con bordes afilados. Ginevra notó escozor sobre la piel de uno al tratar de encajar la mano en la abertura secreta de la piedra. Inconscientemente había buscado en el escondite donde Tiziano le dejó el dibujo aquella noche después de que Filippo le entregara el óleo.

Con el corazón chocando con fuerza contra sus costillas, Ginevra recogió el trozo de pergamino. No pudo esperar a llegar a casa para investigarlo. Corrió al final del puente, al otro lado de Florencia, sin esperar a que padre e hija salieran del establecimiento para poder verla. Esperó a que la gente se alejara de ella y se recostó contra una columna fría. Temblando, y no por el frío, desplegó el papel. Estaba segura de que era de Tiziano. Él lo había dejado en ese lugar oculto para ella, para que lo encontrara.

«*Ti ho visto nei sogni e ho dovuto disegnarti di nuovo*»[4].

Leyó tantas veces la nota que llegó a creer que la desgastaría.

¿Cómo podía encontrarlo? ¿Por qué no le daba una pista?

Le dio la vuelta al papel, comenzando a sentirse angustiada e indispuesta. Oteando el final del puente, no logró ver a Baldassare, pero distinguió a Gionna buscándola por el mirador. Ginevra tomó aliento de nuevo, antes de fijarse en el símbolo en forma de lirio en una de las esquinas del papel. La flor de Florencia. El icono de Santa María del Fiore.

Durante segundos que se volvieron eternos para ella, caviló la posibilidad de encontrarlo. ¿Y después? ¿Qué haría después?

—¡Ginevra! —escuchó la vocecilla de Gionna haciendo eco entre los puestos del puente.

Entonces, con el corazón en un puño, lo supo.

Giró lo más rápido que pudo para que las sombras la engulleran. Se sabía de memoria las callejuelas y tenía la certeza de que, si paseando podía llegar en diez minutos a la catedral, si corría, podía hacerlo en la mitad de tiempo. Sus horribles zapatos se encajaron incontables veces en el empedrado de la Via Calimala, por lo que, antes de llegar a la Via Roma, ya lo hizo descalza. Primero vio el baptisterio, que rodeó para llegar hasta la entrada principal de la catedral. Se detuvo un solo instante para recobrar el aliento.

Un hombre se petrificó en la esquina de la catedral, y sintiendo su mirada penetrante en el alma, Ginevra recuperó la compostura, irguiéndose aún con los zapatos en la mano. El señor negó con la cabeza al observarla de arriba abajo, después alzó la mirada al cielo, a los edificios más altos con ventanas dibujadas con formas afiladas, como si tratara de decirle algo. Ginevra lo imitó desconcertada, sin entenderlo. Cuando bajó de nuevo la mirada hacia Filippo, este había desaparecido. Ella echó a correr de nuevo, sin pensar más en la advertencia que parecía haberle lanzado el hombre en secreto.

Los escalones de piedra estaban helados bajo sus pies descalzos, sintió un escozor horrible cuando alcanzó el interior de la iglesia. Buscó la cámara de madera, recordando su estancia en Santa Croce, pero allí no había paneles de madera lisa. En el interior de Santa María del Fiore encontró toldos hechos con sábanas blancas que ocultaban el trabajo de artistas como Tiziano. Lo encontró en el último toldo blanco, enlazado entre las dos columnas del lado izquierdo de la construcción. Descorrió la tela de algodón despacio, con miedo a equivocarse. Pero su intuición le chilló lo contrario. Su respiración alterada y la electricidad que le invadió el cuerpo se lo confirmó al verlo.

—Filippo, has tardado mucho, ¿dónde has estado? —El joven se giró hacia María sin esperar encontrarla allí. El pincel resbaló de su mano al reconocerla.

María dio un paso al frente, dejando caer la tela tras ella. Y Tiziano la observó atento, siendo dominado por el mutismo. Durante días, incluso semanas, había evocado aquella ensoñación en la que María se materializaba por fin delante de él. Tenía miedo de haberse vuelto realmente loco y le dio pavor descubrir que la mujer no era real. Se acercó a ella para tocarle el rostro. Resopló al comprobar que no era una ensoñación. María tenía las mejillas cálidas y sonrojadas, el cabello revuelto y el peinado a punto de desprenderse de su recogido. Llevaba los zapatos en la mano.

Para cerciorarse de que iba descalza, Tiziano bajó la mirada a los pies de la muchacha, pero, por el largo del vestido, no llegó a verlos.

María lo miró a los ojos antes de tenderle el papel que dejó para ella en el puente, con la esperanza de que lo encontrara y así supiera que seguía pensando en ella. Porque era imposible sacarla de su cabeza. Recogió el trozo arrugado de pergamino antes de que su musa terminara de enloquecerlo para siempre. Le rodeó el cuello con los brazos antes de besarlo. Escuchó los tacones de los zapatos resonando contra el suelo pulido, lleno de formas geométricas. Al principio, el joven se estremeció por el estruendo, que casi pareció una amenaza, pero los labios de María le hicieron mezclar la realidad con la fantasía, evadiéndolo con rapidez. Tiziano perdió el control de su cuerpo ante ella. La besó en el cuello, en las mejillas, en los labios… La besó hasta que le dolieron los labios y sus manos no quisieron parar.

Ella le pidió más en susurros.

Con los zapatos de María en una mano y ella tirando de su cuerpo, Tiziano la miró enloquecido.

Era su musa. Era todo lo que necesitaba. Para dibujar, para pintar… Para vivir.

—Vente conmigo, María —le susurró al oído.

La vio asentir con los ojos brillantes, al borde del llanto. Los párpados enrojecidos, como la punta de la nariz.

La abrazó tan fuerte que, aún años después, el recuerdo le dolería. Porque, al cerrar los ojos como aquella vez lo hizo, Tiziano podría seguir sintiendo a su bella musa temblando entre sus brazos. Su dulce olor a flor y el calor de su piel tibia.

Y, cada noche que la viera en sueños, se despertaría de madrugada con la necesidad de dibujarla. Porque jamás olvidaría a su bella María, la que dio vida a todas sus obras. La que se llevó su alegría y su alma para siempre. Y lo dejó vacío, sin nada a lo que aferrarse salvo el recuerdo de su luz.

A las puertas del paraíso

Battistero di San Giovanni

Como si el cielo se hubiera puesto de su parte, rugió sobre ella, haciéndola estremecer. Las gotas de lluvia invadieron hasta el último rincón de Florencia, inundando sus calles estrechas y llenando de pequeños riachuelos las vías principales, haciendo que la gente buscara refugio en pocos minutos.

Menos ella, que bajo el frío manto de la lluvia vio borradas sus lágrimas de culpabilidad. Notó cómo se ahogaba de camino a casa. Pero no por la hermosa lluvia que le dificultaba poner un pie delante del otro. Era por su propio llanto.

Nadie reparó en ella, el alma solitaria que recorrió el camino de vuelta a casa con el corazón en la mano, a punto de paralizarse por la culpabilidad que arrastraba.

Después de que Baldassare la viera llegar desde lejos, se sintió la peor persona sobre la faz de la tierra. Lo vio correr con el brazo en alto para protegerse del agua y así poder distinguirla, para llegar hasta ella como si un terrible mal la persiguiera, saltando por el empedrado para alcanzarla cuanto antes. Lo que él no supo fue que el agua se había llevado de Ginevra el rastro que otro hombre había dejado en ella. Por sus labios, su frente, su cuello…

—¡Ginevra! —La cogió en brazos. El vestido empapado la hizo pesar el doble sobre los brazos robustos del hombre, que la elevaron del suelo como si no tuviera nada dentro. Así se sintió mientras la llevaba de vuelta a casa: vacía, como si de ella solo quedara su carcasa exterior.

Todo su interior se había quedado con Tiziano en el Duomo.

No pudo soltar ni una palabra. Al parecer, recorrer la ciudad sin zapatos en invierno, bajo una tormenta, no fue una decisión demasiado acertada.

Baldassare pidió ayuda desesperado cuando notó la piel de su esposa arder. Para cuando llegó la ayuda, Ginevra ya no estaba con él. Bajo los delirios de la fiebre, la muchacha volvió a los girasoles de la campiña, pero esta vez no encontró a su marido persiguiéndola por el prado en aquel recuerdo. Tiziano la sobresaltó entre las flores amarillas, asomado entre los enormes tallos verdes como sus ojos. Recordó su cabello castaño en la fantasía y le dijo que se marchara con él.

Pero Ginevra no pudo aceptar.

Abrió los ojos el tiempo suficiente para reconocer al hombre que, a su lado, ayudaba con las toallas para aliviar su fiebre.

—No te preocupes —le susurró Baldassare con suavidad, acariciándole una mejilla ardiente. Con cariño, le apartó un par de mechones finos que se le pegaron a la piel por el peso del agua—, estoy aquí. Descansa tranquila y vuelve conmigo. —Le desenredó el cabello para secarlo.

Bajo un temblor desconocido que se apoderó de ella, Ginevra logró tenderle la mano, que Baldassare acunó con cuidado. Sintió miedo. Por notar cómo su mente iba y venía sin poder controlarla. Porque no quiso caminar entre fantasías irreales ni alimentar con ellas el error que había cometido.

Durante horas no supo distinguir si lo que veía era real o producto de su propia imaginación.

Vio a Tiziano a los pies de su cama y a Baldassare a su lado, sujetándole la mano, acariciándole el pelo.

Los dos junto a ella, pidiéndole que volviera.

Ginevra pensó si quedarse a vivir entre los girasoles, cada vez más altos, como si quisieran llevarla con el sol, sobre el cielo anaranjado lleno de nubes rosas que siempre se dibujaba en el horizonte del caserón de sus tíos.

En el último momento de lucidez antes de caer rendida de nuevo, la voz de Gionna la hizo volver en sí. Se agarró a la mano de la niña para no volver a perderse. Y ella se quedó a su lado, junto a su padre, hasta que Ginevra pudo regresar junto a ellos.

Por verte amanecer

Il Villa del Sole

María y Tiziano se encontraron, probablemente, en uno de los lugares más lúgubres y oscuros de Florencia: la calle del Infierno, una callejuela estrecha con un arco a la entrada, que precedía a la Via del Purgatorio y a la Via del Limbo. Lugares alejados de los más sensatos, fuera de miradas indiscretas.

Y así fue durante todo el tiempo que Baldassare permaneció en la ciudad ultimando su viaje con Gionna, a quien tampoco agradó la noticia de su posible partida en unos años. No quería dejar su ciudad, a su padre ni a Ginevra. Lloró desconsolada durante días enteros incluso después de que la muchacha hablara con ella.

—Es por su bien. —Baldassare ayudó a Ginevra con las mantas de la cama, después de que la muchacha regresara de la habitación de la niña.

—Todavía es muy pequeña para hacerse a la idea, piensa que no la queremos —dijo Ginevra, desolada.

—Eso es mentira. —Posicionándose tras ella, Baldassare la rodeó por la espalda para abrazarla. Ginevra se dejó acunar, de manera que los besos del hombre pudieran llegar hasta su cuello. Se estremeció cuando las manos de su marido le acariciaron los antebrazos, haciéndola soltar las mantas—. Gionna y tú sois mi vida entera. Sois todo lo que tengo. —La abrazó hundiendo la mejilla en su cuello, aspirando el aroma dulce de su piel—. Ginevra, te has convertido en mi mundo.

—Tu hija…

—Estoy hablando de ti —dijo él, con un susurro ronco junto a su oído.

Las manos de Baldassare acariciaron las curvas de su cadera, haciendo que temblara, inquieta. No podía abandonarse al amor de su marido ni a las ganas que tenía de ella. Porque no podía estar con él. Después de que los brazos de Tiziano la rodearan, ningún abrazo podía compararse. Tampoco los besos de otros labios que no fueran los del joven artista.

Pese a que Baldassare lo intentaba con todas sus fuerzas, sabía que su Ginevra cada vez estaba más lejos de él. Al principio no se preocupó, pues ella era joven y la diferencia de edad les hacía ver las cosas desde diferentes perspectivas. Y podía entenderla: sus ganas inquietas de ser libre y de descubrir el mundo la tenían más tiempo en las nubes que sobre la tierra. Ginevra era tan independiente que esa voluntad en ella lo enloquecía. Hacía que se enamorara más, si cabía. Y, aunque el pecho de Baldassare se iba llenando de erráticas mariposas con el paso de los meses, Ginevra no parecía correr en la misma dirección que él. Ella estaba perdiendo las mariposas y las ganas de seguir a su lado.

Baldassare fingió que no le importaba. Se resguardó en lo que sentía por ella para mantenerse centrado. No tenía por qué ser recíproco, eso lo asumió el día que se casó con ella. Sus amistades le advirtieron que un matrimonio así solo le traería quebraderos de cabeza. Pero a él no le importó, porque Ginevra en poco tiempo se ganó su amistad y su corazón. Empezaron siendo amigos, hasta que su amistad fue creciendo de manera irrefrenable y el comerciante florentino se vio impulsado a pedirle dar un paso más.

Sabía que para la joven de veintitrés años fue duro separarse de la familia que le quedaba en la campiña y dejar atrás sus amados campos de girasoles, donde se había criado. Por eso,

pretendía sorprenderla con el mayor regalo de bodas que ella jamás esperaría.

Aún después de partir de Florencia aquella vez, Baldassare lo hizo lleno de esperanza. No quiso recordar la conversación que mantuvo con Ana María Luisa sobre el honor, la fidelidad y su pertenencia a una de las casas más afamadas de Florencia. El comerciante sabía que debía mantener su posición honorable, y que una esposa indecorosa no era algo sobre lo que podía construirse una buena reputación. Por eso, la última Médici en el poder decidió tomar cartas en el asunto. Desde el Corredor Vasariano disponía de las mejores vistas a su ciudad y nadie escapaba a su escrutinio. Ni siquiera las almas más inocentes.

Ni siquiera María Ginevra, que corría por las calles donde se cernían las sombras más oscuras, evitando los rayos de luz y la claridad, envuelta en su túnica marrón, como una campesina.

Así, resguardada como ella creía, llegó a la boca del callejón. Las paredes grises, desgastadas y sucias, le dieron la bienvenida en aquella noche triste y hostil. Los pinchazos de nervios en sus entrañas así se lo anunciaron al despertar. Fue incapaz de olvidarse de ese inquietante sentimiento, que no la abandonó ni después de estar entre los brazos que anheló durante toda la noche anterior.

Las manos de Tiziano eran ásperas pero cálidas. Su trabajo como restaurador le dejaba la piel seca, llena de grietas. Tenía manchas de pintura que jamás se le borraban, y heridas entre los pliegues de los nudillos. Aun así, a Ginevra le encantaba la manera en la que esas manos le rodeaban la cintura o le enmarcaban el rostro cuando Tiziano se quedaba mirándola durante minutos enteros, como si de aquella manera todo le sobrara, salvo ella.

—¿Estás segura? —le preguntó por décima vez aquella semana.

A lo que ella se limitó a asentir, decidida, con las mejillas ardientes de la emoción. Y el bocado del miedo y la angustia mordiéndole el estómago.

No estaba segura, pero lo necesitaba. No podía pegar ojo por la noche ni dejar la mente libre durante el día si no estaba con él. Tiziano le hacía explotar el pecho de emoción, le aceleraba el corazón como nunca antes había experimentado y su piel ardía cada vez que la tocaba.

Se habían arriesgado demasiado y Ginevra necesitaba un poco de paz. Tenían una oportunidad de oro para estar juntos y así poder comprender qué era lo que estaba pasando entre ellos. Si no era más que una pasión pasajera, ambos volverían a sus vidas. Después de quitarse esa espina, Ginevra podría volver al lado de Baldassare. Dejaría que la tocara de nuevo. Se acostumbraría de nuevo al roce de sus besos y al tacto de sus manos suaves y fuertes, tan distintas a las de Tiziano.

Si lo que sentía por el artista no era amor, pasaría página y predicaría con el dicho de su tía. Estaba decidida a trabajar en el amor con su marido, a darle un hijo y a seguir a su lado todo el tiempo que tuviera en vida. Haría lo que él le pidiera, si eso entraba en los planes que su destino tenía preparado para ella. Pero una corazonada le chillaba que no era así, que su destino estaba entretejido con el de Tiziano.

Se decidió a descubrirlo.

Jamás había visto una luna llena tan poderosa como la que contempló junto a Tiziano la primera noche que pasaron juntos. Ella era todo lo opuesto al astro: alegre y risueña. Perseguía los destellos que el sol dejaba allí por donde desparramaba sus rayos. Se sintió observada y vigilada por el punto de luz del cielo, que les permitió llegar hasta el caserón de la villa. A lo lejos, la joven vislumbró el campo de girasoles sin florecer, bañados por la luz blanca. Dejó escapar un suspiro emocionado, al tiempo que Tiziano la levantó del suelo, cargándola sobre sus

brazos. Ya habría tiempo para admirar los girasoles.

—Aún no está acabado, y sé que no le hace justicia al paisaje que se vislumbra al otro lado de la ventana, pero espero que te guste. Todo lo hice pensando en ti —le dijo, llevándola hasta la estancia que olía a óleo y a trementina.

El joven caminó despacio, intuyendo el camino en la oscuridad de la noche, entre las paredes de la casa. La dejó con suavidad de nuevo en el suelo de madera, sobre el que había dispuesto mantas y telas manchadas de pintura. Ginevra se encogió tras él, engullidos por una de las mantas cálidas que Tiziano había llevado en ese viaje para recogerla en la ciudad y llevarla hasta aquel lugar perdido en la campiña toscana. Habían esperado hasta que el servicio abandonara el caserón, de manera que pudieran estar completamente solos. Disponían de toda una villa para ellos y un par de días antes de tener que volver a separarse. Prefirieron no hablar de ello hasta que llegara el momento.

Por eso Tiziano se decidió a besarla con todas las ganas que se había reservado para un momento perfecto como aquel. El cuerpo de Ginevra entre sus brazos respondió como él había esperado. Y, aunque la luz de la luna y las velas que encendieron no fueron suficientes para iluminar el mural de la pared, se olvidaron del fresco hasta el día siguiente, en el que se vieron amanecer por primera vez.

Y desearon pasar juntos el resto de sus despertares.

Esa noche solo importó el roce de sus pieles y las caricias de sus labios entre besos, jadeos y suspiros.

A Ginevra no le importó que la luna los vigilara y agradeció cuando el sol levantó el telón de oscuridad, haciendo relucir las flores amarillas que Tiziano había pintado por toda la pared frente a ellos. Pensando en ella. Se desperezó de entre las mantas, temblando de frío e impresión. Eran tan perfectos que casi parecían reales. Se estremeció después de que los dedos del artista bailaran sobre la piel de su espalda, en descenso por la curva hasta su cadera. Sintió el suspiro cálido del hombre besándole el cuello.

—¿Te gusta? —le preguntó con un hilo de voz, con miedo a conocer el veredicto. Pues, para él, solo tenían validez sus palabras. Se había inspirado en ella. Todo el paisaje que había creado desde cero le pertenecía a María: desde el prado verde, los girasoles con sus enormes y poderosos tallos, hasta llegar a las nubes esponjosas sobre el cielo azul cerúleo.

La muchacha se puso en pie, arrastrando con ella la camisa de Tiziano, que usó para vestirse y así dejar de temblar por el frío. No fue suficiente abrigo. Caminó descalza, encogida mientras se abrazaba para darse calor, hasta posicionarse frente al imponente prado, que ocupaba más de seis metros de pared.

—Es… —comenzó, alargando los dedos hacia una de las hojas anaranjadas de uno de los girasoles— lo más bonito que he visto nunca —confesó, conmovida, notando cómo se erizaba el vello de sus brazos—. ¿De verdad te he inspirado yo? —Se giró para mirarlo, y la sonrisa de Tiziano le caló hasta lo más profundo del alma. Sintió calor por todas partes, empezando por su pecho. Se olvidó del frío, de la luna y del invierno.

—Cuando me dijiste que te criaste aquí, no pude dejar de pensarte mientras los dibujaba. Me contaste lo mucho que estas flores te recuerdan a tu hogar. —Le acarició la barbilla con el pulgar.

—Lo echo de menos —suspiró María, apartándose de la pared. Tiziano se posicionó frente a ella, acariciándole los brazos—. Gracias por esto —le dijo, levantando la mirada a sus ojos verdes, que tenían el poder de atraparla, casi como si la hipnotizaran. Mirándolo a los ojos, el

mundo entero se paraba. Era como si los segundos se congelaran, la brisa se detuviera y su corazón, con ella. La fuerza con la que Tiziano tiraba de ella era arrolladora, imposible de controlar.

La besó despacio, haciéndola temblar de deseo mientras la acariciaba por todas partes. Ginevra nunca había sentido el vello de sus brazos erizarse con tanta frecuencia como cuando Tiziano la tocaba. Sintió la prenda de algodón dejar de rozarle los muslos cuando el muchacho pasó las manos por sus piernas, acariciando su piel con una delicadeza extrema, sin prisa. Como si fueran los únicos habitando el mundo. De nuevo, la camisa regresó sobre las mantas, donde había permanecido toda la noche desde que abandonó el cuerpo del joven.

Se rodearon sin prisa, sin dejar de mirarse, incapaces de separarse. Las manos de Ginevra se pasearon por el pecho de Tiziano con calma, acariciando hasta el último de sus pequeños lunares. Le fascinó recorrer el camino que los puntos marrones marcaban sobre la piel del muchacho, escuchando cómo, a causa del roce que ella provocaba, se le disparaba la respiración.

Nunca había tocado así a Baldassare. Siempre había sido al revés: él la tocaba a ella, porque Ginevra no era capaz de ocultar el temblor de sus manos ni su timidez. Sin embargo, la piel tibia de Tiziano le invitaba a acariciarla, a besarla, y no quería parar de hacerlo. No veía el momento de dejar de tocarlo. Ni cuando la aupó por los muslos para que lo rodeara con las piernas. La llevó junto al portón de cristal, desde donde se distinguían los campos de girasoles reales que rodeaban todo el terreno de la villa a lo lejos. Los ojos de Ginevra se desorbitaron de la emoción, temblando en los brazos del joven artista, que la mantuvo pegada a su cuerpo para darle calor. El frío se colaba por la cerradura dorada, haciéndoles estremecer de la cabeza a los pies.

Los cristales helados emitieron chasquidos.

Pero a Ginevra no le importó, porque tenía más motivo para abrazar a Tiziano. Aunque el frío del invierno quisiera colarse por sus poros, él conseguía borrarlo pasando las manos por su piel temblorosa.

—María —le dijo contra sus labios, cerrando los ojos para sentirla todavía más cerca. Hundió los dedos en sus muslos, apoyándola en la pared. Ella jadeó contra su boca, sintiendo que se abstraía de todo—, me ames o no, ya estoy perdido. Tú me has hecho despertar —le dijo Tiziano con desesperación, sin dejar de besarla. Tomó aliento antes de mirarla de nuevo—. ¿Dónde has estado escondida, *girasole*?

Se sintió sobrecogido cuando los ojos oscuros de María palidecieron bajo la luz del sol, que se abría paso tras los prados de girasoles dormidos.

Romper el *David*

Basilica di Santa Maria Novella

Admirando la cruz de la basílica a su derecha, María se perdió en sus pensamientos mientras esperaba. Estaba triste y más alicaída que nunca. Porque tratar de quitarse la espina de su pecho había complicado todavía más las cosas. Y se sentía tan mal consigo misma por cómo había dejado que se torcieran las cosas que la culpabilidad la estaba apagando. Por eso trató de no mirar al Cristo a los ojos, aunque este los mantuviera cerrados en la cruz. No quería que viera su vergüenza.

Cuando Tiziano hizo acto de presencia en la fría estancia silenciosa, su corazón dio varios vuelcos. Ya lo había asimilado con tiempo, pero se afianzó en que estaba perdida. ¿Cómo podría seguir viviendo con Baldassare de aquella manera? No podía. No podían seguir así. Ya llevaban dos semanas viéndose en los rincones de las iglesias, bajo los ojos de un Dios que, seguramente, no estaría contento con ellos. Aunque Tiziano se justificaba con que su Dios siempre querría lo mejor para ellos.

Y lo mejor para Tiziano y María era dejar de quererse a escondidas.

Pero no podían.

El joven artista se sentó en el banco de piedra cerca de ella, dejando una distancia prudente entre los dos. Tras varios minutos en silencio contemplando la imponente cruz de madera tallada por Brunelleschi, deslizó con suavidad su mano derecha por la superficie de mármol hasta llegar al vestido de la chica. Era de una preciosa tela de color amarillo oscuro, con partes en marrón claro en el fruncido del pecho, detalles en las mangas y por la falda de vuelo. Sin duda, lo había elegido porque le recordaba a los girasoles.

Se atrevió a mirarla una eternidad después, cuando la calidez de los dedos de María alcanzó los suyos. El pecho de Tiziano se llenó de ajetreo, le faltó el aire como siempre que la miraba. Y la electricidad le recorrió el cuerpo entero. ¿Cómo podía una mujer hacerle sentir tanto en tan poco tiempo?

Se había vuelto loco. Irremediablemente loco por una mujer casada.

Agachó la cabeza al pecho después de que los ojos de María se llenaran de palidez. Le dijeron que estaba tan angustiada que no sabía cómo seguir. Tiziano quiso abrazarla, acunarla entre sus brazos llevándosela al pecho para tranquilizarla. Aspirar su dulce aroma, que olía a flores, y de esa manera calmarse también él. Porque no solo su pecho dolía a causa del caos que habían creado. No podía dormir por las noches desde que no compartía lecho con ella.

No estaba atento a nada de lo que hacía y Filippo le había amenazado varias veces desde entonces. Pero, cuando Tiziano cerraba los ojos, solo la veía a ella, a María por todas partes. Tenía quemaduras en las puntas de los dedos de sujetar los últimos restos de sus carboncillos para aprovecharlos al máximo al dibujarla todas las noches que pasaba sin ella. También por el roce del papel.

—Nació a causa de un duelo. —Decidido a romper el silencio, Tiziano susurró sin apartar la mirada de la cruz que ambos admiraban. Sabía lo que significaba para María verse en aquel lugar. Cuando, por el rabillo del ojo, la vio elevar la barbilla, prosiguió—: La cruz es la única pieza en madera reconocida de Brunelleschi y la realizó después de criticar la obra de Donatello, su compañero de profesión. —Hizo una pausa para admirar a María. La necesitaba. Apretó sus

dedos para inundarse de la calidez que desprendía aquella suave piel.

»Tras la dura crítica que recibió Donatello por parte de su amigo, retó al osado Brunelleschi, que nunca había trabajado la madera, a que recogiera leña para tallar un Cristo mejor que el suyo. El resultado lo tienes delante. —Los ojos de María brillaron a causa de las lágrimas. Tiziano tuvo que contenerse para recogerlas. Rodaron traviesas por las mejillas incandescentes de la muchacha.

Era tan bonita…

—Ganó Brunelleschi —apreció María con un hilo de voz, temerosa de que alguien, aparte de Tiziano, pudiera escucharla, pese a estar solos en la basílica.

—Bueno, ganó la apuesta, pero la cruz de Donatello también se expuso en la ciudad. Está en la otra punta de Florencia.

—Quiero verte dibujar, por favor —pidió María entonces, cortando la conversación sobre Cristos de madera y duelos entre amigos.

Tiziano asintió, no podía ceder ante ella. Estaba nerviosa, angustiada y preocupada. Y él lo entendía. Lo que estaban haciendo no era bueno para ninguno de los dos. Pero ¿cómo renunciar a ella? ¿Podría dejar marchar a su musa?

Lo pensó a su vuelta de la villa del Sol, después de pasar con ella los cuatro mejores días de toda su existencia. Recolectó más momentos felices que en sus veintisiete años enteros sobre la tierra. Solo con María, rodeados de campos verdes con girasoles sin florecer, entre mantas sobre el suelo, porque no se atrevieron a tocar la imponente cama matrimonial que se instaló en la casa mientras Tiziano aún trabajaba en el mural. Cuando llevó a María, apenas le quedaban retoques al fresco. Para poder aprovechar el tiempo con ella, la semana anterior dibujó toda la madrugada alumbrándose con velas. Se llenó los dedos de cera derretida que le quemó la piel, y a causa de querer estirar el tiempo de las noches y trabajar en la penumbra, sus ojos ya no eran los de siempre. Le costaba enfocarse en los detalles de sus pinturas si no había suficiente claridad.

—Yo quiero verte… despertar a mi lado por la mañana —respondió él, al cabo de unos minutos en los que dispuso su cuaderno sobre las rodillas—. No puedo seguir pasando las noches a solas, María. Voy a perder la cabeza. Y la vista —se sinceró, negando con la cabeza—. Te necesito —añadió, bajando la voz todo lo que pudo.

María apretó los puños sobre la falda de su vestido, temblando.

—Yo también —suspiró—. Siento que tengo el corazón lleno de agujeros, pero no quiero hacerle daño a nadie…

—Me lo vas a hacer a mí, ¿verdad? —dijo él, abriendo el cuaderno por la última página libre. Sacó el carboncillo del bolsillo y admiró la cruz antes de comenzar a dibujarla. Era su forma de canalizar lo que sentía. Dibujar la cruz de aquel lugar lo evadía de la tierra y de su propia mente. Lo alejaba de ella lo justo para no ahogarse—. Vas a romperme entero —sentenció con firmeza.

—Yo no quiero eso, Tiziano. No lo digas.

—No lo quieres, pero es lo que va a pasar, María. Lo sé, no tienes por qué tenerles miedo a los acontecimientos. Ya lo tengo yo por ti.

—Eres demasiado dramático —lo acusó.

—Creo que nunca se es lo suficiente dramático. —Trató de reír.

Se recreó en sus propios esbozos tratando de no pensar en lo que acababan de hablar. ¿Lo dejaría María? ¿Podría hacerle aquello de verdad? Al mirarla a los ojos, no podía engañarlo. Sabía que lo que sentía por él era tan fuerte que podía cometer locuras como la de huir con él a la

villa del Sol durante días. Se amaron rápido y con fuerza; y eso, sin duda, se había grabado a fuego no solo en la piel de María, sino también en sus ojos, que palidecían al verlo. De amor, de deseo…, de preocupación y angustia.

—No quiero que te pase nada malo. —María bajó tanto la voz que Tiziano tuvo que acercarse a ella para escucharla—. Si Baldassare se enterase de esto…

—No me importa —zanjó él con seguridad—. Yo me perdí cuando empecé a dibujarte aquella noche, después de recogerte en la plaza de Santa Croce. Ya te lo dije. Las manos de Baldassare no van a hacer más daño que si me destrozas tú.

—¡Para!

—Perdona. —Avergonzado por presionarla de aquella manera, Tiziano cesó de dibujar. La miró abiertamente, deseoso de encontrarse con ella.

Se puso en pie tan rápido que María no tuvo tiempo de reaccionar ni cuando la puso en pie atrayéndola por la cintura. El cuerpo del muchacho y el suyo eran como imanes, y eso ni su matrimonio con Baldassare podía evitarlo. El cuaderno cayó al suelo con estrépito y ambos se separaron por el susto. Se admiraron dando unos pasos hacia atrás, retrocediendo el uno del otro. Hasta que, tras reflexionar unos instantes, no pudieron luchar contra el magnetismo que los juntó de nuevo, entre las paredes de la Capilla Gondi.

Tres de espadas

Mercato Vecchio

Los viajes de regreso siempre eran los mejores, porque suponían volver a casa, ver a Ginevra y contarle todo lo acontecido. Pero aquel último fue tan agridulce como pesado.

Así lo sintió Baldassare, que, rompiendo su guía de ruta, decidió pasar primero por el Mercado Viejo para dejar parte de la mercancía a sus clientes más impacientes. Gionna, mientras el hombre se distrajo con sus labores de abastecimiento a los comerciantes florentinos, permaneció en el carro a la espera de las órdenes de su padre. A la niña no le gustaban los mercados y no entendía cómo Ginevra disfrutaba tanto en ellos. El barullo le embotaba los oídos y le aturdía la mente.

Tampoco entendió que, en lugar de ir directos a casa después de pasar por el mercado, se desviaran hacia la imponente propiedad de los Médici. Pero, tras tratar de buscar la mirada de su padre, no se atrevió a pronunciar palabra. Llevaba muchos días serio e irritable, hasta tal punto que comenzó a sentirse desplazada. No parecía verla desde el último día en Milán, cuando la mujer del señor Coltriciaio le susurró algo que ella no pudo alcanzar a oír. Después de eso, el rostro de su padre mutó para no volver a ser el mismo. Ella se quedó sentada junto a la puerta de la tienda, encargada de no perder de vista el carro, que ya estaba vigilado por los hombres que trabajaban con su padre ayudándole a cargar las telas y demás mercancías. Y esperó tanto a que Baldassare volviera que creyó quedarse dormida.

No le dijo nada sobre lo que había hablado con la misteriosa mujer, que lucía un esbelto cuerpo encorsetado bajo uno de los vestidos que la niña más deseaba: los de medias mangas abiertas y volantes con tul brillante.

Eso fue lo que Gionna le pidió a Ana María Luisa cuando la mujer la recibió con una de sus encantadoras sonrisas y los brazos abiertos. La estrechó contra su pecho con demasiada fuerza para su gusto, pero ella se dejó achuchar sabiéndose, posteriormente, recompensada. No entendía cómo, con lo que a la consorte parecían gustarle los niños, no tenían hijos. Cada vez que la veía, los ojos de Ana se llenaban de destellos de alegría.

—Cada día que pasa, ¡más preciosa eres! —le dijo soltándola, mientras la admiraba—. Señor, no vuelvas a llevártela tanto tiempo, además de coincidir cuando estoy yo aquí. Y mira que son contadas ocasiones las que puedo escaparme. Y tú te la llevas. ¿Ha sido fructífero el viaje? —Sin dejar de acariciar el pelo de la niña, Ana desvió la atención hacia Baldassare, que miraba a su alrededor, ausente, sin percatarse siquiera de las palabras de la mujer.

—Es posible que la acepten en la escuela de Francia, pero le gustó más la de Milán —dijo al final, volviendo en sí.

Su hija se cruzó de brazos, asintiendo a sus palabras.

—Me daría mucha pena que te marcharas de aquí, Gio —le dijo Ana a la niña—. Pero ya hablé con tu padre para hacerle cambiar de parecer. No le valen los grandes maestros que puedo conseguir para ti en Florencia.

Gionna no se atrevió a pronunciar palabra. No le gustaba la oscuridad que bañaba los ojos de su padre, ausente aun mirándolas. Ana también se percató del incómodo mutismo que se adueñó del hombre, por lo que pidió al servicio que distrajera a la niña en el jardín, buscando un punto soleado en el que Gionna pudiera buscar flores bonitas.

—¿Qué es, amigo? ¿Ha pasado algo?

Baldassare se encogió de hombros.

—Creía que no era para tanto, pero, conforme va pasando el tiempo, peor sensación tengo. —Se encogió de hombros de nuevo antes de cerrar los ojos un momento. Rodeó a Ana para tomar asiento en unos de los sofás dorados y carmesíes de la sala donde la consorte recibía siempre a sus más allegados.

—Es el mercado, ¿verdad? Ya he insistido mucho en que ese lugar se adecente. ¿Has tenido una trifulca? —se preguntó Ana María, tomando asiento frente a él. La falda de su vestido era tan ostentosa y pesada que soltó un suspiro al dejarse caer.

—El mercado está como siempre, no hay que arreglar nada —negó Baldassare, mirándola sin apuro—. Una mujer me habló sobre María —soltó a prisa, como queriendo librarse de los pensamientos que portaba desde su último día en Milán—. Me dijo que el tres de espadas era mi mayor advertencia.

Los ojos de Ana María se abrieron ante la historia del comerciante. Irguiéndose, con las manos sobre el regazo, asintió para que continuara con la historia.

—¿Hablas de tarot, querido? Porque por la piel tan blanca de tu rostro me temo que te has dejado embaucar por el esoterismo de alguna indecente.

—Era la mujer de un buen amigo —explicó el hombre, sin dar más detalles. Nunca había creído en las herramientas para leer el futuro y su fe siempre la puso en Dios, pero las palabras de Cosima Coltriciaio retumbaban en su mente sin que él fuera capaz de olvidarlas—. No lo practica —mintió, para salvaguardar la seguridad de la mujer. Ana era tan astuta y buena como perversa y recelosa de lo desconocido. No estaba de más poner distancia.

—¿Y cómo, entonces, te advirtió con el tres de espadas?

—Gionna tiró un par de artículos que ella limpiaba sobre el mostrador de la tienda de su marido y, al escuchar el estruendo, soltó la baraja que llevaba encima.

—¿Las tenía en la tienda? Santo Cristo, Baldassare. ¿De verdad crees en esas cosas? —Con un rictus de desagrado, la mujer negó con seriedad.

—No creía —confesó Baldassare, dejando la puerta abierta de su fe.

—¿Qué ha cambiado?

—Tu reacción al verme. Sabes lo que simboliza esa carta, conoces las artes esotéricas mejor que yo. No hace falta que digas si crees o no en ellas, pero no eres la única que busca respuestas más allá de la palabra de Dios. —La dureza en las palabras de Baldassare incomodaron tanto a la consorte que esta apartó la mirada. ¿Cómo se atrevía?

—Dios nos oculta cosas por nuestro bien —comenzó con suavidad—, para poder seguir manteniendo su fe en él intacta. Para que aprendamos a ser pacientes y a confiar en los tiempos divinos.

—Ana —la llamó Baldassare, sin ocultar la pesadez de su voz—, ¿qué sabes?

—No estoy segura… —Bajó la mirada de nuevo a su regazo.

Poniéndose en pie de un salto, el invitado comenzó a impacientarse.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó con voz grave—. Sé que no has podido estar quieta. En el mercado me advirtieron de que el corredor ha estado iluminado hasta por las noches. La has vigilado. —Le apuntó con el dedo—. Sé que lo has hecho. Y ahora necesito que me digas lo que sabes, lo que has visto.

—María es una buena muchacha —comenzó Ana, llenando el pecho de aire—. Joven, bonita y… muy resuelta.

—Eso ya lo sé, por eso me casé con ella. Pero necesito saber… —Hizo una pausa, en la que tuvo que darle la espalda a la mujer—. Necesito saber si he terminado de perderla.

—Baldassare —imitándolo, Ana se puso en pie—, solo he visto una amistad. Solo eso.

—¿Una amistad? —Se volvió hacia ella con los ojos irisados. La barba de varias semanas le echaba diez años encima, restándole atractivo—. ¿Con quién?

—Con el pintor —confesó Ana, exhalando. Empezó a sentirse cautiva de la tensión que se respiraba en aquella sala—. El chiquillo de Filippo, ¿lo recuerdas? Fue él quien se encargó de la restauración de mi galería. Los viste a ambos en la fiesta, antes de que iniciaran las obras de restauración —explicó con dulzura. Sus palabras, por el contrario, causaron el efecto indeseado.

El rostro del hombre no tardó en tornarse pálido como la porcelana que decoraba los aparadores de la sala. Marchó poco después, dejando a la consorte preocupada y a su hija, inconsciente de todo, en los jardines del palacio.

Había unas horas hasta la campiña, pero logró acortar el tiempo al máximo, de manera que, pasado el mediodía, el sol y la claridad le dieron una mejor visión de la casa. Lo recibieron por sorpresa a la entrada, pues se suponía que la planeada sorpresa no sucedería hasta el día siguiente.

—No la he traído conmigo, he venido yo solo —explicó, abriéndose paso entre la comitiva del servicio, que lo recibió con revuelo. Los mandó a todos de vuelta a sus quehaceres mientras él se dirigió a su objetivo.

En la habitación todavía vivía el olor a pintura. Era tan intenso que se dispuso a abrir el ventanal que daba al jardín y a los campos. Se detuvo a medio camino, paralizado por la belleza que el mural de la pared condensaba. El chiquillo de Filippo sí que había hecho un gran trabajo. Baldassare admiró el paisaje del fresco, sintiéndose conmovido. Imaginó la reacción de Ginevra cuando se lo enseñara. Recreándose en eso, poco a poco, sus preocupaciones y la alarma que en él había creado la dichosa carta del tres de espadas fueron abandonándolo.

Era una tontería. Era absurdo confiar sus miedos y temores a un trozo de cartón, por mucho que representara un corazón atravesado por los tres temidos sables plateados.

Baldassare acudió al ventanal para que el aire se llevara el intenso olor a pintura. Abrió la puerta, sujetando con firmeza la manecilla dorada de la hoja acristalada, y tiró hacia adentro sin apartar la mirada de los campos, llenos de girasoles sin florecer. Sin percatarse del lazo verde enredado al otro lado del picaporte, enganchado en la cerradura dorada de la puerta. Solo lo vio cuando una repentina ráfaga de aire frío hizo que se desprendiera de la cerradura para acabar sobre su cuerpo. Se enredó en su cinturón de piel.

Al fijarse en él y enlazarlo en sus dedos, lo reconoció sin problema: era el lazo que María usaba para atar su trenza antes de dormir.



Lo recibieron los vítores de admiración de Gionna, a la que había olvidado por completo en el palacio de Ana María. Precipitándose hacia su alcoba, se sintió el peor padre del mundo anteponiendo sus problemas al bienestar de su hija. Decidido a volcar su frustración contra el primero que se cruzara en su camino, llegó a la estancia. Y la vio.

Llevaba el vestido morado que eligió tras sus primeros viajes después de la boda. Ya lo

habían terminado. Junto a ella, Gionna le adecentaba la tela de los bajos dando pequeños gritos de emoción. No era la única que pensaba que Ginevra parecía una auténtica princesa.

Cuando su mujer lo vio, esos ojos oscuros se iluminaron de aquella manera única que consiguió hacerlo enloquecer en la campiña, cada vez que acudía a verla en el caserón de sus tíos fingiendo negocios banales con la excusa de poder hablar con ella.

—Estás preciosa —alcanzó a decir, escondiendo entre su camisa y el cinturón de piel el lazo verde que todavía llevaba enredado en la mano.

—Toda tuya, mi señor —sonrió Ginevra, acalorada de repente. Y radiante. Tan brillante que cegaba más que el propio sol.

Baldassare comprendió que la advertencia del tres de espadas era inevitable. Ginevra no tenía la culpa de derretirle el corazón con su inocencia. Como tampoco la tenía el ayudante de Filippo al haberse enamorado de ella. Era imposible no hacerlo. Como para Ícaro fue imposible no arder tras querer alcanzar el sol.

Ginevra era un ser de luz y, por lo tanto, era inevitable no perderse buscándola, rodeados de tanta oscuridad.

La barbilla al cielo

Corridoio Vasariano

Tras pasar de vivir en un caserón de planta baja a una vivienda con una torre, Ginevra pudo asegurar que las alturas no la doblegaban. Al revés, había descubierto que, desde arriba, las panorámicas de Florencia le hacían todavía más justicia a la ciudad. A lo que Ana María la escuchó maravillada, luciendo una sonrisa de labios atrevidos, que se curvaban cuando se acercaba a ella para acariciarle la espalda o acomodar algún mechón rebelde de su cabellera. Desde su estancia en la villa del Sol, Ginevra llevaba el cabello suelto más a menudo, en un recogido discreto a media altura. Eso hacía que cayera hacia delante más a menudo.

Creyó andar junto a la Médici de forma distraída, sin pensar que los pasos de la consorte estaban planeados. No sospechó cuando se encontraron frente al escudo de armas de la familia, sobre una imponente gruta abierta de tres galerías excavadas en piedra. No entendió la relación entre el tema de las alturas, sobre el que llevaban ya un rato hablando, con aquel mágico lugar de piedra entre un muro de hiedra.

—Los jardines de este lugar son una auténtica fantasía, ¿verdad? Uno no sabe qué podrá encontrarse en cada uno de los rincones que se esconden en el paraíso Boboli. —Ana María la cogió del brazo, pegándose a ella.

Las dos contemplaron el acceso a la gruta Buontalenti en silencio. Era tan imponente que robaba el aliento.

La muchacha asintió, había mucho que observar. Tantos detalles que se vio sobrepasada.

—Sobrenatural. —Fue la única palabra que Ginevra sintió capaz de hacerle justicia a un lugar como aquel.

A su lado, la consorte asintió, apretándole el brazo.

—Antes había hasta peces ahí dentro —le susurró la mujer, llevándola hacia el lado izquierdo de la entrada a la gruta. Ginevra se extrañó cuando se alejaron demasiado de la entrada —, pero a mi abuelo Fernando creo que no le hacían gracia. A saber.

»Otro día podemos hacer un *tour* con la pequeña Gionna, seguro que os encanta. ¡Hay un tragaluz tan romántico! La forma en la que la luz baila sobre las paredes de piedra es increíble.

Ginevra aceptó animada, hasta percatarse de cómo, aparentemente acaecido de entre las sombras, un señor encorvado vestido de negro asintió a Ana María antes de escuchar el crujido de una antigua cerradura. El chasquido la hizo sacudirse.

—No te preocupes, María. —Le sonrió—. Voy a enseñarte las mejores vistas que tiene Florencia, eres toda una privilegiada. Nadie puede entrar aquí sin que yo lo sepa. Nadie —remarcó en un tono serio, que hizo que la joven se estremeciera, incapaz de aflojar el agarre que la mujer mantenía en su brazo. Era como si temiera que tratase de escapar de un momento a otro —. Por aquí.

Entre el muro de la izquierda y la estatua blanca más alejada de la gruta, había una puerta de color plomizo, que emitió un chirrido desagradable cuando el hombre de negro la abrió para dejarlas pasar. Ana María le susurró algo al oído que ella no alcanzó a escuchar, a lo que el hombre asintió. Cruzó los brazos tras su espalda y permaneció erguido como una estatua hasta que ellas se perdieron por el inicio de lo que parecía un tenebroso túnel.

—¿Qué es esto? —Ginevra no pudo ocultar un ligero pánico, que había comenzado a

apoderarse de ella.

—El Corredor Vasariano, querida. ¿No sabes lo que es?

Ginevra supuso que la miró en la oscuridad, pero no lo supo con claridad hasta que la luz empezó a colarse por las ventanas del fondo y sus ojos se acostumbraron a la penumbra del lugar.

—No, ¿debería saberlo? Has dicho que nadie entra aquí sin que tú lo sepas.

—En teoría. Mis hermanos todavía lo utilizan de vez en cuando. Pero solo cuando no van lo suficientemente borrachos como para entender que es peligroso poner un pie en la calle. Mi bisabuelo construyó este lugar sobre Florencia para poder desplazarse con seguridad, sin tener que exponerse al pueblo y sus peligros.

—¿El pueblo y sus peligros?

—Sí, María. El poder es complicado y la gente no siempre lo entiende. Sé que mi familia hizo cosas de la manera incorrecta, pero le ha dado a Florencia el resplandor que siempre ha merecido.

»En fin —prosiguió, llevándola hasta la luz de la primera ventana. La admiró despacio, fijándose bien en ella—, los Médici, además de poder ir desde nuestra residencia en el Palacio Pitti al centro de poder, en el Palacio Viejo, hemos aprovechado este inmenso corredor para apreciar la maravillosa obra de nuestra ciudad. El Corredor Vasariano se puede ver desde fuera, no es un secreto.

La muchacha tembló bajo el agarre de Ana María, que la miraba de reojo conforme avanzaban por el pasillo de luz tenue.

—No solo para admirar la ciudad —comprendió.

—No, también para controlar. En el poder hay que tomar duras decisiones. Y siempre es necesario tener un ojo puesto en el pueblo y en las posibles revueltas que puedan surgir.

No tardaron en llegar a la altura del Ponte Vecchio y Ginevra se sintió desfallecer. A la altura de la Galería Uffizi, desde los pequeños ventanales se veía todo. Había una panorámica extraordinaria de los tres arcos del puente tras los que ella y Tiziano se reencontraban. Su zona intermedia en Florencia. El lugar al que empezaron a acudir para trabajar en el cuadro para Baldassare. El mismo lugar donde las notas de Tiziano la esperaron ocultas entre la piedra del muro.

—María, a la luz te veo pálida, ¿te encuentras bien?

No lo estaba. Una pesada fatiga comenzó a apoderarse de ella, como vértigo furioso que la alcanzó desde los tobillos hasta el estómago, como si hubiera dado un salto enorme. Pero sin moverse del sitio. Fue cuando Ginevra descubrió que sí que les tenía miedo a las alturas, concretamente a las del Corredor Vasariano, por el que anduvo junto a la Médici hasta el final del mismo, sintiendo el corazón acelerado, justo en la garganta.

No supo interpretar si aquella misteriosa y exclusiva visita fue una advertencia. Eso lo descubriría más adelante. Lo que tuvo claro durante toda la caminata fue aquel gesto de la barbilla que le hizo Filippo el día que corrió a Santa María del Fiore buscando a Tiziano, antes de que el cielo pareciera llorar con ella. El hombre la miró con dureza y levantó la mirada a las ventanas de los edificios. La barbilla al cielo, como si le dijera con ello: «Atenta, niña. Te vigilan desde arriba».

La muerte de un girasol

Ponte Vecchio

Fue en su busca, decidido. Pese a haber pasado varios días sin dormir.

Baldassare también se dio cuenta de los desvelos en plena madrugada de su mujer, en los que desaparecía para admirar la ciudad desde la ventana del estudio, en su despacho. Esa misma noche, Baldassare tuvo que recogerla de una de las butacas en las que el sueño logró vencerla.

—¿Qué he hecho mal, Ginevra? —le preguntó, aprovechando el estado de vigilia de la muchacha. Observó su pelo suelto ondulado por todas partes. A Baldassare le dolió que no llevara su trenza. Ese hecho afianzaba que hubiera perdido el lazo que él aún guardaba entre sus cosas. Lo que más le perturbaba era que ella no tratara de disimularlo con otro accesorio parecido. Su mujer había pasado de dormir con su riguroso trenzado a llevar el cabello en cascada, desperdigado por la almohada, como en más de una ocasión le dijo que odiaba.

Dormida como estaba, no le contestó. Se limitó a acariciarle una mejilla con suavidad, sonriéndole con debilidad por el cansancio. Baldassare le besó los dedos de la mano antes de dejarla en la cama y taparla con las mantas.

No pudo dormir con ella después de aquello. Fue incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de su mujer entre los brazos del pintor. Había encontrado la prueba y no podía negarlo.

Ginevra recordaba la escena vagamente, como si sus recuerdos se hubieran mezclado con las brumas del sueño que se la llevaron antes de que Baldassare fuese a por ella. Soñaba con Tiziano y campos de girasoles en flor. Era una pena que las fechas y el tiempo no hubieran acompañado a los campos en su escapada a la campiña. Lo echaba tanto de menos…

Tomó un rodeo por la plaza de del Duomo para calmarse. Notaba no solo el corazón acelerado, también las mejillas ardientes por andar tan rápido. Por lo que estaba a punto de hacer. Se apartó el pelo de la cara en su carrera, aquel día lo había recogido como siempre.

Vio a Filippo observarla desde la entrada a la catedral. Ella rodeó el baptisterio todo lo rápido que pudo para llegar hasta él. Pero el hombre negó con pesadez como si la esperara, con la barbilla elevada a las ventanas. Hecho que hizo que Ginevra se detuviera en seco. Entendió la advertencia gracias al paseo de Ana María por el Corredor Vasariano, pero el recorrido se detenía en el Palacio Viejo. No llegaba más allá, ¿o sí?

Alzó la mirada a las ventanas de los edificios colindantes, pero solo alcanzó a visualizar destellos tras los cristales. Suaves titileos de velas y ligeros rayos de luz atravesándolos. Cortinas que se desplazaron, poco más.

No volvió a ver a Filippo.

El interior de la iglesia estaba en silencio y solo unos pocos rezaban sus oraciones a media tarde. María maldijo por dentro al no encontrarlo allí. Sabía que tampoco lo encontraría en Santa María Novella. El único lugar donde podría esperarla para hablar de su futuro era el punto donde Ana María esperaba encontrarlos de nuevo.

Se dirigió al puente aminorando la marcha, sintiendo la necesidad de estirar aquel momento para que no llegara el catastrófico desenlace donde Tiziano y ella terminarían alejados. Lo vio a lo lejos, después de bordear el río. Tiziano la esperaba inquieto en mitad del puente, en el lugar donde los arcos no podían esconderlos de los ojos de la consorte ni de nadie allegado a ella que hubiera precisado de usar el corredor.

María arrastró los pies por el empedrado, escuchando sus tacones resonar como eco en su cabeza. Pensó que jamás olvidaría esos últimos pasos hacia él.

Fue al verla llegar cuando los ojos de Tiziano se apagaron por completo. Lo sospechaba. No quiso hacer caso de la nota que encontró en el puente. En ella, su musa le pedía un encuentro en la catedral florentina donde se besaron por primera vez. A esas horas de la tarde no solía ir mucha gente. Pero se imaginó de qué iba el asunto y no fue capaz de enfrentarlo. No podía despedirse de ella en un sitio tan apagado y triste como aquel; si aquella iba a ser la última vez que la viera como su amante, necesitaba recordarla rodeada de luz, en el punto de Florencia donde el agua del Arno reflejaba el sol como un gran espejo.

El lugar donde la magia comenzó a surgir. Allí tenía que morir.

Tiziano no pudo devolverle la mirada después de ver los iris oscuros de la muchacha palidecer bajo la luz del sol. Le dolía demasiado. Ella le dolía demasiado.

—Mírame, por favor —le dijo María, angustiada, al ver que él no reaccionaba a sus palabras. Pero no podía. Tiziano no podía moverse o se ahogaría. Permaneció encorvado sobre el muro del puente, mirando hacia el agua. No le importaba que la corriente se lo llevara lejos de allí, borrándole el dolor del pecho y de todo el cuerpo—. Necesito que me mires antes de que me vaya.

No lo hizo.

María le dijo adiós con la voz rota, sin acercarse a él. Mantuvieron una distancia prudente a ojos de los demás. Y los dos miraron al agua todo lo que duró la conversación. Tiziano fue duro con ella hasta que comprendió que la siguiente vez en la que se vieran no podría tocarla. No volvería a besarla entre las sombras de las catedrales ni en el callejón del Infierno. Ella seguiría paseando por Florencia agarrada del brazo de su marido y él moriría cada vez que la viera pasar.

No era justo, pero lo entendía. Lo entendió desde la primera advertencia de Filippo. Desde la primera vez que esos preciosos ojos palidecieron ante los suyos, sobrecogiéndole el corazón. Se maldijo por no haber sido capaz de luchar contra ella cuando tuvo la oportunidad de alejarse, cuando aún no la había convertido en su musa.

La observó alejarse después de que María, tras desistir, le diera la espalda. Estaba ataviada con su nuevo vestido, parecido al color del vino. Las medias mangas con volantes le estilizaban los brazos y su piel clara llamaba más la atención en contraste con la tela. Así la recordaría cada vez que cerrara los ojos, esos últimos instantes en los que continuó siendo suya.

Al otro lado del puente, María solo se permitió llorar tras ocultarse en uno de sus callejones. Se desahogó todo lo que pudo antes de volver a ser Ginevra. La que amaba su vida en la torre, que servía a la familia Caracciolo, tenía una hija y un marido al que adoraba. Esa Ginevra regresó a su hogar en las alturas, mucho tiempo después, tras lograr componerse de nuevo, aun sabiendo que muchos de sus pedazos se quedaron por el camino y jamás lograría encontrarlos. Porque ese día fue el último que su luz vivió intacta.

En casa no encontró a Gionna en su habitación, el único consuelo al que quería aferrarse. La cama de la niña estaba hecha y todo recogido, como si no hubiera estado en casa en todo el día. Extrañada, Ginevra retrocedió hasta la puerta, donde su corazón dio un salto al ver a Baldassare observándola tras las sombras del pasillo.

—Has estado mucho tiempo fuera —le dijo despacio, con voz grave, mientras la evaluaba con los brazos cruzados. Lucía una barba densa de demasiados días. Después de su viaje, no quiso que ella lo ayudara a recortarla.

—No me he percatado.

—Ya. Yo tampoco soy de percatarme de muchas cosas. —Suspiró, apartando la mirada de ella hacia algún punto de la pared.

Ginevra dio un paso hacia él. Lo notó extraño, distinto. Tan ausente que empezó a sentir el cosquilleo de la incertidumbre recorrerle el cuerpo.

—¿Y Gionna?

—Con Ana María. Quiere despedirse de ella antes de regresar a Alemania con su marido y la corte.

Al escuchar el nombre de la Médici, todos los sentidos de la mujer se pusieron alerta. Miró a Baldassare con el corazón abatido, recordando el Corredor Vasariano.

—Ven —la llamó de nuevo su marido con suavidad, haciéndole un gesto con la cabeza—, quiero hablar contigo.

Ella asintió, siguiéndolo hacia el despacho. Toda la casa estaba sumida en un inquietante silencio. No se cruzaron con nadie del servicio, cosa aún más extraña. Las cortinas de cada ventanal estaban echadas, de manera que poca luz podía filtrarse en la estancia. Estudiando sus pasos a medida que avanzaban, Ginevra empezó a sentirse cada vez más inquieta.

Le dolía el pecho por lo que había hecho horas atrás. Había renunciado a demasiado y, si lo pensaba, podía caer redonda al suelo de la conmoción. En ese estado de agitación se detuvo detrás de Baldassare, cuando este se precipitó a cerrar la puerta del estudio tras él. También aparentó una agitación extraña que le hizo temblar las pupilas a la luz de las velas.

—Qué acogedor —dejó escapar Ginevra, dando pasos hasta situarse en el corazón de la habitación. Le encantaba ese lugar, por eso acudía por las noches cuando se inquietaba. Cuando los sueños con Tiziano no la dejaban dormir. Cuando se sentía culpable por pensar en otro hombre compartiendo cama con Baldassare.

Pensando aquello fue como se topó con las dos copas dispuestas sobre la mesa. Era donde se sentaba con Gionna cuando Baldassare estaba fuera, trabajando en su imperio de telas y piedras preciosas. Ginevra acarició la superficie de madera robusta, oscurecida por los tintes que se le aplicaron con el paso de los años. Dejó escapar una risa nerviosa mezclada con un profundo suspiro y creyó escuchar, no solo a su propio corazón encogiéndose antes de descomponerse, sino también el de Baldassare. El hombre se dejó caer en la misma butaca carmesí donde la encontró la noche anterior, antes de admirarla sin dolor por última vez. Después, apoyándose con el codo en una de las orejas del sillón, se pellizcó la barbilla mientras su mirada viajaba de la muchacha a las dos copas de vino dispuestas sobre la mesa. Tras su mujer, el escritorio donde ponía al día su trabajo y la ventana de rejas negras que dibujaban rombos sobre el paisaje de Florencia.

—Anoche te lo pregunté, pero estabas dormida para contestarme —comenzó, tratando de no acelerar su explicación. Quiso detener el tiempo y estirar ese instante con ella todo lo que pudiera —. ¿Qué he hecho mal, Ginevra? —La miró a los ojos, sintiendo cómo, en lugar de hacerse pequeña frente a él, su querido rayo de luz creció para enfrentarlo.

—No has hecho nada malo, Baldassare. —Agachó la cabeza en respuesta, clavando las rodillas en la alfombra para poder apoyarse en el regazo de su marido.

—¿Entonces? —Baldassare le acarició una mejilla ardiente y ella cerró los ojos—. Te has alejado de mí.

—No ha sido tu culpa —insistió Ginevra, colapsada.

Era consciente del tipo de confesión que estaba realizando solo con sus respuestas. Pero ya había visto las copas sobre la mesa y fue señal suficiente para interiorizar que la casa se hubiera

silenciado de aquella manera. Entendió por qué Gionna no podía estar con ella y que ni siquiera había podido despedirse. Cuando le devolvió la mirada a Baldassare, lo vio roto, como no hubiera sido capaz de imaginar. Eso la hizo derrumbarse más, si cabía. Apoyó la cabeza sobre las piernas del hombre, dejando que este le acariciara el cabello y el cuello antes de hablar. En mayor o menor medida, a ambos les sirvió para reconfortarse.

—Mi preciosa flor —masculló él, apretando los dientes. Le daba rabia que su historia con Ginevra terminara de aquella manera. No era justo—. No quiero ver cómo te marchitas ante mis ojos. Sería tan malo para mí verte mal como para ti.

Sin entender, Ginevra levantó de nuevo la mirada buscando los ojos de su marido. Él le levantó la barbilla.

—¿Hay otra salida, acaso? —preguntó, llevándose una mano al pecho.

De manera sincronizada, ambos volvieron a posar la vista sobre las dos copas de la mesa. Eran de plata, con tallados oscuros que hacían formas que imitaban el representativo labrado del vidrio italiano.

—Sí, la hay —respondió él, tajante—. Debes abandonar Florencia.

—¿El exilio? —replicó ella, espantada.

Baldassare pestañeó ante tal reacción.

—¿Me estás diciendo acaso que prefieres la muerte al exilio? —Le sostuvo el rostro con ambas manos, tratando de que la rabia no lo invadiera.

Los ojos oscuros de Ginevra se tornaron tan pálidos que sintió miedo al verlos. Miedo por ella y por sí mismo si su mujer decidía marcharse de su lado, escogiendo la vía fácil. Eso solo podía significar una cosa: que quería al pintor más de lo que jamás lo había querido a él.

—No puedo alejarme de todo…

—No quieres alejarte de él —sentenció Baldassare, chasqueando la lengua.

Ella se irguió, poniéndose en pie.

—Nunca fue mi intención hacerte daño, creí haberme enamorado de ti. Lo creí a ciegas…

—Hasta que lo conociste. —Se mordió la lengua esperando la afirmación, que no tardó en llegar. La vio alisarse la falda del vestido, asintiendo muy despacio—. Quería darte una sorpresa —prosiguió con la voz rota, consumida—, pero él la ha estropeado. ¿Te ha gustado?

—¿El qué?

—La casa, el mural…, todo era para ti. Mi regalo de bodas para ti, Ginevra. Le encargué el mural al muchacho después de ver cómo te retrató en ese lienzo, y ahora entiendo por qué te dibujó de esa manera tan… extraordinaria. Ya te había dibujado antes. Se sabía tus rasgos de memoria.

El rostro de Ginevra se desencajó ante aquel nuevo dato en la historia. El mural era para ella. Y el nuevo hogar en la campiña, para que pudiera seguir corriendo entre los campos de girasoles.

—No, Baldassare, solo me dibujó esa vez. Y no pasó nada —aseguró ella, angustiada, regresando junto a su marido.

—¿Tampoco pasó nada en la villa, Ginevra? —El fuego ardió en los ojos del hombre, que la miró dolido—. Mira, al principio de sospecharlo, quise dejarlo estar. Eres joven, yo soy mayor y he vivido más que tú. Pero la gente habla, como ya te dije hace un tiempo. Y yo viajo mucho… Y no puedo dejar que el apellido de mi familia se manche de esta manera tan deplorable, Ginevra.

Con las manos en la cabeza, Ginevra se paseó por la habitación negando.

—Lo entiendo. —Con las manos temblorosas, se posicionó frente a las copas de vino de la mesa. Miró las dos y, solo por el olor que desprendía una de ellas, supo cuál era la suya. Se preguntó si había sido Baldassare quien había preparado aquello. Le dolió en el alma pensarlo.

—Todavía estamos a tiempo de solucionarlo de la mejor manera. —Posicionándose tras ella, Baldassare la sujetó por los codos, tratando de frenarla. Pero ella ya se había hecho con la copa correcta, la que pondría fin a todo aquel caos—. Párate a pensarlo un momento. —Pareció suplicarle.

—No quiero separarme de Gionna —le dijo en un susurro, antes de que los ojos se le anegaran de lágrimas saladas—. No quiero irme lejos y no volveros a ver. No quiero que él piense que he sido una cobarde.

—¿Prefieres ponerle fin a todo? Te estoy dando otra oportunidad, Ginevra. Por favor, escúchame…

No lo escuchó. Tomó aire con los ojos cerrados antes de llevarse el borde frío de la copa a los labios. No vaciló, tampoco tembló cuando el líquido amargo le acarició la garganta. El vino amenizó el fuerte sabor metálico. Las manos de Baldassare le apretaron los brazos con desesperación.

Pero ya era tarde, Ginevra había elegido.

—Ginevra —la llamó, abrazándola con angustia por la espalda.

Ella negó al escucharlo sollozar.

—Llámame María —dijo—. Quiero ser María —pidió, antes de que la copa resbalara de sus manos.

2 ¡Dales un dedo y te tomarán el brazo!
3 Hoy por ti, mañana por mí.
4 Te he visto en sueños y he tenido que volver a dibujarte.

TERCERA PARTE

Florencia, en la actualidad

29

Dicen que la muerte es solo el principio



La oscuridad la atrapó después de que, de su mano, la copa de plata resbalara.

Antes de abrir los ojos, Valentina escuchó el tintineo del objeto rebotando contra la mesa de madera en la que se apoyó antes de que todo se oscureciera, mezclándose con el grito desgarrador de su hermana, que provenía del pasillo. Pudo reconocerlo sin problema. Ningún recuerdo pasado podría hacer que obviara semejante llanto desconsolado. Aun así, parpadeó ubicándose. Por un momento tuvo que replantearse dónde estaba. Se miró las manos, aturdida, en busca del anillo de Baldassare. No encontró nada.

Imitándola, Valeria se reincorporó de un salto. Se acercó a ella para pedirle que permaneciera tumbada un poco más para no marearse; lo que había vivido en su sesión de hipnosis había sido demasiado intenso. Ella asintió a la psicoterapeuta, pero, antes de poder siquiera articular palabra, la mujer ya se había marchado.

Se sentó al filo del diván recuperando el aliento. Lo último que recordaba era una debilidad terrible apoderándose de ella. Un sabor amargo en los labios y los ojos verdes de Tiziano en su mente antes de la oscuridad. Unos brazos que la sujetaban… El tacto de la madera pulida, el sonido de la plata contra ella. El escozor inhumano en los ojos.

Al segundo grito, Valentina corrió hacia la puerta dando traspiés. Sentía que aún estaba lejos de la realidad y que flotaba en una nube. Su mente quería seguir explorando la Florencia sin coches, de monumentos a medio construir. Sintiéndose de nuevo dueña de sus piernas, consiguió asomarse a la puerta, y vio a Martina de rodillas en el suelo, con el móvil temblando en sus manos de gelatina.

Corrió para agacharse junto a ella, porque no atendía a las palabras de Valeria. Su amiga le susurraba bajito para que la mirara, tratando de sostenerle el rostro en alto. Pero Martina no respondió a ninguna llamada. Parecía como si, lentamente, su interior se estuviera desintegrando sin que nadie pudiera hacer nada por ella.

—Mar —la llamó tanteando su voz, que aún trataba de reconocer de vuelta. Al mirarla a los ojos, volvió a reconocerla. Era Gionna. Martina había sido Gionna en su vida como María. En su vida con Tiziano. Se le llenó el pecho de angustia al verla desconsolada—, ¿qué ha pasado? — Quiso abrazarse a ella, recordándola tan pequeña y sonriente. No pudo despedirse de ella. Se marchó sin poder abrazarla una última vez. No pudo evitar que los ojos se le anegaran como los de Martina.

Su hermana le tendió el teléfono de vuelta, sin poder mirarla. Soltó otro grito antes de que Valeria consiguiera levantarla con ayuda de uno de los médicos del centro. Se la llevaron hasta el final del pasillo, pasando de largo la consulta en la que Valentina había viajado atrás en el tiempo a través de sus recuerdos. Pasando de largo todas las consultas hasta perderse al final del pasillo blanco de ventanales tan antiguos como los recuerdos que Valentina guardaba de la vida de María.

Temblando por la conmoción de haber experimentado una regresión hacía pocos minutos y ver a su hermana sollozando de aquella manera tan violenta, Valentina atendió a la llamada con el corazón a punto de salírsele del pecho, con la corazonada de que todo volvería a cambiar. De que el mundo terminaría explotando para ella.

Y así fue.

Se quedó fría como el hielo al escuchar la voz más rota del mundo al otro lado de la línea.

Fría como María al enfrentarse a su marido, al elegir la salida fácil. Y, como María Ginevra, quiso marcharse de allí. Cerrar los ojos y que el último verano de su vida desapareciera por completo.

El tercer grito de Martina la petrificó todavía más. La escuchó llamar a Andrea con lo que le quedó de aliento, dejándose la voz para nada, porque el hermano de Lucca no podía oírla.

No volvería a verlo.

Lo habían encontrado flotando en el río, junto a una de las columnas del Ponte Vecchio.



Dicen que la muerte es solo el principio. Lo que precede a un ciclo eterno en el que nos vamos y regresamos dispuestos a aprender de los errores del pasado.

Eso es lo que Valeria le recordó mucho después, cuando el sol empezó a recoger su luz de las calles y la clínica se vació hasta que solo ellas dos quedaron en el recinto de consultas. A Martina tuvieron que llevarla en ambulancia al hospital para calmarla con sedantes. Valentina jamás había presenciado un estado como aquel, desastroso y catatónico, en el que su hermana no podía parar de gritar, sollozar y jadear de angustia. Tampoco había estado nunca en un velatorio.

El de Andrea sería el primero.

Pese a que Valeria no quería dejarla sola, le pidió permiso para marcharse a casa. La mujer le dio su tarjeta y le pidió que la llamara en cuanto supiera algo de Martina. Y, cuando las aguas se calmaran un poco, quería hablar con ella de lo que había experimentado. Ambas sintieron dejar las cosas a medias. Porque Valentina sintió que su vida en 1704 fue tan auténtica como la que vivía en el presente. Y al salir a la calle, tras mirar a su alrededor y contemplar los colores, las formas de los edificios y hasta el empedrado de la calle, se sorprendió al pensar que todo era distinto. Sintió una punzada de añoranza en el pecho. La bella Florencia de sus recuerdos seguía ahí, pero muy distinta.

—Valentina —la llamó Valeria, sujetando todavía la puerta a sus espaldas. Se giró hacia ella, con la expresión lastimera en el rostro—, ¿lo has reconocido? ¿Has reconocido a Tiziano?

Negó con tristeza. Porque decirlo en voz alta terminaría de romperla y no quería representar una escena como la de su hermana. Su alma se aferraba a su cuerpo, pese a que caminó temblando como en el invierno que vivió en Florencia la primera vez que conoció a Lucca. De camino a casa pudo sentir el frío calarle los huesos y hasta la última fibra de su ser.

Recordó la primera vez que lo vio en la pizzería Serra, amasando con fuerza las bolas de masa. Cómo la observó de reojo con sus astutos ojos azules como el cielo lleno de nubes, con prudencia y una seriedad encomiable. Valentina sonrió sin poder evitar que la pena le inundara el pecho; esa no había sido la primera vez que se vieron.

Se conocieron frente a la catedral más importante de Florencia. Sus pieles se tocaron por

primera vez en la plaza de la Santa Cruz. Su primer beso no fue en el Ponte Vecchio, sino entre los telares que los ocultaron de miradas indiscretas en una obra de renovación de Santa María del Fiore. Retaron tanto a lo que sintieron el uno por el otro que no solo profanaron el hogar de Dios, en Santa María Novella, haciendo el amor en una capilla vacía, donde la cruz en madera de Donatello pareció protegerlos de todo lo que, poco después, no tardó en echárseles encima.

Compartieron pocos besos, pero suficientes como para que Valentina sintiera que aún vivían con ella en su piel. Por todas partes.

Lo que le había hecho a Lucca no tenía nombre.

Lo dejó solo, a su suerte. Y no solo lo había roto en esta vida, sino que también lo rompió en pedazos en la anterior.

No había luz en el interior de la pizzería. En la puerta del local, Valentina vio el dichoso papel que volvió a revivir su llanto, recordándole que Andrea ya no estaba para llamar a su hermano Lucky Luke. Nunca más le prepararía un *calzone* ni se echaría a Alda con cariño al hombro para llevársela lejos de los problemas de ira de su querido Lucca.

Lucca.

Pensó en él, en lo destrozado que estaría ante aquella desgracia. Valentina recordó la tarde en la que, con la voz encogida, sobre la cama de su habitación con la luz del tragaluz llenándolo todo de destellos, le confesó que tenía miedo por su hermano. Lucca tenía pavor a que ocurriera algo como lo que, finalmente, había sucedido. Y no lo merecía. No merecía tanta demolición en tan poco tiempo.

El apartamento de Martina estaba cubierto de una tenue luz gris. O quizá siempre había estado así y era la primera vez que ella lo veía. Se asomó a la ventana junto a la cama de su hermana para mirar al cielo, y lo vio lleno de nubes. De ahí venía el color gris.

Quedó encogida abrazándose las rodillas bajo el chorro de agua en la ducha. El agua caliente le dejó la piel roja y se llevó las lágrimas con la misma velocidad con la que llegaban. No quiso salir de esa pequeña burbuja de protección, donde nadie podía verla ni juzgarla. ¿Qué tenía que hacer a continuación? ¿Enfrentarse a él? Después de todo lo que había pasado.

Después de cómo lo había dejado.

Todavía envuelta en la toalla, se dirigió al armario de su hermana en busca de algo oscuro que ponerse. Encontró un top con mangas a mitad del brazo y un fruncido en el pecho. Al cogerlo, Valentina sintió su corazón disparado. La prenda le trajo recuerdos dolorosos en los que ella llevaba un vestido oscuro con un corte de mangas similar.

Se vistió despacio, tratando de dejar la mente en blanco y los recuerdos parados. Pero no funcionó. Llegó tarde al velatorio, pese a que en Florencia todo estaba cerca.

La sala estaba abarrotada, no cabía ni un alma en el lugar. Compañeros de la edad de Andrea, amigos de Lucca, padres dando abrazos a sus hijos y a los amigos de estos.

Y él.

Con la mirada ausente, perdida en algún punto sobre el decorado circular del suelo. Vita, a su lado, le apretaba el brazo izquierdo mientras hablaba con la gente. Estaba afectada, pero él… Lucca no estaba con nadie. Tenía los labios apretados en un rictus de seriedad que parecía imperturbable. Las mejillas afiladas y las ojeras pronunciadas por falta de sueño; la nueva cicatriz que le cruzaba el rostro hasta casi llegar al mentón. Y todas las ondas brillantes de su pelo habían desaparecido. Como su hermano, Lucca lucía un impactante rapado a maquinilla. Su forma, quizá, de homenajearle. La manera que había encontrado para mantener a raya el dolor al pensarlo.

Como el día en el que Valentina dio por continuada su historia con Lucca en la Florencia actual, no encontró aire, solo una agobiante asfixia que crecía por momentos y se hizo aún más enorme cuando Lucca se encontró con ella. Y a ambos les dolió todo.

La repentina partida de María.

La colisión del reencuentro.

La pérdida de Andrea.

Lucca soltó a Vita sin ser realmente consciente de que esta le sujetaba el brazo en un intento absurdo de protegerlo. La muchacha lo miró desconsolada cuando él se precipitó al frente, sin aliento. Porque no tuvo tiempo de respirar al ver a Valentina. Cruzó la sala en rápidas zancadas desesperadas, sus brazos temblaron a ambos lados de su cuerpo antes de rodearla y estrecharla contra su pecho con una fuerza que no supo de dónde sacó.

No dijo nada. No podía. Le dolía demasiado. Ella creció para rodearlo en respuesta y arroparlo todo lo que pudo.

Y entonces Lucca se desplomó sobre ella. Y Valentina aguantó el tipo hasta que las rodillas le fallaron y cayeron al suelo temblando entre sollozos. Lucca se la llevó al regazo, sin poder controlarse.

—Vale —la llamó, pese a que no podía tenerla más cerca—. Se ha ido, Vale. Se ha ido…

Valentina lo abrazó con más fuerza. No soportaba escucharlo romperse de aquella manera. No supo en qué momento se convirtió en un aguacero. Quizá cuando Alda los vio tirados en el suelo y se unió a ellos.

—No es justo —masculló Lucca en bucle, acunando a su hermana pequeña y a Valentina, con los ojos cerrados. Con miedo a que se marcharan de su lado y lo dejaran solo.

Recordó aquel día en el Ponte Vecchio después de caer sobre el empedrado. Lo mucho que su rodilla sangró antes de que Andrea lo ayudara a andar, siendo su apoyo. Entonces Lucca comprendió lo mucho que lo necesitaba en su vida. Por mucho que él hubiera actuado como el mayor en la mayoría de las ocasiones, Lucky Luke no era nadie sin su hermano mayor.

—Lo siento mucho, Lucca. —Valentina le besó la mejilla sin despegarse de su lado.

Con la mirada anegada, él asintió.

—Quédate conmigo, Vale. Por favor. Te he echado tanto de menos —sollozó, con la garganta ardiente por la tos de su llanto—. Te esperé todos los días. Hasta el final, mi *girasole*.

Habló de María.

30

No fue una noticia triste cualquiera



No se separaron ni un solo momento, así lo quiso él. Incluso después de que todo el mundo se marchara, Lucca y Valentina fueron uno.

Desde el día de la despedida, Martina no volvió a ser la misma. Guardó sus cartas bonitas en un lugar secreto. «Solo será por un tiempo», le dijo a su hermana. Y la casa dejó de oler a salvia tan a menudo. Se oscureció el pelo, dejando a un lado las pruebas con mechas y cambios de *look* extravagantes que cambiaba constantemente. Y Valentina pasó a ser su prioridad más alta, después de moderar el trabajo para pasar más tiempo en casa; eso era lo que las dos necesitaban.

Juntas tuvieron que enfrentarse a la puerta cerrada de la pizzería Serra, que permaneció así hasta finales de septiembre. Ni Ezio ni Antonella quisieron abrir después de lo sucedido. Lucca fue el único que encontró fuerzas para levantar la reja y dar las luces.

Al igual que Martina, él tampoco volvió a ser el mismo después de la pérdida. Sin su hermano, ya no hubo motivos para encolerizar. No se inmutó al descubrir que Leone retiró los cargos de su agresión a los pocos días de que la noticia de la muerte de Andrea inundara los periódicos locales. Continuó fregando platos en la cocina de la pizzería, ajeno a lo que su padre le contaba, centrado en el agua caliente y el jabón entre sus dedos.

Sabía realmente por qué se cancelaba el juicio. Por qué, de la noche a la mañana, Alda dejó de ver sombras tras las esquinas. Por qué todo había cambiado tanto en tan poco tiempo sin que nadie lo hubiera pedido. La realidad era que Andrea había pagado su deuda. Y él llevaba la señal grabada en la cara a modo de recordatorio.

Lucca no quiso darle vueltas; necesitó enterrarlo todo con él, con su nuevo estado de mutismo. Porque no haber pedido ayuda le destrozaba más que nada. Le falló. No pudo ayudarlo y Andrea se vio solo.

No podía ser Lucky, la suerte no estaba hecha para él.

No fue una noticia triste cualquiera. No como las que se terminan superando, claro. La muerte de Andrea no se asemejó a un jarro de agua fría, no. Ni a un derrumbamiento; nada por el estilo. La primera reacción de Lucca al ver a la policía en la puerta de casa fue pensar en Leone y en la gente con la que este se juntaba. No pensó en su hermano ni en que llevaba dos días sin dar señales. Al fin y al cabo, no era la primera vez que lo hacía. Cuando Lucca lo encontrara, le tocaría volver a liársela. Lo estamparía contra la pared cogiéndolo de la camiseta, a ver si chillándole a la cara Andrea entendía lo que le decía. Tenía que dejar de ser un crío.

Pero, al mirar al agente a la cara, Lucca sintió el vértigo subirle desde los tobillos, volcándole el estómago. Asfixiándolo. Como cuando perdió a María. Exactamente lo mismo. Un sentimiento carnal lo recorrió como un rayo, poniéndole el vello de punta. Después escuchó el lamento de su padre, que se apoyó en su hombro, tras su espalda, y la vocecilla adormilada de Alda bajando por las escaleras.

—¿Qué pasa, Lucca? —le dijo, frotándose los ojos. Tenía el pelo encrespado, y por primera vez en todo el verano, Lucca la vio sin coleta. La contempló como si fuera un ser de otro mundo al que no reconocía.

Solo le quedaba ella. Esa afirmación le hizo arder el pecho con una fuerza inhumana.

Lucca no supo explicar cuándo fue el momento exacto en el que su hermana pequeña lo entendió todo. Si fue tras contemplar los chispeantes ojos de él o tras analizar el temblor de su padre y sus lamentos. Alda se quedó petrificada en las escaleras, agarrada a la barandilla, con la mirada perdida en la pared de enfrente y los labios entreabiertos. Y se quedó ahí, sin decir nada, hasta después de que la policía y su padre se marcharan.

Solo lo abrazó cuando se quedaron solos. Mucho después de que Lucca subiera los escalones de dos en dos para entrar en la habitación de Andrea. Todo estaba como lo había dejado: la cama sin hacer, con las sábanas cayendo por el colchón hasta el suelo. Tenía más cojines dispares que nadie y ninguno casaba ni entre ellos ni con la decoración recargada. Por su terrible afición a los clásicos del cine y a los libros que solo los alumnos de filosofía leían por mandato, las paredes de la habitación estaban atestadas de pósteres de gente que nadie conocía, salvo el mayor de los Serra. Lucca se acercó hasta el de Giordano Bruno. Era el único que conocía. Recordaba la conversación que giró en torno a ese personaje. Le dolió recordar a Andrea riendo sus comentarios obscenos sobre la cara de Giordano. Le dolió recordar su risa, y eso que siempre le sacaba de quicio.

Le dolió recordar cómo se pasaba la mano por la cabeza rapada, apretando los dientes en media sonrisa. Cuando peleaban o discutían.

Le dolió recordarlo demasiado tarde.

Arrancó el póster con furia, arañando la pared. No fue consciente de que sus uñas dejaron marcas por encima del papel, junto a los restos de celo. Lo destrozó, lo hizo girones, que volaron a su alrededor mientras fue a por el siguiente. Y a por el siguiente. Hasta que el pelo le entró en los ojos por sexta vez y dejó escapar un grito gutural, que nació desde lo más profundo de su alma.

Corrió al baño, encolerizado, con una sola cosa en la cabeza. Mirándose al espejo, se apartó el pelo de la cara por última vez. Inspiró con fuerza observando su reflejo, al que no reconocía. Tenía los ojos hinchados, de un azul muy oscuro. Las ojeras rojas, como la punta de la nariz.

Primero Vita y el caos, después la lesión y su sueño truncado con los nacionales. Su arte bloqueado durante meses. Ahogado, asfixiado.

Valentina y los problemas de Andrea. Y María.

Y, después de todo, una despedida que se negaba a dar, pero a la que estaba obligado a enfrentarse.

Antes de tirar la maquinilla de Andrea a la basura, la encendió. Contempló la danza de las cuchillas solo unos segundos. Después, respiró hondo.

Y se dispuso a pasar página.



En tres semanas, ni él ni Valentina lograron recomponerse. Tampoco quisieron forzar las cosas, pero ambos sabían que tenían más de una conversación pendiente. Sobre cosas que dolían, heridas que nunca llegaron a cerrarse y eran tan antiguas como el propio tiempo. Recuerdos

inexplicables que ambos habían experimentado y tenían atados a la piel como cicatrices.

Por eso, Valentina se plantó en las escaleras del portal para esperarlo. Con su repelente y sus vaqueros cortos, luchó contra los mosquitos hasta que lo vio salir a tomar aire. Llevaba un cigarro entre los dedos. No le dijo nada el tiempo que estuvo dándole vueltas antes de tratar de encenderlo. Entonces se levantó y se plantó delante de él.

—Vale —suspiró, cuando ella le quitó el cigarrillo.

Llevaban una semana sin verse. Ninguno de los dos sabía gestionar sus emociones.

—No vas a fumártelo, Serra. Eres nadador, no harás una tontería como esa.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho ya?

—Porque distingo tu olor a cloro a kilómetros —respondió ella, ladeando una sonrisa débil. Así eran ahora sus sonrisas, de medio lado; como si las diera con media vida. Después de todo por lo que Lucca había pasado, le parecía egoísta sonreír de manera completa. Tampoco le nacía hacerlo de otra manera—. ¿Cómo va el entreno?

—Es lo único que va. —Se encogió de hombros.

Valentina se acercó más a él. Le devolvió el cigarro de Andrea y él lo guardó en el bolsillo de sus bermudas.

—El agua no molesta, ¿no?

—Y no habla. No me pide nada, Vale. Solo que me mueva, que avance, que no me quede estancado. Eso me gusta —añadió, suspirando de nuevo. Se recostó con la espalda contra la fachada, cogiéndola por las muñecas. Valentina notó la famosa calidez escalando por su piel hasta su pecho y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió conectada de nuevo a él—. Aunque me siento muy solo. Esa sería la única pega.

—¿Estás nervioso?

—Qué va, los nacionales son un paseo. Además, van a ser un desastre —anunció, cabizbajo.

—No digas eso…

—Llevo meses lesionado, me he saltado entrenamientos durante todo el verano… —explicó, mirándole la frente—. Si consigo igualar mi marca, estaré contento. Solo con eso. Pero lo veo bastante improbable, la verdad. Por mucho que me haya destrozado en el agua este último mes, no va a dar resultado. —Cogió aire—. ¿Tú qué?

—Venía a pedirte algo.

Lucca levantó una ceja, curioso.

—¿Un favor sexual?

Los ojos de Valentina relucieron, provocándole ganas de llorar. Pero de felicidad. Había echado tanto de menos al Lucca bromista que le dolía.

—Un favor personal —aclaró mordiéndose el labio, manteniendo la emoción a raya.

Él le soltó las muñecas para rodearle la cintura. El corazón de Valentina volvió a acelerarse ante aquel anhelado tacto; también lo había echado de menos.

—¿Cómo de personal?

—Martina y yo vamos a hacernos un tatuaje, y quiero que vengas con nosotras. He tratado de mentalizarme, pero no soy capaz. No quiero ponerme a patalear como una niña pequeña, y si tú estás conmigo, quizá así… consiga estar más tranquila.

Con suavidad, Lucca le levantó la barbilla para mirarla a los ojos, que palidecieron levemente al mirarlos. Le decía la verdad, lo necesitaba. El pecho se le hinchó con una sensación extraña. De emoción, quizá. Y sintió el cosquilleo en los labios que le gritaba que necesitaba besarla. Llevaba tanto tiempo sin hacerlo…

—Vale, ¿sabes que tus ojos se vuelven pálidos cuando los miro? —No era la primera vez que lo decía.

—Cuando los miras así, como estás haciendo ahora —asintió ella de vuelta—. Cuando me miras como si ya lo hubieras hecho antes infinidad de veces. Palidecen al mismo tiempo que siento que se me va a salir el corazón. Lo sé, porque no puedo pararlo. No puedo hacer nada para pararlo.

—No lo pares, Vale.

Se acercó a ella y cerró los ojos antes de que lo viera llorar. La besó atrayéndola junto a él, sintiendo la angustia consumiéndole las entrañas por haberse permitido vivir al margen durante tanto tiempo.

La vida había vuelto a unirlos, dándoles una segunda oportunidad, y ellos habían desperdiciado días, semanas, incluso un mes dando bandazos hacia direcciones incorrectas. Aunque parecía que por fin sus caminos habían dejado de dar vueltas y de enredarse.

—Ven a dormir conmigo esta noche. Dormir y nada más —le susurró, juntando la frente con la suya—. Ese puñetero tragaluz de mi cuarto me pone triste como el demonio cuando veo parpadear las estrellas desde mi cama. —La estrechó con fuerza, sintiendo de nuevo el olor de la vainilla impregnándose en su piel—. Me acuerdo de cuando me quedé solo, de cuando te fuiste de mi lado… Y ya no me quedó nada. Con solo el recuerdo de tu vestido morado y el repicar de esos endiablados tacones.

Valentina fue la primera en decidirse a levantar la cabeza. Hablaba de su vida como María.

—¿Y qué hay de todos esos besos que te di? En el callejón, en las iglesias…

—Entre los girasoles. Jodidos girasoles, Valentina. —Trató de reír, pero las lágrimas encontraron el camino fácil para descender por sus mejillas. Fue demasiado tarde para detenerlas —. Te llevé uno todos los veranos, porque no pudimos verlos florecer aquel invierno. —Carraspeó.

—Yo sí los vi, gracias a ti. Gracias a tu mural, pude ver los girasoles antes de irme —dijo, recordando el fresco en la pared de la villa del Sol, donde convivieron durante días como Tiziano y María. Y donde se reencontraron, siglos más tarde, como Lucca y Valentina.

—¿Por qué te fuiste, Valentina? ¿Qué te pasó?

—No tuve elección, Lucca. Perdóname. —Se limpió los párpados, temblando al recordar todo lo que la sesión con Valeria había despertado en ella: el dolor al dejarlo solo en el Ponte Vecchio, Baldassare y la copa de vino. Después lo abrazó con fuerza, para que se llevara la pena.

—Ya te perdoné, Vale. Joder que si te perdoné. Quise irme contigo, pero mi deuda me lo impidió.

—¿La estatua? —preguntó ella, compungida. Cerró los ojos al sentir los labios de Lucca dándole besos sobre la piel de la frente.

—Sí, fuiste mi primera obra en piedra. Mi eterna musa, mi Simonetta.

31

Una sonrisa llena de luz



El sonido de las agujas moviéndose endemoniadas hizo que Valentina no pudiera dejar de mirarlo. Era más fácil concentrarse en él. En sus ojos azules y en su nueva apariencia, con el pelo tan corto y más oscuro que antes. Después de las últimas semanas, le había crecido un poco y hacía que las facciones se le acentuaran más, volviéndolo incluso más atractivo.

—Estoy aquí, Vale. No es nada —le decía cada pocos minutos, cuando ella apretaba los dientes siseando por el escozor que sentía en la piel. No obstante, solo dejó que Martina le diera la mano.

Una vez finalizados los grabados sobre las pieles de sus brazos, Lucca fue el primero en admirarlos para dar su aprobación. Fue varias veces del brazo de Valentina al de Martina antes de hablar.

—Bravo —aplaudió—, es la mayor cursilada entre hermanas que jamás he visto —bromeó.

Ambas distinguieron los tintes lastimeros en su tono de voz.

Sin perder el tiempo, la mayor le echó el brazo libre sobre los hombros.

—Al menos, esta cursilada me disimula el otro —dijo, señalándole al chico su nuevo tatuaje, que había sido creado partiendo de la base del anterior, la mitad oscura de la esfera del yin y el yang. La otra mitad, la blanca, era la de Valentina. Esta se bajó de la camilla, triunfal, mostrando también el suyo. Las dos hermanas chocaron la cadera.

—Mira, si se juntan parecen un sol —le indicó a Lucca, chasqueando la lengua por la emoción.

Martina y ella juntaron los brazos tratando de que ambas partes conformaran un solo símbolo. No les salió bien del todo y acabaron riendo a carcajadas.

—Mar, ¿cómo has accedido a hacerte un sol? Si tú eres todo lo opuesto.

—Mi parte es una media luna oscura y los rayos del sol simbolizan mi lado bueno. —Le echó una rápida mirada a Valentina con media sonrisa marcándole una de las mejillas.

Lucca asintió al comprender que la chica de ojos negros era su parte de luz.

Sintió una punzada de tristeza morderle las entrañas al recordar a Andrea.

—Vale, ahora soy yo quien tiene que pedirte algo.

—¿Un favor sexual? —Las mejillas de Valentina iluminaron el salón por completo.

—Eso más tarde —le contestó Lucca en el oído, y ella sintió la calidez de su aliento recorrerle el costado hasta la punta de los dedos de los pies—. Quédate conmigo mientras me tatúo. —Vio como sus ojos negros se abrieron hasta su tope. Tuvo que besarla antes de proseguir —. Yo también quiero honrar mi lado bueno, como tu hermana.

Valentina asintió con los ojos brillantes al comprender. Fue cuando Lucca sacó el móvil que había pertenecido a su hermano y rebuscó un rato en la galería. Mientras, ella fue a despedirse de Martina. Le dijo que esa noche no dormiría en casa.

—Avísame, chica mala —le dijo esta antes de irse, guiñándole un ojo.

Al regresar, Lucca se había quitado la camiseta y le enseñaba algo con el móvil a la chica que había retocado el tatuaje de Martina. Llevaba una larga coleta roja que le caía por la espalda. Asintió al chico antes de preparar el instrumental.

—¿Ya lo tienes? —preguntó, corriendo la cortina para tratar así de desviar la mirada de su torso desnudo.

Él asintió mordiéndose el labio. Estaba nervioso.

—Lo tenemos —asintió la chica, activando la pistola para probar la tinta.

Lucca ladeó la cabeza y sus cervicales emitieron unos espeluznantes chasquidos.

—No estés nervioso, Lucky. No duele, solo pica horrores.

Los tres rieron antes de que el chico se tumbara en la camilla boca abajo.

—Quiero que se vea cuando nade. Que se vea todo el tiempo —le explicó a Valentina cuando ella se puso a su altura para mirarlo. Le besó la punta de la nariz, sonriendo.

Lucca maldijo esa sonrisa. La misma que consiguió atrapar a Tiziano y llenar de arte y de vida sus solitarias noches como artista. Una sonrisa llena de luz que lo enloqueció después de perderla y por la que no dejó de vivir y crear. La misma a la que echó de menos durante décadas. La que buscó durante tres siglos. La que encontró de nuevo, en el mismo lugar donde empezó todo.

EPÍLOGO

Arcano XIX. El sol.



Su bañador era el único que parecía verse entre la multitud de nadadores que se agolpaban en la zona de espera antes de ser llamados a su prueba. Era el único con estampado, el único con girasoles.

Dejó la toalla en el cesto de la calle número cinco y, con las gafas y el gorro en la cabeza, se dispuso a calentar. Empezó con los saltos, las brazadas al aire y las articulaciones. No tardó en quitarse la camiseta blanca, que también dejó con la toalla en el cesto.

Antes de ponerse las gafas, la miró. Y le guiñó un ojo.

A su lado, Alda le dio un codazo.

—Qué cursi —la escuchó mascullar con una risita.

En la calle del centro, justo al lado de Lucca, Matteo se concentró en los estiramientos. Era más bajo que Lucca, de piel morena y lunares en la espalda. También la miró. Apretó los labios con media sonrisa. Estaba nervioso, y encontrarla entre la gente de las gradas pareció reconfortarlo. Valentina le sonrió.

Desde los altavoces, llamaron a los nadadores a sus posiciones. El del bañador de girasoles asintió hacia la posición del nadador más rápido, a su lado, en la calle número cuatro. Ambos parecieron decirse algo antes de subirse al pódium. Se agarraron al borde azul con las rodillas dobladas y el cuerpo inclinado hacia delante. Después del pitido, Lucca fue el que mejores reflejos demostró, saltando el primero. Se impulsó con una fuerza sobrecogedora. Pareció volar antes de convertirse en pez, fundiéndose con el agua.

Todo el mundo vio su tatuaje entre los trapecios de su espalda, justo en el centro. Valentina sintió cómo el cosquilleo le recorrió la piel de los brazos al leer «Lucky Luke» en la retrasmisión de la salida, en la pantalla del fondo. Notó sus ojos llenarse de estrellas, sin poder despegarlos de la figura que avanzaba y no se detenía, nadando a crol con el mejor estilo que jamás había visto. Ni siquiera Matteo, en cabeza, podía igualar aquella técnica. El moreno respiraba cada dos brazadas y Lucca, cada tres. Durante los primeros veinticinco metros, gracias a su ventajosa salida, Lucca fue en cabeza, hasta después del viraje, donde Matteo le ganó algo de ventaja a los cincuenta metros.

En el segundo y último largo se alejaron del resto de los nadadores, que trataron de alcanzarlos, agotando sus fuerzas hasta parar el cronómetro con las manos sobre la pantalla bajo el pódium, en el borde de la piscina. El público en las gradas vitoreó a Matteo y aplaudieron al chico con el bañador de girasoles que, tras una carrera reñida, consiguió mejorar su marca en cuatro segundos, pese a no haber ganado.

—¡Más rápido que su sombra! —gritaron Alda y Valentina a la vez, haciendo referencia al

vaquero más rápido del oeste. Como Andrea hubiera querido. Gritaron dándole voz para que Lucca lo sintiera junto a él, pese a llevarlo en la piel de la espalda y todo el mundo lo hubiera visto en la repetición de la pantalla.

Al escucharlas, Lucca las miró con emoción contenida en sus ojos enrojecidos, al igual que sus ojeras. Su pecho se hinchó con urgencia buscando aire. Se tapó la cara con las manos después de arrojar el gorro y las gafas fuera de la piscina y se tumbó sobre la superficie del agua a la espera de que el resto de los nadadores terminara la prueba. Tardaron solo unos segundos más en llegar.

Un minuto después, los nadadores salieron del agua entre vítores, y para la sorpresa de Valentina, después de que Lucca le llamara la atención al ganador, este le estrechó la mano antes de rodearlo para palmearle la espalda, dándole también la enhorabuena por mejorar su marca. Volvió a decirle algo que hizo que ambos se sonrieran antes de recoger sus cosas.

El agua caía de sus cuerpos, encharcando todo.

Las retinas de Valentina se grabaron a fuego aquellos labios rojos lanzándole un beso desde la zona de la piscina, provocando que todas las miradas viajaran hacia ella. Y los gritos, y los vítores, que eran suyos. Se quedó en una nube hasta que los brazos de Lucca pudieron rodearla de nuevo. La elevó del suelo y dieron vueltas abrazados hasta que todos se echaron sobre ellos.

Los separaron con cariño. Antonella y Ezio abrazaron a su hijo, necesitándolo más que nunca. Los tres se fundieron con Alda entre alaridos de emoción.

Lucca y Valentina se lanzaron miradas desconcertadas conforme los iban separando más y más. Porque sabían que era algo momentáneo. Esa noche dormirían en la misma cama para enfrentar juntos las estrellas del tragaluz. Como lo hicieron el día de los tatuajes, el de los recuerdos, el de la charla más importante de sus vidas, en la que pasearon hasta Santa María Novella bromeando sobre los turistas que quedaban en las calles. Llegaron con la hora próxima al cierre y fueron directos a la Capilla Gondi. Ninguno de los dos tuvo que hablar para saberlo, porque ese punto había sido uno de sus lugares mágicos, donde se amaron en silencio y donde se sintieron culpables por ello.

—La cruz —apreció Valentina, con la mirada sobre el monumento en madera—, ahora recuerdo la historia. Me la contaste. —Sonrió. Sin poder evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas—. Por eso me llevé tu dibujo, porque en el fondo lo recordaba… En el fondo, te recordaba.

—Por eso regresaste a Florencia, Vale. Viniste a buscarme.

Ella asintió, dejándose abrazar. La piel del brazo le escocía horrores, pero no le importaba. Ahora todo tenía sentido. Con Lucca, todo estaba bien.

—Y yo siempre te estuve esperando —susurró él contra su cuello.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —Guardó silencio unos segundos, sin saber cómo proseguir. Se refirió a su vida como María, al lugar donde acabó. Al ver su expresión desolada, Lucca la ayudó.

—Después de despedirte de mí, creí que volvería a verte en el mercado o paseando por alguna calle. Rodeando el Duomo, quizá. Pero desapareciste durante tantos días… Hasta que lo vi. Vi a tu marido en la entrada de la iglesia y, por cómo me miró, lo supe. Supe que… te habían traído aquí. —Sintió cómo Valentina se estremeció entre sus brazos. La abrazó con más fuerza, escuchándola suspirar—. Cuando fui capaz de entrar y me armé de valor para buscarte, fue el día que morí en vida. O al menos el día en el que me declaré muerto. —Esta vez, la voz se le rompió —. Vi tu nombre grabado en la piedra y me volví loco. Solo tenías veintitrés años.

—¿Te pidió él la escultura? —Valentina se refirió a Baldassare.

—Sí —afirmó Lucca, sin dejar de rodearla—. Me dijo que sería mi castigo y la única forma que tendría de saldar mi deuda contigo. Yo le pedí que me matara, pero no accedió. Me dijo que me entendía y por eso no podía matarme, que era imposible no cegarse por tu luz. Porque, Valentina, eres sol.

La miró a los ojos, buscando de nuevo la hermosa palidez en ellos, demostrándole que volvía a estar con él. Que habían sido el error más bonito de todos.

Y que siempre, en todas y cada una de sus vidas, volvería a esperarla.

Y ella, como el sol siguiendo el rastro de los girasoles, lograría encontrarlo.

—Eres sol, Valentina.

Agradecimientos

Al destino, o al universo, por ir dejándome señales, como ese vídeo recomendado de la nada que hablaba sobre regresiones y vidas pasadas. Por esa canción que lo inició todo. Tenía una historia guardada muy dentro que no sabía que podía plasmar en papel… Hasta que lo hice. Escribir sobre un amor que atraviesa el tiempo ha sido una aventura increíble.

A Ediciones Kiwi, por volver a creer, acogiendo la historia más especial que he logrado escribir hasta el momento. Gracias por ser el hogar de Lucca y Valentina. No tengo palabras para expresar lo que significa para mí pertenecer a esta casa.

A Lorenzo, por buscar girasoles conmigo y por mirarme como si fuera la obra más bonita del Renacimiento. Si he sentido tanto al escribir este libro, ha sido gracias a ti.

A Made, que se emocionó conmigo y me dijo «Es una pasada». Todo va a salir bien.

A Silvia, siempre ahí, siempre a mi lado. No me cuesta mucho convencerte: eres fan incondicional. Te necesito siempre en esta página, en cada una de mis historias.

A Samantha, que me dejó grabar su reacción después de venir a abrazarme.

A Tessa, que supo de esta historia antes que nadie y escuchó mis audios llenos de caos y desvaríos. Me dijo que podía con el reto. Gracias por ayudarme con esa tirada tan maravillosa en la que conocí más a Valentina y pude conectar con su pasado. Me faltan vidas para agradecértelo todo.

Eres sol.

Hace no mucho, me planteé escribir una historia por cada ciudad visitada. Con este libro, me he marcado otro tanto. Aquí se queda Florencia. Gracias por cederme tu magia.

A los que saben guardar secretos. Y, sobre todo, a los que creen que somos infinitos.

Gracias.